



ANTONIO G. ITURBE

LA
BIBLIOTECARIA
DE
AUSCHWITZ



Sobre el fango negro de Auschwitz que todo lo engulle, Fredy Hirsch ha levantado en secreto una escuela. En un lugar donde los libros están prohibidos, la joven Dita esconde bajo su vestido los frágiles volúmenes de la biblioteca pública más pequeña, recóndita y clandestina que haya existido nunca. En medio del horror, Dita nos da una maravillosa lección de coraje: no se rinde y nunca pierde las ganas de vivir ni de leer porque, incluso en ese terrible campo de exterminio, «abrir un libro es como subirte a un tren que te lleva de vacaciones».

Una emocionante novela basada en hechos reales que rescata del olvido una de las más conmovedoras historias de heroísmo cultural.



Antonio G. Iturbe

La bibliotecaria de Auschwitz

ePub r1.3

Fran 06.04.16

Título original: *La bibliotecaria de Auschwitz*
Antonio G. Iturbe, 2012
Diseño de portada: Compañía

Editor digital: Fran
ePub base r1.2



A Dita Kraus

1

Auschwitz-Birkenau, enero de 1944

Esos oficiales, que visten de negro y miran la muerte con la indiferencia de los enterradores, ignoran que, sobre ese fango oscuro en el que se hunde todo, Alfred Hirsch ha levantado una escuela. Ellos no lo saben, y es preciso que no lo sepan. En Auschwitz la vida humana vale menos que nada; tiene tan poco valor que ya ni siquiera se fusila a nadie porque una bala es más valiosa que un hombre. Hay cámaras comunitarias donde se usa gas Zyklon porque abarata costes y con un solo bidón puede matarse a centenares de personas. La muerte se ha convertido en una industria que sólo es rentable si se trabaja al por mayor.

En el cobertizo de madera, las aulas no son más que corrillos apretujados de taburetes. Las paredes no existen, las pizarras también son invisibles, y los maestros trazan en el aire triángulos isósceles, acentos circunflejos y hasta el recorrido de los ríos de Europa con sólo agitar las manos. Hay cerca de una veintena de pequeñas isletas de niños, cada una con su tutor, tan cerca unas de otras que los profesores han de impartir las clases susurrando para que no se mezcle la historia de las diez plagas de Egipto con la música de la tabla de multiplicar.

Algunos no lo creyeron posible, pensaron que Hirsch era un loco o un ingenuo: ¿cómo va a ser posible escolarizar a los niños en un brutal campo de exterminio donde todo está prohibido? Y él sonreía. Hirsch siempre sonreía enigmáticamente, como si supiera algo que los demás desconocían.

No importa cuántos colegios cierren los nazis, les contestaba. Cada vez que alguien se detenga en una esquina a contar algo y unos niños se sienten

a su alrededor a escuchar, allí se habrá fundado una escuela.

La puerta del barracón se abre bruscamente y Jakopek, el asistente de vigilancia, corre hacia el cuarto del jefe de bloque Hirsch. Sus zuecos salpican el suelo con la tierra húmeda del campo, y la burbuja de plácida seguridad del bloque 31 se deshace. Desde su rincón, Dita Adlerova mira hipnóticamente las minúsculas motas de barro: parecen insignificantes, pero lo contaminan todo de realidad, igual que una sola gota de tinta mancha un cuenco entero de leche.

—¡Seis, seis, seis!

Es la señal que indica la llegada de guardias de las SS al bloque 31, y se organiza un revuelo de murmullos en todo el barracón. En esa fábrica de destrucción de vidas que es Auschwitz-Birkenau, donde los hornos funcionan día y noche con un combustible de cuerpos, el 31 es un barracón atípico, una rareza. Más bien, una anomalía. Un logro de Fredy Hirsch, quien empezó siendo un simple instructor de deportes para grupos juveniles y ahora es un atleta que está realizando en Auschwitz una carrera de obstáculos contra el mayor rodillo de vidas de la historia de la humanidad. Consiguió convencer a las autoridades alemanas del *lager* de que tener entretenidos a los niños en un barracón facilitaría el trabajo de los padres de aquel campo BIIb, al que llaman «campo familiar» porque en el resto los niños son tan raros como los pájaros. En Auschwitz no hay pájaros; se electrocutan en las vallas.

El alto mando del campo accedió a la creación de un barracón infantil, tal vez ésa fuera su intención desde el principio, pero siempre y cuando fuese un bloque de actividades lúdicas: quedaba prohibida terminantemente la enseñanza de cualquier materia escolar.

Hirsch asoma la cabeza a través de la puerta de su cuarto de Blockältester del 31 y no necesita decir nada ni a los asistentes ni a los profesores, que tienen los ojos clavados en él. Asiente imperceptiblemente con la cabeza. Su mirada transmite exigencia. Él siempre hace lo que debe hacer y espera que todo el mundo actúe igual.

Las lecciones se detienen y se van transformando en banales cancioncillas en alemán o en juegos de adivinanzas para fingir que todo está en orden cuando asomen su mirada rubia los lobos arios. Generalmente, la

patrulla compuesta por un par de soldados entra rutinariamente al barracón pero apenas pasa de la puerta, se queda unos segundos observando a los niños, a veces hasta aplauden una canción o le acarician la cabeza a un pequeño, y en seguida continúan su ronda.

Pero Jakopek añade algo más a la alarma convencional:

—¡Inspección! ¡Inspección!

La inspección es otra cosa. Hay que formar, se producen registros, a veces interrogan a los más pequeños para tratar de sonsacarles información aprovechando su ingenuidad. No les han sacado nunca nada. Los niños más pequeños entienden más de lo que aparentan sus caritas sucias de mocos.

Alguien susurra: «¡El cura!»... Y brota un murmullo de desolación. Es así como llaman a un suboficial de las SS (un *oberscharführer*) que siempre camina con las manos metidas en las mangas de la guerrera como un clérigo, aunque su única religión conocida es la de la crueldad.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Juda, tú mismo, di «Veo, veo...»!

—¿Y qué veo, señor Stein?

—¡Lo que sea! ¡Por Dios, hijo mío, lo que sea!

Hay dos profesores que levantan la cabeza angustiados. Tienen en sus manos algo rigurosamente prohibido en Auschwitz y pueden condenarlos a muerte si los descubren. Esos artilugios, tan peligrosos que su posesión es motivo de la máxima pena, no se disparan ni son objetos punzantes, cortantes o contundentes. Eso que tanto temen los implacables guardias del Reich tan sólo son libros: libros viejos, desencuadernados, deshojados y casi deshechos. Pero los nazis los persiguen, los azuzan y los vetan de manera obsesiva. A lo largo de la historia, todos los dictadores, tiranos y represores, fuesen arios, negros, orientales, árabes, eslavos o de cualquier color de piel, defendieran la revolución popular, los privilegios de las clases patricias, el mandato de Dios o la disciplina sumaria de los militares, fuera cual fuese su ideología, todos ellos han tenido algo en común: siempre han perseguido con saña los libros. Son muy peligrosos, hacen pensar.

Los grupos están en su sitio canturreando a la espera de que lleguen los guardias, pero una muchacha rompe la armonía propia de un apacible barracón de entretenimiento y echa a correr ruidosamente entre los círculos de taburetes.

—¡Al suelo!

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —le gritan.

Un profesor trata de tirarle del brazo para detenerla, pero ella se zafa y sigue corriendo a trompicones, cuando lo que hay que hacer es estarse quietos para pasar desapercibidos. Se sube a la chimenea horizontal de un metro de altura que divide el barracón en dos mitades y salta ruidosamente al otro lado. Incluso se pasa de frenada y derriba un taburete vacío, que rueda estruendosamente hasta el punto de silenciar un momento las actividades.

—¡Maldita seas! ¡Nos vas a delatar a todos! —le chilla la señora Krizková, roja de ira. Los niños, cuando no está delante, la llaman «señora Pellejos». No sabe que ha sido la propia muchacha a la que ahora chilla quien ha inventado el mote—. ¡Siéntate en el fondo con los asistentes, estúpida!

Pero no se detiene, sigue con su frenética carrera ajena a todas las miradas de desaprobación. Muchos niños observan fascinados cómo corretea con las piernas flacas metidas en unas medias altas de lana de rayas horizontales. Es una muchacha muy delgada pero no enfermiza, con una media melena castaña que se bambolea de un lado a otro en su veloz zigzag por entre los grupos. Dita Adlerova se mueve en medio de cientos de personas, pero corre sola. Siempre corremos solos.

Llega serpenteando hasta el centro del barracón y allí se abre paso a trompicones en medio de un grupo. Aparta con brusquedad algún asiento y una niña cae rodando.

—¡Eh, qué te has creído! —le grita desde el suelo.

La maestra de Brno ve con asombro cómo se planta delante de ella, jadeante, la joven bibliotecaria. Sin tiempo ni resuello para decir nada, Dita le arrebató el libro de las manos y la maestra se siente repentinamente liviana. Cuando un instante después reacciona para darle las gracias, Dita ya está a varias zancadas de allí. Quedan sólo unos segundos para que los nazis lleguen.

El ingeniero Marody, que ha visto la maniobra, ya está esperándola fuera del círculo. Le entrega al vuelo el libro de álgebra como si le pasara el

testigo en una carrera de relevos. Dita corre desesperadamente hacia los asistentes, que, al fondo del barracón, fingen barrer el suelo.

Está todavía a mitad de camino cuando nota que las voces de los grupos flaquean un momento, se cimbrean igual que la llama de una vela al abrirse una ventana. No necesita girarse para saber que se ha abierto la puerta y están entrando los guardias de las SS. Se deja caer bruscamente y aterriza en un grupo de niñas de once años. Mete los libros debajo del vestido y cruza los brazos sobre el pecho para evitar que se caigan. Las niñas la miran de reojo divertidas, mientras la maestra, muy nerviosa, les indica con la barbilla que no dejen de canturrear. A la entrada del barracón, después de que los SS observan unos segundos el panorama, gritan una de sus palabras predilectas:

—*Achtung!*

Se hace el silencio. Cesan las cancioncillas y el «veo, veo». El movimiento se congela. Y, sin embargo, en medio del silencio se oye cómo alguien silba nítidamente la quinta sinfonía de Beethoven. El Cura es un sargento temible, pero incluso él parece algo nervioso porque le acompaña alguien más siniestro aún.

—Que Dios nos ayude —escucha susurrar a la maestra.

La madre de Dita tocaba el piano antes de la guerra y por eso distingue perfectamente a Beethoven. Se da cuenta de que ya ha oído antes esa manera tan particular de silbar las sinfonías con una precisión de melómano. Fue después de viajar durante tres días hacinados en un vagón de carga cerrado, sin comida ni agua, procedentes del gueto de Terezín, donde los deportaron al expulsarlos de Praga y en el que vivieron durante un año. Era de noche cuando llegaron a Auschwitz-Birkenau. Imposible olvidar el ruido de chatarra del portón metálico al abrirse. Imposible olvidar la primera bocanada de un aire helado que tenía olor a carne quemada. Imposible olvidar el destello de las luces, intensas en la noche: el apeadero estaba iluminado como un quirófano. Luego las órdenes, los golpes de culata contra la chapa del vagón, los disparos, los pitidos, los chillidos. Y, en medio de la confusión, esa sinfonía de Beethoven impecablemente silbada con la más absoluta calma por un capitán, un Hauptsturmführer al que los propios SS miraban con terror.

Aquel día, el oficial pasó cerca de Dita, y ella vio su uniforme impecable, los guantes blancos impolutos y la Cruz de Hierro sobre la pechera de la guerrera; una medalla que sólo se gana en combate. Se paró delante de un grupo de madres y niños, y dio una amistosa palmada con la mano enguantada a uno de los pequeños. Incluso sonrió. Señaló a dos hermanos gemelos de catorce años —Zdenek y Jirka—, y un cabo se apresuró a sacarlos de la fila. La madre agarró al guardia por el faldón de la guerrera y se puso de rodillas implorando que no se los llevase. El capitán intervino con absoluta calma.

—En ninguna parte los tratarán como los va a tratar el tío Josef.

Y, en cierto modo, así iba a ser. Nadie en todo Auschwitz tocaba un pelo a las parejas de gemelos que coleccionaba para sus experimentos el doctor Josef Mengele. Nadie iba a tratarlos como él en sus macabros experimentos genéticos para averiguar cómo hacer que las mujeres alemanas dieran a luz gemelos y así multiplicar los nacimientos arios. La muchacha recuerda a Mengele alejándose con los niños de la mano, sin dejar de silbar plácidamente.

La misma sintonía que ahora se oye en el bloque 31.

Mengele...

La puerta del cuarto del responsable del bloque se abre con un ligero maullido, y el Blockältester Hirsch sale de su minúsculo cubículo fingiendo sorprenderse afablemente de la visita de los SS. da un sonoro taconazo para saludar al oficial; es una fórmula respetuosa con la que reconoce el rango del militar, pero también es una manera de mostrar una actitud marcial, ni doblegada ni acobardada. Mengele apenas lo mira, está abstraído y sigue silbando con las manos en la espalda como si nada de todo eso fuera con él. El sargento —el Cura, como lo llaman todos— escudriña el barracón con sus ojos casi transparentes sin sacar todavía las manos de dentro de las mangas de la guerrera, caídas sobre el regazo, no muy lejos de la funda de la pistola.

Jakopek no se equivocó.

—Inspección —susurra el Obersharführer.

Los SS que lo acompañan repiten su orden y la amplifican hasta convertirla en un grito que se mete en los tímpanos de los prisioneros. Dita,

en medio del corro de niñas, siente un escalofrío, aprieta los brazos contra su cuerpo y nota el crujido de los libros contra las costillas. Si le encuentran los libros encima, todo habrá terminado.

—No sería justo..., —murmura.

Tiene catorce años y la vida por estrenar, todo por hacer. Nada ha podido siquiera comenzar. Le vienen a la cabeza esas palabras que su madre lleva años repitiendo machaconamente cuando ella se lamenta de su suerte: «Es la guerra, Edita..., es la guerra».

Era tan pequeña que ya casi no recuerda cómo era el mundo cuando no existía la guerra. Igual que esconde los libros bajo el vestido en ese lugar donde se lo han arrebatado todo, también guarda en su cabeza un álbum de fotografías hecho de recuerdos. Cierra los ojos y trata de evocar cómo era el mundo cuando no existía el miedo.

Se ve a sí misma con nueve años parada frente al reloj astronómico de la plaza del Ayuntamiento de Praga a principios de 1939. Miraba un poco de reojo el viejo esqueleto que vigilaba los tejados de la ciudad con sus enormes cuencas vacías como puños negros.

En la escuela les habían contado que el gran reloj era un inofensivo ingenio mecánico ideado por el maestro Hanus más de cinco siglos atrás. Pero la leyenda que contaban las abuelas la angustiaba: el rey le mandó a Hanus construir el reloj astronómico con sus figuras que desfilaban a cada hora en punto, y después ordenó a sus alguaciles que lo dejaran ciego para que nunca pudiera reproducir una maravilla igual para otro monarca. Como venganza, el relojero introdujo la mano dentro del mecanismo y lo inutilizó. Cuando los engranajes se la seccionaron, la maquinaria se atascó y no pudo repararse durante años. Por las noches, a veces soñaba con esa mano amputada culebreando arriba y abajo por entre las ruedas dentadas del mecanismo. El esqueleto agitó una campanilla y empezó el festival mecánico: un desfile de autómatas que se desplegaba para recordar a los ciudadanos que los minutos se empujan nerviosamente unos a otros y las horas se van unas detrás de otras, como esos figurines que llevaban siglos entrando y saliendo apresuradamente de aquella descomunal caja de música. Sin embargo, ahora se da cuenta, atenazada por la angustia, de que a los nueve años una niña no se percata aún de eso y cree que el tiempo es

una cola espesa, un mar inmóvil y pegajoso donde no se avanza. Por ello, a esa edad los relojes sólo aterran si tienen esqueletos junto a las esferas.

Dita, agarrada a esos viejos libros que pueden llevarla a la cámara de gas, ve con nostalgia a la niña feliz que fue. Cuando acompañaba a su madre a comprar por el centro, le encantaba detenerse frente al reloj astronómico de la plaza del Ayuntamiento, pero no para ver el espectáculo mecánico —porque en realidad ese esqueleto la inquietaba más de lo que quería reconocer—, sino para divertirse mirando de reojo a los absortos transeúntes, muchos de ellos forasteros de paso por la capital, que observaban muy concentrados la aparición de los autómatas. Contenía con poco disimulo la risa que le producía ver las muecas de asombro y la risa bobalicona de los presentes. En seguida les inventaba apodos. Recuerda con un punto de melancolía que una de sus diversiones favoritas era poner apodos a todo el mundo, especialmente a los vecinos y conocidos de sus padres. A la estirada señora Gottlieb, que alargaba mucho el cuello para darse importancia, la llamaba «señora Jirafa». Y al tapicero cristiano de la tienda de abajo, completamente calvo y escuchimizado, lo llamaba para sus adentros «señor Cabeza de Bolo». Se recuerda persiguiendo unos metros el tranvía, que agitaba su campanilla al cimbrarse en el giro de la plaza Staromestke y se perdía culebreando en el barrio de Josefov, y luego echando a correr hacia la tienda del señor Ornest, donde su madre compraba tejido para hacerle los abrigos y las faldas de invierno. No ha olvidado cómo le gustaba esa tienda, que tenía en la puerta un rótulo luminoso con unas bobinas de colores que se iban encendiendo una tras otra hasta llegar arriba y volver a empezar.

Si no hubiera sido una niña que corría con esa felicidad aislante de los niños, tal vez al pasar cerca del puesto del vendedor de periódicos se habría fijado en que había una larga cola de compradores y que, en la pila de ejemplares del *Lidové Noviny*, el titular, con cuatro columnas y un cuerpo de letra descomunal, más que informar gritaba sobre la portada: «El gobierno pacta la entrada del ejército alemán en Praga».

Dita abre un momento los ojos y ve a los SS husmeando por el fondo del barracón. Incluso levantan los dibujos colgados de la pared con clavos fabricados con puntas de alambre para ver si debajo se oculta algo. Nadie

habla, y el ruido de los guardias al trastear se oye con nitidez en ese barracón que huele a humedad y a moho. También a miedo. Es el olor de la guerra. De lo poco que recuerda de cuando era niña siempre le viene a la memoria que la paz olía a la densa sopa de pollo que se dejaba cociendo toda la noche del viernes. Cómo no acordarse del sabor del cordero muy rustido, y el de la pasta de huevo y nueces. Largos días de colegio, y tardes jugando a la rayuela y al escondite inglés con Margit y otras compañeras de clase que se difuminan en su memoria... Hasta que todo entró en decadencia.

Los cambios no fueron de golpe, sino progresivos. Aunque sí hubo un día en que la infancia se cerró como la cueva de Alí Babá y quedó sepultada en la arena. Ese día sí lo recuerda nítidamente. Ella no sabe la fecha, pero fue un 15 de marzo de 1939. Praga amaneció temblando.

Las lágrimas de cristal de la lámpara del salón vibraban, pero supo que no era un terremoto porque nadie corría ni se alteraba. Su padre tomaba su taza de té del desayuno y leía el periódico fingiendo indiferencia, como si nada sucediera.

Salió hacia el colegio acompañada de su madre y la ciudad se estremecía. Empezó a escuchar el ruido al dirigirse a la plaza de Wenceslao, donde la trepidación del suelo era tan fuerte que hacía cosquillas en las plantas de los pies. El rumor sordo iba haciéndose más perceptible a medida que se acercaban, y Dita estaba intrigada ante aquel extraño fenómeno. Al llegar, no pudieron cruzar la calle taponada de gente ni ver otra cosa que una muralla de espaldas, abrigos, nucas y sombreros.

Su madre se detuvo en seco. Se le tensó la cara y envejeció de repente. Cogió de la mano a su hija para volver atrás y dar un rodeo por otro camino hasta el colegio, pero ella no pudo resistir la curiosidad y de un tirón se liberó de la mano que la sujetaba. Como era menuda y delgada, no le costó trabajo colarse entre aquella multitud de gente agolpada sobre la acera y situarse en primera fila, justo donde los policías de la ciudad formaban un cordón con las manos entrelazadas.

El ruido era atronador: una tras otra, las motos grises con sidecar pasaban por delante transportando a soldados vestidos con relucientes chaquetones de cuero y gafas de motorista colgadas del cuello. Sus cascos

brillaban, acababan de salir de las fábricas del centro de Alemania, sin un rasguño todavía, sin rastro de batallas. Detrás llegaban los carros de combate artillados con enormes ametralladoras y, a continuación, retumbaban los tanques, que avanzaban por la avenida con la amenazadora lentitud de los elefantes.

Recuerda que le pareció que los que desfilaban eran autómatas como los del reloj astronómico del ayuntamiento, y que al cabo de unos segundos se cerraría una compuerta tras ellos y desaparecerían. Y cesaría el temblor. Pero esta vez no eran autómatas los que formaban una procesión mecánica, sino hombres. En esos años aprendería que la diferencia entre unos y otros no siempre es apreciable.

Sólo tenía nueve años, pero sintió miedo. No había música de bandas, no había carcajadas ni algarabía, no había silbidos... Era un desfile mudo. ¿Por qué estaban allí esos hombres de uniforme? ¿Por qué nadie reía? De repente, ese desfile silencioso le recordó a un cortejo fúnebre.

La férrea mano de su madre la sacó a rastras por entre la multitud. Se alejaron en dirección opuesta, y Praga volvió a aparecer ante sus ojos como la ciudad vivaracha de siempre. Era como despertarse de un mal sueño con alivio y comprobar que todo volvía a estar en su sitio.

Pero el suelo seguía agitándose bajo sus pies. La ciudad temblaba. Su madre también temblaba. Tironeaba de ella desesperada intentando dejar atrás el desfile y escapar a la gigantesca zarpa de la guerra con pasitos apresurados sobre sus coquetos zapatos de charol. Dita suspira agarrada a sus libros. Se da cuenta con tristeza de que fue ese día y no el de su primera menstruación cuando abandonó la niñez, porque dejó de tener miedo a esqueletos o a las viejas historias de manos fantasmas, y empezó a temer a los hombres.

2

Los SS han iniciado el escrutinio en el barracón sin apenas mirar a los prisioneros, ocupándose de paredes, suelo y objetos. Los alemanes son así de ordenados: primero el continente y luego el contenido. El doctor Mengele se vuelve a hablar con Fredy Hirsch, que ha permanecido todo ese tiempo casi en posición de firmes, sin moverse un milímetro. Se pregunta de qué hablarán. ¿Qué le contará Hirsch para que ese oficial, al que temen hasta los miembros de las SS, permanezca allí parado junto a él, sin gesticular ni mostrar reacción alguna, pero aparentemente atento? Muy pocos judíos serían capaces de dirigirse con tanta seguridad a ese hombre al que algunos llaman doctor Muerte, muy pocos podrían hacerlo sin que les temblara la voz o los traicionara el nerviosismo de los gestos. Pero, a esa distancia, Hirsch parece mantener una conversación con la misma naturalidad con que lo haría alguien que se para en la calle a charlar con un vecino.

Hay quien dice que Hirsch es un hombre sin miedo. Otros dicen que a los alemanes les cae en gracia porque él mismo es alemán, y algunos incluso insinúan que hay algo turbio tras su aspecto impecable.

El Cura, que dirige el rastreo, hace un gesto que ella no logra descifrar. Si los mandan levantarse y han de ponerse firmes, ¿cómo va a sostener los libros sin que se le caigan?

La primera lección que cualquier veterano da a un recién llegado es que uno siempre debe tener claro su objetivo: sobrevivir. Sobrevivir unas horas más, y así acumular un día más, que sumado a otros podrá convertirse en una semana más. Y así sucesivamente: nunca hacer grandes planes, nunca tener grandes objetivos, sólo sobrevivir a cada momento. Vivir es un verbo que sólo se conjuga en presente.

Es su última oportunidad para meter la mano por debajo del vestido y dejar los libros disimuladamente debajo de un taburete vacío que hay a un metro. Cuando se hayan levantado para formar y los encuentren allí, no podrán acusarla, los culpables serán todos y ninguno. Y no podrán llevarlos a todos a las cámaras de gas. Aunque, con toda seguridad, cerrarán el bloque 31. Dita se pregunta si esa clausura sería realmente algo tan importante. Le han contado cómo algunos profesores al principio se rebelaron: ¿acaso sirve de algo hacer estudiar a unos niños que probablemente nunca salgan con vida de Auschwitz? ¿Tiene sentido hablarles de los osos polares o machacarles la tabla de multiplicar en vez de hablar con ellos sobre las chimeneas que a pocos metros expulsan el humo negro de los cuerpos incinerados? Hirsch los convenció con su autoridad y su entusiasmo. Les dijo que el bloque 31 sería un oasis para los niños.

¿Oasis o espejismo?, se preguntan todavía algunos.

Lo más lógico sería desembarazarse de los libros, luchar por su vida. Pero duda.

El suboficial se cuadra ante su superior y recibe unas órdenes precisas, que transmite de inmediato con una voz autoritaria:

—¡En pie! ¡Firmes!

Ahora sí, empieza el revuelo de gente que se va levantando. Es el instante de confusión que necesita para salvarse. Al aflojar la presión de los brazos, los libros han resbalado por dentro del vestido hasta su regazo. Pero entonces vuelve a apretarlos contra el vientre y lo hace tan fuerte que incluso los siente crujir como si tuvieran huesos. Cada segundo que se demora en deshacerse de ellos, su vida corre más y más peligro.

Los SS ordenan de manera imperativa que haya silencio, que nadie se mueva de su lugar. A los alemanes lo que más les irrita es el desorden. Es algo insoportable para ellos. Al principio, cuando pusieron en marcha la solución final para las razas enemigas como la judía, las ejecuciones sangrientas causaron rechazo en numerosos oficiales de las SS. Se les hacía difícilmente soportable el tumulto de cuerpos muertos mezclados con los agonizantes, la ardua tarea de rematar uno por uno a los fusilados, el lodazal de sangre al pasar pisando los cuerpos abatidos, las manos de moribundos enroscadas en las botas como enredaderas. Desde que han encontrado la

fórmula para exterminar a los judíos con eficacia y sin generar situaciones de caos en centros como Auschwitz, el crimen masivo dictado desde Berlín ha dejado de ser un problema. Se ha convertido para ellos en una rutina más derivada de la guerra.

La gente se ha puesto de pie delante de Dita, y los SS no pueden verla. Mete la mano derecha bajo el blusón y coge el tratado de geometría. Al tocarlo, siente la rugosidad de sus hojas y recorre con el dedo los surcos de la goma arábica en el lomo arrancado. Se da cuenta de que el lomo desnudo de un libro es un campo arado.

Y en ese momento cierra los ojos y aprieta muy fuerte los libros. Sabe lo que ha sabido desde el principio: que no va a hacerlo. Ella es la bibliotecaria del 31. No va a fallarle a Fredy Hirsch porque ella misma le pidió, casi le exigió, que confiara en ella. Y él lo hizo, le mostró los ocho ejemplares clandestinos y le dijo: «Ésta es tu biblioteca».

Finalmente, se levanta con cuidado. Lleva un brazo firmemente cruzado sobre el pecho para sostener los libros y que no caigan al suelo estrepitosamente. Se pone en el centro del grupo de niñas, que la tapan algo, pero ella es más alta y su postura sospechosa resulta demasiado evidente.

Antes de iniciar la inspección de los prisioneros, el sargento da unas órdenes y dos de los SS desaparecen dentro del cuarto del jefe de bloque. Piensa en el resto de los libros ocultos en el cuarto de Hirsch y se da cuenta de que el Blockältester corre ahora un gran peligro. Si los descubren, todo habrá terminado para él. Sin embargo, el escondrijo le parece sólido. El cuarto tiene un suelo de tablas y una de ellas, en una esquina, es de quita y pon. Debajo se excavó la tierra suficiente para crear un hueco donde depositar la pequeña biblioteca. Los libros caben con una exactitud tan milimétrica que, aunque la tabla se pise o se golpee con los nudillos, no suena hueca y nada hace sospechar que debajo haya un minúsculo escondrijo.

Dita hace tan sólo unos días que es la bibliotecaria, pero parecen semanas o meses. En Auschwitz el tiempo no corre, se arrastra. Gira a una velocidad infinitamente más lenta que en el resto del mundo. Unos días en Auschwitz convierten a un novato en un veterano. También pueden

transformar a un joven en un viejo o a una persona robusta en un ser decrepito.

Mientras los alemanes trastean dentro, Hirsch sigue sin moverse de su posición. Mengele, con las manos en la espalda, se ha alejado varios pasos silbando unos compases de Liszt. Un par de SS esperan delante del cuarto a que los otros acaben el registro, y ya se han relajado y echan la cabeza atrás en un gesto perezoso. Hirsch permanece rígido como el palo de una bandera. Es una bandera. Cuanto más descuiden ellos su compostura, más tieso estará él. No va a desaprovechar la más mínima ocasión para demostrar con cualquier gesto, por nimio que sea, la fortaleza de un judío. Él está convencido de que son mucho más fuertes que los nazis, por eso los temen. Por eso los quieren exterminar. Únicamente los han doblegado por no tener un ejército propio, pero tiene la convicción de que ése será un error que ya no volverán a cometer. No le cabe duda: cuando todo esto acabe crearán un ejército y será el más duro entre los duros.

Los dos SS salen del cuarto; el Cura lleva unas cuartillas en la mano. Al parecer, es lo único sospechoso que han encontrado. Mengele las examina superficialmente y se las entrega al suboficial con desdén, casi dejándoselas caer encima. Son los informes que el jefe de barracón redacta sobre el funcionamiento del bloque 31 para la comandancia del *lager*. Mengele los conoce perfectamente porque los escribe para él.

El Cura vuelve a meter las manos en las mangas algo dadas de su guerrera. Da las órdenes en voz baja, pero los guardias saltan como muelles y la partida de caza se lanza en busca de una presa. Avanzan hacia los internos pateando violentamente cuantas banquetas se interponen en su camino. El miedo se desata en los niños y en los profesores novatos, que dejan escapar gritos de angustia y sollozos. Los veteranos se inquietan menos. Hirsch no se mueve ni un milímetro. No muy lejos, en un rincón, Mengele se ha quedado a observar desde la distancia.

Los veteranos saben que no se trata de un acceso repentino de vandalismo, los nazis no se han vuelto locos de golpe ni van a ponerse a disparar las metralletas a diestro y siniestro. Es la rutina de la guerra: dar patadas a los asientos forma parte del procedimiento. Gritar, también. Incluso soltar algún culatazo. No es nada personal. Derribar taburetes es

una forma de advertencia de que, un momento después, pueden empezar a derribar vidas con idéntica facilidad. Matar también es una rutina de la guerra.

Al llegar al primer racimo de internos, la jauría se frena en seco. Cuando su superior se incorpora, inician el escrutinio casi a cámara lenta. Se detienen a cada momento escudriñando a los prisioneros, cacheando a algunos, volteando la cabeza arriba y abajo en una búsqueda de no saben exactamente qué. Todos fingen mirar al frente, pero se vuelven de reojo hacia el compañero que está a su lado.

Le exigen a una de las profesoras que salga de la fila, una mujer alta que enseña manualidades y consigue que los niños hagan pequeños milagros con cordones viejos, astillas, cucharas quebradas o telas desechadas. No entiende lo que le dicen, no distingue bien las palabras, pero los soldados le gritan, uno la zarandea. Probablemente no haya un porqué. Gritar y zarandear también forma parte del procedimiento. La profesora, alta y delgada, parece un junco que vaya a quebrarse con un crujido seco. Finalmente, un empujón y otro grito la devuelven a su sitio en el grupo.

Los guardias avanzan nuevamente. A Dita se le cansa el brazo, pero aprieta aún con más fuerza los libros sobre su pecho. Se paran en el grupo de al lado, a tres metros de ella. El Cura levanta la barbilla y ordena a un hombre que salga de la fila.

Es la primera vez que Dita se fija en el profesor Morgenstern, un hombre de aspecto inofensivo que, por los pliegues de piel bajo la barbilla, algún día debió de ser rechoncho. Tiene el pelo canoso rizado, viste un traje de mil rayas muy desgastado que le viene ancho y lleva unas gafas redondas sobre sus ojos miopes de castor. Dita no oye bien las palabras que le dirige el Cura, pero ve cómo el profesor Morgenstern le tiende sus lentes. El Obersharführer las toma y las examina; no se permitió a ningún interno quedarse con objetos personales, pero nadie consideró que unas gafas para un miope fueran un elemento suntuario. Aun así, el SS las examina, como si no supiera que no son de oro, que no tienen ningún valor ni otra utilidad que la de permitir ver algo al viejo arquitecto. Le tiende de vuelta las gafas, pero cuando el maestro alarga su mano para cogerlas, el Cura las deja caer y se estrellan contra un taburete antes de llegar al suelo.

—¡Torpe! ¡Estúpido! —le grita el suboficial.

El profesor Morgenstern se agacha dócilmente a recoger del suelo sus lentes rotas. Al ir a levantarse se le caen del bolsillo un par de pajaritas de papel arrugadas y ha de volver a agacharse de nuevo. Al hacerlo, se le vuelven a caer las gafas. El Cura observa su torpeza con una irritación a duras penas contenida. Da un airado giro de tacones y continúa la inspección.

Desde atrás, Mengele lo observa todo sin perderse detalle. Los SS, con sus gorras cruzadas por la calavera y sus botas que todo lo aplastan, avanzan muy despacio, fijando la vista sobre los internos con una sed de violencia que hace que los ojos les brillen avariciosamente. Dita los siente llegar, no se atreve ni a mirar de reojo. Por desgracia, se detienen exactamente delante de su grupo, y el Cura se planta enfrente de ella a menos de cuatro o cinco pasos. Dita ve temblar delante a las niñas como briznas de hierba. A ella el sudor se le ha helado en la espalda. Sabe que no hay nada que hacer: su altura la hace sobresalir del resto de las niñas y es la única que no está en posición de firmes con los brazos pegados al cuerpo. Su extraña postura —es evidente que está sosteniendo algo con el brazo— la delata. No es posible escapar al ojo implacable del Cura, uno de esos nazis abstemios, como Hitler, que sólo se emborrachan de odio.

Ella tiene la vista al frente, pero siente la mirada del Cura atravesándola. El miedo le forma una bola en la garganta, le falta el aire, se asfixia. Oye una voz masculina y se dispone ya a salir del centro del grupo.

Todo ha terminado...

Pero aún no. Se queda quieta porque se da cuenta de que no es la voz del Cura llamándola, sino otra mucho más apocada. Es la voz del aturullado profesor Morgenstern.

—Disculpe, señor suboficial, ¿da usted su permiso para que regrese a mi lugar en la fila? Si le parece a usted bien, naturalmente, de lo contrario permaneceré aquí hasta que me lo ordenen. Lo último que querría sería causar cualquier tipo de molestia...

El Cura gira la cabeza y lanza un gesto iracundo en dirección al hombrecillo insignificante que ha osado dirigirse a él sin que se le autorizase a hablar. El viejo profesor ha vuelto a ponerse los lentes, que

tienen un cristal rajado, y, fuera de la formación, observa a los SS con una cara bobalicona de infinita bondad. El Cura da unas zancadas hacia él y los guardias lo siguen. Por primera vez, eleva la voz:

—¡Estúpido viejo judío imbécil! ¡Si no estás en tu sitio en tres segundos, te pegaré un tiro!

—A la orden, como usted mande —le responde con docilidad—. Le ruego que me disculpe, no pretendía molestarlo, es que he preferido preguntar antes que cometer algún acto de indisciplina que pudiera ser contrario a las ordenanzas, porque a mí no me gusta actuar de manera inconveniente y mi deseo es servirles de la manera más correcta...

—¡A la fila, imbécil!

—Sí, señor. A sus órdenes, señor. Discúlpeme una vez más. No era mi intención interrumpir, precisamente...

—¡Cállate antes de que te meta una bala en la cabeza! —le grita el nazi, fuera de sí.

El profesor va caminando hacia atrás, haciendo exageradas inclinaciones de cabeza, hasta incrustarse en su grupo. El Cura no se ha percatado de que sus propios guardias se han movido tras él y, al girarse bruscamente hecho una furia, tropieza estrepitosamente con ellos. Una escena digna de las comedias del cinematógrafo: los nazis chocando unos contra otros como bolas de billar. Algunos niños se ríen por lo bajo, y los profesores, alarmados, les dan codazos para que guarden silencio.

El sargento, visiblemente alterado, mira de reojo a su superior, el sombrío capitán médico, que permanece con las manos en la espalda en un rincón en penumbra. El Cura no puede verle el rostro, pero se imagina su gesto de desdén. A Mengele nada le produce mayor desprecio que la mediocridad y la incompetencia.

El suboficial aparta a los suyos con un gesto enojado y retoma la inspección. Pasa por delante de la hilera de Dita y ella aprieta su brazo adormecido. También los dientes. Aprieta todo lo que se puede apretar. Si pudiera apretaría hasta las orejas. Pero como el Cura está alterado y tiene la impresión de haber revisado ya ese grupo, pasa al siguiente. Hay más gritos, más empujones, algún registro..., y después la comitiva se aleja lentamente de su sector.

La bibliotecaria recupera la respiración, aunque hasta que no desaparezcan del barracón no habrá pasado el peligro. Son serpientes venenosas: pueden revolverse cuando menos te lo esperas. Se estruja los libros contra el cuerpo y, por una vez, se alegra de no tener un pecho abultado. Sus senos infantiles le permiten acoplarse los libros discretamente. Le duele el brazo de tenerlo en la misma postura durante tanto tiempo. Siente aguijonazos, pero no se atreve a moverse por miedo a que los libros caigan al suelo con estrépito. Para no pensar en el dolor, rememora cómo el azar la llevó al bloque 31.

La llegada del transporte que la trajo en diciembre coincidió con los últimos preparativos para una representación teatral de *Blancanieves y los siete enanitos*. Era una forma de celebrar Hannukkah, la fiesta que rememora la revuelta de los ejércitos judíos macabeos contra los griegos. Antes del recuento de la mañana, su madre se encontró con una conocida de Terezín, la señora Turnovská, una frutera de Zlin. Resultó una pequeña alegría en medio de tantas penurias.

Fue esa agradable mujer, que se había quedado viuda al principio de la guerra, la que explicó que había oído hablar de la existencia de un barracón-escuela adonde asistían niños de hasta trece años. Cuando su madre le dijo que Edita tenía catorce, la señora Turnovská le contó que el director de la escuela había sido perspicaz y había convencido a los alemanes de que necesitaba unos cuantos asistentes para ayudar a mantener el barracón en orden. De esa manera había empleado a algunos muchachos de catorce a dieciséis años.

—Allí pasan lista a cubierto, no se mojan ni pasan este frío cada mañana. No tienen que trabajar todo el día. Incluso las raciones de comida son un poco mejores.

La señora Turnovská, que de todo se enteraba, había sabido que Miriam Edelstein iba a incorporarse como subdirectora de Fredy Hirsch.

—Miriam Edelstein duerme en mi barracón y me conoce, vamos a hablar con ella.

La encontraron caminando apresuradamente por la *lagerstrasse*, la avenida principal del campo que lo atravesaba de punta a punta. Estaba atareada y de mal humor; las cosas no le habían ido nada bien tras el

traslado desde el gueto de Terezín, donde su marido Yakub había sido presidente del Consejo Judío. Nada más llegar, lo habían separado del grupo y lo habían recluido con los presos políticos en Auschwitz I.

La señora Turnovská le cantó en un momento las virtudes de Dita, como si estuviera vendiendo ciruelas, pero antes que acabase con su retahíla, Miriam Edelstein la cortó.

—El cupo de asistentes está cubierto y muchas personas me han pedido lo mismo antes que usted.

Y arrancó a andar con mucha prisa.

Pero cuando ya estaba a punto de perderse en el marasmo de la *lagerstrasse*, se detuvo. Y volvió sobre sus pasos. Las tres mujeres se habían quedado tan chasqueadas que no se habían movido ni un centímetro de donde estaban.

—¿Dijo usted que esta muchacha habla perfectamente checo y alemán, y que lee muy bien?

La casualidad quiso que esa madrugada falleciera el apuntador de la obra que iba a representarse esa misma tarde en el bloque 31.

—Necesitamos urgentemente un apuntador..., ¿sería capaz de hacerlo?

Todas las miradas recayeron en Dita.

¡Claro que podía hacerlo!

Esa tarde entró por primera vez en el bloque 31. Aparentemente, era uno más de los treinta y dos barracones que componían el campo BIb, divididos en dos hileras de dieciséis y separados por la calle principal, la *lagerstrasse*, si es que a ese lodazal podía llamársele calle. Otro más de esos establos rectangulares atravesados por una chimenea de ladrillo horizontal sobre el suelo de tierra apisonada que dividía el espacio en dos mitades. Pero comprobó que el 31 tenía una diferencia fundamental: en lugar de las hileras de literas triples donde dormían los presos, había únicamente taburetes; y, en vez de madera podrida, lo que se veía en las paredes eran dibujos de esquimales y de los enanitos de *Blancanieves*.

Habían ordenado los taburetes formando una improvisada platea, y reinaba un alegre caos de idas y venidas de voluntarios que estaban convirtiendo un miserable barracón en un teatro. Unos terminaban de colocar los asientos, otros llevaban y traían telas de colores, y un grupo

ensayaba algunos párrafos con niños que se esforzaban por acabar de memorizarlos. Al fondo del barracón, los asistentes se afanaban por ajustar los colchones que formaban un pequeño escenario, y un par de mujeres de edad indefinible ajustaban las telas verdes que iban a convertirse en el bosque de *Blancanieves*. En aquel momento, a Dita le vino a la cabeza el último libro que leyó antes de dejar Praga: se titulaba *Cazadores de microbios*, y su autor, Paul de Kruif, explicaba las vidas de grandes investigadores cuyo campo eran las bacterias y los seres microscópicos. Y en aquel barracón se sintió un poco como Koch, Grassi o Pasteur mirando a través de una lente de aumento el movimiento alocado de seres minúsculos que se movían animadamente en un mundo que no tenía nada más que el tamaño de una gota de agua. Igual que la más pequeña mancha de moho, también en ese agujero, contra todo pronóstico, la vida seguía tozudamente adelante.

Le habían preparado un pequeño cubículo frente al escenario, hecho con papel de estraza pintado de color negro. Se le acercó Rubícheck, el director de la obra, y le dijo que estuviera atenta a la pequeña Sarah, ya que cuando se ponía nerviosa no le salían las palabras en alemán y cambiaba al checo sin darse cuenta. Una de las condiciones que pusieron los nazis para autorizar la representación es que debía hacerse en alemán.

De la obra recuerda sus nervios antes de empezar, el peso de la responsabilidad en un barracón atestado de público y la inquietante presencia en la primera fila de algunos de los oficiales que dirigían Auschwitz II, como el comandante Schwarzhuber o el doctor Mengele. Miraba a través de un agujero del cartón, y le sorprendía ver cómo reían y aplaudían. Parecían entusiasmados con la actuación. ¿Eran los mismos que mandaban a miles de niños a la muerte todos los días? Lo eran.

De todas las obras que se representaron en aquel bloque 31, la de *Blancanieves* de diciembre de 1943 fue la que nunca olvidó ninguno de los que asistieron aquella noche a su puesta en escena y vivieron para contarlo.

Al arrancar la representación, el espejo mágico que había de decirle a la madrastra quién era la más hermosa del reino se trastabilló.

—La más guapa e-e-e-e-res tú, mi rei-rei-rei-na...

La platea se llenó de carcajadas. Pensaron que era una broma que formaba parte de la obra. Dita sudaba dentro de su concha de papel. El tartamudeo no estaba en el guión, sino en los nervios del muchacho, pero cualquier destello de humor se recibía con alborozo porque en Auschwitz las risas eran aún más escasas que el pan. Y necesitaban desesperadamente reír.

Cuando Blancanieves quedó abandonada en el bosque, cesaron las carcajadas. La interpretaba una niña de mirada triste; el maquillaje de ojeras rojizas ahondaba su aire de desamparo. Se la veía tan frágil, vagando extraviada por el bosque, pidiendo ayuda con su voz de pitiminí, que a Dita se le hacía un nudo en el pecho al verse a sí misma igual de desvalida en ese confín de Polonia, perdida en un bosque hostil lleno de lobos con uniforme.

Las risas esporádicas por los olvidos de algunas frases o el tropezón del cazador que abandona a Blancanieves a su suerte en el bosque (el muy torpón casi se cayó de cabeza del escenario, recuerda Dita) se detuvieron en seco cuando la pequeña Blancanieves empezó a cantar. Los que no se explicaban por qué, pudiendo escoger entre docenas de niñas, habían cogido para el papel a aquella tan menuda y tan pálida, con cara de muñequita antigua de porcelana, encontraron ahí la respuesta. Su voz era maravillosa y las dulzotas canciones, tomadas de la película de Walt Disney, adquirían tal intensidad, sin otro acompañamiento musical que el timbre de sus cuerdas vocales, que a muchos se les aflojaron los tornillos de las defensas emocionales. Cuando la gente es hacinada, marcada y sacrificada como animales, llegan a creer que son reses. Reír y llorar les recuerda que aún son personas.

Finalmente, apareció entre aplausos el príncipe salvador, altísimo frente al resto de los actores, de espaldas anchas y con el pelo remojado peinado hacia atrás como si llevara fijador: el propio Fredy Hirsch. Blancanieves despertó con la medicina más antigua del mundo, y la obra se cerró con una enorme ovación del público. Incluso aplaudía el impasible doctor Mengele, aunque, eso sí, sin quitarse los guantes blancos.

El mismo doctor Mengele que permanece en un extremo del bloque 31 radiografiando todo lo que sucede con las manos en la espalda como si nada de aquello fuera con él. El Cura dirige su cortejo fúnebre de guardias hacia

el fondo del barracón pateando banquetas y estrujando nervios, y hace salir de la fila a algunos internos, más para azuzarlos que para registrarlos. Por suerte, se van alejando y no han encontrado ninguna excusa para detener a nadie, al menos hasta ese momento.

Los nazis están acabando de pasar revista en el barracón. Llegan hasta el final. El sargento se gira hacia el capitán médico, pero ya no está, se ha esfumado. Los guardias deberían estar contentos por no haber hallado en su escrutinio túneles de fuga, armas o cualquier cosa contraria a sus órdenes. Sin embargo, están rabiosos por no haber encontrado nada que castigar. Lanzan algunos gritos como traca final, zarandean violentamente a un pobre muchacho que ejerce de asistente, lanzan amenazas de muerte y se van por la puerta trasera del barracón. Por esta vez, los lobos se han limitado a remover la hojarasca con el hocico. Se han ido, pero volverán.

Cuando se cierra la puerta tras ellos, hay un murmullo de alivio. Fredy Hirsch se lleva a los labios el silbato que siempre lleva colgando y pita con firmeza para mandar que se rompan filas. Dita tiene el brazo tan entumecido que casi no puede apartarlo del cuerpo. Le duele tanto que se le saltan las lágrimas, pero es tan grande el alivio que siente por la marcha de los nazis que llora y ríe.

Se ha apoderado de la gente una cierta electricidad nerviosa. Los profesores tienen ganas de conversar, de contar sus sensaciones, de explicarse unos a otros lo que ya todos han visto. Los niños aprovechan el momento para corretear y desfogarse. Dita ve venir de frente a la profesora Krizková. Avanza hacia ella en línea recta, como un rinoceronte. Al andar se le agita el pellejo que le cuelga bajo la barbilla como a los pavos. Se planta a menos de un centímetro de ella.

—¿Es que estás mal de la cabeza, niña? ¿No sabes que cuando se da la orden has de ocupar tu lugar en la zona de asistentes en lugar de ponerte a correr como una loca? ¿No ves que pueden llevarte detenida y matarte? ¿No ves que pueden matarnos a todos?

—Yo hice lo que creía mejor...

—Lo que tú creías... ¿Y quién eres tú para cambiar las normas que se han decidido entre todos? ¿Crees que lo sabes todo? —La cara de la mujer se arruga hasta quebrarse en mil pliegues.

—Lo siento, señora Krizková...

Dita aprieta los puños para que no se le caigan las lágrimas. No le va a dar ese placer.

—Voy a dar parte de lo que has hecho...

—No será necesario.

Es una voz muy varonil que habla en checo con un fuerte acento alemán, pausada pero a la vez rotunda. Al girarse ven a Hirsch, perfectamente afeitado y repeinado.

—Señora Krizková, todavía queda un rato hasta el final de las clases. Debería ocuparse de su grupo, que anda muy revuelto.

La profesora siempre presume de que, gracias a su rectitud, tiene el grupo de niñas más disciplinado y estudioso de todo el bloque 31. No dice nada, aunque mira un instante al jefe de barracón con furia. Se da la vuelta y, muy erguida, con la cabeza alta, se marcha muy digna y malhumorada hacia sus alumnas. Dita suspira aliviada.

—Gracias, señor Hirsch.

—Fredy...

—Lamento haberme saltado las órdenes.

Hirsch le sonríe.

—El buen soldado es el que no necesita esperar a recibir órdenes porque sabe siempre cuál es su deber.

Y, antes de marcharse, se vuelve un momento hacia ella y mira los libros que lleva en el regazo.

—Estoy orgulloso de ti, Dita. Que Dios te bendiga.

Al verlo irse con sus pasos enérgicos piensa en la noche de la representación de *Blancanieves*. Mientras los asistentes desmontaban el escenario, salió de su escondrijo de apuntadora y se dirigió hacia la salida, pensando que tal vez no volvería a pisar ese barracón capaz de convertirse en un teatro. Pero una voz vagamente familiar la detuvo.

—Muchacha...

Fredy Hirsch aún tenía el rostro blanco del maquillaje de tiza. A Dita le pareció sorprendente que se acordara de ella. En el gueto de Terezín, Hirsch era el responsable de la Oficina Joven, pero sólo lo había visto fugazmente

un par de veces cuando ayudaba a una bibliotecaria a llevar el carro de los libros por los edificios de aquella ciudad-presidio.

—Tu llegada al campo es providencial —le dijo.

—¿Providencial?

—¡Absolutamente! —Le hizo un ademán para que lo siguiera a la parte trasera del escenario, donde ya no quedaba nadie. De cerca, los ojos de Hirsch tenían una rara mezcla de dulzura e insolencia, y sus palabras en checo sonaban con un fuerte acento alemán—. Necesito urgentemente una bibliotecaria para nuestro bloque infantil.

Dita se quedó perpleja. Ella no era más que una niña de catorce años que a veces se ponía un poco de puntillas para parecer mayor.

—Disculpe, señor, creo que hay un malentendido. La bibliotecaria era la señorita Sittigová, yo sólo la ayudaba alguna vez a llevar los libros de un lado a otro.

El director del bloque 31 sonreía de esa manera suya tan particular, amable y con un punto condescendiente.

—Me fijé en ti varias veces. Tú empujabas el carro de los libros.

—Sí, porque a ella le pesaba mucho y las ruedecillas rodaban mal entre los adoquines. Pero nada más.

—Tú tirabas del carro de los libros. Podías haber pasado la tarde tumbada en tu camastro, paseando con tus amigas o tal vez ocupándote de tus cosas. Pero, en cambio, empujabas el carretón de ruedas para que la gente tuviera libros.

Ella lo miraba con perplejidad, pero las palabras de Hirsch no admitían réplica. Él no dirigía un barracón, dirigía un ejército. Igual que el general de una revolución popular que se alza en armas contra una tropa invasora señala a un campesino y le dice «Tú eres coronel», él aquella tarde señaló con la misma solemnidad a Dita en aquel barracón destartado y le dijo: «Tú eres bibliotecaria».

Aunque también añadió:

—Pero es peligroso. Muy peligroso. Manejar libros aquí no es un juego. Si los SS cogieran a alguien con libros, lo ejecutarían.

Y al decirlo levantó el pulgar y extendió el dedo índice. Apuntó con esa pistola imaginaria a la frente de Dita. Ella quiso aparentar que no se

inmutaba, pero se estaba poniendo nerviosa ante esa responsabilidad inesperada.

—Cuenta conmigo.

—Es un gran riesgo.

—No me importa en absoluto.

—Podrían matarte.

—No me importa.

Dita trató de que sus palabras sonasen rotundas, pero no lo consiguió. Tampoco logró controlar el tembleque de sus piernas, que hacían que toda ella vibrara. El jefe de bloque miraba fijamente el bailoteo de bielas enloquecidas que eran sus piernecillas envueltas en las medias altas de lana.

—Para llevar la biblioteca se necesita a alguien valiente...

Dita se puso colorada porque las piernas no dejaban de temblarle. Cuanto más quería pararlas, más se agitaban. Y ya le temblaban también las manos, en parte al pensar en los nazis y en parte por miedo a que el director pensara que tenía miedo y no la aceptara. El miedo al miedo es como correr cuesta abajo.

—¿En-entonces no va a contar conmigo?

—A mí me parece una chica muy valiente.

—¡Pero si estoy temblando! —contestó desolada.

Entonces, Hirsch sonrió de esa manera tan suya, como si viera las dificultades del mundo desde una comfortable butaca.

—Por eso eres valiente. Los valientes no son los que no tienen miedo. Ésos son los temerarios, los que ignoran el riesgo y se ponen en peligro sin ser conscientes de las consecuencias. Alguien que no es consciente del peligro puede poner en riesgo a cualquiera que esté a su lado. Ése es el tipo de gente que no quiero en mi equipo. A quien necesito es a los que tiemblan pero no ceden, los que son conscientes de lo que arriesgan y aun así siguen adelante.

Al escucharlo, Dita notó que el temblor de sus piernas disminuía.

—Los valientes son los que son capaces de sobreponerse a su propio miedo. Tú eres de éstas. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Edita Adlerova, señor Hirsch.

—Bienvenida al bloque 31, Edita. Que Dios te bendiga. Por favor, llámame Fredy.

Recuerda con nitidez cómo esa noche de la representación dejaron discretamente que se marchase todo el mundo. Después, Dita entró en el cuarto de Fredy Hirsch, un rectángulo estrecho con un camastro y un par de sillas viejas. Estaba atestado de paquetes abiertos, recipientes vacíos, papeles con sellos oficiales, recortes de tela sobrantes del decorado de *Blancanieves*, algunas escudillas abolladas y su propia ropa, escasa pero perfectamente doblada.

Cuando Hirsch pidió que se mejorase la paupérrima dieta de los niños, el doctor Mengele ordenó con inesperada indulgencia que los paquetes que enviaban los familiares para internos que ya hubieran fallecido se llevaran al bloque 31. Los ingresos en el barracón médico eran frecuentes, y los fallecimientos, diarios. De los 5007 deportados que habían llegado en septiembre, cerca de mil habían fallecido ya a finales de diciembre. Además de las enfermedades respiratorias, como bronquitis y pulmonías, corría la erisipela y la ictericia, agravadas por la desnutrición y las deficiencias en la higiene. Los paquetes huérfanos llegaban tan saqueados al bloque 31 después de pasar por las manos de los SS que en ocasiones sólo contenían migajas y envoltorios vacíos. A veces, sin embargo, llegaban algunas galletas, un poco de embutido, algo de azúcar... Era un valioso complemento a la dieta de los niños, y les servía para organizar concursos y festivales donde el premio era media cebolla, una onza de chocolate o una pizca de sémola.

Primero Hirsch le contó algo que la dejó boquiabierta: poseían una biblioteca con piernas. Varios profesores que conocían a fondo alguna obra literaria se habían convertido en personas-libro. Rotaban por los distintos grupos para contar a los niños historias que se sabían casi de memoria.

—Magda es muy buena con *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, y los niños disfrutaban cuando les hace imaginar que van volando agarrados a los gansos por el cielo de Suecia. Shasehk explica muy bien las historias de indios y las aventuras del Oeste. Dezo Kovak se dedica a relatar las historias de los patriarcas con gran detalle, casi como una Biblia parlante.

Pero Fredy Hirsch no se iba a conformar con eso. Le contó que los libros habían ido llegando al campo clandestinamente. Un carpintero polaco llamado Mietek había traído tres, y un electricista eslovaco, otros dos. Eran el tipo de internos que se movían con mayor libertad entre los campos al estar empleados en tareas de mantenimiento. Del enorme almacén adonde iban a parar los objetos requisados a los prisioneros a su llegada a Auschwitz, al que llamaban Canadá, lograron traerse algunos libros, que Hirsch les pagó con provisiones de los paquetes que tenía a su disposición.

Dita iba a ser la encargada de llevar el control de a qué profesor se prestaban los libros, y de recogerlos al final de las clases y devolverlos a su escondite al acabar la jornada.

El cuarto estaba atestado, pero no desordenado. Si acaso, había un desorden calculado meticulosamente por el propio Hirsch que le permitía disimular algunas cosas que no debían quedar a la vista. El jefe de bloque se dirigió a un rincón donde se apilaban retales y los apartó. Retiró una tabla y empezaron a brotar libros. Dita no pudo refrenar su alegría y aplaudió como si se tratara de un número de prestidigitación.

—Ésta es tu biblioteca. No es gran cosa. —Y la miró de reojo para ver qué efecto causaba en ella.

No era una biblioteca extensa. En realidad, estaba formada por ocho libros, y alguno de ellos en mal estado. Pero eran libros. En ese lugar tan oscuro donde la humanidad había llegado a alcanzar a su propia sombra, la presencia de los libros era un vestigio de tiempos menos lúgubres, más benignos, cuando las palabras sonaban más fuerte que las ametralladoras. Una época extinguida. Dita fue tomando en sus manos los volúmenes de uno en uno con el mismo cuidado con el que se sostiene a un recién nacido.

El primero fue un atlas desencuadernado al que le faltaban algunas páginas y que mostraba una Europa con países clausurados e imperios que dejaron de existir tiempo atrás. El colorido de sus mapas políticos de mosaicos de vivos colores —el rojo bermellón, los verdes brillantes, el naranja, el azul marino— contrastaba con la grisura que rodeaba a Dita, marcada por el tono marrón oscuro del fango, el ocre desgastado de los barracones, el gris del cielo encapotado de ceniza. Empezó a hojear el atlas y era como si volara sobre el mundo: atravesaba océanos, doblaba cabos de

nombres exóticos —Buena Esperanza, Hornos, la punta de Tarifa—, sobrevolaba montañas, saltaba por encima de estrechos que parecían rozarse —como el de Bering, el de Gibraltar o el de Panamá—, navegaba con el dedo por encima del Danubio, y del Volga, y después sobre el Nilo. Meter todos los millones de kilómetros cuadrados de mares, de bosques, todas las cordilleras de la Tierra, todos los ríos, las ciudades y todos los países en un espacio tan minúsculo era un milagro sólo al alcance de un libro.

Fredy Hirsch la observaba en silencio, complacido ante su mirada absorta y su boca abierta mientras hojeaba el atlas. Si tenía alguna duda sobre la responsabilidad que había depositado en aquella chiquilla checa, se le disipó en ese instante. Supo que Edita cuidaría esmeradamente la biblioteca. Tenía ese vínculo que une a algunas personas con los libros. Una complicidad que él mismo no poseía, demasiado activo para dejarse atrapar por líneas y líneas impresas en páginas. Fredy prefería la acción, el ejercicio, las canciones, el discurso... Pero se dio cuenta de que Dita tenía esa empatía que hace que ciertas personas conviertan un puñado de hojas en un mundo entero para ellas solas.

Estaba algo mejor conservado el *Tratado elemental de geometría*, que también desplegaba en sus páginas otra geografía: un paisaje de triángulos isósceles, de octógonos y cilindros, de filas de números ordenadas en escuadras de ejércitos aritméticos, de conjuntos que eran como nubes y paralelogramos que tenían algo de células misteriosas.

El tercer libro le hizo abrir mucho los ojos. Era la *Breve historia del mundo*, de H. G. Wells. Un libro poblado por hombres primitivos, egipcios, romanos, mayas..., civilizaciones que formaron imperios y se desmoronaron para que surgieran otros nuevos.

El cuarto título era una *Gramática rusa*. No entendía nada, pero le gustaban esas letras enigmáticas que parecían estar hechas para narrar leyendas. Ahora que Alemania también estaba en guerra contra Rusia, los rusos eran sus amigos. Dita había oído que había muchos prisioneros de guerra rusos en Auschwitz y que los nazis habían utilizado con ellos una extrema crueldad. No se equivocaba.

Otro libro era una novela en francés muy deteriorada a la que le faltaban páginas y que tenía en sus hojas manchas de humedad. Dita no entendía el francés, pero pensó que ya encontraría la manera de descifrar el secreto de su historia. También había un tratado titulado *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*, de un profesor apellidado Freud. Había una novela más en ruso que no tenía tapas. Y el octavo libro era una novela en checo en un estado cochambroso, un puñado de hojas frágilmente sostenidas por unos cuantos hilos en el lomo. Antes de que pudiera tomarla entre sus manos, Fredy Hirsch la cogió. Ella lo miró con gesto de bibliotecaria contrariada. Le habría gustado tener unas gafas de concha para mirarlo por encima de ellas, como hacían las bibliotecarias serias.

—Éste está muy roto. No sirve.

—Yo lo arreglaré.

—Además..., no es un libro adecuado para que lo lean menores. Y menos muchachas.

Dita abrió aún más sus grandes ojos para mostrar su irritación.

—Con todos los respetos, señor Hirsch, tengo catorce años. ¿De verdad cree que, después de ver cada día cómo la olla de nuestro desayuno se cruza con el carro de los muertos y de contemplar a diario a docenas de personas entrando en las cámaras de gas del final del *lager*, me va a impresionar lo que pueda leer en una novela?

Hirsch la miró sorprendido. Y no era fácil sorprenderlo. Le explicó que se trataba de *Las aventuras del bravo soldado Svejk*, que lo había escrito un alcohólico y blasfemo llamado Jaroslav Hasek, que había escandalosas opiniones sobre política y religión, y situaciones de moral más que dudosa, muy poco apropiadas para su edad. Sin embargo, el propio Hirsch se dio cuenta de que estaba tratando de convencerse a sí mismo sin mucha convicción, y de que la muchacha de los penetrantes ojos verdeazulados lo miraba muy resuelta. Hirsch se frotó el mentón como si quisiera borrar la barba que le había ido creciendo durante el día. Resopló. Volvió a peinarse el pelo hacia atrás y, finalmente, aceptó. Le entregó también ese libro desencajado.

Dita miraba los libros, pero sobre todo los acariciaba. Estaban descantillados y rayados, manoseados, con cercos rojizos de humedad,

algunos mutilados..., pero eran un tesoro. Su fragilidad los hacía aún más valiosos. Se daba cuenta de que debía cuidar esos libros como a ancianitos supervivientes de una catástrofe porque tenían una importancia crucial: sin ellos podía perderse la sabiduría de siglos de civilización. La técnica geográfica, que nos hacía saber cómo era el mundo; el arte de la literatura, que multiplicaba la vida de un lector por docenas; el avance científico que significaban las matemáticas; la historia, que nos recordaba de dónde veníamos y tal vez nos ayudase a decidir hacia dónde debíamos ir; la gramática, que permitía urdir los hilos de la comunicación entre las personas... Más que en una bibliotecaria, desde ese día se convirtió en enfermera de libros.

3

Va tomando muy despacio la rutinaria sopa de nabos porque dicen que así llena más, aunque ni sorbiéndola quita el hambre y apenas si la distrae. En los corrillos, entre cucharada y cucharada, los profesores comentan la poco lucida actuación del atolondrado profesor Morgenstern.

—Es un hombre muy raro, a veces habla mucho y otras no le dirige la palabra a nadie.

—Mejor que no hable. Sólo dice sandeces. Está gagá.

—Ha sido penosa la manera en que agachaba la cabeza servilmente ante el Cura.

—No se puede decir que sea un héroe de la resistencia.

—No sé por qué Hirsch permite que dé clases a los niños un hombre al que le falta un tornillo.

Dita escucha a cierta distancia y siente pena hacia ese hombre ya mayor, que le recuerda un poco a su abuelo. Lo ve al fondo del barracón sentado en un taburete, comiendo solo, incluso hablando solo, llevándose la cuchara a la boca ceremoniosamente, alzando el meñique con un refinamiento fuera de lugar en ese estable, como si estuviera compartiendo mesa y mantel en algún palacete rodeado de aristócratas.

Dedican la tarde, como es habitual, a juegos y actividades deportivas para los niños, pero ella está deseando que acabe la jornada y realicen el recuento de final del día para ir corriendo a ver a sus padres. En el campo familiar, las noticias corren de barracón en barracón y, de tanto rebotar, se abollan y se deforman.

En cuanto puede, sale apresuradamente para tranquilizar a su madre, que ya se habrá enterado del registro del 31; cualquiera sabe qué le habrán contado. Mientras recorre la *lagerstrasse*, le sale al paso su amiga Margit.

—¡Ditinka, he oído que habéis tenido inspección en el 31!

—El asqueroso Cura.

—¿Tienes que decir siempre tantas palabrotas? —le pregunta, y deja escapar una risita.

—Asqueroso no es una palabrota, es la verdad. Provoca... ¡asco! ¿Cómo puede algo ser la verdad y, a la vez, una palabrota?

—¿Encontraron algo? ¿Detuvieron a alguien?

—Nada de nada, allí no hay nada que puedan encontrar. —Y le guiña un ojo—. También estuvo Mengele.

—¿El doctor Mengele? ¡Dios mío! Habéis tenido mucha suerte. Se cuentan cosas horribles de ese hombre. Está loco. Para conseguir que las personas tuvieran los ojos azules, probó a inyectar en las pupilas de treinta y seis niños tinta de color azul. Es horrible, Ditinka. Algunos murieron por la infección y otros quedaron ciegos.

Las dos guardan silencio. Margit es su mejor amiga y está al corriente de su trabajo en la biblioteca clandestina, pero le ha pedido que no le cuente nada de eso a su madre. Seguro que trataría de impedirselo, le diría que era demasiado expuesto, tal vez se le saltarían las lágrimas y la amenazaría con contárselo todo a su padre; no es muy religiosa, pero se pondría a implorar a Dios o algo así. No, mejor no contarle nada. Y a su padre tampoco, bastante decaído está ya. Para cambiar de tema, le cuenta a Margit, entre risas, el incidente del profesor Morgenstern.

—¡Menuda armó! Tenías que haber visto la cara del Cura mientras se le caía todo de los bolsillos cada vez que se agachaba.

—Ya sé quién es, un hombre muy viejo con un traje de mil rayas que va inclinando la cabeza cada vez que pasa delante de una señora... ¡Como hay tantas, parece un muñeco de esos que tienen un muelle en la cabeza! Yo creo que ese señor está un poco mochales.

—¿Y quién no lo está aquí?

Al llegar, ve que sus padres están sentados descansando en la parte exterior del lateral del barracón. Hace frío, pero dentro está atestado de gente. Los nota cansados, sobre todo a su padre.

La jornada es larga: los levantan antes del amanecer, los hacen pasar un larguísimo recuento a la intemperie y luego los obligan a trabajar todo el día

en los talleres. Su padre fabrica cintas para llevar los fusiles en bandolera, y por eso muchas veces tiene las manos negras y ampollas en los dedos por culpa de las resinas tóxicas y los pegamentos que utilizan. Su madre está en uno de confección de gorras, donde la tarea es más llevadera. Son muchas horas, sobre todo con una alimentación tan pobre, pero al menos trabajan a cubierto y sentados. Hay gente con peor suerte: los que recogen a los fallecidos con el carro de difuntos, los que limpian letrinas, los del drenaje de zanjas o los grupos de obras que se pasan el día acarreando materiales.

Su padre le guiña un ojo y su madre se levanta precipitadamente al verla.

—¿Estás bien, Edita?

—Sííí.

—¿No me engañas?

—¡Claro que no! ¿No me estás viendo?

En ese momento pasa por allí el señor Tomashek.

—¡Hans, Liesl! ¿Cómo estáis? Veo que vuestra hija sigue teniendo la sonrisa más bonita de toda Europa.

Dita, ruborizada, dice que se va con Margit, y las dos muchachas dejan a los mayores.

—¡Qué amable es el señor Tomashek!

—¿También lo conoces, Margit?

—Sí, visita muchas veces a mis padres. Aquí mucha gente va a lo suyo, pero el señor Tomashek es de los que se preocupan por la gente. Les pregunta cómo les va, se interesa por sus cosas.

—Y los escucha...

—Es buena gente.

—Menos mal que hay gente que no se ha podrido en este infierno.

Margit se queda callada. Aunque es dos años mayor, le incomoda esa manera tan directa en que Dita dice las cosas, pero sabe que tiene razón. Las vecinas de litera roban las cucharas, la ropa o lo que sea. Se roba el pan a los niños en cuanto sus madres se descuidan, se delata cualquier menudencia a los *kapos* para obtener una cucharada más de sopa. Auschwitz no sólo mata a los inocentes, también mata la inocencia.

—Con el frío que hace y tus padres ahí fuera, Dita. ¿No van a coger una pulmonía?

—Mi madre prefiere no encontrarse con su compañera de jergón. Tiene muy malas pulgas..., ¡aunque no peores que la mía!

—Pero sois afortunadas, dormís en las literas de arriba. Nosotras estamos todas repartidas en literas de abajo.

—Debe de subir mucha humedad del suelo.

—Ay, Ditinka, Ditinka. Lo peor no es lo que sube del suelo sino lo que puede bajar de arriba. Tus vecinas de encima pueden marearse y vomitar sin que les de tiempo a mirar dónde. Y algunas padecen disentería y se lo hacen todo encima. A chorros, Ditinka. Lo he visto en otras literas.

Dita se detiene un momento y se gira hacia ella muy seria.

—Margit...

—¿Qué?

—Para tu cumpleaños puedes pedir que te regalen un paraguas.

Su amiga, dos años mayor, más alta pero también con cara de niña, niega con la cabeza. Tiene razón su madre cuando dice que Dita es tremenda: ¡es capaz de hacer broma de cualquier cosa!

—¿Y cómo conseguisteis vosotras esos sitios en las literas altas? — replica.

—Ya sabes el lío que se armó en el campo cuando llegó nuestro transporte en diciembre.

Las dos se quedan un momento calladas. Los veteranos de septiembre no sólo eran checos sino que eran conocidos, amigos, incluso familiares a los que también habían deportado desde el gueto de Terezín como a ellos. Pero nadie se alegró de ver a los recién llegados. La incorporación de otros cinco mil nuevos internos al campo significaba que tendrían que repartirse el hilillo de agua que salía de los grifos, que los recuentos a la intemperie se harían interminables y que los barracones quedarían atestados.

—Cuando mi madre y yo entramos en el barracón que nos asignaron para tratar de compartir cama con alguna veterana, aquello era un caos.

Margit sigue asintiendo. Ella también recuerda en su barracón las discusiones, los gritos y las peleas de mujeres que se disputaban una manta o una almohada mugrienta.

—En mi barracón —explica Margit— había una mujer muy enferma que no paraba de toser, y cuando intentaba sentarse en un jergón, su inquilina la arrojaba al suelo a empujones. La mujer entonces tosía más y gemía sin fuerzas para levantarse del suelo. «¡Inútiles! —les gritaba la *kapo*—. ¿Creéis que estáis sanas? ¿Creéis que importa tener a una enferma contagiosa en la misma cama que en la cama de al lado?».

—En ese caso, era una *kapo* sensata.

—¡Qué va! Después de decir eso sacó un bastón y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro. Incluso golpeaba a la mujer que había caído en el suelo, a la que supuestamente quería favorecer.

Dita recuerda el desbarajuste de gritos, carreras, llantos, y sigue hablando:

—Mi madre quiso que saliéramos del barracón hasta que se calmasen las cosas dentro. Fuera hacía frío. Una mujer dijo que no habría camastros suficientes ni aunque todas los compartiéramos, que habría mujeres que tendrían que dormir en el suelo de tierra.

—¿Y qué hicisteis?

—Pues seguirnos congelando allá afuera. Ya sabes cómo es mi madre, no le gusta llamar la atención. Si un día le pasara un tranvía por encima, no gritaría para no dar que hablar. Pero a mí se me estaban comiendo los nervios. Así que no le pedí permiso. No me lo habría dado. Arranqué y me metí corriendo dentro antes de que me pudiera decir nada. Y me di cuenta de algo...

—¿De qué?

—De que las camas de arriba estaban casi todas ocupadas. Por eso me di cuenta de que debían de ser las mejores. No sabía exactamente por qué, pero en un lugar como éste hay que fijarse en lo que hacen las veteranas.

—Yo vi alguna veterana que te dejaba estar en su litera si le pagabas algo. Una mujer logró que la aceptaran en una litera a cambio de una manzana.

—Una manzana es una fortuna —responde Dita—. No debía conocer los precios. Con media manzana se pueden comprar muchas cosas y muchos favores.

—¿Tú tenías algo que dar?

—Nada. Miré qué veteranas estaban sin compañera. En las camas que ya tenían dos inquilinas, las mujeres estaban sentadas con las piernas colgando hacia afuera para marcar su territorio. Había mujeres de nuestro transporte que vagaban en busca de un sitio, arriba o abajo, o donde fuera, pidiendo compasión. Buscaban a las internas menos endurecidas para que las dejaran tumbarse en su jergón. Pero las veteranas amables ya habían aceptado compartir su cama.

—A nosotras también nos pasó —le dice Margit—. Suerte que al final encontramos a una vecina de camareta de Terezín que nos ayudó a mi madre, a mi hermana y a mí.

—Yo no conocía a nadie. Y no necesitaba una plaza, sino dos.

—¿Encontraste al final alguna veterana compasiva?

—Era tarde. Sólo quedaban las egoístas y las rabiosas. ¿Y sabes qué hice?

—Pues no.

—Busqué a la peor de todas.

—¿Por qué?

—Porque estaba desesperada. Vi a una veterana de mediana edad, con el pelo corto como si se lo hubieran cortado a mordiscos, sentada sobre su camastro de la litera superior. Su gesto era desafiante. Una cicatriz negra le partía la cara. Un tatuaje azul en el dorso de la mano te hacía saber que había estado en la cárcel. Una mujer se le acercó suplicándole, y ella la ahuyentó a gritos. Incluso hizo un intento de patearla con sus pies mugrientos. ¡Menudos pies tan enormes y retorcidos!

—¿Y qué hiciste?

—Me planté delante de ella con chulería y le dije: «¡Oye, tú!».

—¡Venga ya! ¡No me lo creo! ¡Te estás echando un farol! ¿Ves a una veterana con aspecto de delincuente, y sin conocerla de nada vas y le dices «¡Oye, tú!» tan tranquilamente?

—¿Quién ha dicho que estuviera tranquila? ¡Estaba muerta de miedo! Pero a una mujer así no puedes ir y decirle: «Buenas noches, estimada señora, ¿considera que este año van a madurar a tiempo los albaricoques?». ¡Te echaría a patadas! Para que me escuchase debía hablarle en su lenguaje.

—¿Y te escuchó?

—Primero me echó una mirada asesina. Yo debía de estar más blanca que la tiza, pero intenté que no se diera cuenta. Le dije que la *kapo* terminaría por distribuir a dedo a las mujeres que no se hubieran acomodado: «Afuera hay veinte o treinta más, y te puede tocar cualquiera. Hay una muy gorda que te aplastaría el hígado. Otra a la que le huele más el aliento que los pies. Algunas son de esas viejas que hacen malas digestiones y apestan».

—¿Dita, cómo eres! ¿Y qué dijo?

—Me miró con mala cara. Aunque esa mujer no puede poner buena cara aunque quiera. En cualquier caso, me dejó seguir hablando: «Peso menos de cuarenta y cinco kilos. No encontrarás a nadie tan delgado en todo el transporte. No ronco, me lavo todos los días y sé cuándo tengo que estar callada. No encontrarías una compañera de cama tan ventajosa en todo Birkenau aunque buscaras con lupa».

—¿Y qué hizo?

—Estiró su cabeza hacia mí y me miró como cuando miras una mosca y no sabes si machacarla de un manotazo o dejarla. Si no me hubieran temblado tanto las piernas, me habría ido corriendo.

—Bueno, pero ¿qué hizo?

—Me dijo: «Te quedas conmigo, claro que sí».

—¡Te saliste con la tuya!

—No, aún no. Le dije: «Como ves, soy muy buen partido para compartir litera, pero sólo me vendré contigo de compañera si me ayudas a conseguir para mi madre otro camastro de los de arriba». ¡No sabes qué furiosa se puso! No le gustó nada que una niñata canija le dijera lo que tenía que hacer, estaba claro. Pero yo veía cómo observaba con cara de asco a las mujeres que vagaban por el barracón. ¿Sabes qué me preguntó muy seria?

—¿Qué?

—«¿Tú te meas en la cama?». «No, señora. Nunca», le contesté. «Más te vale», me respondió con su vozarrón de vodka. Luego se giró hacia la compañera del camastro de al lado, que estaba sola.

—«Oye, Boskovic», le dijo, «¿es que no sabes que han ordenado que compartamos el jergón?». La otra se hizo la remolona. «Eso ya se verá, tus argumentos no me convencen».

—¿Y qué hizo tu veterana?

—Tenía más argumentos. Buscó entre la paja del jergón y sacó un alambre retorcido de un palmo con una punta afiladísima. Se apoyó con una mano en la litera de la vecina y con la otra le puso el alambre en el cuello. Esos argumentos la convencieron más, ya lo creo. Asentía con la cabeza a toda velocidad. ¡El pánico le hacía abrir tanto los ojos que parecía que se le iban a caer de la cara! —Y Dita se ríe.

—A mí no me da risa. ¡Qué mujer tan horrible! Dios la castigará.

—Bueno, una vez oí decir al tapicero cristiano que tenía la tienda debajo de casa que Dios escribe recto con renglones torcidos. Quizá los alambres retorcidos también valgan. Le di las gracias y le dije: «Me llamo Edita Adlerova. Quizá lleguemos a ser buenas amigas».

—¿Y qué contestó?

—Nada. Debió de pensar que ya había gastado demasiado tiempo conmigo. Se giró hacia el lado de la pared y me dejó apenas cuatro dedos para que me tumbase con la cabeza a sus pies.

—¿Y no te dijo nada más?

—Nunca me ha dirigido la palabra, Margit. ¿Lo puedes creer?

—Ay, Ditinka. Yo ya me lo creo todo. Que Dios nos proteja.

Es la hora de la cena y se despiden para volver a sus barracones. La noche ya se ha cerrado y sólo las luces anaranjadas iluminan el campo. Ve a dos *kapos* conversando en la puerta de uno de los barracones. Se los distingue porque su ropa es mejor, por el brazalete marrón de presos especiales y por el triángulo que los marca como no judíos. El triángulo rojo distingue a los prisioneros políticos, muchos de ellos comunistas o socialdemócratas. El marrón es para los gitanos. El verde para los criminales y delincuentes comunes. El negro es de los asociales, los retrasados o las lesbianas. Los homosexuales llevan el triángulo rosa. Raramente se ve en Auschwitz a *kapos* con triángulos negros o rosas, son prisioneros de ínfima categoría, casi como judíos. En el BIIB las excepciones son una regla. Los dos *kapos* que hablan, un hombre y una mujer, llevan un triángulo negro y uno rosa, probablemente allí nadie más quiera hablar con ellos.

Se toca su estrella amarilla y camina hacia su barracón pensando en ese pedazo de pan que le van a dar. Para ella es un manjar, la única comida sólida del día, porque la sopa es una aguachirle que sólo sirve para calmar la sed un rato.

Una sombra negra, más negra que todas las demás, camina también por la *lagerstrasse* en dirección contraria. La gente se va abriendo a su paso, echándose a un lado para que pase y no se detenga. Cualquiera diría que es la muerte. Lo es. La melodía de *La cabalgata de las valquirias*, de Wagner, se filtra a través de la oscuridad.

El doctor Mengele.

Cuando va llegando hasta su altura, Dita se dispone a agachar la cabeza y apartarse a un lado, como todos los demás. Pero el oficial se detiene y la encañona con la mirada.

—Es a ti a quien busco.

—¿A mí?

Mengele la observa detenidamente.

—Nunca olvido una cara.

Sus palabras tienen una calma de cementerio. Si la muerte hablara, lo haría exactamente con esa cadencia helada. Dita rememora lo acontecido en el bloque 31 esa tarde. El Cura no llegó a fijarse en ella con el altercado que se produjo con el profesor chiflado y pensó que se había librado. Pero no pensó en el doctor Mengele. Estaba más lejos, pero está claro que la vio. Imposible que su mirada de forense no se diera cuenta de que no estaba en el lugar correcto, de que tenía un brazo cruzado, de que ocultaba algo. Lo lee en la frialdad que desprenden sus ojos, inusualmente pardos en un nazi.

—¿Número?

—67894.

—Te voy a vigilar. Cuando no me veas, yo te estaré observando. Cuando creas que no te oigo, yo te estaré escuchando. Yo lo sé todo. Si excedes un solo milímetro las ordenanzas del campo, lo sabré y terminarás tumbada en mi sala de autopsias. Las autopsias en vivo son muy reveladoras.

Y al decirlo asiente, como si ya sólo hablase para sí mismo.

—Ves llegar al estómago las últimas olas de sangre que lanza el corazón. Es un espectáculo extraordinario.

Mengele se queda ensimismado, pensando en el perfecto laboratorio forense que ha montado en el crematorio 2, donde dispone del instrumental más moderno que existe. Le encanta el suelo de cemento rojo, así como la mesa de disección de mármol pulido con sus piletas en medio y su grifería de níquel. Es su altar dedicado a la ciencia. Está orgulloso. De repente recuerda que tiene unos niños gitanos esperando para completar un experimento de cráneos, y se apresura con largas zancadas porque hacerlos esperar no sería educado por su parte.

Dita se queda en medio del campo, aturdida. Le tiemblan esas piernas suyas de palo de escoba. Hace un momento había en la *lagerstrasse* montones de personas, pero se ha quedado sola. Todos desaparecieron por los desagües del campo. Nadie se acerca a ver si se encuentra bien o necesita algo. El doctor Mengele la ha marcado. A algunos internos que se han quedado a observar la escena a prudente distancia les da lástima verla tan asustada, tan desorientada. Alguna mujer incluso la conoce de vista del gueto de Terezín. Pero deciden aligerar el paso y quitarse de en medio. La supervivencia es lo primero. Es un mandato de Dios.

Reacciona y enfila el camino hacia su callejón. ¿De verdad va a vigilarla?, se pregunta. Y la respuesta es esa mirada de hielo. Mientras camina, las preguntas se le multiplican en la cabeza. ¿Y qué debe hacer a partir de ese momento? Lo prudente es renunciar a su puesto de bibliotecaria. ¿Cómo va a manejar los libros con el doctor Muerte pisándole los talones? Hay algo en él que la aterra, que no es del todo normal. Ha visto en estos años a muchos nazis, pero ése tiene algo distinto. Intuye que posee un poder especial para hacer el mal.

Da las buenas noches a su madre en un susurro apresurado para que no note su zozobra, y se tumba cuidadosamente junto a los pies pestilentes de la veterana. Susurra un buenas noches que se pierde por entre las grietas del techo.

No puede dormir, y tampoco moverse. Ha de mantener el cuerpo quieto mientras su cabeza da vueltas. Mengele la ha avisado. Y tal vez eso haya sido un privilegio, porque seguro que no habrá más avisos. La siguiente vez

le clavará una aguja hipodérmica en el corazón. No puede seguir cuidando de los libros del bloque 31. Pero ¿cómo va a renunciar a la biblioteca?

Si lo hace, creerán que tiene miedo. Ella dará todas las explicaciones, todas muy sensatas y razonables. Cualquiera en su lugar que tuviese dos dedos de frente haría lo mismo. Pero ya sabe que las noticias en Auschwitz saltan de litera en litera más rápidas que las pulgas. Si en la primera litera alguien cuenta que un hombre se ha tomado un vaso de vino, cuando la noticia llega a la última litera el hombre ya se ha bebido una barrica entera. Y no lo hacen por maldad. Todas son mujeres muy respetables. A la misma señora Turnovská, que es una buena mujer y se porta muy bien con su madre, también le pasa: tiene dinamita en la lengua.

Ya está oyendo sus palabras: «Claro, a esa chiquilla le entró miedo»... Y lo dirán con ese tonillo condescendiente, falsamente comprensivo, que tanto le hace hervir la sangre. Y lo peor es que siempre habrá alguna tan bondadosa que dirá: «Pobrecita, es comprensible. Se ha asustado. Es una niña».

¿Una niña? ¡De eso nada, señora! Para ser niña hay que tener una infancia.

4

Una infancia...

Fue en una de esas noches de insomnio cuando ideó el juego de convertir sus recuerdos en fotografías y su cabeza en el único álbum que nadie le va a poder arrebatarse. Tras la llegada a Praga de los nazis, tuvieron que dejar el piso de la casa eléctrica. Aquel lugar le gustaba mucho porque era el más moderno de la ciudad, con lavandería en los bajos y un interfono que era la envidia de todas sus compañeras de clase. Recuerda a su padre a la vuelta del colegio de pie en el salón, tan elegante como siempre, con su traje gris cruzado, pero inusualmente serio. Le anunció que iban a cambiar aquel maravilloso apartamento por un piso cerca del castillo, en Hradcany.

Es más soleado, le dijo sin mirarla a los ojos. Ni siquiera bromeó, como solía hacer cuando quería quitarle importancia a las cosas. Su madre hojeaba una revista y no dijo nada.

—¡Yo no pienso marcharme de aquí! —berreó.

Su padre agachó la cabeza abatido, y fue su madre la que se levantó de la butaca, llegó hasta ella y le dio un bofetón que le dejó los dedos marcados en la mejilla.

—Pero, mamá —le respondió Dita, más perpleja que dolorida, acostumbrada a que su madre ni siquiera le alzase la voz—, tú habías dicho que este apartamento de la casa eléctrica era la ilusión de tu vida...

Y Liesl la abrazó.

—Es la guerra, Edita. Es la guerra.

Un año después, su padre volvía a estar de pie en el centro del salón. El mismo traje gris cruzado. Por entonces ya tenía menos trabajo en la

seguridad social, donde ejercía como abogado, y pasaba muchas tardes en casa concentrado en estudiar mapas y en girar su bola del mundo. Le dijo que se mudaban al barrio de Josefov. Todos los judíos debían concentrarse allí por orden del Reichsprotektor nazi que mandaba en todo el país. Tuvieron que mudarse ellos tres y los abuelos a un pisito minúsculo y destartalado en la calle Elisky Krásnohorské, muy cerca de aquella sinagoga tan extravagante que conocía bien porque su padre, cuando pasaban por allí, siempre le explicaba que era de arquitectura española. Ya no hizo preguntas ni trató de oponerse.

Era la guerra, Edita, era la guerra.

Y, en aquel tobogán por el que la vida normal se iba resbalando irremediabilmente, una tarde llegó, finalmente, la citación del Consejo Judío de Praga en la que se les conminaba a mudarse de nuevo, pero ya fuera de Praga. Debían ir a Terezín, un pequeño pueblo que había sido una antigua fortificación militar y que había acabado convertido en un gueto judío. Un gueto que al llegar le pareció terrible y ahora añora, y desde el que todavía han descendido un piso más en ese derrumbe hacia la oscuridad al caer en el barro de ceniza de Auschwitz. Ya no quedan más escalones que bajar.

O sí...

Después de aquel invierno del 39 en el que empezó todo, un año que trajo el desfile de los nazis sin ruido, como un virus gripal que congestionó la realidad, el mundo a su alrededor no se resquebrajó de golpe ni se hundió repentinamente. Pero todo se fue desmoronando, primero poco a poco y después cada vez más deprisa. Las cartillas de racionamiento, las prohibiciones de entrar en las cafeterías, de ir a comprar a la misma hora que los demás ciudadanos a las tiendas, de poseer aparatos de radio, de asistir a los cines y teatros, de comprar manzanas... Después vendría la expulsión de los niños judíos de los colegios. Incluso se les prohibió jugar en los parques. Era como si a los niños hubieran querido prohibirles la infancia.

Dita sonrío levemente... No pudieron.

Una fotografía aparece en el álbum de su cabeza. Dos niños caminan de la mano por el viejo cementerio judío de Praga entre sepulturas punteadas

de pequeñas piedras que atrapan notas de papel para que no se las lleve el viento. Los nazis no habían puesto restricciones a acudir al cementerio, que se conservaba en buen estado desde el siglo xv. En sus planes, organizados y demenciales, Hitler quería convertir la sinagoga y el cementerio en un museo sobre la que ya sería la extinguida raza judía. Un museo antropológico donde los judíos serían como dinosaurios de una era remota que las escuelas de niños —arios, por supuesto— visitarían con desgana curiosa.

La chiquillería judía de la ciudad, que tenía prohibido el acceso a parques y colegios, había convertido el viejo cementerio en un parque de juegos. Entre las lápidas centenarias con barbas de hierba sumidas en siglos de silencio, correteaban los niños.

Bajo el castaño, parapetados detrás de dos gruesas lápidas inclinadas, casi desmayadas, Dita le señaló a su compañero de clase el nombre de una lápida más grande sobre la que se leía el nombre de Jehuda Low Ben Becadel. Erik no sabía quién era y ella se lo contó porque su padre, cuando se ponía la kipá y entraban a pasear al cementerio, le había relatado su historia muchas veces.

Fue un rabino del gueto de Josefov, donde tenían que vivir todos los judíos, como ahora. Allí estudiaba la cábala y averiguó cómo darle vida propia a una escultura de arcilla.

—¡Eso no puede ser! —le interrumpió Erik entre risas.

Fue entonces, y aún sonríe al recordarlo, cuando usó el truco de su padre: bajó la voz, acercó su cabeza hacia él y lanzó un susurro con voz cavernosa.

—El Golem.

Erik se puso pálido. Todos en Praga habían oído hablar del gigantesco Golem, el monstruo de piedra.

Dita le contó, tal y como le había explicado papá, que el rabino logró descifrar la palabra sagrada que utilizó Yahvé para dar el don de la vida. Hizo una pequeña figura de barro y metió en su boca un papel con la palabra secreta. Y la figura creció y creció hasta convertirse en un coloso con vida propia. Pero el rabino Low no supo cómo controlarlo, y el hombre de piedra sin cerebro empezó a asolar el barrio y a causar el pánico. Era un

titán indestructible y parecía imposible derrotarlo. Sólo hubo una manera: esperar a que se quedara dormido y, echándole mucho valor para introducir la mano en su boca aprovechando un ronquido, quitarle el papel para conseguir que volviera a convertirse en un ser inanimado. El rabino rompió en mil pedazos el papel con la palabra mágica y enterró al Golem.

—¿Dónde? —preguntaba ansioso Erik.

Nadie lo sabe, en un lugar secreto. Y dejó dicho que cuando el pueblo judío se hallase en apuros, surgiría un rabino iluminado por Dios que volvería a descifrar la palabra mágica y el Golem volvería para salvarnos.

Erik miró a Ditinka con admiración porque sabía historias tan misteriosas como la del Golem. Le acarició dulcemente la mejilla y, al amparo de los recios muros del cementerio y de las confidencias, le posó inocentemente los labios en la mejilla.

Sonríe pícaramente al recordarlo.

El primer beso, por pequeño que sea, nunca se borra, tal vez porque traza la primera línea del amor en una página que está en blanco. Recuerda con agrado el placer de aquella tarde y se sorprende de esa capacidad para hacer germinar la alegría en el desierto de la guerra. Los mayores se desgastan inútilmente buscando una felicidad que nunca encuentran; en cambio, a los niños, la felicidad les brota de la palma de las manos.

Aunque ella ahora ya se siente mujer y no va a permitir que la traten como a una niña. No va a renunciar. Va a seguir adelante, porque eso es lo que hay que hacer. Eso es lo que le dijo Hirsch: masticas el miedo y te lo tragas. Y sigues. Los valientes se alimentan de su propio miedo. No, no va a dejar la biblioteca.

Ni un paso atrás...

No les va a dar ese gusto, ni a las viejas comadres venenosas ni a ese satánico doctor Mengele. Si quiere su alma para abrirla en canal, que venga a por ella.

Después de ese momento de orgullo, abre los ojos en la oscuridad del barracón y la intensidad de su llama interior se convierte en una llamita de candil. Las toses, los ronquidos, los gemidos de alguna mujer que tal vez esté agonizando. Puede que no quiera reconocerse a sí misma que lo que más le inquieta no es lo que dirían los otros internos, ya sea la señora

Turnovská o cualquier otro. Lo que de verdad le preocupa es lo que pensaría de ella Fredy Hirsch.

Unos días atrás lo escuchó hablar con un grupo de mayores que forman un equipo de atletismo y que se entrenan por las tardes corriendo alrededor del barracón. Nieve o llueva, haga frío o mucho frío. Hirsch corre con ellos, delante, el primero.

«El atleta más fuerte no es el que llega antes a la meta. Ése es el más rápido. El más fuerte es el que cada vez que se cae se levanta. El que cuando siente el dolor en el costado no se para. El que cuando ve la meta muy lejos no abandona. Cuando ese corredor llega a la meta, aunque llegue el último, es un ganador. A veces, aunque quieras, no está en tu mano ser el más rápido, porque tus piernas no son tan largas o tus pulmones son más estrechos. Pero siempre puedes elegir ser el más fuerte. Sólo depende de ti, de tu voluntad y de tu esfuerzo. No os voy a pedir que seáis los más rápidos, pero os voy a exigir que seáis los más fuertes».

Está segura de que, si le dijera que debe dejar la biblioteca, tendría para ella palabras amables, extremadamente educadas, incluso reconfortantes..., pero no sabe si podría soportar su mirada de decepción. Dita piensa en él como en un hombre indestructible, como ese Golem imparable de la leyenda judía que algún día los salvará a todos.

Fredy Hirsch...

Conjura su nombre para infundirse valor en esa noche tan oscura.

Entre las imágenes conservadas en su cabeza, encuentra una de un par de años atrás en los suaves campos de Strasnice, a las afueras de Praga. Allí los judíos podían respirar un poco de aire, fuera de las estrictas restricciones de la ciudad. Allí estaban las instalaciones deportivas de Hagibor.

En esa fotografía es verano, un día caluroso, porque muchos chicos van sin camiseta. En la imagen se ve, en medio de un concurrido corro de niños y jóvenes, a tres personas. Una es un muchacho mullidito de doce o trece años que lleva gafas y viste únicamente un pantalón corto de color blanco. En medio, un mago que se ha presentado teatralmente como Borghini hace una reverencia. Va elegantemente vestido con camisa, americana y corbata de rayas. Al otro lado hay un hombre joven que calza sandalias y que sólo lleva puestos unos pantalones cortos que hacen que muestre un cuerpo

delgado pero atlético. Ella se enteró aquel día de que su nombre era Fredy Hirsch y de que dirigía actividades juveniles en Strasnice. El chico de las gafas sostiene la punta de un cordel, el mago lo aguanta por la mitad y Hirsch sostiene el otro extremo. Dita recuerda perfectamente la postura del entrenador: una mano en la cintura con cierta coquetería mientras con la otra sostenía uno de los extremos del hilo. Hirsch mira al prestidigitador con una sonrisa un poco socarrona.

Aquel profesor de deportes e instructor de jóvenes le pareció muy guapo, pero era otra cosa lo que hacía que uno no pudiera dejar de mirarlo. No eran sólo sus facciones rectilíneas ni su cuerpo de atleta, era la manera elegante de cada movimiento de sus manos, la precisión de cada palabra, la forma penetrante de mirar a los ojos a quien le escuchaba, incluso de ir mirando alternativamente a todo su público sin dejar fuera a nadie. Había en él una cierta marcialidad en sus gestos tajantes, pero también una armonía propia de la danza clásica. Hablaba con tanta firmeza, explicaba de manera tan seductora cómo harían caminatas hasta los altos del Golán y les hacía sentir tal orgullo por ser judíos, que resultaba difícil no querer formar parte de su equipo. No hablaba como un rabino, era mucho más apasionado y mucho menos ortodoxo. Quizá era por su constitución física por lo que, más que un religioso, parecía un coronel arengando a sus tropas juveniles, un ejército soñador que se mecía en sus palabras.

Después empezó el espectáculo, y el esforzado Borghini trataba de oponer al rodillo aplastante de la guerra sus pequeños trucos de magia: pañuelos de colores bajo la manga contra cañones, ases de tréboles contra cazabombarderos; lo extraordinario fue que, durante unos instantes de caras emboadas y risueñas, venció la magia.

Una chica muy resuelta se acercó a Dita con una pila de hojas y le tendió un papel.

—Puedes unirse a nosotros. Organizamos campamentos de verano para practicar deportes y fortalecer el espíritu judío en Bezprávi, junto al río Orlice. En la hoja se detallan las actividades.

A su padre no le gustaban esas cosas. Había escuchado cómo le contaba a su tío que no le agradaba que se mezclase el deporte y la política. Se decía que ese tal Hirsch organizaba con los niños juegos de guerrillas, que

cavaban trincheras desde las que hacían como que disparaban y que les hablaba de técnicas de combate como si fueran un pequeño ejército bajo su mando.

Si el comandante es Hirsch, ella está dispuesta a meterse en cualquier trinchera. De todas formas, ya está metida hasta el cuello. Son judíos, gente dura de pelar. No podrán con ella, no podrán con Hirsch. No va a renunciar a la biblioteca..., pero deberá estar muy atenta, tener cuatro orejas y ocho ojos, vigilar las sombras entre las que se mueve Mengele para no dejarse atrapar por ellas. Ella es una chiquilla de catorce años y ellos son el aparato militar de destrucción más poderoso de la historia, pero no va a volver a asistir muda al desfile. Esta vez no. Va a plantar cara.

Cueste lo que cueste.

Dita no es la única persona del campo que agita los pensamientos en la coctelera del insomnio.

Fredy Hirsch, como jefe del bloque 31, tiene el privilegio de dormir en un cuarto propio y, además, lo hace en un barracón donde es el único inquilino. Después de haber estado trabajando un rato en uno de sus informes, sale de su cuarto y se queda solo frente a un silencio donde todavía flotan trazas de las voces y el ajeteo del día. Se han apagado los murmullos, se han cerrado los libros, se han acabado las canciones... Cuando se marcha atropelladamente la chiquillería, la escuela vuelve a ser un tosco hangar de madera.

—Son lo mejor que tenemos... —se dice a sí mismo.

Ha transcurrido un día más y una inspección más. Cada día que pasa es una batalla que se gana. Como si en ese momento quitase el tapón a una pelota inflable, su abombado pecho de atleta se encoge y sus clavículas rectas se hunden en los hombros. Se deja caer indolente en un taburete y cierra los ojos. De repente se da cuenta de lo cansado que se encuentra. Está exhausto, pero nadie debe saberlo. Él es un líder. No tiene derecho al desánimo. Ellos confían en él, no puede defraudarlos.

Si ellos supieran...

Les está mintiendo a todos. Si supieran quién es en realidad, los que ahora lo admiran lo odiarían.

Se siente agotado. Por eso se levanta y se tumba bocabajo con las palmas de las manos apoyadas en el suelo y empieza una tanda de flexiones. Se lo dice muchas veces a los componentes de sus equipos: el cansancio se pasa con el esfuerzo.

Bajar y subir, bajar y subir.

El silbato que siempre lleva colgado del cuello va golpeando rítmicamente contra la tierra apisonada. Ocultar las cosas significa arrastrar día y noche una pesada bola de hierro atada al tobillo, pero también sabe que es fundamental hacerlo, igual que es necesario apretar los dientes cuando le duelen los brazos al tratar de levantar su cuerpo con una nueva flexión. Hay que seguir subiendo y bajando. El golpeteo del silbato metálico contra el suelo no debe cesar. Apretar los dientes.

Subir y bajar.

La flaqueza es un pecado, susurra casi sin resuello.

Piensa que decir la verdad hace a los hombres libres. Decir la verdad tiene mucho prestigio, es lo que hacen los valientes. Pero también es cierto que la verdad a veces calcina todo lo que toca. Por eso sigue apretando las mandíbulas y comienza una nueva serie de flexiones, y mientras el sudor le corre por la espalda piensa que quedarse con esa sucia verdad en su interior y soportar él solo ese ardor para que los demás no sufran las quemaduras puede ser también un acto de generosidad. ¿De generosidad o de cobardía? ¿Acaso no tiene pánico a perder la admiración que con tanto esfuerzo se ha ganado? Prefiere no pensar más, seguir contando el número de flexiones y apretar los dientes.

Por eso el deporte nunca ha sido para él un sacrificio sino una liberación. En Aquisgrán, donde nació en 1916, muy cerca de la frontera de Alemania con Bélgica y Holanda, todos los niños iban al colegio andando. Él era el único que lo hacía corriendo, con el libro y la libreta atados a la espalda con una cuerda. Los tenderos de la calle le preguntaban con guasa adónde iba tan apresurado, y él los saludaba muy educadamente, pero sin aminorar la velocidad. No es que fuera a llegar tarde o tuviera prisa por algún motivo, es que disfrutaba corriendo. Cuando algún adulto le preguntaba por qué iba siempre trotando a todas partes, él respondía

siempre que andar le resultaba muy cansado, que se fatigaba en seguida, pero que cuando corría no se cansaba.

Llegaba en carrera a la placeta que había ante la puerta principal de la escuela y, como a esa hora no había ancianos sentados tomando el sol, aprovechaba el impulso para saltar el banco de un gran salto, como si estuviera en una carrera de obstáculos. Su ilusión era ser atleta profesional, se lo explicaba a todos sus compañeros de clase en cuanto tenía ocasión.

Cuando tenía diez años, su infancia, hecha de vigorosas zancadas y partidos de fútbol en los descampados del barrio, se rompió en mil pedazos por la muerte de su padre. Mientras hace un descanso sentado en el taburete del barracón, intenta evocar la imagen de su padre, pero su memoria era un cemento aún demasiado tierno. Lo que más recuerda entonces de él es el hueco que dejó su ausencia. Ese vacío, que le llegó muy adentro, nunca se ha llenado. Aún hoy en día continúa teniendo esa incómoda sensación de sentirse solo aunque esté rodeado de gente.

Le empezaron a fallar las fuerzas incluso para correr. Perdió hasta el gusto por las carreras. Estaba desorientado. Su madre se pasaba desde entonces el día trabajando y, para que no estuviera tanto tiempo solo en casa o peleándose con su hermano mayor, lo inscribió en el Jüdischer Pfadfinderbund Deutschland (JPD), un grupo de actividades juveniles que venía a ser una versión judía y alemana de los *boy scouts*, con una rama deportiva llamada Maccabi Hatzair.

La primera vez que entró en aquel local amplio y un tanto destartalado con un listado de normas pegado con una chincheta a la puerta, olía a lejía. Lo recuerda bien, y tampoco olvida que tuvo que tragarse las lágrimas para no llorar. Sin embargo, en el JPD el pequeño Fredy Hirsch encontró poco a poco la calidez que no hallaba en una casa vacía, en un padre desaparecido y en una madre casi siempre ausente. Encontró allí su lugar en el mundo. El compañerismo, los juegos de mesa los días de lluvia o las excursiones, en las que nunca faltaba una guitarra y alguien que contara alguna bella historia sobre los mártires de Israel. Los partidos de fútbol, el baloncesto, las carreras de sacos o el atletismo fueron para él una tabla a la que agarrarse. Cuando llegaba el sábado y todos se quedaban en casa con sus familias, él se iba solo a la pista deportiva a lanzar pelotas a los aros

oxidados de la cancha de baloncesto o hacía larguísimas tandas de abdominales hasta empapar la camiseta.

Entrenar hasta la extenuación le borraba las preocupaciones, disipaba las inseguridades. Se marcaba pequeños retos: ir y volver cinco veces a la esquina en menos de tres minutos, hacer diez flexiones y en la última dar una palmada en el aire, encestar cuatro canastas seguidas desde cierta distancia en tantos intentos... Mientras estaba concentrado en sus retos no pensaba en nada más, incluso podría decirse que era feliz y no se acordaba de haber perdido a un padre cuando más lo necesitas.

Su madre volvió a casarse y, durante su adolescencia, Fredy se sentía más a gusto en la sede del JPD que en su propia casa. A la salida del colegio se iba directamente allí, siempre tenía alguna justificación que darle a su madre para no volver a casa hasta tarde: reuniones de la directiva juvenil —de la que ya formaba parte—, organización de excursiones, torneos deportivos, trabajos de mantenimiento de la sede... Sin embargo, a medida que se hacía mayor, su capacidad de relacionarse con los chicos y las chicas de su edad fue disminuyendo; muchos no compartían su encendido misticismo sionista que le hacía concebir el retorno a Palestina como una misión, ni su exagerada pasión por practicar deporte a todas horas. Lo empezaron a invitar a alguna fiesta donde comenzaban a formarse las primeras parejas, pero Fredy no estaba cómodo y fue poniendo excusas para no ir, hasta que dejaron de invitarlo.

Descubrió que lo que más le gustaba era organizar equipos y torneos para los más pequeños, que se le daba bien. La pasión con que organizaba los equipos de voleibol y baloncesto hacía que sus pupilos se contagiaran del entusiasmo de Fredy. Sus equipos siempre peleaban hasta el final.

—¡Vamos, vamos! ¡Adelante! ¡Más intensidad, más! —les gritaba a los chicos desde la banda—. ¡Si no luchas por la victoria, no llores después por la derrota!

Fredy Hirsch no llora. Nunca.

Bajar y subir. Bajar y subir. Bajar y subir.

Únicamente lloran sudor sus músculos tensos que siguen estirándose y contrayéndose maquinalmente hasta que finaliza la larga tanda de flexiones.

Se levanta satisfecho consigo mismo. Todo lo satisfecho que puede estar un hombre que silencia la verdad.

5

Rudi Rosenberg lleva cerca de dos años en Birkenau, y eso es una proeza. Un raro azar que le ha convertido en un veterano de diecinueve años y le ha valido para obtener un puesto de registrador, que consiste en llevar al día los libros de altas y bajas de internos en un lugar donde el movimiento de personas es trágicamente constante. Es un empleo muy valorado por los nazis, que son meticulosos incluso para matar. Por eso, Rudi Rosenberg no utiliza el uniforme de rayas de los presos convencionales. Luce con orgullo un viejo pantalón de montar a caballo que en cualquier otro tiempo hubiera resultado desechado, pero que en Auschwitz resulta una indumentaria lujosa. Aparte de los *kapos*, los cocineros y los cargos de confianza como los registradores o los secretarios de bloque, todos los internos llevan los mugrientos uniformes de rayas. Salvo raras excepciones, como el campo familiar.

Atraviesa el puesto de control del campamento de cuarentena al que está asignado desplegando una afable sonrisa de interno modélico frente a los guardias con los que se cruza. No le ponen mayor objeción al informarlos de que se dirige al campo BIId a llevar unos listados.

Camina sobre la avenida de tierra que conecta los diferentes campos del complejo de Birkenau por el perímetro exterior, y mira a lo lejos la línea de árboles que delimitan el bosque, que en esa hora de la tarde invernal es un trazo borroso. Una ráfaga de aire le trae incluso algo del aroma dulzón a maleza húmeda, setas y musgo. Cierra un momento los ojos para saborearlo. La libertad tiene olor de bosque mojado.

Lo han convocado a una reunión clandestina para hablar de ese enigmático campo familiar. El joven registrador rememora unos recuerdos de unos meses atrás, aunque en ese lugar fuera de la realidad que es el *lager*

le parecen acontecimientos antiguos de una era imprecisa. Igual que las brújulas se desorientan al acercarse al Polo Norte, en Auschwitz los calendarios enloquecen.

Fue una mañana de septiembre. Esperaba lo mismo de siempre: personas arrugadas dentro de su uniforme de presidiarios, rapados al cero y todavía aturridos por la llegada al mundo alambrado de Auschwitz, que apesta a carne quemada. Caras idénticas de estupor porque el desamparo iguala a las personas. Pero al levantar la vista se encontró tras la mesa la vivaracha carita de una niña pecosa con dos trenzas rubias que se agarraba a su oso de peluche. Se quedó desconcertado. La niña se lo quedó mirando. Después de tantas atrocidades, el eslovaco ya había olvidado que pudiera mirarse el mundo de esa manera: sin miedo, sin rencor, sin trazas de locura. Tenía seis años y estaba viva en Auschwitz. Le pareció un milagro.

Ni él ni la Resistencia se explicaron entonces por qué los nazis habían dejado con vida a niños en el *lager*. Algo así sólo había pasado en el campo gitano que utilizaba el doctor Mengele para sus experimentos raciales, pero nunca con judíos. Y en diciembre había llegado otro transporte más, nuevamente desde el gueto checo de Terezín.

El trámite con todos los transportes que llegan es siempre el mismo. Se hace bajar a la gente a empujones y golpes. Se separa a hombres y mujeres en dos grandes bloques. En el mismo andén se los hace pasar de uno en uno ante la mirada de un médico que los separa a derecha e izquierda. Las personas saludables a las que se puede explotar como mano de obra se ponen a un lado. Los ancianos, niños, embarazadas y enfermos se ponen en un grupo que no va a pisar siquiera el *lager*: se los conduce directamente a la parte superior del campo, donde están situados los crematorios, que trabajan día y noche. Allí los ejecutan en las cámaras de gas.

Cuando Rudi Rosenberg llega al punto de encuentro, la trasera de un barracón del campo BIIId, hay dos hombres esperando. Uno lleva mandil de cocina y tiene una palidez enfermiza; se presenta como Lem, sin más. David Schmulewski, que empezó de techador y ahora es asistente del Blockältester del barracón 27 del campo BIIId, viste de civil: pantalones de pana desgastados y un jersey tan arrugado como su propio rostro. Lleva la vida entera grabada en la cara.

Ya habían recibido la información básica sobre la llegada del nuevo contingente de diciembre al campo familiar BIIb, pero querían que Rosenberg les aportase el mayor número de detalles posible. El eslovaco les confirma la llegada en diciembre de cinco mil judíos deportados del gueto de Terezín. Llegaron al campo familiar en dos trenes consecutivos con tres días de diferencia. Como ya ocurrió en septiembre, han podido conservar su ropa de civiles, incluso su pelo, y se ha permitido la entrada de niños.

Los dos dirigentes de la Resistencia asisten en silencio a las palabras de Rudi Rosenberg. Es una información que ya conocían, pero que les cuesta asimilar: una fábrica de la muerte como Auschwitz-Birkenau, en la que se aprovecha al máximo el trabajo esclavo de los internos, ha optado por algo tan poco rentable como convertir uno de sus campos en un recinto familiar. Algo no cuadra en esa ecuación.

—Sigo sin entenderlo... —murmura Schmulewski—. Los nazis son unos psicópatas y unos criminales, pero no son estúpidos: ¿para qué quieren niños pequeños en un campo de trabajos forzados si consumen comida, ocupan espacio y no producen ningún beneficio?

—¿Será un experimento a gran escala del lunático doctor Mengele?

Nadie tiene respuestas. Rosenberg incide en uno de los asuntos más intrigantes. Las fichas del transporte de septiembre traían una anotación especial: «*Sonderbehandlung* (tratamiento especial) después de seis meses». Y en su tatuaje, confirmándolo, podía leerse «SB6» junto a su número.

—¿Se ha averiguado algo más sobre ese «tratamiento especial»?

La pregunta se queda flotando en el aire sin que nadie la agarre. El cocinero polaco se concentra en rasgar con la uña un resto de mugre reseca adherido al mandil, que hace mucho que dejó de ser blanco. Raspar costras sobre la tela sucia se ha convertido para él en una adicción, como lo es para otros fumar. Schmulewski susurra lo que todos piensan: que aquí los tratamientos son tan especiales que matan.

—Pero ¿qué sentido tiene? —le pregunta Rudi Rosenberg—. Si quieren deshacerse de ellos, ¿por qué gastar dinero en alimentarlos durante seis meses? No tiene lógica.

—Pues ha de tenerla. Si algo aprendes cuando trabajas cerca de ellos es que todo tiene siempre una lógica, la que sea, terrible, despiadada..., pero la tiene. Nada es aleatorio ni sucede porque sí. Debe de haber algo más. Los alemanes no son capaces de vivir fuera de una cierta lógica.

—Y aunque el tratamiento especial consistiera en llevarlos a las cámaras de gas..., ¿qué podríamos hacer?

—De momento, no mucho. Ni siquiera tenemos la certeza de que sea así.

En ese momento llega otro hombre, alto y fuerte, que se muestra nervioso. Tampoco lleva uniforme de presidiario y luce un jersey de cuello, un privilegio poco común entre los internos. Rudi hace amago de marcharse para no interferir, pero el polaco, con un gesto, le pide que se quede.

—Te agradezco que hayas venido, Shlomo. Nos llega muy poca información del Sonderkommando.

—No podré quedarme mucho, Schmulewski.

El joven gesticula aparatosamente con las manos. A partir de ese detalle Rudi deduce que es latino, y no se equivoca, porque Shlomo proviene de una comunidad judía italiana de Tesalónica.

—No sabemos mucho de lo que pasa en las cámaras de gas.

—Esta mañana, trescientos más sólo en el segundo crematorio. Casi todos eran mujeres y niños. —Hace una pausa y los mira. Se pregunta si en verdad se puede explicar lo inexplicable. Agita aparatosamente las manos y mira hacia arriba, pero el cielo está encapotado. He tenido que ayudar a descalzarse a una niña porque su madre tenía un bebé en brazos y han de entrar desnudos en la sala. Jugaba a sacarme la lengua mientras le quitaba las sandalias, no tendría ni cuatro años.

—¿Y no sospechan nada?

—Que Dios me perdone... Acaban de llegar de un viaje de tres días metidos en un vagón. Están aturridos, asustados. Un SS con una metralleta les dice que los van a desinfectar, que van a ir a unas duchas, y ellos le creen. ¿Qué otra opción tienen? Les hacen colgar la ropa en unos percheros e incluso les dicen que se fijen en el número para luego recuperarla, y así hacen que piensen que van a volver. Hasta les hacen atar los zapatos juntos para que no se pierdan. De ese modo es más fácil luego recoger el calzado

ordenadamente y llevarlo al bloque Canadá, donde eligen las mejores prendas para enviarlas a Alemania. Los alemanes lo aprovechan todo.

—¿Y tú no puedes avisar a la gente? —salta Rudi.

Al momento siente cómo la mirada severa de Schmulewski se clava en él. Rudi no tiene ahí ni voz ni voto. Pero el ítalo-griego le responde con esa manera suya apesadumbrada de hablar, pidiendo perdón en cada palabra que sale de su boca.

—Que Dios me perdone. No, no los aviso. ¿Para qué? ¿Qué haría una madre con dos niños? ¿Revolverse contra los guardias armados? La golpearían delante de sus hijos, la patearían en el suelo. De hecho, ya lo hacen. Si alguien pregunta algo, le rompen los dientes de un culatazo para que no hable más y ya nadie vuelve a decir nada, todos miran para otro lado. Los SS no permiten que nada entorpezca el proceso. Una vez, una anciana muy bien vestida y muy erguida llegó de la mano de su nieto de seis o siete años. Esa mujer lo sabía, no sé cómo, pero sabía que los iban a matar. Se tiró a los pies de un SS, se puso de rodillas: le imploró que la mataran a ella, pero que dejaran vivir a su nieto. ¿Sabéis qué hizo el centinela? Se bajó la bragueta, se sacó el miembro y se puso a orinar encima de ella sin más. La mujer volvió a su sitio, humillada. Hoy había una mujer muy elegante, seguro que era de muy buena familia. Le daba mucho apuro desnudarse. Yo me he puesto delante de ella, de espaldas, para hacerle un poco de pantalla. Después tenía tanto pudor de estar desnuda delante de nosotros que ponía a su hija delante para que la tapase, pero me ha dado las gracias con una sonrisa tan dulce... —Se detiene un momento y los demás respetan el silencio, incluso agachan la cabeza como para no mirar impudicamente a la madre desnuda abrazada a su hija—. Han entrado con los demás..., que Dios me perdone. Los aprietan, ¿sabes? Meten a más de los que caben. Si hay hombres sanos, los dejan los últimos y luego los obligan a entrar a golpes de vara para que presionen y se hagan sitio empujando a los de dentro. Luego se cierra la cámara, que tiene unas peras de ducha para que no recelen y sigan creyendo que van a lavarse.

—¿Y luego? —pregunta Schmulewski.

—Abrimos la tapa del depósito y un SS arroja el bidón de gas Zyklon. Luego hay que esperar quince minutos, tal vez menos... Después, el

silencio.

—¿Sufren?

Primero un suspiro, después una mirada al cielo.

—Que Dios me perdone..., no sabéis lo que es eso. Cuando entras encuentras una montaña de cadáveres enredados unos con otros. Seguro que muchos mueren por aplastamiento y asfixia. Cuando llega ese veneno, el cuerpo debe de reaccionar horriblemente, con ahogos, convulsiones. Los cadáveres están rebozados en excrementos. Tienen los ojos desorbitados, el cuerpo sangrando, como si el organismo hubiera reventado por dentro. Y los brazos crispados, como garras, enredados en los cuerpos de otros en un gesto de desesperación, los cuellos tan estirados hacia arriba buscando aire que parece que vayan a partirse.

—¿Cuál es tu función?

—Yo he de cortar el pelo, sobre todo las cabelleras largas o las trenzas. Después lo recogen en un camión. Como mi tarea es más liviana, a ratos me turno con otros compañeros para arrancar los dientes de oro. También para arrastrar los cadáveres hasta el montacargas que los sube desde el sótano al crematorio. Es horrible arrastrarlos. Primero hay que desenredarlos de los otros cuerpos, hechos un lío de brazos, pringados de sangre y de todo. Les tiras de la mano y la tienen mojada. Al poco tienes las manos tan viscosas que no puedes ya agarrar nada. Al final, nos ayudamos de los bastones de los ancianos que han muerto y los agarramos por la nuca, es la mejor manera. Arriba los quemamos.

—He oído decir que a veces se usa armamento.

—Sólo para lo que llaman «el camión escoba». Viene al final de todo. Trae del andén a los que ya no pueden caminar: inválidos, enfermos, gente muy anciana. Para delante del crematorio, descarga el volquete y arroja a la gente al suelo como si fuera gravilla. Desnudarlos y meterlos en la cámara de gas sería muy trabajoso. Lo que hemos de hacer es levantarlos uno a uno por la oreja y un brazo, y un SS les dispara un tiro en la cabeza. Y luego hemos de bajarles rápidamente la cabeza mientras los dejamos caer, porque la sangre mana como un surtidor, y si salpica al SS, éste se enfada y nos castiga, incluso puede pegarnos un tiro allí mismo.

—¿De cuántos asesinatos al día estaríamos hablando?

—Quién sabe. Hay un turno de día y otro de noche, no se para nunca. Al menos doscientas o trescientas personas en cada sesión, y eso sólo en nuestro crematorio. A veces hay una sesión en un día, otras veces dos. A menudo los crematorios no dan abasto quemando cuerpos y nos piden que llevemos los cadáveres a un claro del bosque. Los subimos en una camioneta y luego hemos de descargarlos otra vez.

—¿Y los enterráis?

—¡Eso requeriría demasiadas unidades de trabajo! No quieren. Que Dios me perdone. Se les rocía con gasolina y se queman. Después hay que recoger a paladas las cenizas y echarlas a un camión. Creo que las usan de abono. Los huesos de las caderas son demasiado grandes y no se queman, hay que triturarlos.

—Dios mío... —murmura Rudi.

—Por si alguien no se había enterado —les dice Schmulewski con gesto severo—, esto es Auschwitz-Birkenau.

Mientras se produce esa sombría reunión, a dos campos de distancia Dita llega frente al barracón 22, al lado del segundo bloque de letrinas. Mira a un lado y al otro: no hay guardias ni se ve a nadie sospechoso por los alrededores. Aun así, no puede sacudirse la sensación pegajosa de estar vigilada. Pero entra en ese barracón.

Esa mañana, tras el recuento, le había llamado la atención una mujer mayor que, desafiando la prohibición, merodeaba cerca de la alambrada. La señora Turnovská, a quien llama Radio Birkenau, le contó a su madre que los guardias le dan a esa mujer cierta libertad. Es la costurera, a quien todo el mundo conoce como Dudine porque es de esa ciudad del sur de Eslovaquia. Cerca de la valla encuentra pequeños hilos de alambre rotos que, después de afinarlos con una piedra, le sirven como rudimentarias agujas de coser.

Dita ha tomado la firme decisión de continuar en su puesto de bibliotecaria, pero ha de encontrar la manera más prudente de hacerlo. Después del último recuento y antes del toque de queda que prohíbe salir de los barracones, es el momento de las transacciones; Dudine recibe a su clientela a esas horas. Dice que sus arreglos son los más baratos de Polonia: acortar una chaqueta, media ración de pan; arreglar la cintura de unos

pantalones, dos cigarrillos; coser un vestido entero con la tela incluida, una ración entera de pan.

La mujer eslovaca está sentada en su camastro con una colilla pegada a los labios mientras mide una tela con un metro que se ha fabricado ella misma a ojo sobre una tira de cuero. Cuando levanta la mirada para ver qué es lo que le tapa la luz, se encuentra con una jovencita delgada, con el pelo revuelto y la mirada decidida.

—Quiero que me cosa dos bolsillos interiores por dentro de mi blusón a la altura del costado. Han de ser fuertes.

La mujer coge lo que queda de cigarrillo con la punta de los dedos y le da una profunda calada.

—Unas sobaqueras bajo la ropa, ya veo. ¿Y para qué vas a usar esos bolsillos secretos?

—Yo no he dicho que sean secretos...

Dita le sonrío exageradamente, tratando de parecer boba. La mujer la mira arqueando las cejas.

—Oye, yo no nací ayer.

Empieza a arrepentirse de haber ido hasta allá. Corren por el campo historias sobre delatores que venden a sus compañeros por un cazo de sopa o por medio paquete de cigarrillos. Y se fija en cómo fuma la costurera, con un cierto aire de vampiresa arruinada.

La condesa Colilla, la bautiza Dita para sus adentros.

Aunque también piensa que, si obtuviera privilegios como confidente, no le haría falta pasarse las tardes cosiendo a la luz mortecina de las lámparas del barracón. Y siente por ella cierta ternura.

No, mejor la condesa Parches.

—Bueno, sí. Es un poco secreto. Es que quiero llevar encima unos recuerdos de mis difuntas abuelas.

Dita vuelve a adoptar un aire de chica ingenua.

—Mira, te voy a dar un consejo. Y, además, te lo voy a dar gratis. Si no sabes mentir mejor, más vale que de ahora en adelante digas siempre la verdad.

La mujer vuelve a dar otra calada tan profunda que la brasa ya le llega a la punta de sus dedos amarillentos. Dita se pone colorada y agacha la

cabeza. La vieja Dudine es entonces la que sonríe levemente, como una abuela frente a la travesura de su nieta.

—Mira, niña, me importa un pimiento lo que vayas a meter ahí, como si es una pistola. Ojalá lo fuera y le pegaras un tiro a alguno de esos malnacidos. —Y al decirlo escupe una saliva oscura—.  nicamente te lo pregunto para saber si lo que quieres esconder pesa, porque si pesa te va a deformar toda la blusa y se va a notar mucho. Entonces, lo que habría que hacer es poner unas pinzas de refuerzo en los costados para que aguante.

—Pesa. Pero me temo que no es una pistola.

—Vale, vale, no me interesa. No quiero saber más. Esto lleva trabajo.  Has traído tela? No, claro. Bueno, la tía Dudine tiene algún retal sobrante que servirá. El arreglo te costará media ración de pan y su pedazo de margarina, y la tela otro cuarto de pan.

—De acuerdo —le dice.

La costurera se la queda mirando estupefacta, más incluso que cuando pensaba que quería guardar una pistola.

— No vas a regatear?

—Pues, no. Usted hace un trabajo y merece una recompensa.

La mujer empieza a reír y a toser a la vez. Después, escupe a un lado.

— J venes! No sabéis nada de la vida.  Es así como os enseña ese director tan guapo? Bueno, tampoco está mal que quede algo de decencia. Mira, no te cobrar  la mantequilla, estoy harta de esa grasa amarilla. Sólo media ración de pan, la tela es poca cosa, te la regalo.

Ya ha anochecido cuando deja a la condesa Parches y sale con paso apresurado en dirección a su barracón. No quiere a esas horas más encuentros inesperados. Pero una mano la coge del brazo y un chillido histórico sale de su garganta.

— Soy yo, Margit!

Dita recupera el aliento, que se le había cortado, y su amiga la mira preocupada.

—Menudo grito.  Por qué te has puesto así? Te noto muy alterada, Dita.  Te ha pasado algo?

Margit es la única persona a la que puede contárselo.

—Es por culpa del maldito doctor... —No es capaz ni de encontrarle un apodo, su cabeza se bloquea al pensar en él—. Me ha amenazado.

—¿De quién hablas?

—De Mengele.

Margit se lleva la mano a la boca en un gesto de espanto. Como si hubiera nombrado al demonio. En realidad, lo ha hecho.

—Me ha dicho que no me va a quitar el ojo de encima. Que si me pilla haciendo algo raro, me abrirá como a una ternera en un matadero.

—¡Eso es terrible, Dios mío! ¡Has de tener cuidado!

—¿Y qué quieres que haga?

—Debes ser prudente.

—Ya lo soy.

—¡Ayer contaban en las literas algo terrible!

—¿Qué?

—Escuché a una amiga de mi madre contar que Mengele practica el culto al diablo, que por las noches se adentra en el bosque con unas velas negras.

—¡Qué tontería!

—De verdad, lo decían allí. La *kapo* lo había contado. Decía que entre los jefes nazis eso está bien visto. Que no tienen religión.

—Se dicen muchas cosas...

—Los paganos hacen esas cosas. Adoran a Satán.

—Bueno, a nosotros nos protege Dios. Más o menos.

—¡No hables de esa manera, no está bien! Claro que Dios nos protege.

—Pues yo no me siento aquí muy protegida.

—Él nos enseña que también debemos cuidar de nosotros.

—Ya lo hago.

—Ese hombre es el demonio. Dicen que abre la barriga de las embarazadas con un bisturí y sin anestesia, y después abre también a los fetos. Inyecta bacterias del tifus a personas sanas para observar cómo se desarrolla la enfermedad. A un grupo de monjas polacas las sometió a sesiones de rayos x hasta quemarlas. Cuentan que obliga a parejas de hermanas gemelas a tener relaciones sexuales con hermanos gemelos para

saber si así engendrarán gemelos. ¿Te imaginas qué asco? Ha hecho injertos de piel humana y los pacientes han muerto por la gangrena...

Se quedan un momento calladas imaginándose el laboratorio de los horrores de Mengele.

—Has de ser prudente, Dita.

—¡Ya te he dicho que lo soy!

—Más prudente.

—Estamos en Auschwitz. ¿Qué quieres que haga? ¿Contrato un seguro de vida?

—¡Has de tomarte más en serio esa amenaza de Mengele! Tienes que rezar, Dita.

—Margit...

—¿Qué?

—Hablas como mi madre.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé.

Las dos se quedan calladas hasta que Dita se decide a hablar de nuevo.

—Mi madre no debe enterarse, Margit. Por lo que más quieras. Se preocuparía, no dormiría y su angustia me acabaría mortificando a mí.

—¿Y tu padre?

—No está bien, aunque él dice que se encuentra perfectamente. No quiero preocuparlo.

—Yo no diré nada.

—Lo sé.

—Pero creo que deberías contárselo a tu madre...

—¡Margit!

—Vale, vale. Es cosa tuya.

Sonríe. Margit es la hermana mayor que nunca tuvo.

Regresa al barracón y la acompaña el crujido de sus pasos sobre el barro helado. También la acompaña esa rara sensación de tener unas pupilas clavadas en la espalda, aunque al girarse hacia atrás los únicos ojos en la oscuridad sean los fognazos rojizos de los crematorios, que vistos en la distancia tienen un aire de irrealidad o de sueño inquietante. Llega sana y salva al barracón y, tras dar un beso a su madre, se acurruca entre los pies

descomunales de la veterana. Le parece que la mujer aparta un poco las piernas para que pueda acomodarse mejor, aunque cuando le desea buenas noches amablemente, ni siquiera le contesta. Sabe que no le será fácil conciliar el sueño, pero cierra los ojos y aprieta los párpados con todas sus fuerzas para llevarle la contraria. Es tan testaruda que al final se queda dormida.

Tras el recuento, lo primero que hace esa mañana es presentarse antes que nadie en el cuarto del Blockältester. Da tres golpes espaciados, y Hirsch ya sabe que es la bibliotecaria. Le franquea la puerta y la cierra inmediatamente. Abre con rapidez la trampilla mientras selecciona los libros que le han solicitado para esa jornada, hasta un máximo de cuatro. Si hay más pedidos, deben esperar al día siguiente, porque no caben más en los compartimentos secretos del vestido de Dita.

Para poder meter los libros en los bolsillos interiores, ha de desabrocharse varios botones de la parte superior del vestido. Fredy la está mirando y duda un momento. Una chica decente no debería estar sola en el cuarto de un hombre. Y menos aún desabrocharse el vestido delante de él. Si su madre lo supiera, sería una catástrofe. Pero no hay tiempo, es demasiado peligroso, podría venir alguien a llamar al cuarto del jefe de bloque en cualquier momento. Se desabrocha el vestido y uno de sus pequeños senos queda a la vista. En ese momento, él se percata y gira la vista hacia la puerta. Ella está ruborizada, pero se siente orgullosa. Hirsch se ha dado cuenta de que no puede mirarla como a una niña.

Las sobaqueras de loneta llevan una cinta a la altura de la barriga que las ata entre sí y hace que los libros no se bamboleen. Los cuatro apenas abultan en ese vestido ancho que Dita no llena del todo. El director del bloque asiente complacido ante la idea de la chica para camuflar los libros. Esa mañana sólo hay dos peticiones hechas el día anterior: el libro de álgebra y la *Breve historia del mundo*.

Sale del cuarto del Blockältester aparentemente igual que entró, sin llevar nada en las manos, con los pequeños volúmenes perfectamente camuflados bajo la ropa. Nadie que la viera entrar y salir sabría qué se trae entre manos. Aprovecha el momento de alboroto en que se rompen filas y los niños se van acomodando en sus grupos para irse al fondo del barracón.

Se esconde tras una pila de maderas y se saca por debajo del vestido los libros. Los demás la ven llegar con los libros en sus manos, pero no saben de dónde han salido exactamente. Un truco de prestidigitación que le otorga entre los niños la admiración risueña que se tiene por los magos.

Es el profesor Avi Ofir el que ha solicitado el tratado de matemáticas para sus niños, que son de los mayores de la escuela. Dita se considera una chica del montón, que pasa desapercibida, incluso demasiado: a veces le gustaría ser más alta y tener más curvas. Por eso, cuando empezó a ejercer como bibliotecaria creía que llegaría a un grupo, entregaría su libro al profesor y nadie repararía en ella. Se desharía entre la multitud del barracón como una sombra. Pero se equivocaba.

En cuanto se acerca, una mezcla de instinto y curiosidad hace que hasta los más revoltosos —los que andan tirándose de la ropa o los que están enfrascados en una conversación sobre marcas de coches— de repente dejen lo que están haciendo y miren su gesto: alarga la mano y entrega un libro. El profesor toma la cubierta y lo abre. Abrir un libro allí es un ritual.

Muchos de ellos odiaban los libros cuando estudiaban en la escuela. Los libros eran sinónimo de estudios pesados, de largas lecciones de ciencias, de sesiones de lectura bajo la mirada amenazante del maestro, de deberes en casa que les impedían salir a jugar a la calle. Pero allí el libro parece un imán; no pueden apartar los ojos de él y muchos no pueden incluso reprimir el impulso de levantarse de sus taburetes e ir hacia Avi Ofir para que les deje tocarlo. Su ansiedad genera un pequeño tumulto, y el profesor ordena enérgicamente que vuelvan a sentarse.

Dita se fija en Gabriel, un pelirrojo rebotante de pecas y picardía. Imposible ver a Gabriel sin que esté imitando ruidos de animales en medio de clase, tirando del pelo de una niña o maquinando cualquier trastada. Pero está absorto mirando el libro. Todos lo están.

Los primeros días no entendía el repentino interés por los libros hasta en los menos aplicados, pero poco a poco fue dándose cuenta de que los libros son una conexión con los exámenes, el estudio y las tareas menos gratas de la escolaridad, pero también un signo de la vida sin alambradas ni miedo. Incluso los que nunca quisieron abrir un libro más que a regañadientes

reconocen ahora en ese objeto de pasta de papel a un aliado. Si los nazis prohíben los libros es que los libros están de su parte.

Manejar libros los acerca un paso más a la normalidad, y ése es el sueño de todos. El deseo fervoroso que todos piden en sus plegarias cuando rezan con los ojos cerrados muy fuerte no son juguetes lujosos ni grandes cosas; lo que le piden a Dios es jugar al escondite en una plaza, beber agua en una fuente.

Cuando va a entregar el siguiente libro ve que otros profesores le hacen señales indicándole que les gustaría disponer de alguno de los ejemplares. Un profesor del grupo de al lado estira el cuello y dice que también estaría interesado, y después el de más allá. Al cruzarse con el subdirector Lichtenstern, ella le comenta su extrañeza.

—No sé qué ha pasado. De repente se han desbordado las peticiones de libros...

—Se han dado cuenta de que el servicio bibliotecario funciona.

Sonríe, un poco apurada por el cumplido y por la responsabilidad. Ahora todos esperan mucho de ella. ¡Pero sólo es una niña de catorce años en el punto de mira de un nazi loco que jamás olvida una cara!

No importa.

—Mire, señor Lichtenstern, tengo una sugerencia. ¿Le ha contado el señor Hirsch el sistema para camuflar libros bajo la ropa que he inventado?

—Sí, le parece muy bien.

—Bueno, ese sistema facilita las cosas si aparece una inspección de repente. Tampoco es algo que suceda a menudo. Lo que propongo es que tomando como patrón mi bolsillo secreto manden fabricar un par más para otro asistente voluntario. De esa manera podríamos tener los libros aquí durante el día a disposición de los profesores. Entonces sí que sería como una biblioteca de verdad.

Lichtenstern la mira fijamente.

—No sé si te he entendido bien...

—Tendría los libros sobre la chimenea durante las clases de la mañana y así, en cada cambio de clase, los profesores podrían venir a pedirlos, incluso un profesor podría solicitar varios libros diferentes en la misma mañana si

lo desea. Si hubiera una inspección, los esconderíamos en los compartimentos secretos bajo la ropa.

—¿Quieres tener los libros encima de la chimenea? Es una imprudencia. No estoy de acuerdo.

—¿Y cree que lo estará el señor Hirsch?

Formula la pregunta con tan exagerada candidez que al subdirector se lo llevan todos los demonios. ¿Acaso esa mocosa pretende puentear su autoridad? Está claro que sí, pero prefiere explicárselo él a Hirsch, no vaya a ser que esa chiquilla atrevida lo convenza.

—Se lo comentaré al director, pero vete olvidando del tema. Yo conozco a Hirsch.

En eso se equivoca. Nadie conoce la verdad oculta de Hirsch.

Nadie conoce a nadie.

6

Lichtenstern tiene el único reloj del campo y al final de la mañana golpea un gong, fabricado con una escudilla metálica especialmente fina, que vibra ruidosamente para marcar el final de las clases. Es la hora de la sopa. Medio litro de agua amarga donde a veces flota un pedazo de nabo o, en los días grandes, un trozo de patata. A pesar del ansia por matar el hambre perpetua, los niños han de formar una fila ordenada para dirigirse a las letrinas y asearse en los grandes abrevaderos metálicos habilitados como lavamanos.

Dita se dirige al rincón del profesor Morgenstern y le recoge el libro de H. G. Wells con el que ha estado explicando a sus alumnos la caída del Imperio romano. El profesor tiene un aire de Papá Noel destartalado, con el pelo blanco siempre despeinado, la barba canosa crecida y unas cejas que son alambres blancos. Viste una vieja americana muy desgastada, descosida en las hombreras y sin botones, pero él camina muy erguido con ella, con ceremoniosa dignidad, y sus modales son de una cortesía antigua y algo excesiva, como el hábito de llamar «señor» y «señora» incluso a los niños más pequeños.

Dita coge el libro con las dos manos, no vaya a ser que se le caiga a ese hombre tan patoso. Desde su incidente durante la inspección, que a ella le vino muy bien para esquivar al Cura, Dita ha sentido hacia él una especial curiosidad, y algunas tardes se acerca a verlo. El profesor Morgenstern siempre se levanta atropelladamente en cuanto la ve llegar y le hace una reverencia versallesca. Le hace gracia que a veces, sin que venga al caso, empiece a hablar sin preámbulo de cualquier cosa.

—¿Te das cuenta de la importancia de la distancia entre las cejas y los ojos? —pregunta muy intrigado—. Es difícil encontrar personas con la

distancia precisa, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

Habla de manera torrencial y entusiasta de los temas más absurdos, pero también puede quedarse callado de repente mirando al techo o a ninguna parte. Si alguien trata de interrumpirlo, hace un gesto con la mano para que espere un momento.

—Estoy escuchando girar las ruedas de mi cerebro —afirma muy serio.

No participa en las tertulias que mantienen los profesores al final del día. Tampoco sería bien recibido. La mayoría piensa que está mal de la cabeza. En las tardes en que sus alumnos están jugando en la trasera del barracón con otros grupos, él suele estar sentado solo. Con las pocas hojas usadas que se desechan cuando ya no cabe una raya más, el profesor Morgenstern hace pajaritas de papel.

Cuando Dita se acerca esa tarde, él deja a medio doblar un pico de papel, y se levanta atropelladamente para hacerle una inclinación de cabeza y mirarla a través de sus lentes rajadas.

—La señorita bibliotecaria... Es un honor.

Le da un poco de risa ese recibimiento, que la halaga y la hace sentirse mayor. Por un momento se plantea si no se estará burlando de ella, pero descarta esa idea. Su mirada es bondadosa. El profesor le habla de edificios porque «antes de la guerra había sido arquitecto». Cuando ella le dice que aún lo es, que después del paréntesis de la guerra seguirá levantando edificios, él sonrío benévolo.

—Ya no tengo fuerzas para levantar nada, ni siquiera para levantarme de esta banca tan bajita.

Antes de llegar a Auschwitz pasó varios años sin poder ejercer su profesión por ser judío, y le dice que empieza a fallarle la memoria.

—Ya no recuerdo las fórmulas para calcular las cargas y la mano me tiembla tanto que sería incapaz de hacer el plano ni de una piscina.

Y, al acabar de decirlo, sonrío.

Morgenstern le confiesa que a veces pide que le lleve algún libro, pero después se entretiene hablando de otros asuntos y no llega ni a abrirlo.

—¿Y por qué me lo pide? —le reprocha enfadada—. ¿No se da cuenta de que los libros son escasos y no se pueden pedir por capricho?

—Tiene razón, señorita Adlerova, tiene toda la razón del mundo. Le pido disculpas. Soy un viejo egoísta y un caprichoso.

Y después se queda callado, y Dita no sabe qué decir. El hombre parece en verdad apenado. Al poco sonrío de repente, sin transición. Le cuenta en voz baja, como si fuera un secreto, que tener un libro en sus rodillas mientras les habla de la historia de Europa o del éxodo de los judíos le hace sentirse un profesor de verdad.

—Así los niños me hacen más caso. A las palabras de un viejo chiflado no les prestarían ninguna atención, pero si son las palabras de un libro..., eso es otra cosa. Los libros guardan dentro de sus páginas la sabiduría de quien los escribió. Los libros nunca pierden la memoria.

Y acerca la cabeza a Dita para confiarle algo muy secreto y misterioso. Ella le ve esa barba canosa desordenada y esos ojos minúsculos.

—Señorita Adlerova..., los libros lo saben todo.

Deja a Morgenstern absorto en la papiroflexia, tratando de hacer algo que parece una foca de papel. Le parece que al viejo profesor se le han desajustado las tuercas del cerebro, pero aun así..., las cosas que dice a la vez son absurdas y tienen sentido. No sabe realmente decir si es un loco o un sabio.

Lichtenstern le hace señas nerviosas para que se acerque a hablar con él. Tiene una cara de fastidio infinito. La misma que se le pone cuando se le acaban los cigarrillos.

—El director ha dicho que le parece bien tu propuesta.

El subdirector la observa para ver su reacción victoriosa, pero Dita no es una niña: sabe reírse por dentro. De hecho, muestra un rostro grave y reconcentrado mientras Lichtenstern pone cara agria. Por dentro, su alma está dando botes de alegría, saltando locamente como en una cama elástica.

—Ha dicho que sí, y así será. Él es el jefe, pero al más mínimo aviso de inspección hay que guardar los libros a toda velocidad. Todo esto queda bajo tu responsabilidad.

Ella asiente.

—Ha habido un punto en el que no he transigido de ninguna manera —afirma más animado, como si eso lo rehabilitase en su orgullo herido—. Hirsch insistía en llevar él los bolsillos interiores por si había una

inspección. Le he hecho ver que era una estupidez. Él ha de recibir a los guardias, va a estar a dos palmos de ellos, no puede llevar ese bulto. Se ha puesto muy tozudo. Ya sabes, es alemán. Pero yo soy checo. Él es terco, pero yo soy resistente. Y me he salido con la mía. Cada día, un asistente distinto estará contigo en la biblioteca.

—¡Perfecto, señor Lichtenstern! ¡Mañana inauguramos la biblioteca pública!

—A mí todo esto de los libros me parece una locura. —Y suspira mientras se aleja—. Pero ¿hay algo aquí que no sea una locura?

Sale contenta del barracón, también nerviosa, pensando en cómo va a organizarse para que el préstamo de libros funcione bien. En esas cábalas anda cuando se encuentra con Margit, que ha estado esperándola fuera. Justo enfrente, ven salir del barracón que hace las veces de hospital a un hombre que tira de una carretilla donde va un cadáver tapado con un lienzo. El paso de los cadáveres es tan habitual que ya casi nadie parece darse cuenta. Las dos muchachas se miran y no dicen nada, es mejor no hablar. Por eso caminan en silencio hasta que les sale al paso René, una chica pelirroja con la que Margit trabó amistad un día en la cola de la sopa. Lleva la ropa sucia de barro después de su jornada de trabajo en las zanjas de drenaje y las ojeras la hacen parecer mayor.

—¡Qué mala suerte tuviste con el trabajo, René!

—La mala suerte me persigue... —Y lo dice de una manera un tanto enigmática para que las otras dos la escuchen atentamente.

Les hace señas con la mano y se adentra en el callejón que conforman dos barracones. En la trasera de uno de los barracones, buscan un lugar alejado unos metros de un grupo de hombres que, por la manera de susurrar y de levantar la cabeza desconfiadamente para mirarlas, deben de estar hablando de política. Se acurrucan las tres muy juntas para tener menos frío, y entonces René les cuenta.

—Hay un guardia que me mira.

Las dos se cruzan una mirada de extrañeza. Margit no sabe qué decir y Dita se pone socarrona.

—A los guardias les pagan para eso, René. Para que miren a los presos.

—Me mira de una manera diferente..., muy fijamente. Espera a que salga de la formación después de pasar lista y me sigue con la mirada, lo noto. Y en el recuento de la tarde, otra vez lo mismo.

Dita está a punto de hacerle otra broma y decirle que es muy vanidosa..., pero la ve tan preocupada que opta por callarse.

—Primero no le di importancia, pero esta tarde, mientras estaba de ronda por el campo, se desvió de su camino por el centro de la *lagerstrasse* y se acercó hasta la zanja donde trabajábamos. Yo no me atreví a girarme, pero noté que pasaba muy cerca. Después se alejó.

—Quizá sólo inspeccionaba el trabajo en la zanja.

—Pero en seguida se volvió al centro de la *lagerstrasse*. Lo estuve observando y ya no se desvió más hasta el final. Es como si sólo me vigilara a mí.

—¿Y estás segura de que siempre es el mismo SS?

—Sí, es bajito, se le reconoce fácilmente. —Y, al decirlo, se tapa el rostro con las manos—. Tengo miedo.

René se marcha a ver a su madre, cabizbaja y preocupada.

—Esa muchacha se obsesiona demasiado —dice Dita algo despectivamente.

—Está asustada. Yo también lo estoy. ¿Tú nunca tienes miedo, Dita? A ti sí que te tienen vigilada. Tú justamente eres quien debería estar más asustada, y sin embargo eres la que menos miedo tiene. Eres muy valiente.

—¡Qué tontería! ¡Claro que tengo miedo! Pero no lo voy anunciando por ahí.

—A veces uno necesita decir lo que lleva dentro.

Se quedan un rato en silencio y luego se despiden. Vuelve a la *lagerstrasse* y gira hacia su barracón. Ha empezado a nevar, y la gente se va recogiendo en sus barracones. Son establos infectos, pero al menos hace un poco menos de frío. Desde lejos, ve que en la puerta del bloque 16, que es el suyo, no hay gente arremolinada, como es costumbre, sobre todo entre los matrimonios, que apuran la hora antes del toque de silencio para estar juntos. Al poco, descubre la razón de que no haya nadie. La música de la ópera *Tosca*, de Puccini, flota en el aire. Dita la conoce bien, es una de las favoritas de su padre. Alguien silba sus acordes con precisión y, al aguzar la

mirada, descubre una figura apoyada junto al quicio de la puerta con la gorra de plato de los oficiales de las SS.

—Dios mío...

Parece estar esperando a alguien. Pero nadie quiere ser esperado por él. Dita se para en medio de la *lagerstrasse*; no sabe si la ha visto. En ese momento la adelanta un grupo de cuatro mujeres que van a paso ligero para llegar antes del toque de queda mientras van parlotando nerviosamente sobre sus maridos. Dita da dos zancadas, baja la cabeza y se pone justo detrás para camuflarse. En el momento de llegar a la puerta del barracón, sin levantar el rostro del suelo, las adelanta velozmente y entra casi a la carrera.

Una vez leyó en un libro de fauna africana que, si alguien se ve frente a un león, nunca debe correr, sino moverse muy despacio. Tal vez haya cometido un error fatal al entrar corriendo, pero piensa que el libro, aunque sabía mucho de leones, no decía cómo comportarse con psicópatas de las SS. Ha entrado con la cabeza gacha para pasar más desapercibida, pero no ha podido evitar mirar un instante de reojo al capitán médico. Una vez vino a visitar a su padre un veterano de la Gran Guerra; había perdido un ojo por la metralla de una bomba y llevaba un ojo de cristal. Nunca ha olvidado la mirada neutra de ese ojo que en verdad no miraba nada porque no era más que materia inanimada. Así es exactamente la mirada de Mengele, la de unos ojos de cristal helados donde no hay vida ni emoción alguna.

Piensa que el león hambriento va a arrancar tras ella. Llega casi corriendo hasta su litera y se sube de un salto a su camastro. Por primera vez se alegra de ver allí a la veterana de la cicatriz, y se esconde entre sus pies sucios como si pensara que allí acurrucada iba a poder ocultarse de ese capitán médico que todo lo ve. No escucha pasos apresurados ni órdenes en alemán. Mengele no corre tras ella, y eso la alivia momentáneamente.

Ella no sabe que nadie le ha visto nunca correr. No le parece elegante. ¿Para qué correr? Un prisionero no puede esconderse en ninguna parte. Es como pescar un pez en una pecera.

Su madre, al verla llegar tan agitada, le dice que no se angustie, que aún falta un rato para el toque de silencio. Ella asiente, incluso se las apaña para disimular y sonreír como si no pasara nada.

Dita le da las buenas noches a su madre y después se las da también a los calcetines mugrientos de la veterana, que desprenden un hedor de quesos viejos. No recibe respuesta. Ya ni siquiera la espera. Se pregunta qué estaba haciendo ahí Mengele, a la entrada de su barracón. Si la estaba esperando, si alguien tan poderoso como él cree que Dita puede estar ocultando algo a la comandancia del campo..., ¿por qué no la detiene ya? No lo sabe. Mengele abre las tripas de miles de personas y mira su interior con ojos golosos, pero nadie ha podido ver qué hay dentro de su cabeza. Se apagan las luces y por fin se siente a salvo. Pero empieza a pensar y se da cuenta de que se ha equivocado.

Cuando Mengele la amenazó, ella dudó si debía decírselo a la dirección del bloque 31. Si lo hacía, la relevarían de su responsabilidad para que no corriera riesgos. Si eso sucedía, todos pensarían que ella había pedido dejar su puesto porque tenía miedo. Por eso ha hecho todo lo contrario: que la biblioteca sea más accesible y también más visible. Ha arriesgado más, para que nadie tenga ni la más mínima duda de que Dita Adlerova no se asusta ante ningún nazi.

¿Y con qué derecho?, se pregunta.

Si ella se pone en riesgo, está poniendo en riesgo a todos los demás. Si a ella la descubren con los libros, cerrarán por completo el bloque 31. Para quinientos niños se acabará el sueño de llevar algo parecido a una vida normal. La coquetería de sentirse valiente la ha hecho abandonar la prudencia. En realidad, sólo ha cambiado un miedo por otro: el miedo a su integridad física por el miedo a lo que los demás pensarán de ella. Se cree muy valiente con sus libros y su biblioteca, pero ¿qué clase de valentía es la suya? Está dispuesta a poner en peligro al bloque entero sólo por el temor al descrédito. Hirsch habló de los que ignoran el peligro y comprometen a los demás. Los temerarios, dijo. Ésos no los quería con él. No sirven. Se duchan con gasolina mientras fuman. Cuando sale bien su audacia, les ponen una medalla y sacan pecho. Cuando sale mal, arrastran en su caída a todo el mundo.

Abre los ojos, y los calcetines negruzcos la miran en la oscuridad. No puede esconder la verdad en los compartimentos de loneta de su vestido. La verdad pesa demasiado, acaba desfondando cualquier forro, cayendo

estrepitosamente, rompiéndolo todo. Piensa en Hirsch. Él es un hombre transparente y no tiene derecho a esconderle los hechos sólo por la vanidad de sentirse valiente.

Eso sería jugar sucio. Fredy no se lo merece.

Decide que al día siguiente hablará con él. Le explicará que el doctor Mengele la vigila estrechamente y que, siguiendo su rastro, puede llegar hasta la biblioteca y descubrir la verdadera función del bloque 31. Hirsch la relevará, naturalmente. Ya nadie la mirará con admiración. Eso la entristece un poco. Nadie elogia a los que se echan atrás. Se da cuenta de que es fácil medir el tamaño del heroísmo, cuantificarlo en honores y medallas. Pero ¿cómo se mide el valor de los que renuncian?

7

Rudi Rosenberg se acerca hasta la valla que separa el campo de cuarentena, donde tiene su oficina, del trajín del campo familiar. El registrador ha enviado recado a Hirsch para concertar una cita y charlar, aunque sea con la alambrada de por medio. Rosenberg respeta mucho el trabajo que está haciendo el instructor de juventud en el bloque 31. También hay algún malicioso que cree que colabora con demasiado entusiasmo con la comandancia del campo, pero en general suscita simpatías y resulta fiable. Schmulewski, con esa voz suya tan áspera, ha dicho que es «todo lo fiable que puede ser una persona en Auschwitz». Rosenberg se ha ido acercando a Hirsch a través de conversaciones fugaces y le ha hecho pequeños favores con los listados. No sólo porque le cae bien: Schmulewski le ha pedido que, discretamente, averigüe lo que pueda sobre él. La información es infinitamente más valiosa que el oro.

Lo que no se esperaba esa mañana era que el responsable del bloque 31 se acercase a conversar acompañado de una muchacha que, incluso vestida con una falda larga llena de lamparones y una chaqueta de lana que le viene demasiado ancha, tiene la elegancia de una gacela.

Fredy le habla de los problemas de suministro que tiene en el bloque, de su intento de que le aprueben otra mejora en las raciones de los niños.

—He oído decir —le comenta Rosenberg con un tono neutro, como si fuera un comentario intrascendente— que la obra de teatro con que celebrasteis Hannukkah en el bloque 31 fue un éxito. Parece que los oficiales de las SS aplaudieron mucho. Por lo visto, el comandante Schwarzhuber lo pasó muy bien.

Hirsch sabe que la Resistencia no se termina de fiar de él. Él tampoco se fía de la Resistencia.

—Disfrutaron, sí. Aproveché que el doctor Mengele estaba de buen humor para acercarme a él y solicitarle que nos cedieran el almacén anexo al barracón de vestuarios, porque queríamos hacer una guardería para los más pequeños.

—¿El doctor Mengele de buen humor? —Rosenberg abre mucho los ojos, como si le pareciese imposible que un ser que cada semana envía a la muerte a cientos de personas sin inmutarse pudiera tener un sentimiento tan humano como ése.

—Hoy ha llegado la orden con su autorización. Así los pequeñitos podrán tener su espacio y no distraerán a los mayores.

Rosenberg asiente y sonríe. Sin darse cuenta, el registrador se ha quedado con la mirada adherida a los ojos de la muchacha, que asiste en silencio, prudentemente alejada un par de pasos. Hirsch, que se percata, se la presenta como Alice Munk, una de las jóvenes asistentes que ayudan en el bloque 31.

Rudi trata de volver la cabeza hacia lo que le cuenta Hirsch, pero los ojos le ruedan como canicas hacia la joven asistente, cuyos labios adolescentes le devuelven una sonrisa fresca. Hirsch es capaz de no mover un músculo y mantenerse impertérrito frente a un batallón de oficiales de las SS, pero se siente incómodo al percatarse del galanteo entre los dos jóvenes. Para él, el amor ha sido desde la adolescencia una fuente de problemas. En estos años ha intentado estar siempre ocupado con sus torneos y sus entrenamientos, y ha organizado montones de eventos a la vez para mantener la cabeza ocupada. Estar entretenido también le ha permitido disimular que, siendo alguien tan popular y tan solicitado por todo el mundo, al final siempre se queda solo.

Finalmente, opta por decirles a esos dos jóvenes que echan chispas por los ojos que tiene algo urgente que hacer. Se retira discretamente para que puedan seguir lanzándose los hilos de telaraña del amor, tan transparentes y al mismo tiempo tan fuertes, tan pegajosos a veces que uno queda atrapado aunque no quiera.

—Me llamo Rudi.

—Lo sé. Yo me llamo Alice.

Al quedarse solos, Rosenberg trata de desplegar su mejor repertorio de seducción, que en verdad es más bien escaso; jamás ha tenido novia. Tampoco ha tenido nunca relaciones con una mujer. En Birkenau, menos la libertad, todo se puede comprar y vender; el sexo también. Pero él no ha querido o no se ha atrevido nunca a asomarse a ese mercado carnal que se desarrolla clandestinamente. Hay un momento de silencio y se apresura a rellenarlo, porque de repente se da cuenta de que lo que más desea en el mundo es que esa chica esbelta como una joven corza no se marche, lo que más desea es que se quede siempre ahí, al otro lado de la valla, y le sonría con esos labios rosados estriados por el frío que le encantaría sanar con un beso.

—¿Qué tal el trabajo en el bloque 31?

—Bastante bien. Los asistentes nos ocupamos de que todo esté en su sitio. Unos se ocupan de poner en marcha la chimenea cuando hay carbón o madera, que sólo es de vez en cuando. Otros ayudan a dar la comida a los más pequeños. También barremos. Yo estoy ahora en el grupo de los lápices.

—¿Lápices?

—Hay muy pocos lápices de verdad y se reservan para ocasiones especiales. Nosotros fabricamos unos bastante toscos, pero ayudan.

—¿Y cómo lo hacéis?

—Primero afilamos unas cucharillas con dos piedras hasta que corten. Luego, con esa cuchilla que hemos fabricado sacamos punta a las astillas que obtenemos de las maderas inservibles. Yo suelo encargarme de la parte final: requemar la punta con fuego hasta que se pone negra como un carbón. Con eso los chicos pueden escribir algunas palabras. Por eso hay que estar cada día sacando punta y chamuscando nuevos trozos de madera.

—¡Con la cantidad de niños que hay! Tal vez yo pueda conseguir algunos lápices...

—¿De veras? —A Alice le brillan los ojos y eso le gusta a Rudi—. Pero sería muy difícil pasarlos al campo.

Eso aún le gusta más. Le da la ocasión de marcarse un tanto.

—Sólo necesitaría que hubiera alguien de confianza al otro lado de la valla..., podrías ser tú.

Ella asiente con mucha vehemencia, feliz de poder ser aún más útil a Hirsch, por el que siente, como todos los jóvenes asistentes, una profunda admiración.

Un instante después de decirlo pasa por la cabeza del registrador un ramalazo de duda. Hasta entonces las cosas le han ido bien en Auschwitz y ha obtenido un puesto privilegiado porque ha jugado bien sus cartas. Supo ganarse a los internos influyentes que tenían cargos de confianza, y tuvo la habilidad de arriesgar sólo lo indispensable, y trapichear con productos y servicios de poco riesgo y alta rentabilidad para su estatus. Conseguir lápices, por los que tendrá que dar algo a cambio, para entregarlos a un barracón infantil totalmente improductivo no es beneficioso ni prudente. Pero mira la sonrisa y el brillo negro de los ojos de esa muchacha, y todo lo demás se le olvida.

—Dentro de tres días. En este mismo punto de la valla. A la misma hora.

Alice le dice que sí y se aleja corriendo muy nerviosa, como si le hubiera entrado una prisa repentina. La observa irse, con el pelo alborotado por la brisa fría de la tarde. Va a tener que romper la norma de supervivencia que hasta ahora le ha funcionado muy bien: no pedir favores por los que no reciba nada a cambio. Cuando la ganancia es poca, la pérdida está cerca. Y en Auschwitz no puedes permitirte el lujo de perder nada. Con esa muchacha ha hecho un mal negocio y, sin embargo, incomprensiblemente, está contento. Mientras vuelve hacia su barracón del campo BIIa, se siente débil, como si le flaquearan las piernas. Nunca pensó que enamorarse se pareciera tanto a una gripe.

A Dita Adlerova también le tiemblan las piernas. Los huecos de las rodillas chocan entre sí como unas maracas. Los niños y los profesores van entrando y se van percatando de que la bibliotecaria está detrás de la chimenea y que ante ella hay una decena de volúmenes. Parece como si estuviera dispuesta a despachar delante de un mostrador. Hacía muchos meses, desde Terezín por lo menos, que no veían tantos libros juntos. Los profesores se acercan y leen los lomos que son legibles, preguntan con la mirada si pueden cogerlos para hojearlos, y Dita asiente. Pero no les quita el ojo de encima. Cuando una mujer abre con demasiado ímpetu el libro de

psicoanálisis, Dita le ruega suavidad. En realidad se lo exige, pero disimulando con una sonrisa, y la profesora se la queda mirando, algo incómoda por que la regañe una asistente de catorce años.

—Son muy frágiles —le dice con una sonrisa forzada.

Los libros han de volver cada cambio de hora para que roten y ella los tenga controlados. Durante la mañana los va observando diseminados por el barracón. Los reconoce aunque se los haya llevado alguno de los grupos del extremo más alejado. Ve al final de todo a una profesora que gesticula mucho con el libro de geometría en la mano. Cerca de sí ve apoyado en un taburete el atlas, el libro más grandullón de todos, aunque cabe bien en su bolsillo interior. Distingue muy fácilmente el color verde de la gramática rusa, que a veces usan para que los niños se asombren con esas letras cirílicas que parecen tan misteriosas. Las novelas tienen menos salida. Algunos profesores han pedido leerlas, pero ha de ser sin salir del bloque 31.

Debe hablar con Lichtenstern para ver si la autorizan a prestárselas por las tardes a los profesores que se quedan libres cuando se organizan juegos o cuando se reúne el coro de Avi Ofir, que tanto entusiasmo a los niños y que al cantar el *Alouette* inunda de voces risueñas el barracón.

Al final de la mañana, todo el mundo devuelve los libros, y Dita los va recibiendo con el alivio de un hijo que se asoma a la ventana y ve a sus padres ancianos, que salieron con el bastón a dar un breve paseo, volver a casa. Tuerce un poco el gesto y mira ceñuda al profesor que le devuelve alguno más desgajado de lo que se fue. Con el paso de los días ha llegado a conocer cada arruga de cada libro, cada rotura, cada cicatriz. Al volver los revisa igual que una madre severa revisa los arañazos en la rodilla de un niño que vuelve de jugar en la calle.

Fredy Hirsch, que lleva unos papeles en la mano y parece atareado, pasa por delante del puesto de la muchacha en la chimenea. Aun así se detiene un momento y observa la pequeña biblioteca. Fredy es de esas personas que siempre tienen prisa pero siempre tienen tiempo.

—Vaya, muchacha. Esto ya es una biblioteca.

—Me alegro de que le guste.

—Esto está bien. Los judíos siempre hemos sido el pueblo más culto. —
Y al decirlo le sonrío—. Si puedo hacer algo por ti, dímelo.

Hirsch da media vuelta y echa a andar con sus zancadas enérgicas.

—¡Fredy! —A Dita aún la apura llamarlo con tanta familiaridad, pero él le había ordenado que lo hiciera—. Sí puede hacer algo por mí.

La interroga con la mirada.

—Consígame esparadrapo, cola y tijeras. Estos pobres libros necesitan algunos cuidados.

Hirsch asiente. Mientras camina hacia la salida sonrío. Nunca se cansa de repetir a todo el que lo quiere escuchar: «Los chicos son lo mejor que tenemos».

Por la tarde, a pesar del frío, los pequeños aprovechan que ha parado de llover para jugar fuera a pillar o a buscar tesoros invisibles en el barro húmedo. Los mayores han reunido sus taburetes en un gran semicírculo. Dita ya tiene los libros recogidos y se acerca a escuchar. En el centro está Hirsch, y les está hablando de uno de sus temas favoritos: la *aliyá*, la marcha hacia las tierras de Palestina. Lo escuchan con interés, absortos. En medio de la mayor vulnerabilidad, con el estómago siempre vacío y la amenaza de muerte permanentemente recordada por ese olor a piel quemada que trae la brisa, el director del bloque los hace sentirse invencibles.

—*Aliyá* es mucho más que una emigración. No, no se trata de eso. No se trata de ir a Palestina como a cualquier otro lugar para ganarse la vida y ya está. No, no, no. No es eso. —Y hace una larga pausa en la que se forma un silencio expectante—. Es un viaje de conexión con la fuerza de vuestros antepasados. Es retomar un hilo que se rompió. Es tomar la tierra y hacerla vuestra. Es la *haqshama atzmit*. Algo mucho más profundo. Quizá no os percatéis, pero tenéis una bombilla en vuestro interior. Sí, sí, no me miréis con cara rara, la tenéis ahí dentro... ¡Tú también, Markéta! Pero la tenéis apagada. Alguien dirá: «¿Y qué más da? Yo hasta ahora viví así y me ha ido bien». Claro que podéis vivir como hasta ahora, pero será una vida mediocre. La diferencia entre vivir con esa bombilla apagada o encendida es la misma que iluminar una cueva oscura con una cerilla o con un foco. Si cumplís la *aliyá* y emprendéis el camino hacia la tierra de nuestros mayores,

al poner un pie en la tierra de Israel esa bombilla se encenderá con una potencia increíble y os iluminará por dentro. Es algo que no puedo contaros, que tenéis que vivir por vosotros mismos. Entonces lo entenderéis todo. Y entonces sabréis quiénes sois.

Los muchachos lo observan con una concentración absoluta. Tienen los ojos muy abiertos, algunos se acarician inconscientemente el pecho, como si buscaran algún interruptor que pudiera encender esas luces apagadas que Hirsch dice que llevan dentro.

—Miramos a los nazis, con su armamento moderno y sus uniformes brillantes. Y creemos que son poderosos, incluso invencibles. No, no, no. No os engaños: dentro de esos uniformes que brillan tanto no hay nada. Es una carcasa. No son nada. Nosotros no estamos interesados en brillar por fuera, nosotros queremos brillar por dentro. Eso, al final, hará que ganemos. Nuestra fuerza no está en los uniformes sino en la fe, en el orgullo y en la determinación.

Fredy hace una pausa y observa a su auditorio, que lo mira con los ojos muy abiertos.

—Somos más fuertes que ellos porque nuestro corazón es más fuerte. Somos mejores que ellos porque nuestro corazón es más poderoso. Por eso no podrán con nosotros. Por eso volveremos a la tierra de Palestina y nos levantaremos. Y nadie nunca volverá a humillarnos. Porque nos armaremos, de orgullo y también de espadas... muy afiladas. Mienten quienes dicen que somos un pueblo de contables: somos un pueblo de guerreros, y devolveremos todos los golpes y todos los ataques multiplicados por cien.

Dita asiste en silencio un rato y se aleja discretamente. Las palabras de Hirsch no dejan indiferente a nadie. A ella tampoco.

Va a hablar con él en cuanto todos se hayan marchado. No quiere a gente impertinente revoloteando cuando exponga el incidente con Mengele. Todavía hay demasiados profesores y asistentes que han formado algún corrillo y están charlando. Distingue a algunas de las chicas mayores, que ríen. Y a algunos chicos que le parecen unos pavos llenos de granos, como ese Milan, que se cree muy guapo. Bueno, claro que es guapo, pero si un tonto así tratara de coquetear con ella, lo mandaría al infierno. Aunque ya sabe que Milan jamás se fijaría en una chica tan delgaducha. Incluso con la

escasa dieta del campo, algunas tienen unas caderas marcadas y un pecho glorioso.

Decide esperar a que todo el mundo se haya marchado para ir a hablar con Hirsch. Opta por esconderse en el recoveco que se forma tras unas maderas apiladas donde a veces se escabulle el viejo profesor Morgenstern, y allí se sienta sobre una banca. Un papel roza su mano: es una pajarita picuda algo arrugada. Le apetece abrir el álbum de fotos de su cabeza y volver a Praga, tal vez porque cuando no se puede soñar con el futuro, siempre puede uno hacerlo con el pasado.

Da con una fotografía muy nítida: su madre cosiendo una horrenda estrella amarilla sobre su preciosa blusa azul ultramarino. Lo que más desconcertada la deja de esa imagen es el rostro de su madre: concentrado en la aguja, impertérrito, tan neutro como si estuviera repasando el dobladillo de una falda. Recuerda que cuando le preguntó, furiosa, qué estaba haciendo con su blusa favorita, se limitó a responderle que qué más daba llevar una estrella de tela encima. Ni siquiera levantó la vista de la tarea. Dita se recuerda apretando los puños, roja de indignación porque esas estrellas amarillas de tela gruesa combinaban fatal con la tela de raso de su vestido azul, y estaba imaginándose que aún quedarían peor con la camisa verde. No entendía cómo su madre, que era tan elegante, que sabía hablar francés y leía aquellas revistas europeas de moda tan bonitas que guardaba en la mesita baja del salón, podía coser esos pegotes de tela a la ropa. Es la guerra, Edita..., es la guerra, le susurró sin levantar la vista de la costura. Y ella se calló y lo aceptó como algo inevitable, igual que su madre y los adultos lo habían aceptado ya. Era la guerra, nada se podía hacer.

Se acurruca en su escondrijo y busca otra imagen, la del día que cumplió doce años. Puede ver el piso, a sus padres, sus abuelos, sus tíos y algunos primos. Ella está en medio esperando algo y toda la familia forma un corro a su alrededor. Esboza esa sonrisa melancólica suya, la que aparece cuando se despoja de la máscara de chica aguerrida y surge la Dita tímida que se esconde dentro de su aparente desparpajo. Lo raro de la imagen es que nadie más de su familia sonrío.

Recuerda bien esa fiesta, la última, con un pastel delicioso que preparó su madre. Ya no ha habido más desde entonces, ahora la fiesta es encontrar

un pedazo de patata flotando en ese líquido salado al que llaman sopa. Es cierto que aquel *strudel*, a pesar de que ahora se le hacía la boca agua al recordarlo, era mucho más pequeño que los que solía hacer su madre, pero no se quejó porque la había visto durante toda la semana dar vueltas por docenas de comercios tratando de conseguir más pasas y más manzanas. Fue imposible. Llegaba todos los días a la puerta del colegio con su bolsa de la compra vacía y ni el más mínimo gesto de contrariedad.

Así era su madre, poco dada a explicar las cosas, como si contar lo que a una la angustiaba fuese una conducta impropia. Piensa que le hubiera gustado decirle: mamá, desahógate, cuéntamelo todo..., pero era una mujer de otro tiempo, hecha con otros materiales, como los de esas cacerolas de cerámica que no dejan traspasar el calor y se lo quedan todo dentro. Dita, en cambio, a sus doce años disfrutaba contándose todo a todo el mundo, le gustaba hablar y que le hablasen, hacer la vertical contra el murete de las fachadas y sorber la sopa con mucho ruido. Era una niña feliz y, pensándolo bien, cree que incluso ahora, en ese campo horrible, no ha renunciado a serlo.

Su madre apareció en el salón sonriendo con nerviosismo y llevando su regalo en la mano. A Dita se le iluminaron los ojos porque era una caja de zapatos y llevaba meses soñando con tener unos zapatos nuevos. Le gustaban de colores claros, con hebilla y a ser posible con un poco de tacón.

Abrió apresuradamente la caja de cartón y dentro se topó con unos zapatos de diario, negros, cerrados y tristes. Al mirarlos con más atención se percató de que ni siquiera eran nuevos; tenían un rasguño en la puntera disimulado con betún. De repente, se había hecho un silencio macizo: sus abuelos, sus padres y sus tíos la miraban expectantes esperando su reacción. Esbozó una gran sonrisa y les dijo que le gustaba muchísimo su regalo. Se fue a besar a su madre, que la abrazó muy fuerte, y después a su padre, que, con su humor elegante, le dijo que era una chica afortunada porque ese otoño en París iban a llevarse mucho los zapatos negros cerrados.

Sonríe al recordarlo. Pero ella tenía su propio plan para su duodécimo cumpleaños. Por la noche, cuando su madre fue al cuarto a desearle las buenas noches, le pidió un regalo más. Antes de que protestara, le dijo que no costaba dinero: había cumplido ya doce años y quería que le dejase leer

alguno de sus libros de mayores. Su madre se quedó callada un momento, terminó de arroparla y se marchó sin decir nada.

Un rato después, cuando ya estaba empezando a quedarse dormida, oyó abrirse la puerta con sigilo y vio que una mano dejaba sobre la mesilla el ejemplar de *La ciudadela*, de A. J. Cronin. En cuanto su madre salió de la habitación, Dita se apresuró a poner la bata en el suelo bajo la rendija de la puerta para que no se percatasen de que tenía la luz encendida. Y esa noche no durmió.

Ya entrada la tarde, un día de octubre de 1924, un hombre joven, vestido despreocupadamente, miraba distraído a través de la ventanilla de un compartimento de tercera clase en el tren casi vacío que, procedente de Swansea, ascendía penosamente por el valle de Penowell. Durante todo aquel día, Manson había viajado desde el norte, haciendo transbordos en Carlisle y Shrewsbury, y no obstante, en la etapa final de su tedioso viaje, se hallaba excitado ante la perspectiva de su destino —el primero de su carrera de médico— en esa extraña e inhóspita región.

Se arrebujó en el compartimento junto al joven doctor Manson y viajó con él hasta Drineffy, una modestísima población minera en las montañas de Gales. Se había subido al tren de la lectura. Dita sintió esa noche la emoción de un descubrimiento, de saber que no importaba cuántas barreras pusieran todos los Reichs del planeta, porque si abría un libro podría saltárselas todas.

Al pensar ahora en *La ciudadela* sonrío con afecto, incluso con gratitud. Escondía el libro en la bolsa de la escuela sin que su madre se diera cuenta, para poder seguir leyendo a la hora del patio. Fue el primer libro que la hizo indignarse.

Aquel joven doctor idealista y con talento, que creía firmemente en la importancia de combatir la enfermedad mediante el rigor científico, se mudó a una ciudad más grande al casarse con Christine, la adorable maestra de Drineffy. Y cuando empezó a ser admitido por la clase rica, comenzó a obsesionarse absurdamente con los honorarios y a convertirse en un médico de señoras adineradas cuya única enfermedad real era el aburrimiento.

Dita agita la cabeza. ¡Qué estúpido fue el doctor Manson al convertirse en un pedante y dejar de ocuparse de Christine!

También fue el primer libro que la hizo llorar.

Cuando el doctor Manson, después de la muerte de un humilde paciente por culpa de la desidia de uno de sus nuevos colegas de la aristocracia médica, reaccionó por fin, se puso de rodillas y le pidió perdón a Christine. Manson decidió romper con ese mundo frívolo, volver a ser médico de verdad y ayudar a la gente, tuviera o no dinero para pagar unas minutas elevadas. Y volvió a ser el hombre admirable del principio, y Christine volvió a sonreír. Lástima que, al poco, como mandaba el género, la buena mujer falleció.

Dita sonríe ahora al pensar en esas páginas. Desde entonces supo que su vida sería más ancha porque los libros multiplican la vida y permiten conocer a gente como Andrew Manson y, sobre todo, como Christine, una mujer que nunca se dejó deslumbrar por la alta sociedad ni el dinero, que nunca renunció a sus convicciones, que fue fuerte y no cedió ante lo que no creía justo.

Desde entonces ha querido ser como la señora Manson. Ella no se dejaría desanimar por la guerra porque la novela demostraba que, si perseveras en lo que crees, al final la justicia aflora por muy hundida que esté. Dita asiente cada vez más lentamente, y el sueño la va venciendo en el escondite de las maderas.

Cuando abre los ojos, está muy oscuro y el barracón se encuentra en silencio. Por un momento le sobreviene un ataque de pánico al pensar que quizá ha sonado la sirena del toque de queda y no se ha enterado. No regresar a su barracón sería una falta muy grave, sería el error que está esperando Mengele para convertirla en material de laboratorio. Pero aguza el oído y la tranquiliza escuchar el rumor de gente afuera. También oye unas voces y se da cuenta de que son ellas las que la han despertado. Hablan en alemán.

Asoma la cabeza, y ve que la puerta del cuarto de Hirsch está abierta y que tiene la luz encendida. Hirsch acompaña a alguien hasta la entrada del barracón y abre con cautela la puerta.

—Espera un poco, hay gente cerca.

—Te veo preocupado, Fredy.

—Creo que Lichtenstern sospecha algo. Hay que tratar por todos los medios de que ni él ni nadie del bloque 31 se entere. Si lo hacen, estoy acabado.

El otro se ríe.

—Vamos, no te preocupes tanto. ¿Qué pueden hacerte? Al fin y al cabo son sólo prisioneros judíos..., ¡no pueden fusilarte!

—Si se enteran de cómo los estoy engañando, habría quien tendría ganas de hacerlo.

Finalmente, el otro individuo sale del barracón y Dita lo ve fugazmente. Es un hombre fornido y lleva puesto un impermeable ancho. También ve que se coloca la capucha aunque no llueve, como si quisiera ir de incógnito. Pero queda al descubierto su calzado: no son los zuecos habituales de los prisioneros sino unas botas relucientes.

¿Qué hace un SS aquí de incógnito?, se pregunta.

La luz que escapa de la habitación de Hirsch le permite ver cómo se vuelve cabizbajo hacia su cuarto. Nunca le había visto ese gesto derrotado. El hombre erguido agacha la cabeza.

Se ha quedado paralizada en su escondrijo. No entiende lo que acaba de ver; en realidad, le aterra entenderlo. Ha escuchado claramente lo que Hirsch ha dicho: los está engañando.

Pero ¿por qué?

Dita nota como si el suelo se le moviese bajo los pies y se sienta de nuevo en la banca. Ella estaba avergonzada porque no le había dicho a Hirsch toda la verdad..., pero él es el primero en estar ocultando que se ve en secreto con miembros de las SS, que aprovechan la noche para moverse camuflados por el campo.

Dios mío...

Suspira y se lleva las manos a la cabeza.

¿Cómo voy a decir la verdad a alguien que oculta la verdad? Si Hirsch no es de fiar, ¿quién lo es?

Está tan confusa que cuando se pone en pie se nota mareada. Cuando Hirsch se encierra en su cuarto, Dita sale sin hacer ruido del barracón. Las

puertas de los barracones son como las de las celdas de los manicomios: no tienen baldas para cerrarse por dentro.

Suena en ese momento la sirena que anuncia el inminente toque de queda. Los últimos rezagados, que han desafiado el frío de la noche y la furia de sus *kapos* de barracón, corren hacia los camastros. Dita no tiene fuerzas ni para correr. Le pesan demasiado las preguntas, se le enredan en las piernas.

¿Y si la persona con la que hablaba no fuera un SS y se tratara de alguien de la Resistencia? Pero, entonces, ¿por qué iba a preocuparle que lo supiera la gente del 31 si la Resistencia está de nuestro lado? ¿Y cuántos miembros de la Resistencia hablan con ese acento pedante de Berlín?

Mientras camina, mueve la cabeza. Imposible negar lo evidente. Era un SS. Hirsch debe de tratar con ellos, eso es cierto. Pero aquélla no era una visita oficial. El nazi iba de incógnito y le hablaba con familiaridad, incluso con camaradería. Y, después, esa imagen de un Fredy abatido por los remordimientos...

Dios mío...

Se rumorea todo el tiempo en los corrillos sobre la existencia de informadores y espías de los nazis entre los presos. No puede detener el temblor de las piernas.

No, no y no.

¿Hirsch un soplón? ¡Si alguien le hubiera sugerido eso dos horas antes, le habría arrancado los ojos! No tendría sentido que fuera un informador de las SS cuando él mismo engaña a los nazis al convertir el bloque 31 en una escuela. Nada tiene sentido. De repente se le ocurre que tal vez finge ante los nazis ser un informador, pero la información que les pasa es irrelevante o errónea, y de esa manera los tiene apaciguados.

¡Eso lo explicaría todo!

Pero entonces recuerda la manera en que Hirsch se marchó cabizbajo a su cuarto cuando se quedó solo. No era un hombre orgulloso de sí mismo que estaba cumpliendo una misión. Arrastraba el peso de la culpa. Lo leyó en su mirada.

Entra en el barracón cuando la *kapo* ya está en la puerta con la vara para pegar a las que lleguen más allá del toque de queda, y Dita se tapa la cabeza

con las manos para amortiguar el golpe. La golpea muy duro, pero ella apenas siente el dolor. Al trepar hacia su jergón ve alzada una cabeza en la litera de al lado. Es su madre.

—Llegas muy tarde, Edita. ¿Estás bien?

—Sí, madre.

—¿De verdad estás bien? ¿No me engañas?

—Nooo —le responde de mala gana.

Le fastidia que su madre la trate como a una niña pequeña. Le entran ganas de decirle que claro que la engaña, que en Auschwitz todos engañan a todos. Pero no sería justo hacerle pagar a su madre la rabia que tiene dentro.

—Entonces, ¿todo va bien?

—Sí, madre.

—¡Callaos ya, hijas de perra, o si no os voy a cortar el cuello! —berrea alguien.

—¡Basta de jaleo! —ordena la *kapo*.

Se hace el silencio en el barracón, pero el eco no cesa dentro de la cabeza de Dita. ¿Hirsch no es quien ellos creen que es? ¿Quién es, entonces?

Trata de recomponer todo lo que sabe sobre él, pero se da cuenta de que no es demasiado. Después de verlo fugazmente en los campos de deportes de las afueras de Praga, la siguiente vez que volvió a toparse con él fue en Terezín.

El gueto de Terezín...

8

Recuerda nítidamente la carta escrita a máquina con el sello del Reichsprotektor sobre el hule de cuadros granates de la mesa, en aquel piso minúsculo del barrio de Josefov. Un papel diminuto que lo cambiaba todo. Incluso el nombre de la pequeña localidad de Terezín, a sesenta kilómetros de Praga, escrito allí a la manera alemana en unas mayúsculas muy negras, como si quisieran gritar su nombre: «THERESIENSTADT». Al lado, la palabra «Traslado».

Terezín, a la que los alemanes se empeñaban en llamar Theresienstadt, fue una ciudad que Hitler regaló generosamente a los judíos. Eso es lo que decía la propaganda nazi. Incluso llegó a filmarse un documental dirigido por el director de cine judío Kurt Geron donde se veía a la gente trabajar alegremente en los talleres, realizar actividades deportivas, e incluso asistir plácidamente a conferencias y actos sociales, subrayado todo con una voz en off que explicaba lo felices que eran los judíos en Terezín. El documental demostraba que los rumores de internamiento y asesinatos de judíos eran falsos. Inmediatamente después de terminar la película, los nazis enviaron a Kurt Geron a Auschwitz, donde murió en 1944.

Dita suspira.

El gueto de Terezín...

El Consejo Judío de Praga ofreció al Reichsprotektor Reinhard Heydrich distintas opciones para el emplazamiento de esa ciudad de los judíos. Pero Heydrich quería Terezín, ninguna otra. Y había una razón inapelable: Terezín era una ciudad amurallada.

Recuerda la tristeza pastosa de la mañana en que tuvieron que meter su vida entera en dos maletas y arrastrarlas hasta el punto de reunión, en el

parque Stromovka. La policía checa los escoltó hasta la estación de Bubny para asegurarse de que tomaban el tren rumbo a Terezín.

Encuentra en su cabeza una fotografía de noviembre de 1942. Su padre ayuda a descender del tren al abuelo, el viejo senador, en la estación de Bohusovice. Al fondo se ve a su abuela observando atentamente la maniobra. Hay en la cara de Dita un gesto rabioso, irritada ante esa decadencia biológica que ataca incluso a las personas más recias y enérgicas. Su abuelo había sido una fortaleza de piedra y ahora sólo era un castillo de arena. También ve en la imagen congelada, un paso más atrás, a su madre, con esa mirada suya obstinadamente neutra, fingiendo que no pasa nada malo, tratando de no llamar la atención. Y también se ve a sí misma con trece años, más niña y estrambóticamente gorda. Su madre le hizo ponerse encima varios jerséis uno encima de otro. No era por el frío, sino porque tan sólo podían llevar en las valijas cincuenta kilos por persona y, de ese modo, podrían trasladar algo más. Su padre estaba detrás. «Ya te he dicho, Edita, que no comas tanto faisán», le dijo con aquella seriedad suya con que hacía las bromas.

En ese álbum de Terezín, la primera foto que almacenaron sus ojos, después de traspasar el puesto de guardia de la entrada del recinto bajo el arco con la frase «*Arbeit macht frei*» (el trabajo os hará libres), fue la de una ciudad dinámica. Un lugar con las avenidas llenas de gente, hospital, parque de bomberos, cocinas, talleres, guardería. Terezín disponía incluso de sus propios policías judíos, la *ghettowache*, que se paseaban con su chaquetón y su gorra oscura como los agentes de cualquier otra policía del mundo. Pero si se fijaba uno con más atención en el trajín de la gente, se daba cuenta de que lo que transportaban eran cestos sin asa, mantas deshilachadas, relojes sin manecillas... Piensa que vivir entre enseres quebrados es una señal de vidas rotas. La gente iba y venía como si tuviera prisa, pero comprendió que, por muy deprisa que caminases, al final siempre topabas con la muralla. Ese era el engaño.

Terezín era una ciudad donde las calles no llevaban a ninguna parte.

Fue allí donde volvió a ver a Fredy Hirsch, aunque el primer recuerdo no es una imagen sino un sonido. Es un retumbar de estampida de bisontes, como las de las novelas de aventuras de Karl May ambientadas en las

grandes praderas norteamericanas. Era uno de sus primeros días en el gueto y aún estaba aturdida por la llegada. Dita volvía del trabajo al que la habían destinado, en los huertos plantados al pie de las murallas para abastecer a la guarnición de las SS.

Caminaba por la calle de regreso a su camareta cuando escuchó un galope que se acercaba por una calle cercana y se pegó a la fachada de un bloque de viviendas para que no la arrollaran, porque pensó que sólo podían ser caballos. Pero, al doblar la esquina, quienes aparecieron corriendo fueron un nutrido grupo de chicos y chicas. Al frente iba un hombre atlético, impecablemente peinado con el pelo hacia atrás. Daba unas zancadas elásticas y saludó al pasar con un leve gesto de cabeza. Era Fredy Hirsch. Inconfundible, elegante incluso con pantalones cortos y camiseta.

Después tardaría en volver a verlo. Y sería una carambola de libros la que le llevó a su siguiente encuentro.

Todo empezó cuando descubrió que, entre las sábanas, ropa, mudas y enseres que su madre había metido a presión en las maletas, su padre —sin que se diera cuenta porque habría puesto el grito en el cielo ante semejante desperdicio de peso— había camuflado un libro. Cuando su madre deshizo la maleta la primera noche se quedó sorprendida al alzar el grueso volumen y echó a su padre una mirada severa.

—Con lo que pesa esto, habríamos podido traer otros tres pares de zapatos.

—¿Para qué queríamos tantos zapatos, Liesl, si no podemos ir a ninguna parte?

Ella no le contestó, pero creyó ver cómo su madre bajaba la cabeza para que no se dieran cuenta de que sonreía. Su mujer le regañaba a veces porque era demasiado soñador, pero en el fondo adoraba que lo fuera.

Papá tenía razón. Aquel libro me llevó mucho más lejos que cualquier par de zapatos.

Desde el filo de su camastro de Auschwitz sonrío al recordar ese momento en que abrió las tapas de *Der Zauberberg (La montaña mágica)*.

Empezar un libro es como subirse a un tren que te lleva de vacaciones.

La historia relataba cómo Hans Castorp viaja desde Hamburgo hasta Davos, en los Alpes suizos, para visitar a su primo Joachim, que está

sometiéndose a una cura en un elegante balneario donde se trata la tuberculosis. Al principio, no sabía si identificarse con el alegre Hans Castorp, que acaba de llegar al balneario para pasar unos días de vacaciones, o con el enfermo y caballeroso Joachim.

—Sí, estamos sentados aquí riendo —dijo con una expresión dolorosa, interrumpido por las últimas convulsiones de su pecho— y, sin embargo, no se puede prever, ni siquiera aproximadamente, cuándo podré marcharme, pues cuando el doctor Behrens dice: «Todavía seis meses», sin duda hay que esperar mucho más. Todo esto es muy duro. Tú mismo comprenderás lo triste que es para mí. Ya estaba matriculado y al mes siguiente debía presentarme a los exámenes de oficial. Y aquí estoy, languideciendo con el termómetro en la boca y perdiendo el tiempo. ¡Un año es muy importante a nuestra edad, comporta tantos cambios y progresos allá abajo! Pero he de permanecer aquí dentro como en una ciénaga; sí, como en el interior de un agujero podrido, y te aseguro que la comparación no es exagerada.

Dita recuerda cómo asentía inconscientemente mientras leía, y aún lo sigue haciendo desvelada sobre su jergón de Auschwitz. Le parecía que los personajes de esa novela la entendían mejor que sus propios padres, porque cuando se quejaba de todas las desgracias que les estaban pasando en Terezín (con su padre obligado a pasar la noche en otro pabellón, el trabajo en los huertos, la asfixia de vivir en una ciudad cerrada, la comida monótona...), le decían que tuviera paciencia, que todo pasaría muy pronto. «Tal vez el año que viene ya haya acabado la guerra», le decían como si le estuvieran dando una maravillosa noticia. Para los mayores, un año no era más que un gajo de una naranja. Y sus padres le sonreían, y ella se mordía de rabia porque no entendían nada: en la juventud un año es casi la vida entera.

Algunas tardes en que sus padres estaban en el patio interior del pabellón charlando con otros matrimonios, ella se tumbaba y, tras taparse con la manta, se sentía un poco como Joachim haciendo sus curas de reposo tumbado en su *chaise longue* del balneario. O, más bien, como Hans Castorp, que también decide tomarse unos días de relajación y seguir las

sesiones de reposo, pero con menor rigidez, como un turista y no como un enfermo. Castorp, que ha ido para permanecer tres semanas de vacaciones, empieza a contagiarse de la manera de medir el tiempo en ese lugar, donde ya le han dicho que la unidad mínima es el mes, que por menos no cuentan, y donde se pierde la noción de las horas y de los días en las rutinas de las comidas y de los ratos de reposo que se suceden un día tras otro, sin distinción.

En Terezín, ella también esperaba tumbada la llegada de la noche, como los dos primos, si bien su cena era mucho más escasa que los cinco platos que servían en el sanatorio internacional Berghof: apenas algo de pan con queso.

¡Queso!, recuerda ahora en su jergón de Auschwitz. ¿A qué sabía el queso, que ya no me acuerdo? ¡A gloria!

Eso sí, allí en Terezín, incluso embutida en sus cuatro jerséis sentía el mismo frío que Joachim y los enfermos que se tumbaban envueltos en sus mantas en el balcón de sus habitaciones a tomar el seco aire nocturno de esas montañas, que parecía tener grandes poderes curativos para los pulmones. Y sintió, al igual que le sucede a Joachim, tumbada y con los ojos cerrados, esa sensación que él tiene de que la juventud es un parpadeo. Era un libro muy largo, así que durante los siguientes meses compartió con Joachim y su alegre primo Hans Castorp su común encierro. Penetró en los secretos, cotilleos y servidumbres del suntuoso Berghof, en ese tiempo estático de la enfermedad que parece espesarse, participó de las conversaciones de los primos con otros pacientes y se unió de alguna manera a ellas. La barrera que la separaba de los personajes, la que aísla la realidad real de la realidad leída, muchas tardes de afanosa lectura se fundía en su cabeza como chocolate caliente. La realidad del libro era mucho más verídica y comprensible que la que la rodeaba en aquella ciudad tapiada. Más creíble que la pesadilla de electricidad y salas de gas en su mundo actual de Auschwitz.

Al verla leer tanto, una compañera de la camareta del gueto que remoloneaba por allí sin que ella le hiciera caso se decidió una tarde a preguntarle si había oído hablar de la *República SHKID* y de los chicos del bloque L417. ¡Claro que había oído hablar de ellos!

Entonces sí que Dita cerró el libro y abrió las orejas. La curiosidad ya había germinado en Dita como una alubia en un vaso de agua, y le pidió a Hanka que la llevase con ella a conocer a los chicos... «¡Ahora mismo!». La muchacha medio alemana trató de decirle que era un poco tarde, que tal vez mañana, pero Dita la atajó y aún sonrío al recordarlo:

—¡No tenemos mañana, todo ha de ser ahora!

Las dos se encaminaron a paso ligero al bloque L417, un bloque para chicos, pero que podían visitar hasta las siete. Hanka se paró un instante en el portal y se giró muy seria hacia su vecina de litera.

—Cuidado con Ludek..., ¡es muy guapo!, pero ni se te ocurra coquetear con él, yo lo vi primero.

Dita levantó su mano derecha con una solemnidad festiva y las dos subieron riendo la escalera. En cuanto llegaron arriba, Hanka se puso a charlar con un muchacho espigado y ella, sin saber muy bien qué hacer, se acercó a un chico que estaba dibujando el planeta Tierra visto desde el espacio.

—¿Qué son esas montañas tan raras que se ven delante de todo? —le preguntó aun sin conocerlo de nada.

—Es la Luna.

Petr Ginz era el redactor jefe de *Vedem*, la revista clandestina escrita en hojas sueltas que se leía en voz alta los viernes y que informaba de los acontecimientos del gueto, pero que admitía artículos de opinión, poemas y ensoñaciones. Era un gran admirador de Julio Verne y entre sus lecturas predilectas estaba *De la Tierra a la Luna*. Por las noches, tumbado en su camastro, pensaba en lo extraordinario que sería disponer de un cañón como el del señor Barbicane y propulsarse dentro de una bala gigantesca hacia el espacio. Dejó un momento el dibujo, levantó la cabeza y observó detenidamente a la muchacha que le había interpelado con tanto desparpajo. Le gustó la viveza de sus ojos, pero impostó una voz severa al dirigirse a ella.

—Me parece que eres muy curiosa.

Dita se ruborizó, y toda su timidez afloró de golpe. Lamentó ser tan parlanchina. Entonces, Petr cambió el gesto.

—La curiosidad es la principal virtud de un buen periodista. Soy Petr Ginz. ¡Bienvenida a *Vedem*!

Dita se pregunta qué crónica hubiera hecho sobre las actividades del bloque 31 Petr Ginz de haber estado allí. Se pregunta qué habrá sido de ese muchacho delgaducho y sensible que decía que algún día sus padres le enseñarían a hablar en esperanto, un idioma creado para que todos los hombres y mujeres de la Tierra pudieran por fin entenderse. Una idea demasiado generosa para que pudiese salir adelante.

Al día siguiente de su primer encuentro, Dita atravesaba por delante de los llamados «bloques de Dresden» junto a Petr. Cuando él le preguntó si le gustaría acompañarlo a hacer una entrevista para el semanario, ella tardó un segundo —probablemente menos— en responder que sí. Iban a entrevistar al director de la biblioteca.

Tenía los ojos muy abiertos, contagiada del entusiasmo por las cosas que mostraba aquel muchacho. Le parecía emocionante hacer de periodista, y sintió un cosquilleo de orgullo cuando se presentó junto al resuelto Petr Ginz en la puerta del edificio L304, donde se encontraba la biblioteca, y preguntaron si el director, el doctor Utitz, podía recibir a dos reporteros de la revista *Vedem*. La mujer les sonrió amablemente y les pidió que esperasen.

Al cabo de pocos minutos apareció Emil Utitz, que antes de la guerra había sido profesor de Filosofía y Psicología en la Universidad Charles de Praga y columnista en varios periódicos.

Les contó que había en esa biblioteca cerca de sesenta mil volúmenes, procedentes del desmantelamiento y expolio que habían hecho los nazis de cientos de bibliotecas públicas y particulares de la comunidad judía. También les explicó que no disponían todavía de una sala de lectura y que por eso la biblioteca era móvil: iban con los libros por los pabellones y los ofrecían en préstamo. Petr le preguntó si era verdad que había sido amigo de Franz Kafka. Y él asintió.

El redactor jefe de *Vedem* le pidió permiso para acompañar a uno de sus bibliotecarios en misión de reparto de libros para poder explicar su trabajo en la revista, y Utitz accedió encantado.

Dita no pudo ver la sonrisa de melancolía del profesor al verlos marchar tan entusiasmados y felices. El doctor Utitz no podía quitarse de la cabeza los recuerdos de aquellas tertulias del café Louvre, como si lamentara todo lo que no le preguntó entonces a Kafka, todas las cosas que el novelista no le contó entonces y ahora ya se habían perdido para siempre. Se preguntó qué hubiera llegado a escribir el pensativo Franz si hubiera vivido lo suficiente para ver lo que estaba pasando. Y Utitz ni siquiera podía saber entonces que más tarde sus hermanas Elli y Valli Kafka morirían en las cámaras de gas del campo de exterminio de Chelmno y que la pequeña Ottla sería igualmente asesinada con gas Zyklon en Auschwitz-Birkenau.

En realidad, el autor de *La metamorfosis* supo antes que nadie lo que iba a suceder: que los hombres se convertirían de la noche a la mañana en seres monstruosos.

La biblioteca de Terezín era un pulpo de papel que estiraba sus brazos desde el edificio L304 para llevar sus libros por toda la ciudad. Los volúmenes viajaban en plataformas rodantes que iban pasando por los diferentes bloques de viviendas para que la gente pudiera tomarlos en préstamo.

Petr trabajaba en los campos de cultivo y después de la jornada tenía esa tarde un recital de poesía, así que fue Dita quien acompañó gustosamente a una bibliotecaria, la señorita Sittigová, mientras empujaba el carro de libros por las calles de Terezín. Tras la jornada laboral en talleres, fábricas, fundiciones o tareas agrícolas, la oferta de evasión que llegaba rodando desde la biblioteca era muy bienvenida. Aunque la señorita Sittigová también le contaba que a menudo se robaban libros y no siempre para leerlos, sino para utilizarlos como papel higiénico o combustible para las estufas. En cualquier caso, los libros demostraban de una u otra manera ser de gran utilidad.

No le resultaba necesario elevar mucho la voz anunciando su llegada: «¡Servicio de biblioteca!». Jóvenes y mayores formaban un eco de voces desiguales que difundía el aviso, y éste iba gritándose alegremente hasta que en seguida aparecían por la puerta de los edificios personas que salían alegremente a hojear los diferentes volúmenes. Tanto le gustó empujar los libros por toda la ciudad que, desde aquel día, empezó a rodar con ellos.

Una vez finalizada su jornada de trabajo, los días que no tenía clase de pintura ayudaba por las tardes en su tarea a la bibliotecaria.

Y fue entonces cuando volvió a ver a Fredy Hirsch.

Vivía en uno de los edificios que había cerca del almacén central de ropa. No era frecuente encontrarlo allí porque siempre estaba yendo y viniendo, organizando competiciones deportivas o participando en actividades con los jóvenes del gueto. Los días que Dita lo veía acercarse a su carro, siempre llegaba con su manera de andar enérgica, con la ropa pulcra, y saludaba con esa sonrisa leve pero suficiente para hacerte sentir importante. Buscaba cancioneros o libros de poesía para poder utilizarlos en las reuniones que organizaba con grupos de chicos y chicas los viernes por la noche para celebrar el sabbat. En ellas se cantaba, se explicaban historias, y Fredy les hablaba del retorno a Israel, adonde irían después de la guerra. Una vez incluso animó a la joven Dita a unirse a los grupos de chicos y chicas, y ella, ruborizada, le decía que algún día, pero le daba mucha vergüenza ir y no creía que sus padres le dieran permiso. Sin embargo, en el fondo le habría encantado sumarse a esos grupos de chicos y chicas algo mayores que cantaban, debatían como si fueran adultos y hasta se besaban a escondidas. Después Fredy se marchaba con esos pasos enérgicos de quien tiene una misión que cumplir.

Se da cuenta de lo poco que conoce a Alfred Hirsch. Y él tiene la vida de Dita en sus manos. Si él dice a la comandancia alemana: «La interna Edita Adlerova esconde libros clandestinos bajo la ropa», a la primera inspección la detendrían in fraganti. Pero si quisiera delatarla..., ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Cómo iba Hirsch a delatarse a sí mismo si todo el bloque 31 es una iniciativa suya? No lo entiende. Tendrá que indagar, pero debe hacerlo de manera discreta. Tal vez Hirsch está favoreciendo a los prisioneros de alguna manera y ella podría echarlo todo a perder.

Ha de ser eso.

Ella quiere confiar en Hirsch... Pero, entonces, ¿por qué su jefe de bloque tiene miedo de que lo descubran y lo odien? Hirsch no puede ser un traidor, se dice a sí misma. Es imposible. Hirsch es el hombre que más ha plantado cara a los nazis, el que más los desdeña, el que más orgulloso se

siente de ser judío, el que se juega el cuello para que los niños tengan una escuela.

Pero ¿por qué nos miente?

9

El campo de cuarentena está abarrotado de soldados rusos recién llegados. De su dignidad de soldados queda poco: les han afeitado la cabeza y llevan los trajes de rayas de presidiario. Ahora son un ejército de mendigos. Esperan dando vueltas o sentados en el suelo, hay pocos corrillos y mucho silencio. Algunos miran a través de la valla y ven a las mujeres checas del campo familiar con su cabello intacto y a los niños correteando por la *lagerstrasse*.

Rudi Rosenberg, en calidad de registrador del campo de cuarentena, está trabajando activamente para redactar los listados de los nuevos ingresos en el *lager*. Rudi habla ruso, también polaco y algo de alemán. Eso les facilita las cosas a los SS que están de guardia supervisando el registro, y Rudi lo sabe. Esa mañana se ha encargado de ir haciendo desaparecer en sus bolsillos los tres o cuatro lápices de que disponía y se dirige a un cabo aún más joven que él al que conoce y con el que suele intercambiar algunas bromas, sobre todo a costa de las muchachas que llegan en los transportes femeninos.

—Cabo Latteck, hoy estamos hasta los topes. ¡Siempre le toca a usted pringar con el trabajo duro! —A los alemanes se les trata de usted, aunque sea un muchacho de dieciocho años.

—Es cierto, ¿tú también te has dado cuenta, Rosenberg? Todo el trabajo lo hago yo. Parece que no haya más cabos en la sección. Ese maldito sargento primero me tiene manía. Es un jodido pueblerino de Baviera, no soporta a la gente de Berlín. A ver si me conceden de una puñetera vez el traslado al frente.

—Cabo, perdone que le moleste, pero se me han acabado todos los lápices.

—Mandaré a un soldado que vaya al cuerpo de guardia a buscar uno.

—Que aproveche el viaje, ya que va. ¿Por qué no le dice que se traiga una caja?

El SS se lo queda mirando fijamente y luego deja escapar una sonrisa.

—¿Una caja, Rosenberg? ¿Para qué mierda quieres tantos lápices?

Se da cuenta de que el cabo es menos tonto de lo que parecía. Así que también se sonríe con picardía, como dos socios.

—Bueno, aquí hay mucho que anotar. Y sí..., es verdad que si sobra algún lápiz a los de vestuarios también les vienen bien para hacer sus anotaciones, y la verdad es que son difíciles de conseguir en el *lager*. Si uno les facilita algunos lápices, a veces ellos pueden corresponderte con unos calcetines nuevos.

—¡Y alguna putita judía!

—Puede ser.

—Ya veo...

La mirada inquisitiva del SS es peligrosa. Si lo denuncia, está perdido. Ha de entrarle rápido.

—Bueno, sólo se trata de ser un poco amable con la gente. Así ellos también pueden serlo contigo. Hay gente amable que me regala cigarrillos.

—¿Cigarrillos?

—A veces, entre la ropa que llega a la lavandería se ha quedado en los bolsillos algún paquete de cigarrillos... En alguna ocasión he visto hasta tabaco rubio.

—¿Rubio?

—Rubio. —Saca del bolsillo de su camisa un cigarrillo—. Como éste.

—Eres un malnacido, Rosenberg. Un malnacido muy listo. —El cabo sonríe.

—No son fáciles de encontrar, pero quizá podría conseguirle unos cuantos de éstos.

—Me encanta el tabaco rubio. —Y al decirlo tiene un brillo de codicia en la mirada.

—Tiene otro paladar, sí. No es como el tabaco negro.

—No...

—El tabaco rubio es como las mujeres rubias..., otra calidad.

—Sí...

Al día siguiente, Rosenberg acude a la cita con Alice y lleva en el bolsillo dos paquetes de lápices. Tendrá que hacer algunos favores para conseguir los cigarrillos del cabo, pero no le preocupa demasiado. Sabe cómo hacerlo. Mientras camina hacia la frontera vallada, se pregunta una vez más por el campo familiar. Jamás se ha permitido a los judíos permanecer en familias. ¿De qué sirven los niños y los ancianos en un campo de trabajos forzados y de exterminio? En medio de docenas de subcampos, el BIIB es una excepción. ¿Por qué los nazis la han propiciado? La incógnita trae de cabeza a la Resistencia. Se pregunta si Fredy Hirsch sabrá algo más sobre eso de lo que aparenta. ¿Se guardará Hirsch algún as en la manga? ¿Y por qué no? ¿Acaso no lo hace todo el mundo? Él mismo no le cuenta a Schmulewski la buena relación que mantiene con algunos SS, lo que le permite traficar con pequeños productos. Podría no ser bien vista en la Resistencia, pero a él le conviene. Seguro que el propio Schmulewski, aparentemente tan severo y reservado, tampoco muestra nunca del todo sus cartas. ¿Acaso no goza de un puesto de adjunto al *kapo* alemán de su barracón? ¿Qué concesiones habrá tenido que hacer el héroe de las Brigadas Internacionales para conseguir ese puesto ventajoso? ¿Cuántas cartas se ocultan bajo el tablero de barro de Auschwitz?

Caracolea por la trasera de los barracones hasta que ve acercarse a Alice y entonces se dirige a la valla. Si el guardia de la torreta es de los que tienen malas pulgas, en cualquier momento hará sonar el silbato ordenándoles que se retiren. Alice está al otro lado del alambre, a unos pocos metros. Rudi lleva dos días pensando en ese momento y al verla siente una alegría que le hace olvidar todas las penurias.

—Siéntate.

—Estoy bien de pie. ¡El suelo está embarrado!

—Pero debes sentarte para que el guardia sepa que sólo estamos charlando y no recele de que tramamos cualquier otra cosa cerca de la valla.

Ella se sienta y al hacerlo la falda se le levanta y deja ver por un instante sus bragas, milagrosamente blancas en ese lodazal. Rudi siente que el cuerpo se le electriza.

—¿Cómo va todo? —le pregunta Alice.

—Ahora que te veo, todo va bien.

Alice hace un gesto de rubor y sonríe complacida.

—Tengo los lápices.

Ella no parece muy sorprendida, y eso deja un poco decepcionado a Rudi. Esperaba que los lápices fueran un golpe de efecto y que ella dijera algo, poco menos que se desmayara de la emoción. La muchacha no debe de saber que trapichear en el *lager* no es sencillo y que para hacerlo ha tenido que jugársela con un SS.

Rudi no conoce a las mujeres. Alice s  est  muy impresionada, sólo tendría que leer en sus ojos para darse cuenta. Los hombres siempre esperan que se lo digan todo.

— Y cómo los introducirás en nuestro campo?  Con algún mensajero?

—No puede uno fiarse de nadie en estos tiempos.

— Entonces?

—Ya lo verás.

Rudi observa de reojo el bulto del soldado en la torreta. Está bastante lejos, y sólo se distingue la silueta de un pequeño pedazo del torso y la cabeza. Pero como lleva un fusil en bandolera, sabe en qué momento est  girado hacia ellos y cuándo está de espaldas: cuando est  de cara a ellos, la punta del fusil que se asoma sobre su hombro derecho apunta hacia el interior del campo. Al volverse de espaldas, la punta del fusil cambia de lado y apunta hacia el exterior del recinto. Gracias a esa improvisada brújula, se percata de que el soldado va girando indolentemente cada poco rato. Cuando ve rotar la bocacha del fusil en dirección a la entrada, da audazmente unos pasos hacia la valla. Alice se lleva la mano a la boca en un gesto de miedo.

— R pido, acércate!

Saca del bolsillo los dos haces de lápices atados firmemente con un cordel, y con cuidado encoge los dedos y pasa los paquetes al otro lado de la valla a través de los agujeros del alambre electrificado. Alice se apresura a recogerlos del suelo. Nunca se había acercado tanto a esa valla de miles de voltios. Los dos se retiran hacia atrás unos metros y, justo entonces, Rudi ve cómo el ca n n que le marca el movimiento del guardia empieza a girar como la aguja del reloj hasta tenerlos a la vista.

—¿Por qué no me avisaste de que lo haríamos así? —le dice ella, con el corazón zumbando a toda velocidad bajo el pecho—. ¡Me habría preparado un poco!

—Hay cosas para las que es mejor no prepararse. A veces hay que actuar impulsivamente.

—Le entregaré los lápices al señor Hirsch. Te estamos muy agradecidos.

—Ahora debemos irnos...

—Sí.

—Alice...

—¿Qué?

—Me gustaría volver a verte.

Ella sonríe. Mucho mejor que las palabras.

—¿Mañana a esta hora? —le pregunta él.

Ella asiente y empieza a alejarse hacia la calle principal de su campo. Rudi le dice adiós con la mano. Ella le lanza un beso soplado desde sus labios mullidos que vuela por encima del alambre de espinos y él lo atrapa en el aire. Nunca pensó que un sencillo gesto pudiera hacerle tan feliz.

Hay alguien que esa mañana tiene un laberinto en la cabeza. Dita está atenta a todos los gestos, a la manera en que las cejas se alzan o las mandíbulas se crispan, lo observa todo a su alrededor con el afán con que los cazadores de microbios del libro de Paul de Kruif ponían el ojo sobre su microscopio. Con una actitud policial, trata de descubrir algo en la manera en que se mueve la gente. Quiere saber la verdad que las palabras no cuentan. Y espera que la manera de mirar, de titubear o de tragar saliva delate a los que ocultan algo. La desconfianza es un picor que empieza despacio, pero cuando quieres darte cuenta ya no puedes dejar de rascarte.

Sin embargo, la vida no se detiene, y Dita tampoco quiere que nadie note su inquietud. Por eso está a primera hora de la mañana en la biblioteca, sentada en una banca con la espalda apoyada en el tiro horizontal de la chimenea. Ha puesto los libros en otra banca alargada delante, desafiando al mundo. Lichtenstern le ha cedido a uno de los asistentes para que la ayude a controlar el vaivén de libros en los cambios de hora, y esa mañana se sienta

a su lado un muchacho con la piel blanca y tan callado que ni siquiera ha abierto la boca.

El primero en acercarse es un joven profesor que da clase a un grupo de muchachos cerca de donde está ella y que la saluda con un silencioso movimiento de cabeza. Ha oído decir de él que es comunista. También que es muy culto, que incluso habla inglés. Observa sus gestos para saber si es de fiar, pero no sabe qué pensar. Sí nota que hay un brillo de inteligencia detrás de su estudiada indiferencia. Pasea la mirada por los libros y, al fijarse en el libro de H. G. Wells, asiente como si diera su aprobación. Después se detiene en el libro sobre las teorías de Freud y agita la cabeza negativamente. Dita lo observa con atención y casi teme lo que vaya a decir. Finalmente, se queda un momento pensativo.

—Si H. G. Wells se enterase de que es vecino de Sigmund Freud, se enfadaría contigo.

Dita se lo queda mirando con ojos como platos y se pone algo colorada.

—No le entiendo...

—No me hagas caso. Es sólo que me choca ver juntos a un racionalista socialista como Wells y a un vendedor de fantasías como Freud.

—¿Freud es un escritor de cuentos fantásticos?

—No, en absoluto. Freud fue un psiquiatra austríaco, de Moravia, judío. Alguien que miraba lo que había dentro de la cabeza de las personas.

—¿Y qué vio?

—Según él, demasiadas cosas. Explica en sus libros que el cerebro es una despensa donde los recuerdos se pudren y hacen enloquecer a las personas. Ideó una manera de curar las enfermedades mentales: tumbar al paciente en un diván y hacerlo hablar hasta que contara incluso el último de sus recuerdos; de ese modo, indagaba en sus pensamientos más ocultos. Lo llamó psicoanálisis.

—¿Qué fue de él?

—Se hizo célebre. Gracias a eso escapó por los pelos en Viena en el 38. Unos nazis entraron en su consulta, lo destrozaron todo y se llevaron mil quinientos dólares. Cuando se lo comunicaron comentó que él nunca había sacado tanto por una visita. Conocía a mucha gente influyente. Aun así, no le dejaron salir del país y marcharse a Londres con su mujer y su hija hasta

que firmó un papel donde decía lo bien que lo habían tratado las autoridades nazis y lo maravillosa que era la vida en la Viena del Tercer Reich. Al final del papel les pidió añadir algo porque se habían quedado cortos y escribió: «Recomiendo vivamente la Gestapo a todo el mundo». Los nazis quedaron encantados.

—No saben nada del humor judío.

—Para los alemanes, el humor es hacerse cosquillas en los pies.

—¿Y al llegar a Inglaterra?

—Freud murió al año siguiente, en el 39. Estaba ya muy mayor y muy enfermo. —Toma el volumen de Freud y lo hojea—. Los libros de Freud fueron de los primeros que Hitler ordenó quemar en 1933. Este libro es peligro en estado puro: no sólo es un libro clandestino, sino prohibido.

Dita siente un ligero escalofrío y decide cambiar de tema.

—¿Y quién fue H. G. Wells?

—Un librepensador, un socialista. Pero sobre todo fue un gran novelista. ¿Has oído hablar del hombre invisible?

—Sí...

—Pues él escribió la novela. También *La guerra de los mundos*, donde cuenta cómo llegan los marcianos a la Tierra. Y *La isla del doctor Moreau*, con ese científico chiflado que hace mezclas genéticas entre hombres y animales. Al doctor Mengele le encantaría. Pero creo que la mejor de todas es *La máquina del tiempo*. Avanzar y retroceder en el tiempo... —Y al decirlo se queda pensativo—. ¿Te imaginas? ¿Sabes lo que significaría meterse en esa máquina, volver al año 1924 e impedir que Adolf Hitler saliera de la cárcel?

—Pero todo eso de la máquina es inventado, ¿verdad?

—Por desgracia, sí. Las novelas le añaden a la vida lo que le falta.

—Bueno, si le parece mejor, puedo poner al señor Freud y al señor Wells cada uno en una punta de la banca.

—No, déjalos así. Tal vez cada uno aprenda alguna cosa del otro.

Y lo dice con tal seriedad que Dita no sabe si ese profesor, que a pesar de ser tan joven tiene el aplomo de un hombre mayor, habla en broma o en serio.

Al darse media vuelta y volver con su grupo, Dita piensa que ese hombre es una enciclopedia andante. El asistente que está a su lado no ha dicho ni media palabra. Sólo cuando el profesor se aleja dice con una voz infantil tan aguda como un flautín (y ya entonces Dita entiende por qué procura hablar lo menos posible) que aquel hombre se llama Ota Keller y que es comunista. Ella asiente.

Por la tarde, a Dita le han pedido uno de sus libros vivientes, *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*. La señora Magda es una mujer de apariencia frágil, con el pelo muy blanco y tan menuda que parece un gorrión. Sin embargo, cuando empieza a relatar la historia, se agiganta, su voz se hace inesperadamente enérgica y despliega aparatosamente sus brazos para describir cómo aletean los gansos que llevan en volandas a Nils Holgersson. Sobre esa bandada de pájaros vigorosos se sube también el nutrido grupo de muchachos de edades mezcladas que siguen sus palabras con las pupilas dilatadas y que vuelan montados en su grupa por los cielos de Suecia.

Casi todos han escuchado ya la historia anteriormente, incluso varias veces, pero los que mejor la conocen son los que más la disfrutan, y van reconociendo las distintas estaciones del relato e incluso se ríen antes de que sucedan las cosas, porque ellos ya forman parte también de las aventuras. Incluso Gabriel, el terror de los profesores del 31, que normalmente es incapaz de estarse quieto un momento, se ha convertido en una estatua.

Nils es un muchacho caprichoso que gasta bromas pesadas a los animales de su granja. Un día que se ha quedado solo en casa mientras sus padres asisten a misa, se las va a ver con un duende que se ha hartado de su actitud soberbia y lo reduce al tamaño de un habitante del bosque. Para redimirse, se agarra al cuello de un ganso doméstico y se une a una bandada de gansos salvajes que surcan los cielos de su país. A la vez que el impertinente Nils, agarrado al cuello del bueno de Martin, empieza a madurar y a percatarse de que el mundo va más allá de sí mismo y de su actitud egoísta, el auditorio también se eleva por encima de su áspera realidad, donde también se impone a menudo el egoísmo, el colarse en la fila para llegar antes a la sopa o el robar la cuchara del vecino.

Cuando Dita va a buscar a la señora Magda para decirle que a tal hora tiene sesión de Nils Holgersson, a veces la mujer tiene un instante de vacilación.

—¡Pero si ya todos han oído el cuento una docena de veces! Cuando vean que vuelvo a contar lo mismo, se levantarán de los taburetes y se marcharán.

Pero nunca se marcha nadie. No importa cuántas veces escuchen el cuento, les gusta siempre. Y, además, lo quieren oír siempre desde el principio. A veces, la profesora, por miedo a aburrirlos, mira de atajar y hacerlo más breve saltándose algún pasaje, pero inmediatamente hay protestas en la platea.

—¡No es así! —le dicen.

Y ha de rebobinar y contarlo todo, sin saltarse nada. Cuantas más veces escuchan la historia, más les pertenece a los niños.

Finaliza el cuento, terminan en otros grupos los juegos de adivinanzas o las modestas manualidades que pueden permitirse con los escasos materiales disponibles. Un grupo de niñas ha estado confeccionando unas marionetas con calcetines viejos y palillos de madera. Tras el recuento de la tarde, supervisado por el subdirector, los niños han abandonado ya el barracón 31 para volver con sus familiares.

Los asistentes terminan rápidamente su tarea; la manera en que pasan por el suelo las escobas de brezo es más un ritual o una manera de justificar su puesto que una necesidad real. También terminan en seguida de ordenar los taburetes y de limpiar los imaginarios restos de la comida, porque nadie desperdicia nada y las escudillas se limpian con la lengua para apurar hasta la última gota de sopa. Una miga es un tesoro. Se van retirando del barracón a medida que terminan su simulacro de la limpieza, y la calma se instala definitivamente en el bloque 31, que ha sido durante el día un hervidero de lecciones, canciones y regañinas a los más díscolos.

Los profesores se sientan en una isleta de taburetes y comentan las incidencias de la jornada. Dita se ha quedado en el rincón escondido de las maderas, como hace a veces al acabar las clases, para poder leer un rato, porque los libros no pueden salir del bloque 31. Los libros en Auschwitz oficialmente no existen. Se fija en que hay en el rincón, apoyado contra la

pared, un palo con un cordel que forma una pequeña red, como si fuera un tosco cazamariposas, aunque está tan mal atado que, de intentar cazar una mariposa, ésta se escaparía por cualquier agujero. No se le ocurre de quién puede ser una herramienta tan inútil. En Auschwitz no hay mariposas. Qué más quisiera ella.

Se fija en que en un agujero de las tablas de la pared hay algo, y al tirar ve que es un lápiz minúsculo, apenas un cabo con una punta negra. Pero un lápiz es una máquina extraordinaria. Recoge del suelo una pajarita desechada por el profesor Morgenstern y la desdobra cuidadosamente; de ese modo consigue un trozo de papel sobre el que dibujar. Está arrugado y medio pintarrajeado, pero sigue siendo papel. Hacía tanto que no dibujaba... Desde Terezín.

Un profesor de pintura muy amable que daba clases a los chicos del gueto decía que pintar era una forma de irse muy lejos de allí. Era un hombre tan culto y tan apasionado que ella nunca se atrevió a contradecirlo. Pero a ella la pintura no la transportaba fuera ni la hacía subir al vagón de otras vidas, como los libros, sino al contrario. La pintura la catapultaba hacia dentro de sí misma. Pintar no era una forma de salir, sino de entrar. Por eso los cuadros que pintaba en Terezín eran oscuros, de trazos agitados, cielos cargados de un gris oscuro tenebroso, como si ya entonces intuyera que esos cielos interiores se convertirían en el único que vería cuando los llevaran a Auschwitz, un cielo en el que las nubes son de ceniza. Pintar fue una manera de conversar consigo misma muchas de aquellas tardes en las que la vencía el desaliento de una juventud que aún no había empezado y que ya parecía haberse clausurado.

Dibuja sobre el papel un boceto del barracón, con sus archipiélagos de taburetes, la chimenea como una raya de piedra y las dos bancas: una para ella y otra para los libros. Ese es su mundo.

No puede evitar que le llegue la resaca de las voces de los profesores, especialmente crispadas esa tarde. La señora Pellejos se queja agriamente de que para ella es imposible explicar a los niños geografía y contarles la diferencia entre el clima mediterráneo y el clima continental mientras se oyen los gritos, las órdenes y los llantos de los deportados que entran en el

campo y pasan a escasos metros del barracón camino de las duchas o de la muerte.

—Llegan trenes, y tenemos que fingir que no oímos nada y seguir con la lección, y los niños giran el cuello, cuchichean entre ellos, y nosotros como si no oyéramos nada, como si no supiéramos nada... ¿Acaso no sería mejor afrontarlo, hablar con ellos del campo de concentración, explicarles lo que está pasando, si es que no lo saben ya perfectamente?

Fredy Hirsch no está, suele encerrarse por las tardes a trabajar en su cuarto y cada vez participa menos en la vida social. Dita se lo suele encontrar en su guarida al ir a devolver los libros a su escondrijo, y lo ve escribir muy concentrado sobre unos papeles. Un día le explicó que era un informe para Berlín, que estaban muy interesados en el experimento del bloque 31. ¿Estará en esos informes la sombra que Hirsch trata de ocultar a los demás? En su ausencia es Miriam Edelstein la que se muestra inflexible con la correosa señora Krizková y le recuerda las órdenes de la dirección.

—Pero ¿crees que acaso los niños no están muy preocupados? —la interpela otra profesora.

—Pues con más razón —responde Miriam Edelstein—. ¿Qué sentido tiene incidir en eso? ¿De qué vale echar sal a una herida? Esta escuela tiene una misión por encima de la puramente pedagógica: transmitirles cierta sensación de normalidad, evitar que caigan en el desánimo, mostrarles que la vida sigue.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunta una voz, y ya se alborota la conversación. Brotan comentarios pesimistas, optimistas, teorías variopintas con las que intentan explicar el tatuaje en el brazo de los niños del transporte de septiembre que habla de un tratamiento especial después de seis meses, y el diálogo se convierte en un guirigay.

Dita, que es la única asistente joven a la que se permite permanecer en el barracón a esas horas, se siente algo incómoda al ser testigo de la discusión de los profesores, y la palabra «muerte» suena en sus oídos como algo obscuro y pecaminoso, algo que una muchacha no debería estar oyendo. Por eso se marcha. Ese día no se ha visto a Hirsch por ninguna parte. Al parecer está ocupado en un asunto importante. Tiene que prepararse para una visita protocolaria del alto mando. Es Miriam Edelstein

la que tiene la llave del cuarto, y le abre la puerta a Dita para que pueda acceder al escondrijo y guardar los libros. Las dos se miran un momento. La muchacha trata de ver si detecta en la subdirectora algún gesto de traición o falsedad, pero ya no sabe qué pensar. Lo que ve en la señora Edelstein es una profunda tristeza.

Se marcha del bloque 31 pensativa. Sopesa si debería consultarlo con su padre, que es una persona razonable. De repente recuerda que también ha de estar atenta a Mengele, y gira la cabeza velozmente un par de veces por si alguien la sigue. Al pararse el viento, ha empezado a nevar sobre el campo y la *lagerstrasse* está casi vacía, sólo algunos caminan apresuradamente en busca del calor de los barracones. Ni rastro de ningún SS. En cambio, en uno de los pasajes laterales entre dos barracones, ve a alguien dando saltos mientras desafía la gélida temperatura con una americana desgastada y un pañuelo a modo de bufanda. Mira con más atención: la barba blanca, el pelo desordenado, las gafas redondas... Es el profesor Morgenstern.

Manotea enérgicamente arriba y abajo con un palo que lleva una red atada, y Dita se da cuenta de que es el cazamariposas que ha visto en el bloque 31. Ahora ya sabe de quién es. Se queda unos instantes observando al profesor porque no entiende qué hace agitando el artefacto en el aire, hasta que por fin se da cuenta. No hubiera podido imaginarse que Morgenstern lo utilizara para cazar copos de nieve.

La ve parada contemplándolo absolutamente atónita y la saluda con un amistoso movimiento de la mano. En seguida continúa en su afanosa cacería de mariposas de hielo. A veces, persiguiendo algún copo, está a punto de resbalar y dar un traspie, pero finalmente lo atrapa y se lo pone un momento en la palma de la mano para ver cómo se funde. El viejo profesor tiene la barba canosa brillante de cristales de hielo, y la muchacha cree adivinarle en la distancia una sonrisa de felicidad.

10

Cuando acude por las tardes a guardar los libros al cuarto de Fredy Hirsch trata de irse enseguida y de que sus miradas no se crucen. No quiere arriesgarse a descubrir en sus ojos algo que pueda desmoronar esa atalaya de palillos a la que llamamos confianza. Prefiere creer en él con los ojos cerrados, como se hace con las cosas más sagradas. Pero ella es tozuda y, por más que lo intenta, la lejía de la fe no puede borrar la escena que presencié en el bloque 31. Igual que Nils Holgersson se agarró al pescuezo de un ganso para irse lejos, ella se agarra a los libros de su biblioteca para que la saquen de ese pantano de barro y dudas.

La curiosidad que le contagió el profesor Ota Keller ha hecho que esas tardes ella se acurruque en su rincón y lea a H. G. Wells mientras en el barracón ya han cesado las clases ordinarias y los alumnos juegan, hay concursos de adivinanzas, se hacen dibujos con unos lápices que llegaron milagrosamente o se preparan obras de teatro. Hubiera preferido que dispusieran de alguna de esas novelas tan excitantes de las que hablaba el profesor, pero la Breve historia del mundo era el libro más solicitado de su biblioteca porque era lo más parecido a un libro escolar. Y es cierto que meter la cabeza en sus páginas la hace sentir como si estuviera de nuevo en su escuela de Praga y, al levantar la vista, fuese a ver delante la pizarra verde y a la maestra con las manos manchadas de tiza.

La historia de nuestro mundo es todavía una historia conocida de manera muy imperfecta. Un par de cientos de años atrás, los hombres apenas si conocían la historia de los últimos 3000 años. Lo que había sucedido antes era materia de leyenda o de especulación.

Wells era más novelista que historiador. En el libro habla de la formación de la Tierra con extravagantes teorías sobre la Luna que los científicos plantearon a principios del siglo XX y después iba llevando al lector a través de las eras geológicas: el precámbrico, con las primeras algas; el cámbrico, con los juguetones trilobites; el carbonífero, en el que surgen descomunales bosques; o el pérmico, en el que aparecen los primeros reptiles.

Dita se pasea con asombro por un planeta agitado por las convulsiones volcánicas y los posteriores bandazos del clima en el que se alternan épocas calurosas con glaciaciones extremas. Le llama poderosamente la atención la época de los dinosaurios, unos reptiles de tamaños descomunales que se hicieron los dueños del planeta.

Esta diferencia entre el mundo de los reptiles y el mundo de nuestros comportamientos humanos es algo que no debemos pasar por alto. No podemos concebir en nosotros mismos la inmediatez y la falta de complicaciones del comportamiento instintivo de los reptiles, ni sus apetitos, miedos y fobias. Nosotros no podemos comprenderlos a ellos en su simplicidad porque todas nuestras motivaciones son complejas; nosotros sopesamos y valoramos el comportamiento, y no nos limitamos a actuar de manera impetuosa.

Se pregunta qué diría H. G. Wells si viera el lugar donde viven, si sabría distinguir entre reptiles y humanos.

El libro la acompaña en esas tardes más desordenadas del bloque 31 y, con él como salvoconducto, se adentra por los pasadizos subterráneos de las imponentes pirámides de Egipto, atraviesa la Babilonia de los jardines colgantes o la Asiria de las grandes batallas. Un gran mapa de los dominios del emperador de los persas Darío I le muestra un territorio descomunal, más grande que el mayor de los imperios actuales. Observa que lo que explica el autor en «Sacerdotes y profetas en Judea» no coincide con lo que le enseñaron a ella de pequeña sobre historia sagrada, y eso la deja un tanto confusa.

Por eso prefiere volver sobre las páginas del Antiguo Egipto, que la trasladan a ese mundo de faraones con nombres misteriosos y le permiten subirse a bordo de sus barcazas que navegan por el Nilo. Al final, H. G. Wells tenía razón y en verdad existe la máquina del tiempo: son los libros.

En cuanto finaliza la jornada, ha de devolver los libros antes de la hora del recuento. Después de la interminable tortura de estar en formación durante hora y media para pasar lista dentro del barracón, sale muy contenta para acudir a la clase con su padre; hoy toca geografía.

Al pasar por delante del barracón 14, ve a Margit sentada en el lateral con René. Acaban de finalizar su recuento, el suyo mucho más duro, a la intemperie. Las nota muy serias y se para a saludarlas.

—¿Qué pasa, chicas? ¿Algo va mal? ¡Os vais a helar aquí!

Margit se gira hacia René, que por lo visto tiene algo que contar. La muchacha rubia se desenrosca un rizo de la frente y lo muerde con nerviosismo. Suspira y una voluta de vaho sale de su boca y se pierde en el aire.

—Ese nazi... me acosa.

—¿Te ha hecho algo?

—No, aún no. Pero esta mañana se me acercó otra vez y se me plantó delante. Yo sabía que era él y no quería levantar la cabeza. Pero él no se iba. Al final, me tocó en un brazo.

—¿Y qué hiciste?

—Sabía que, si levantaba la cabeza y lo miraba, no podría escabullirme. Así que al cavar le tiré una palada de tierra a los pies a mi compañera de al lado y se puso a gritar como una fiera. Se armó un poco de lío, y se acercó el resto de la patrulla. Él se echó hacia atrás y no me dijo nada. Pero iba a por mí... No son imaginaciones mías, Margit lo vio ayer.

—Sí, es verdad, después del recuento. Estábamos las dos charlando antes de retirarnos al barracón a ver a nuestros padres y se paró a pocos pasos. Miraba a René, de eso no hay duda.

—¿La miraba con rabia? —preguntó Dita.

—No. La miraba muy fijamente. Cómo decirlo... Era esa mirada sucia de los hombres.

—¿Sucia?

—Creo que quiere tener relaciones carnales con René.

—¿Estás loca, Margit?

—Sé de lo que hablo. A los hombres se les transparenta todo en la mirada, se les queda la boca abierta, es como si ya te imaginaran desnuda. Son unos guarros.

—Tengo miedo —susurra René.

Dita la abraza y le dice que todas tienen miedo. Que estarán con ella todo el tiempo posible.

René tiene los ojos aguados y tiembla, no se sabe si de frío o de miedo. Margit también parece que se vaya a poner a llorar o a estornudar. Dita recoge una astilla del suelo y empieza a trazar enérgicamente unos recuadros sobre el suelo blanco de nieve.

—¿Qué haces? —le preguntan las dos casi a la vez.

—Una rayuela.

—¡Ditinka, por favor! Nosotras tenemos dieciséis años. No jugamos a la rayuela. Eso es cosa de niñas.

Ella sigue a lo suyo, trazando el campo de juego meticulosamente como si no la hubiese oído. Y al acabar levanta la cabeza hacia ellas, que la observan esperando su respuesta.

—La gente se ha ido retirando a los barracones. ¡No nos verá nadie!

René y Margit arrugan la frente y hacen que no con la cabeza mientras Dita busca por el suelo.

—La astilla servirá —les dice. Y la lanza sobre uno de los cuadrados.

Dita salta, con poco equilibrio.

—¡Qué patosa! —se ríe René.

—¿Acaso tú lo puedes hacer mejor con esta nevada? —la increpa haciéndose la enfadada.

René se remanga un poco el vestido y lanza la astilla para ponerse a saltar con precisión ante el aplauso de Margit. La propia Margit va detrás. Es la más torpe de las tres: se tropieza saltando a la pata coja y se cae estrepitosamente sobre el suelo nevado. Cuando trata de ayudarla a levantarse, Dita da un fuerte traspie sobre una placa de hielo y se cae hacia atrás.

René se ríe de ellas. Desde el suelo, Margit y Dita le lanzan un par bolas de nieve que impactan contra su pelo y lo tiñen de blanco.

Y las tres ríen.

Por fin ríen.

Dita, mojada pero contenta, se marcha a toda prisa porque los miércoles tiene clase de geografía. Los lunes tiene matemáticas y los viernes, latín. El profesor es el señor Adler, su padre. Y su libreta de apuntes es su propia cabeza.

Todavía recuerda el día en que llegó al piso de Josefov y su padre, que ya no tenía despacho, estaba sentado en la única mesa de la casa, la del salón-comedor, girando con un dedo su bola del mundo. Dita entró con la bolsa del colegio y le fue a dar un beso como todas las tardes. A veces la sentaba en sus rodillas y jugaban a decir un país, girar muy deprisa el globo terráqueo sobre el eje de metal y pararlo de golpe con un dedo para tratar de acertarlo. Ese día estaba distraído. Le dijo que habían mandado un recado del colegio: vacaciones. La palabra «vacaciones» es música en el oído de los niños. Pero la manera en que lo dijo su padre y lo repentino de aquellas inesperadas vacaciones escolares hicieron que la música le sonase desafinada. Recuerda que pasó de la alegría del primer instante a la angustia sobrecogedora al darse cuenta de que nunca más volvería a tener una escuela. Entonces, su padre le hizo una señal para que se sentara en sus rodillas.

—Estudiarás en casa. El tío Emile, que es farmacéutico, te enseñará química, y la prima Ruth te dará clases de dibujo. Hablaré con ellos, ya verás. Yo te daré las lecciones de lengua y de matemáticas.

—¿Y de geografía?

—Por supuesto. ¡Te hartarás de viajar por el mundo!

Y así fue.

Fueron los últimos tiempos en Praga, hasta la deportación a Terezín en 1942. Y, vistos desde el sótano de Auschwitz, no fueron tan malos. Hasta entonces su padre había trabajado tanto que no había tenido demasiado tiempo para estar con su hija. Por eso a Dita le gustó que se convirtiera en su profesor y le explicara que la montaña más alta del mundo era el Everest o que las fuentes de agua subterránea de los desiertos formaban los oasis.

Las clases eran por las tardes. Por las mañanas, su padre seguía levantándose a la misma hora de siempre, se afeitaba y se ponía el traje como había hecho toda la vida, haciéndose con mucho esmero el doble nudo de la corbata. Antes de salir por la puerta para ir a trabajar a su despacho de la seguridad social, les daba un beso con sabor a masaje de afeitar a ella y a su madre.

Sucedió una mañana en que Dita fue paseando hasta el centro. Pasó casualmente por delante del café Continental y a través de la vidriera vio a su padre dentro. Después de pasar media mañana mirando los escaparates de unas tiendas a las que le estaba prohibido entrar, volvió a pasar por el Continental y allí seguía su padre en la misma mesita redonda, con la misma taza vacía delante y el mismo periódico. Entonces entendió ciertas conversaciones entre susurros que mantenían sus padres y que se detenían bruscamente cuando ella se acercaba. Habían despedido a su padre hacía mucho tiempo, pero no quería que su hija lo supiera.

Ella se marchó de allí discretamente y jamás le dijo que sabía que su trabajo consistía en llegarse hasta la calle Graben a tomarse una infusión en el café Continental —que debía durarle toda la mañana— y en tratar de ser el primero en coger el periódico, que solía estar encastado en una varilla de madera con el matasellos del local, uno de los últimos lugares donde el dueño, un judío influyente, conservaba la licencia de apertura.

Por el camino hacia el barracón de su padre, se vuelve un par de veces para mirar atrás, no vaya a ser que tenga pegado a los talones a Mengele. Aunque en ese instante le preocupa más saber a qué atenerse con el director del bloque 31.

Su padre la espera, como todos los lunes, miércoles y viernes que no llueve, en el lateral del barracón. Allí despliega una vieja manta de cuadros llena de desgarrones, pero que él estira de la manera más pulcra posible para que se sienten los dos. Esa es su escuela. Al llegar, su padre ya ha trazado con un palo un mapamundi sobre el barro. Para que recordara los lugares, cuando era más pequeña le decía que la península escandinava era la cabeza de una serpiente gigante y que Italia era la bota de una señora muy elegante. Dibujado sobre el fango de Auschwitz, cuesta reconocer el mundo.

—Hoy vamos a estudiar los mares del planeta, Edita.

Es incapaz de concentrarse en la lección. Piensa en cómo disfrutaría su padre con el atlas del bloque 31, pero está prohibido sacar los libros y, con el aliento en la nuca de Mengele, es imposible planteárselo siquiera. Esa tarde está demasiado distraída para atender a las explicaciones, y lo cierto es que la temperatura es gélida y empieza a nevar.

Por eso se alegra de ver llegar a su madre antes de la hora.

—Hace demasiado frío. Dejadlo ya por hoy o cogeréis un constipado.

Aquí, sin penicilina, ni mantas ni comida suficiente, los constipados matan.

Se levantan, y su padre la envuelve con la manta cuando en realidad es él quien está tiritando.

—Vamos al barracón, pronto repartirán la cena.

—Llamarle cena a un pedazo de pan seco es muy optimista, mamá.

—Es la guerra, Edita...

—Ya sé, ya sé. Es la guerra.

Su madre se queda callada, y ella aprovecha para sacar a colación el tema que le preocupa sin contárselo directamente.

—Papá..., si tú aquí en el campo tuvieras que confiarle un secreto a alguien, ¿de quién te fiarías ciegamente?

—De ti y de tu madre.

—Ya, eso ya lo sé. Me refiero a otra gente.

—La señora Turnovská es muy buena mujer, puedes confiar en ella —se adelanta su madre.

—Desde luego que puedes confiar en que, si le cuentas algo, pronto lo sabrán hasta en el kommando de la limpieza de letrinas. Esa mujer es como una radio —replica el marido.

—Estoy de acuerdo, papá.

—La persona más entera que he conocido aquí es el señor Tomashek. Precisamente hace un rato ha pasado a saludarnos. Es alguien que se preocupa por algo más que llegar el primero a la cola de la sopa; le importa la gente, da ánimos, se interesa por lo que les sucede a los demás. No hay mucha gente así aquí.

—Entonces, si le pidieras una opinión sincera sobre algo, ¿crees que te diría la verdad?

—Seguro. ¿Por qué lo preguntas?

—Bah, nada importante. Tonterías...

Dita toma nota mental. Tendrá que ir a entrevistarse con el señor Tomashek a ver qué opina.

—Tu abuela siempre decía —apunta su madre— que los únicos que dicen la verdad son los niños y los locos.

Los niños y los locos... Los niños poco o nada van a saber de Hirsch. Pero una idea se ilumina en su cabeza. Morgenstern... No puede irle a cualquier adulto con la historia de que duda de alguien con el prestigio de Hirsch porque podrían reprenderla severamente, acusarla ante los demás de traición o quién sabe qué. Pero con Morgenstern no corre ese peligro. Si el anciano fuera con el cuento por ahí, ella lo desmentiría, diría que es otra de sus chifladuras. ¿Sabrá algo de Hirsch? Piensa que va a ser cuestión de averiguarlo.

Se despide de sus padres con la excusa de ir a ver a Margit. Sabe que el arquitecto jubilado suele quedarse hasta la hora de la sopa en el bloque 31, a veces en el escondrijo de las maderas donde también ella se mete por las tardes a hojear algún libro para abrir ventanas en las alambradas.

Los asistentes ordinarios no tienen autorización para quedarse tras el final de las clases, pero ella es la bibliotecaria y tiene otro estatus. Tal vez por eso los otros chicos y chicas la miran mal y no ha conseguido ganarse la simpatía de la gente de su edad. Tampoco le importa demasiado. Su cabeza es un caldero donde bullen demasiadas cosas. Su corazón está demasiado alterado desde que la carcoma de la duda se le ha metido dentro y ya no sabe si Fredy es un príncipe o un villano.

Hay un grupo de profesores charlando y ni siquiera se fijan en ella. Se va hasta el fondo y se asoma al escondite de las tablas. El profesor Morgenstern está repasando el dobléz de una pajarita con el papel ya muy gastado. No es fácil conseguir hojas viejas, es un material muy deseado para muchos usos, entre ellos el higiénico.

—Buenas tardes, profesor.

—¡Vaya, la señorita bibliotecaria! ¡Qué visita tan encantadora!

Se levanta y le hace una reverencia.

—¿Puedo servirla en algo?

—No, nada en especial. Sólo paseaba...

—Hace bien. Pasear media hora al día alarga diez años la vida. Un primo mío que paseaba tres horas diarias vivió hasta los ciento catorce años. Y murió porque durante un paseo dio un tropezón y se cayó por un barranco.

—Lástima que este sitio tan horrible no anime a pasear.

—Bueno, para mover las piernas también sirve. Las piernas no tienen ojos.

—Profesor Morgenstern..., ¿usted hace mucho que conoce al señor Hirsch?

—Coincidimos en el trayecto del tren viniendo hacia aquí. Eso debió de ser...

—En septiembre.

—¡Exacto!

—¿Y qué le pareció?

—Me pareció un joven muy distinguido.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? En estos tiempos no es fácil encontrar gente con clase. No se lleva nada la buena educación.

Dita duda, pero no tiene tantas ocasiones de sincerarse con alguien.

—Profesor..., ¿usted diría que Hirsch esconde algo?

—Sí, desde luego.

—¿Qué?

—Libros.

—¡Maldita sea! ¡Eso ya lo sé!

—Bueno, señorita Adlerova, no se sulfure. Usted ha preguntado y yo le respondo.

—Sí, sí. Discúlpeme. Lo que quería preguntarle, en confianza, es si cree que podemos fiarnos de él.

—Hace usted unas preguntas muy extrañas.

—Sí, olvídalo.

—No he acabado de entender qué quería decir con eso de fiarse de Hirsch. ¿De su competencia como director de bloque?

—No exactamente. Quería decir si le parece que realmente es quien aparenta.

El profesor medita un instante.

—No, no lo es.

—¿No es quien parece ser?

—No. Tampoco yo lo soy. Ni usted. Nadie lo es. Por eso Dios hizo que los pensamientos fueran mudos, para que sólo los pudiéramos oír nosotros mismos. Nadie debe saber qué es lo que pensamos en realidad. Siempre que yo digo lo que pienso, la gente se enfada mucho conmigo.

—Ya...

—Creo que lo que me está preguntando es de quién puede uno fiarse aquí en este agujero de Auschwitz...

—¡Eso es!

—Yo le confesaré que, personalmente, fiarse, lo que se dice fiarse, sólo me fío de mi mejor amigo.

—Eso está bien. ¿Y quién es su mejor amigo?

—Yo mismo. Yo soy mi mejor amigo.

Dita se queda mirando al viejo profesor, que sigue concentrado en alisar la punta de su pajarita de papel. Se rinde. No va a sacar nada de ese hombre.

Si acaso, se dice para sus adentros, que me vuelva loca.

Llega a su barracón y está todo tranquilo. Lleva un par de días sin señales de Mengele. Eso es bueno. Pero no puede confiarse, ese hombre tiene ojos en todas partes. Al acostarse, tratando de no resbalar hacia la curvatura gravitatoria que crea el abultado trasero de su compañera de cama en el jergón, piensa que tal vez podría hablar sobre Hirsch con la subdirectora Miriam Edelstein. Pero ¿y si Miriam Edelstein está compinchada? Su marido Yakub fue el presidente del Consejo Judío del Gueto de Terezín, y los nazis lo separaron del resto de los prisioneros checos. Ella está muy preocupada, se le nota la tristeza, y cuando cree que su hijo no está cerca, se tapa los ojos con la mano en un gesto de desesperación. No puede ser que esté de parte de los nazis. ¿No se estará volviendo paranoica?

Aunque tal vez haya algo más que nazis y prisioneros, quizá haya más bandos y a ella ese matiz se le escapa. Intentará hablar con el señor Tomashek. Todo es muy confuso, pero al cerrar los ojos le viene una imagen a la cabeza que va a archivar entre sus fotos más preciadas de Auschwitz: Margit y ella despachurradas sobre el suelo nevado, René mirando y las tres riendo a carcajadas. Mientras sigan riendo, nada estará perdido.

11

A finales de febrero de 1944, una delegación encabezada por Adolf Eichmann (Obersturmbannführer responsable del Departamento de Asuntos Judíos de la Gestapo entre 1941 y 1945) y el director de la sección exterior de la Cruz Roja alemana, Dieter Neuhaus, visitaron Auschwitz-Birkenau. Su misión era recoger personalmente un informe solicitado al Blockältester del 31 sobre el funcionamiento de ese barracón experimental, el único en todo el complejo de campos de Auschwitz donde se albergaba a niños.

Hirsch ha dado instrucciones precisas a Lichtenstern para que todos, mayores y pequeños, estén formados y en perfecto estado de revista. El responsable del bloque 31 es especialmente riguroso con la higiene. Cada día, los chicos se levantan a las siete de la mañana, y los ayudantes los llevan ordenadamente hasta las duchas. Allí se lavan con un hilo de agua tan fría que más que limpiar escuece. La temperatura en enero es al amanecer de hasta veinticinco bajo cero; hay días que las tuberías se congelan. Pero Hirsch insiste de manera obsesiva en los hábitos de limpieza aunque los chicos tiriten compulsivamente de frío mientras se lavan. Tienen muy pocas toallas, así que cada veinte o treinta muchachos comparten una. De allí salen hacia su barracón para el recuento.

Cuando aparece Hirsch a media mañana, perfectamente peinado y afeitado, las filas ya están formadas. Se le nota la tensión en que su actitud es más militar aún que de costumbre: sus órdenes son tajantes. Fuera se oyen algunos golpes de silbato y retumban las botas de los verdugos sobre

la tarima que se ha instalado en un lateral del barracón. Al poco, asoman la cabeza un par de miembros de las SS y franquean el paso a un grupo de oficiales cargados con una chatarra de insignias y condecoraciones.

Fredy Hirsch se abre paso entre las filas de prisioneros y se cuadra dando un taconazo marcial con los zapatos, menos prácticos pero más elegantes que los zuecos habituales. Tras pedir permiso, empieza a explicar que en el bloque 31 tienen a los niños reunidos durante el día, y que de esa manera no entorpecen el funcionamiento normal del resto del campo y sus padres quedan liberados para trabajar en los diferentes talleres. Hirsch se nota cómodo pudiéndose expresar en su idioma, el checo no se le da bien.

El comandante Rudolf Höss y Eichmann encabezan la comitiva. Después hay otros mandos de las SS, entre los que distingue a Schwarzhuber, el Lagerführer responsable de Auschwitz-Birkenau. Más atrás, un poco desplazado, está el doctor Mengele. Su rango de capitán es menor que el de los tenientes coroneles que encabezan la visita, y podría pensarse que se ha distanciado para mostrar respeto hacia la jerarquía. Pero Dita lo observa y cree ver en su rostro tanta indiferencia que se diría que se aburre. Y así es: le hastía ese desfile de autoridades que han decidido ir a pasar la mañana al *lager* como el que va a jugar a un campo de golf.

De repente, Mengele levanta la cabeza y mira hacia los internos. La mira. Dita finge mirar al horizonte, pero sabe que Mengele la observa con el mismo interés distante con que un médico examina a un paciente. Querría fundirse bajo tierra. ¿Qué quiere ese hombre de ella? No cree que sea sexo, como en el caso de René. Le gustaría que Margit estuviera allí para ver si ella, que tanto parece saber del asunto, distingue esa suciedad que dice que tienen los hombres en los ojos cuando miran a las muchachas jóvenes. A ella le parece que Mengele no tiene una mirada sucia. No hay expresión en su cara. Su mirada es nada. Y eso aterra.

Eichmann asiente con la cabeza y hay en su gesto severo una indisimulada condescendencia hacia las palabras de Hirsch; le está haciendo saber que le concede un enorme favor al escucharlo. Ninguno de los oficiales se acerca menos de medio metro al Blockältester judío. Pese a llevar una camisa limpia y unos pantalones no excesivamente arrugados, Hirsch parece un campesino pobre en medio de una reunión de potentados

que exhiben sus uniformes planchados, sus botas brillantes y su aspecto saludable. Y, sin embargo, Dita lo mira y, pese a todas las dudas, no puede evitar sentir una admiración inmensa hacia ese hombre desarmado que se pone delante de las fauces de los tiburones y consigue que no lo devoren. Con desprecio, pero lo escuchan. Hirsch es un faquir que hipnotiza serpientes muy venenosas. Dita cree en él. Necesita desesperadamente creer en él.

En cuanto la comitiva de botas altas y varas largas se aleja, dos asistentes llegan cargados con la olla de la sopa del mediodía lista para servir en el barracón, y todo vuelve a la rutina habitual. Se desenfundan las escudillas abolladas y las cucharas torcidas, y los niños le piden a Dios que en su cazo caiga al menos un pedazo de zanahoria. Después de comer, quedan libres para jugar a su aire o volver con sus padres, y el barracón se vacía. Sólo algunos profesores se arremolinan en los taburetes del fondo para comentar las incidencias de la visita de los gerifaltes nazis. Les habría gustado saber qué opina Hirsch, pero el jefe ha vuelto a evaporarse, justamente para que nadie le pregunte nada.

¿Dónde está Hirsch?, se preguntan algunos.

Hay comida de gala en el comedor de oficiales. Sopa de tomate, pollo, patatas, lombarda, lucio al horno, helado de vainilla, cerveza. Las que sirven son prisioneras testigos de Jehová; son las favoritas de Höss porque nunca se quejan, consideran que si ésa es la voluntad de Dios hay que acatarla alegremente.

—Mirad —les dice a sus colegas levantándose de la mesa sin quitarse la servilleta de la pechera.

Hace una seña a una de las camareras para que se acerque y desenfunda su Luger. Le pone el cañón de la pistola en la sien. Los demás jefes nazis han dejado de comer la sopa y observan expectantes. Se ha hecho el silencio, y flota una cierta tensión en el comedor. La prisionera se ha quedado quieta sin inmutarse con un par de platos sucios en las manos, sin mirar siquiera la pistola o a quien la empuña. Mira hacia ninguna parte y reza en un susurro inaudible. Ni una queja, ni una protesta, ni un gesto de temor.

—¡Está dando gracias a Dios! —les dice Höss con una risotada.

Los demás ríen levemente, por cortesía. Rudolf Höss ha sido relevado recientemente de la comandancia general de Auschwitz porque los oficiales bajo su mando han cometido ciertas irregularidades en la gestión de las cuentas del *lager*, y algunos altos cargos de la Gestapo no lo miran ya con tan buenos ojos. Eichmann no espera a que Höss regrese a la mesa y se pone a comer su sopa en silencio. Esas bromas le parecen fuera de lugar durante una comida. Matar judíos le parece una tarea seria. Por ello, cuando ese mismo 1944 el propio jefe de las SS, Heinrich Himmler, le pida que paren la solución final en vista de la inevitable derrota, él continuará ordenando asesinatos masivos hasta el final.

La noticia de la que hablaba la señora Turnovská, a quien Dita llama con razón Radio Birkenau, sobre una comida especial para los prisioneros con salchichas para todos ha resultado ser un falso rumor. Uno más.

Dita va a ir a reunirse con sus padres, pero, en el tumulto de gente que hay a esa hora de descanso antes de que los adultos vuelvan al trabajo en los talleres, ve a cierta distancia al señor Tomashek y le parece un buen momento para hablar con él. Ese hombre la orientará. Conoce a tanta gente que seguro que le sabrá decir que Fredy Hirsch es una persona honesta, que no hay en él ninguna sombra. Se dirige a su encuentro, pero hay tanta gente en la *lagerstrasse* que resulta difícil avanzar. Lo pierde de vista en algunos momentos, pero luego lo vuelve a ver. Camina en dirección al bloque 31 y al barracón-hospital, la zona donde hay menos gente. Aunque es un hombre de la edad de su padre, mueve las piernas ágilmente y Dita no le da alcance. Ve que se pasa de largo el 31 y sigue hasta casi el final del campo, donde se encuentra el barracón de vestuarios que regenta un preso común alemán, no judío, con rango de *kapo*. No sabe qué va a hacer allí, porque a los internos no se les permite entrar sin autorización. A los nazis, los andrajos que se guardan en el almacén deben de parecerles posesiones muy valiosas. Probablemente, el señor Tomashek vaya a tratar de conseguir alguna pieza de ropa para algún interno necesitado. Sus padres le han explicado que ese hombre tan bondadoso ayuda a mucha gente, incluso facilita piezas de ropa a quienes lo necesitan.

El hombre entra muy decidido en el almacén y a Dita no le da tiempo de alcanzarlo, así que debe esperarlo a la salida. Remolonea un poco alrededor

del barracón. Tras la valla del campo familiar está la gran avenida de entrada a Auschwitz-Birkenau, con la línea de tren que están terminando de construir para que los transportes ferroviarios se metan hasta las tripas del campo por debajo de la torre de vigilancia de la puerta principal, que lo domina todo. No le gusta quedarse ahí, tan a la vista de los vigilantes de la entrada principal, así que deambula por el lateral del barracón-almacén y ve una ventana. Le llama la atención porque el resto de los barracones no tienen ventanas y la han dejado abierta para ventilar el interior, eternamente húmedo. Se acerca y oye dentro la voz templada del señor Tomashek. Recita unos nombres y unos números de barracón. Lo hace en alemán. Dita, un poco intrigada, se sienta debajo de la ventana. No es de buena educación escuchar conversaciones ajenas.

Tampoco es de buena educación ahogar a la gente con gas venenoso...

Una voz airada interrumpe el recuento del señor Tomashek.

—¡Te lo hemos dicho ya muchas veces! ¡No queremos nombres de jubilados socialistas! Queremos nombres de la Resistencia.

Dita reconoce esa voz y esa dureza fría al hablar. Es el Cura.

—No es fácil. Se esconden. Yo lo intento...

—Inténtalo mejor.

—Sí, señor.

—Ahora, márchate.

—Sí, señor.

Dita se escabulle hacia la trasera del barracón para que no la vean al salir, y allí se deja caer. Tiene los ojos tan abiertos que casi se le caen de la cara.

El bondadoso señor Tomashek... ¡Menudo hijo de perra!

Se aleja cautelosamente y se pregunta qué demonios pasa en ese campo con la verdad, es como si se la hubiera tragado el fango.

¿Y ahora de quién demonios voy a fiarme?

En ese momento le viene a la cabeza lo que le dijo el chiflado profesor Morgenstern: «Fíate de ti misma».

Al final va a tener razón el viejo loco.

Está sola en esto y tendrá que resolverlo sola.

Fredy Hirsch también es un hombre que se ha quedado solo en su laberinto. Tal vez porque lleva años intentando tapar las grietas con un cemento de mentiras que en cuanto se toca se desmenuza.

El instructor está sentado en la silla de su cuarto y llaman a la puerta. Miriam Edelstein entra y se sienta en la tarima del suelo con la espalda apoyada en la madera, como si estuviera terriblemente cansada.

—¿Te ha dicho algo Eichmann de tu informe?

—Nada.

—¿Para qué lo quiere?

—Quién sabe...

—Schwarzhuber estaba pletórico, todo el rato sonreía a Eichmann como un perrito faldero.

—O como un dóberman.

—Sí, su cara recuerda a un dóberman rubio. ¿Y qué me dices de Mengele? Parecía desplazado.

—Va por libre.

Miriam se queda callada un instante. A ella nunca se le habría ocurrido hablar así de Mengele, como de un conocido cualquiera.

—No sé cómo eres capaz de llegar a entenderte con alguien tan repugnante.

—Él fue quien autorizó que los paquetes de comida que llegaran al campo a nombre de internos fallecidos se dirigieran al bloque 31. Me entiendo con él porque ésa es mi obligación. Sé que hay gente que dice que Mengele es mi amigo. No saben nada. Si con ello sacara ventajas para nuestros niños, me entendería hasta con el diablo.

—Ya lo haces. —Y le sonrío al decirlo, con un guiño de comprensión.

—Tratar con Mengele tiene una ventaja. No nos odia. Es demasiado inteligente para eso. Quizá por esta razón sea el más terrible de todos los nazis.

—Si no nos odia, ¿por qué colabora con toda esta aberración?

—Porque le conviene. No es uno de esos nazis que creen que los judíos somos una especie de seres inferiores contrahechos venidos de un mundo infernal. Él me lo ha dicho: encuentra muchas cosas admirables en los judíos...

—Entonces, ¿por qué nos machaca?

—Porque los judíos somos peligrosos. Somos la raza que puede hacer frente a los arios, la que puede derrotar su hegemonía. Por eso necesitan eliminarnos. Para él no es nada personal, sólo una cuestión práctica. El granjero que siembra patatas y sabe que hay jabalíes cerca lo que hace es poner trampas para matar a los jabalíes. Mueren en unos cepos de clavos horrendos, es una muerte muy cruel. Pero no hay en el campesino un odio furioso contra ellos; si los viera trotar por el bosque, incluso le parecerían unos animales simpáticos. Mengele es como ese granjero, en vez de patatas cultiva la primacía de la raza aria porque es la suya. Es un hombre que no conoce el odio... Lo terrible es que tampoco conoce la piedad. Nada es capaz de conmoverlo.

—Yo no podría negociar con criminales así.

Al decirlo, Miriam hace un gesto de dolor. Fredy se levanta y se acerca hasta ella. Le habla con ternura.

—¿Se sabe algo más de Yakub?

Cuando ella y su familia llegaron hace seis meses procedentes de Terezín, dos miembros de la Gestapo detuvieron a su marido y lo trasladaron a la prisión de presos políticos de Auschwitz I, a tres kilómetros de distancia. No lo ha vuelto a ver ni a tener noticias suyas.

—Me he podido acercar esta mañana un instante a Eichmann. Él me conoce de algunas reuniones en Praga, aunque al principio ha fingido que no me reconocía. Es un miserable, como todos los nazis. Los guardias han estado a punto de golpearme, pero, al menos, los ha hecho detenerse y me ha dejado preguntarle por Yakub. Me ha dicho que lo habían trasladado a Alemania, que está en perfecto estado y que pronto nos reuniríamos todos. Después se ha dado media vuelta y me ha dejado con la palabra en la boca. Tenía una carta para Yakub, pero ni siquiera he podido dársela. Ariah le había puesto unas líneas a su padre...

—Veré si puedo averiguar algo.

—Gracias, Fredy.

—Se lo debo —añade Hirsch.

Miriam asiente de nuevo. Ella lo sabe, pero es algo de lo que no debe hablar. Fredy Hirsch es el Aquiles de los judíos: él solo podría tomar Troya

entera. Pero también podría caer estrepitosamente, porque tiene un talón tremendamente frágil.

Es el problema de los mitos: nunca caen, se derrumban. Edita camina por la *lagerstrasse* muy decidida a derribar un mito del campo familiar. No sabe si va a ser fácil. Al fin y al cabo, se trata de un hombre prestigioso, de maneras corteses, pulcro, encantador y amable con todo el mundo. Y ella sólo es una chiquilla delgaducha. Pero va a por él. Le asquea más que los propios SS. Ellos van de uniforme, y se sabe quiénes son y a qué vienen. Los teme, los desprecia, incluso los odia..., pero no había llegado nunca a sentir esa náusea que le provoca pensar en la elegante sonrisa judía del señor Tomashek.

Mientras camina deprisa, llevada en volandas por sus piernas de garza, trata de trazar un plan a la misma velocidad, pero no logra armar ninguno. Su único propósito es decir la verdad, aunque parece que eso no se estile mucho en Auschwitz.

Llega hasta el barracón de su padre y delante, sentados sobre una alfombra hecha con las mantas de cada uno, se encuentra al grupo de personas que suelen reunirse alrededor del señor Tomashek. Están sus padres, por supuesto. Una señora está contando algo, y el señor Tomashek, en medio del círculo, asiente con los ojos entrecerrados y, con una sonrisa bondadosa, anima a la mujer a seguir explicándose.

Dita irrumpe de manera arrolladora, incluso pisotea groseramente alguna de las mantas manchándolas de barro.

—¡Pero, niña...!

Dita está colorada y le tiembla la voz. Pero no le tiembla el brazo a la hora de alzarlo y señalar hacia el centro del círculo.

—El señor Tomashek es un traidor. Es un chivato de las SS.

Inmediatamente, hay murmullos y la gente se agita nerviosa. El señor Tomashek trata de conservar intacta su risa, pero no lo consigue del todo. Se le ha torcido hacia un lado.

Una de las primeras en levantarse es Liesl.

—¡Edita! ¿Qué es esto?

—¡Yo se lo diré! —salta una de las mujeres—. ¡Su hija es una maleducada! ¿Cómo se le ocurre interrumpir de esa manera para insultar a

una persona de orden como el señor Tomashek?

—Señora Adlerova —le dice otro de los hombres—, debería darle una buena bofetada a su hija. Y si no lo hace usted, lo haré yo.

—Mamá, lo que te digo es verdad —dice Dita, muy nerviosa, ya con menos convicción—. Lo oí hablar en el barracón de vestuario con el Cura. ¡Es un chivato!

—¡Eso es imposible! —vuelve la mujer de antes, totalmente indignada.

—O le arrea usted una bofetada a la niña para que se calle, o se la doy yo. —Y el hombre hace ademán de levantarse.

—Si hay que castigar a alguien, castíguenme a mí —dice Liesl dócilmente—. Yo soy su madre, y si mi hija no ha obrado correctamente es a mí a quien debe usted abofetear.

Entonces el que se levanta es Hans Adler.

—Aquí no se va a pegar a nadie —afirma tajante—. Edita dice la verdad. Yo lo sé.

Un coro de murmullos de estupefacción se desprende del grupo.

—¡Claro que digo la verdad! —chilla Dita, ya más envalentonada—. Oí cómo el Cura le pedía que le pasara información sobre la Resistencia. Por eso se pasa el día yendo de un lado para otro, por eso pregunta tanto y le pide a la gente que le hable de sus cosas.

—¿Va usted a negarlo, señor Tomashek? —le encañona Hans con la mirada.

Casi todos se han puesto de pie y las cabezas se giran hacia Tomashek, que continúa sentado y callado como una estatua. Se levanta poco a poco y mantiene en su cara una media sonrisa; es su gesto habitual, pero más desencajado, como si fuera el único que sabe esbozar y, en un caso como éste, no pudiera hacer otra cosa que mantenerlo a toda costa.

—Yo... —empieza a decir. Todos se disponen a escucharlo con atención porque el señor Tomashek tiene mucha facilidad de palabra y seguro que todo es un malentendido que puede explicar perfectamente—. Yo...

Pero de ahí no pasa. Agacha la cabeza y no dice nada más. Se abre paso y se retira apresuradamente hacia su barracón. Todos se quedan perplejos, mirándose unos a otros y especialmente observando a los tres miembros de la familia Adler. Dita se abraza a su padre.

—Hans —le pregunta Liesl—. ¿Cómo sabías con tanta seguridad que lo que decía Edita era cierto? ¡Parecía tan increíble...!

—No lo sabía. Pero es un truco que se utiliza en los juicios. Vas de farol: haces como que sabes algo de manera rotunda aunque en realidad no lo sabes, y al acusado le delata su propia inseguridad. Se cree descubierto y se viene abajo.

—¿Y si no hubiera sido un confidente?

—Habría pedido disculpas. Pero —le guiña un ojo a su hija— sabía que jugaba una mano con muy buenas cartas.

Uno de los hombres del grupo se acerca y, amistosamente, le pone una mano en el hombro.

—Ya no me acordaba de que eras abogado.

—Yo tampoco —responde él.

La mujer y el hombre que antes se habían mostrado tan combativos se retiran confusos.

Pero aún hace falta algo más para desactivar la carrera de soplón del señor Tomashek: se impone hablar con Radio Birkenau. Los tres van a ver a la señora Turnovská. La buena mujer se encomienda a Dios varias veces, y también a unos cuantos patriarcas bíblicos. Después, pone en marcha el tam-tam.

La duda es una planta que arraiga muy bien en el limo de Auschwitz. Al cabo de cuarenta y ocho horas todo el campo está sobre aviso y el señor Tomashek cae en desgracia. Nadie va a querer ya sentarse a compartir la hora de la sopa con él ni contarle nada. Un falso ídolo que cae.

12

Rudi Rosenberg acude a la trasera de su barracón del campo de cuarentena y se acerca hasta la valla electrificada. Al otro lado lo espera Alice Munk. Se paran a tres pasos de la valla, después incluso dan un paso más hacia adelante, pese a los miles de voltios que serpentean por el alambre, y se sientan con lentitud para apaciguar la desconfianza de los guardias de las torretas que están observándolos.

Es una de las tantas tardes que Rudi se reúne un rato con ella para hablar de mil cosas. Alice le habla de su familia de acomodados industriales del norte de Praga y de las ganas que tiene de volver a casa. Rosenberg le cuenta su sueño de marcharse a América el día en que la pesadilla de la guerra y los campos termine.

—Es la tierra de las oportunidades. Allí el comercio es sagrado. Es el único lugar del mundo donde un hombre pobre puede llegar a ser presidente de la nación.

Hace un frío glacial y el suelo está cubierto de escarcha. Les tiemblan las palabras. Él viste una chaqueta de paño, pero Alice sólo lleva encima su rebeca desgastada y un viejo chal de lana. Cuando ve que los labios se le amoratan y que tiritita, Rudi le dice que es mejor que se vuelva a su bloque, pero ella le dice que no.

Se siente mucho mejor en la intimidad gélida de la tarde que metida en el interior del barracón de mujeres, que huele a sudor y a enfermedad. Y a veces a rencor.

Cuando el frío les resulta insoportable, se levantan y caminan acompasados cada uno por su lado de la valla. Los guardias se han acostumbrado a su presencia, a algunos de ellos el registrador les consigue

tabaco o les hace a veces de intérprete con los soldados rusos o checos, y ha logrado una momentánea tolerancia hacia sus encuentros cerca de la valla.

Él le cuenta a Alice cualquier peripecia entretenida de su tarea de registrador. No quiere contarle lo que ve en la mirada de los rostros abatidos al otro lado de la mesa de registro nada más llegar al campo. Por eso a veces las anécdotas, para que resulten más divertidas, se las inventa. Cuando Alice le pregunta si es verdad que matan cada día a cientos de personas con inhalaciones de gas, él le dice que sólo a los desahuciados, que no se angustie, y en seguida cambia de tema. Rudi sabe que la verdad en Auschwitz es un mal negocio.

—Te he traído un regalo...

Se echa una mano al bolsillo y abre el puño. Lo que muestra es algo muy pequeño, pero ella abre mucho los ojos al darse cuenta de su elevado valor. Es una joya. Es un diente de ajo.

Ha desarrollado cierta práctica en observar de reojo al soldado de la torreta de vigilancia y, cuando la posición del fusil al hombro le indica que está de espaldas vuelto hacia el otro lado del *lager*, se acerca a la valla en dos zancadas. No debe rozar el metal, pero no puede andarse con titubeos porque, si los vigilantes se percatan, pueden castigarlo severamente. Sólo tiene diez segundos hasta que el guardia se gire hacia su lado. Encoge los dedos, los introduce en el hueco preciso. Cinco segundos. Deja caer el ajo. Alice alarga la mano y lo recoge rápidamente. Cuatro segundos. Dan dos zancadas hacia atrás y vuelven al lugar donde estaban, a unos metros de la valla.

Alice lo mira con cara de susto y admiración. A Rudi le complace despertar ese tipo de sentimientos en la muchacha. Lo cierto es que poca gente se atreve a meter los dedos en medio de ese alambre que mata. Algunos estraperlistas lanzan las cosas de campo a campo por encima de la valla, pero a él le parece que es un movimiento que se ve desde mucha distancia y hay demasiados ojos en el *lager*, demasiadas lenguas.

—Cómetelo, Alice, tiene muchas vitaminas.

—Pero entonces no podría darte un beso...

—Venga, Alice, es importante. Debes comer. Estás muy delgada.

—¿No te gusto? —le pregunta con coquetería.

Rudi suspira.

—¡Ya sabes que me gustas con locura! Y hoy estás guapísima con el peinado que llevas.

—¡Te has fijado!

—¡Pero has de comerte ese ajo! Me ha costado mucho conseguirlo.

—Y yo te lo agradezco muchísimo.

Pero se lo esconde en el puño y no lo come. Rudi reniega por lo bajo.

—Hiciste lo mismo el último día, cuando te traje una rama de apio.

Y entonces ella hace un mohín de coquetería y levanta la mirada hacia arriba, como si le señalara algo. Y entonces Rudi se percata y se da una palmada en la frente.

—¡Alice, estás loca!

No se había dado cuenta hasta ese momento de que lleva una diadema en el pelo. Una diadema morada, quizá demasiado infantil para ella, pero que allí es una prenda de lujo. Tan lujosa que le ha costado una rama de apio. Ella se ríe.

—¡No, no hagas eso! No ha acabado el invierno, no tienes apenas ropa de abrigo, has de alimentarte. ¿Es que no te das cuenta? Cada mañana el *kommando* del carro recoge una docena de cadáveres en tu campo, gente que se muere de agotamiento, de desnutrición o de un simple constipado. Aquí un resfriado te mata, Alice. Estamos muy débiles. ¡Debes comer! —Y Rudi va endureciendo sus palabras. Es la primera vez que le habla con esa severidad a Alice—. ¡Quiero que te comas ese ajo ahora!

Para conseguir ese ajo ha tenido que pasarle bajo mano los nombres y graduación de los oficiales rusos del último transporte a cierto ayudante de cocina. No sabe ni quiere saber para qué quiere la lista, pero la información tiene un valor y la Resistencia muchas ramificaciones que él desconoce. Conceder esos favores le podría costar incluso la vida. Y ella ni siquiera se lo va a comer.

Alice lo mira con tristeza, y una lágrima le asoma a los ojos.

—Tú no lo entiendes, Rudi.

No dice nada más, se queda callada, no es muy habladora. Y no, él no lo entiende. Le parece una estupidez cambiar un alimento tan nutritivo y difícil de conseguir como el apio por un inútil trozo de alambre forrado de

terciopelo hecho a mano, deprisa y corriendo, en alguno de los talleres del campo. No entiende que Alice va a cumplir diecisiete años y nunca más volverá a tenerlos. La caducidad de sus vidas avanza a velocidad de vértigo, la decrepitud conoce en Auschwitz atajos insospechados. Después de pasar toda la adolescencia atrapada en la fealdad de la guerra, sentirse hermosa por una tarde la hace feliz por un instante. Ese momento la alimenta más que una plantación entera de apio.

Ella le hace un mohín para que Rudi la perdone, y él se encoge de hombros. No la entiende, pero es imposible enfadarse con ella.

Él no lo sabe, pero su ajo tiene ya adjudicado su destino. Después del recuento de la tarde, Alice se acerca a toda prisa al barracón 9 a preguntar por el señor Lada. Es un hombre bajito que trabaja en el grupo del carro de difuntos. No es un trabajo agradable, pero le permite moverse por el *lager*. Y moverse es sinónimo de negocios. Alice aspira la minúscula pastilla de jabón y le huele a gloria. Lada hace lo mismo con el diente de ajo. También le huele a gloria.

Está tan entusiasmada con su adquisición que dedica el último rato antes del toque de queda a hacer la colada. Alice lleva un jersey de lana muy agujereado y una falda muy vieja de cuadros que guarda bajo la almohada del camastro. Es la única ropa que tiene para ponerse cuando, cada dos semanas, lava su vestido, azul o ya gris, su ropa interior y sus calcetines.

Ha de hacer una hora y media de cola frente a los tres únicos grifos de los que mana un hilo de agua, un agua no potable que ya se ha llevado por delante a unos cuantos que no creyeron que fuera dañina o que no pudieron resistir la sed que los atenazaba, especialmente al caer la noche, cuando ya habían pasado muchas horas desde el último líquido, la sopa del mediodía.

El agua helada escuece en las manos, las deja insensibles y ásperas. Aún no lleva un minuto y ya las mujeres de la cola la increpan entre insultos para que termine cuanto antes. Algunas murmuran contra ella en voz alta para que Alice las oiga. En el campo, los secretos no existen y los rumores lo empapan todo, son como una mancha de humedad que se filtra por las paredes desde el suelo hasta el techo y corrompe lo que encuentra a su paso.

Su relación con el registrador eslovaco es conocida y no agrada a ciertos prisioneros, fundamentalmente a los que odian que a los demás les pase

algo bueno. El afán de sobrevivir de los internos provoca tal degradación moral que muchos convierten su miedo y su dolor en un rencor arrojadizo. Creen que hacer daño a los demás es una especie de justicia que alivia su propio sufrimiento.

—¡Qué injusto que las golfas desvergonzadas que se abren de piernas con los internos influyentes dispongan de un pedazo de jabón y las mujeres decentes tengan que lavar sólo con agua turbia! —dice una.

Un murmullo de cabezas tocadas con pañuelos le da la razón.

—Se ha perdido la decencia —dice otra—, no se respeta nada.

—Una vergüenza —comenta una más en voz deliberadamente alta para que Alice la oiga.

La muchacha frota con rabia, como si el rencor pudiera quitarse con ese jabón de glicerina, y acaba precipitadamente su tarea, sin terminar, sin atreverse a levantar la cabeza, avergonzada e incapaz de defenderse. Al marcharse deja el trozo de jabón sobre la repisa. Varias mujeres se abalanzan a por él y se forma un tumulto de empujones y gritos.

Alice está tan avergonzada y nerviosa que no quiere encontrarse a su madre y termina yendo hasta el bloque 31. Es obligatorio que las puertas de los barracones permanezcan siempre abiertas. Al entrar, cae al suelo una escudilla metálica con unas tuercas; es un truco de Hirsch para saber si alguien entra en el barracón a deshoras. El jefe de bloque sale de su cuarto y ve a Alice temblando.

—¿Qué pasa, criatura?

—¡Me odian, señor Hirsch!

—¿Quién?

—¡Todas esas mujeres! ¡Me insultan porque soy amiga de Rudi Rosenberg!

Hirsch la toma por los hombros y ella no puede parar de llorar.

—Esas mujeres no te odian, Alice. Si ni siquiera te conocen.

—¡Me odian! Me han dicho cosas horribles, y ni siquiera he sido capaz de contestarles como se merecían.

—Has hecho lo correcto. Cuando un perro ladra con ferocidad a un extraño, incluso cuando muerde, no lo hace por odio; lo hace por miedo. Si te enfrentas alguna vez a un perro agresivo, no debes correr ni gritar porque

terminarás de asustarlo y te morderá. Debes quedarte quieta y hablarle despacio para calmar su miedo. Están asustadas, Alice, están rabiosas por todo lo que nos está pasando.

Alice se va tranquilizando.

—Deberías poner a secar tu ropa.

Asiente con la cabeza y, al ir a darle las gracias, él hace un gesto con la mano y la detiene. No ha de agradecer nada. Él es el responsable de su gente. Los asistentes son sus soldados. Y un soldado nunca da las gracias: se cuadra y saluda marcialmente. No hace falta más.

Cuando Alice se marcha, Hirsch mira hacia el silencio de los taburetes y de las paredes con dibujos colgados, y vuelve a encerrarse en su cuarto. Pero, en realidad, el barracón no está vacío. Hay alguien acurrucado tras el parapeto de maderas que ha estado observando en silencio la escena.

Su padre arrastra desde hace días un constipado que no se acaba de curar, y su madre le ha obligado a suspender sus clases a la intemperie, así que Dita ha dedicado las tardes a montar guardia en el escondite del fondo del barracón. Ha estado esperando a que vuelva a aparecer el contacto secreto de las SS, pero hasta el momento su vigilancia no ha dado resultado. Si no puede confiar en nadie, tendrá que resolver ella misma el misterio de Hirsch. Algunas veces, Fredy ha salido de su cuarto a hacer flexiones y abdominales o se ha puesto a levantar taburetes como si fueran pesas, y ella ha tenido que quedarse muy quieta y muy ovillada tras los tablones. Alguna tarde ha venido a visitarlo Miriam Edelstein, pero nada más. Echa de menos las conversaciones con Margit, de quien sabe que algunos días se sienta a charlar con René.

Hirsch, convencido de que el barracón estaba vacío, ha apagado las luces y se ha quedado a oscuras. Ella se acurruca para darse un poco de calor y el escalofrío que la cruza por dentro le trae a la memoria a aquellos enfermos del balneario Berghof que por las noches se tumbaban cara a los Alpes para que el frío seco de las montañas cauterizase la humedad de sus pulmones atacados por la tuberculosis. Esas semanas en el *lager* le ha costado volver a sentarse y leer con la intensidad con que leyó en Terezín *La montaña mágica*. Esa lectura la impactó tanto que sus personajes han pasado a formar parte de sus recuerdos.

Hans Castorp, que llegó para visitar a su primo y al principio sólo iba a pasar unos días en el sanatorio, al final se había quedado durante meses. Incluso cuando su primo Joachim decidió volver a casa y reemprender su carrera militar, a pesar de no tener el consentimiento del equipo médico, él se quedó plácidamente en ese microcosmos del balneario con sus curas de relax, sus comidas opíparas y los pequeños ritos cotidianos que apenas agitaban una adormecedora rutina. Aun bajo esa apariencia de inofensiva cotidianidad, a cada poco la tuberculosis iba dejando sillas vacías en el comedor y el frío de la muerte corría por los pasillos.

A Dita, el Berghof le recordaba al gueto. La vida era mejor que en Auschwitz. Era un lugar mucho menos violento y terrible que la fábrica de dolor donde ahora sobreviven, aunque en realidad Terezín era un balneario donde nadie sanaba.

Castorp llegó para estar unos días, pero tras los meses pasaron los años. Cuando iba a hacer ademán de marcharse, el doctor Behrens le detectaba una leve afección en el pulmón y debía alargar su estancia. Cuando leía el libro, hacía un año que ella había llegado a Terezín, y seguía sin saber cuándo podría salir de esa ciudad-prisión. Aunque, dados los rumores del mundo ahí fuera, con los nazis avanzando implacablemente por Europa en una guerra que contaba sus muertos por millones y con los rumores de campos adonde enviaban a los judíos para exterminarlos, le dio por pensar que las murallas de Terezín la aprisionaban pero también la protegían del mundo, como le sucedía a Hans Castorp en el sanatorio de Berghof, que ya no quería abandonar para enfrentarse a su época.

Cambió el trabajo en los huertos perimetrales de Terezín por otro más confortable en un taller de piezas textiles militares y, mientras pasaba el tiempo y su madre iba perdiendo la energía y su padre cada vez hacía menos observaciones ingeniosas, ella seguía leyendo. La historia de Hans Castorp la tenía absorta y acompañó al personaje hasta el momento culminante de su vida: era la noche de carnaval y, aprovechando la libertad que otorgaba ese día la coartada de los disfraces, se atrevió por primera vez a hablarle a madame Chauchat, una bellísima dama rusa de la que está perdidamente enamorado, aunque nunca hubiera cruzado con ella más que exquisitos saludos de cortesía. En aquel ambiente estático y ceremonioso

del Berghof, tuvo la osadía, amparado por la bula del carnaval, de tutearla y llamarla Clawdia. Dita cierra los ojos y vuelve a revivir ese momento en que él, tan romántico, se postraba ante ella y le declaraba de manera galante y apasionada su arrebatado amor.

A Dita le gusta madame Chauchat, una señora elegantísima de ojos oblicuos que suele llegar la última al suntuoso comedor y cerrar la puerta lo bastante fuerte para hacer que Hans Castorp dé un respingo en su silla; los primeros días con molesta irritación y después con entregada fascinación por su belleza tártara. Madame Chauchat, en ese momento de libertad que ofrece el paréntesis del carnaval, cuando quienes hablan no son las personas atrapadas por las rígidas normas de cortesía social sino las máscaras, le dice a Castorp: «Los alemanes amáis más el orden que la libertad, toda Europa lo sabe».

Y Dita, acurrucada en su escondrijo de las tablas, asiente con ella.

Cuánta razón tiene madame Chauchat.

Piensa que le gustaría ser como ella, una mujer culta, refinada e independiente. Y que cuando entrara en un salón todos los chicos la mirasen de reojo disimuladamente. Tras los requiebros, ciertamente atrevidos pero exquisitos del joven alemán, que en verdad no le desagradan en absoluto a la dama rusa, sucede lo más inesperado. Ella decide marcharse al Daguestán, o tal vez a España, para cambiar de aires.

Si ella hubiera sido Clawdia Chauchat, no hubiera podido resistirse a la gentileza y al encanto de un caballero como Hans Castorp. Y no es que le faltara valor para recorrer mundo. Cuando esta pesadilla de la guerra termine, le gustaría irse con su familia a cualquier parte. Quién sabe si a esa tierra de Palestina de la que tanto habla Fredy Hirsch.

Justo entonces se oye el sonido de la puerta del barracón. Y, al asomarse con cautela, ve que es la misma figura alta, con botas y vestida con un capote oscuro de la primera vez. El corazón le hace la vertical en el pecho.

Ha llegado el esperado momento de la verdad. Pero ¿realmente está segura de querer conocerla? Cada vez que la verdad se muestra, algo se desmorona. Por eso suspira y piensa que lo mejor es levantarse y salir del barracón sin hacer ruido, ahora que todavía está a tiempo. Lo que tiene en el estómago no son mariposas, es una manada de búfalos, y la incertidumbre

la quema por dentro. La verdad puede abrasarla... pero la necesita. Porque sabe que si ahora no levanta la tapa, la mentira la va a cocer a fuego lento hasta consumirla como un muslo de pollo en una olla de caldo. Por eso se va a quedar, hasta ver el fondo del caldero.

En uno de los ejemplares del *Reader's Digest* que ella cogía clandestinamente de la mesa baja del salón cuando sus padres salían, leyó en un artículo de espías que se podían escuchar las conversaciones a través de un tabique apoyando la oreja en el culo de un vaso. Ella se va de puntillas con su cazoleta del desayuno hasta la pared del cuarto del Blockältester. Es arriesgado. Si la pillan allí espiando, no sabe qué será de ella. Pero si no sale de dudas, reventará.

Coloca el vaso metálico, pero se da cuenta de que oye perfectamente sólo acercando la cara al panel de madera. Y además hay un agujero por el que atina incluso a ver el interior como si mirase a través de la mirilla de una puerta.

Es Hirsch. Tiene un gesto sombrío. Al hombre rubio que está enfrente lo ve de espaldas. No lleva uniforme de las SS, aunque su ropa no es la de un prisionero habitual. Se fija entonces en el brazaete marrón que lo distingue como *kapo* de barracón.

—Esta va a ser la última vez, Ludwig.

—¿Por qué?

—No puedo seguir engañando a mi gente. —Se pasa la mano para plancharse el pelo—. Ellos creen que soy una cosa, y en realidad soy otra muy distinta.

—¿Y qué es eso tan terrible que eres?

Sonríe amargamente.

—Tú ya lo sabes. Mejor que nadie.

—Vamos, Fredy, atrévete a decirlo...

—No hay nada más que decir.

—¿Por qué no? —Una mezcla de ironía y resentimiento empapa las palabras de su interlocutor—. ¿El hombre sin miedo no se atreve a reconocer lo que es? ¿Te falta valor para decir eso tan terrible que eres?

El Blockältester suspira y su voz se oscurece:

—Un... invertido.

—¡Maldita sea, llámalo por su nombre! ¡El gran Fredy Hirsch es un mariquita!

Hirsch, fuera de sí, se abalanza sobre él y lo agarra por la solapa con violencia. Lo estampa contra la pared y las venas del cuello se le hinchan.

—¡Cállate! No vuelvas a decir eso nunca más en tu vida.

—Vamos, vamos... ¿Tan horrible es eso? Yo también lo soy y no me considero ningún monstruo. ¿Tú crees que lo soy? ¿Crees que merezco que me marquen como a un apestado? —Y al decirlo se mira el triángulo rosa que lleva cosido a la camisa.

Hirsch lo suelta. Se lleva una mano al pelo y se lo estira mientras cierra los ojos tratando de serenarse.

—Discúlpame, Ludwig. No era mi intención lastimarte.

—Pues lo has hecho. —Se arregla con atildamiento de dandi la solapa estrujada—. Dices que no quieres engañar a la gente que te sigue. ¿Y qué harás cuando salgas de aquí? ¿Buscarás una agradable chica judía que te cocine comida *kosher* y te casarás con ella? ¿La engañarás?

—No quiero engañar a nadie, Ludwig. Por eso hemos de dejar de vernos.

—Haz lo que quieras. Reprímeme si eso te hace sentir mejor. Prueba a hacerle el amor a alguna chica. Yo lo he probado: es como comerse un plato de sopa sin caldo. Pero tampoco está del todo mal. ¿Y crees que de esa manera ya habrán terminado los engaños? ¡Cómo te equivocas! Habrá alguien a quien estarás mintiendo atrocemente: a ti mismo.

—Ya te he dicho que esto se acabó, Ludwig.

Son palabras que no admiten réplica. Se miran con tristeza y se quedan en silencio. El *kapo* del triángulo rosa asiente lentamente aceptando su derrota. Se acerca a Hirsch y lo besa en los labios. A Ludwig una lágrima le corre por la mejilla tan silenciosa como la gota de lluvia que recorre el cristal de una ventana.

Al otro lado de la pared de madera, Dita está a punto de soltar un grito. Es más de lo que puede soportar su juventud. Nunca ha visto besarse a dos hombres y le parece asqueroso. Más aún que sea Fredy Hirsch. Su Fredy Hirsch. Sale apresuradamente del barracón sin hacer ruido y ni siquiera la bofetada fría de la noche la hace reaccionar. Está tan obcecada que ni

siquiera se acuerda de tomar precauciones por si estuviera cerca el doctor Mengele. Está aturdida por fuera y se siente sucia por dentro. Nota en su interior una rabia infinita hacia Fredy Hirsch. Se siente estafada. Las lágrimas de rabia le nublan la vista.

Por eso tropieza con alguien que camina en dirección contraria.

—¡Cuidado, muchacha!

—¡Es usted el que no mira por dónde va, maldita sea! —le responde de manera grosera.

Y al mirar ve que es el rostro de barba blanca del profesor Morgenstern y se da cuenta de su brusquedad. Casi tira al suelo al pobre anciano.

—Disculpe, profesor. No lo había reconocido.

—¡Es usted, señorita Adlerova! —Y entonces alarga el cuello para acercar sus ojos miopes hacia Dita—. Pero ¿está llorando?

—¡Es el frío, que me irrita los ojos, maldita sea! —le contesta secamente.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nadie puede.

El profesor pone los brazos en jarras.

—¿Estás segura?

—No puedo explicarle nada. Es un secreto.

—Entonces no lo cuentes. Los secretos están para guardarlos.

El profesor inclina la cabeza y se marcha en dirección a su barracón sin decir nada más. Dita se queda aún más desconcertada de lo que estaba. Tal vez la culpa ha sido suya. Quizá ese hombre tenga razón, y ella no debería meter las narices en la vida de los demás y vulnerar sus secretos. Se pregunta con quién podría hablar del asunto, y tiene la intuición de que debe de haber al menos una persona que conozca bien a Hirsch: Miriam Edelstein. Es la única que le visita fuera de horas, cuando ya sólo se recibe a los amigos de confianza.

La encuentra con su hijo Aariah en el barracón 28. Falta ya muy poco para el toque de queda. No es la mejor hora para hacer visitas, pero cuando la subdirectora ve llegar a la bibliotecaria tan alterada y ésta le ruega que salgan a hablar un momento fuera, no puede decirle que no.

La oscuridad y el frío no invitan a largas charlas, pero Dita se lo cuenta todo desde el principio: la advertencia de Mengele, la manera en que fue testigo fortuita del primer encuentro de Hirsch con un individuo, sus dudas y cómo trató de resolverlas averiguando la verdad. Miriam la escucha sin interrumpirla, sin mostrar asombro cuando le explica los escauceos clandestinos de Hirsch con otros hombres, e incluso permanece un rato callada después de que ella ha terminado su relato.

—¿Y bien? —le dice Dita impaciente.

—Ahora ya tienes tu verdad —le dice—. Estarás contenta.

Dita nota el reproche en su tono de voz.

—¿Qué quiere decir?

—Tú querías una verdad, pero una verdad a tu medida. Querías que Fredy Hirsch fuera un hombre valiente, eficiente, insobornable, encantador, intachable..., y te sientes defraudada porque es homosexual. Podrías haberte alegrado de confirmar que no era un confidente de los SS y que, efectivamente, es uno de los nuestros, uno de los mejores. Pero, en cambio, te sientes ofendida porque no es exactamente como tú hubieras querido que fuera.

—No, no me juzgue mal. ¡Claro que me ha aliviado saber que no está con ellos! Es sólo que... ¡no podía imaginarme eso de él!

—Edita..., lo dices como si fuera un crimen. La única diferencia es que, en vez de atraerle las mujeres, le gustan los hombres. No parece un delito tan terrible.

—En el colegio nos explicaron que eso era una enfermedad.

—La verdadera enfermedad es la intolerancia.

Por un momento las dos callan.

—Usted ya lo sabía, ¿verdad, señora Edelstein?

La mujer asiente.

—Por favor, llámame Miriam. Ahora compartimos un secreto. Pero no es nuestro, así que no tenemos ningún derecho a revelarlo.

—Usted conoce bien a Hirsch, ¿verdad?

—Él me ha contado cosas, después he sabido otras...

—¿Quién es Fredy Hirsch?

Miriam le hace un gesto con la cabeza para que caminen alrededor del barracón. Se le están helando los pies.

—Fredy Hirsch perdió a su padre siendo muy joven. Se sentía perdido. Y entonces lo inscribieron en el JPD, la organización alemana en torno a la que solían reunirse los jóvenes judíos de la época. Allí creció, encontró un hogar. Y el deporte lo fue todo para él. En seguida se dieron cuenta de que tenía dotes de entrenador y de organizador.

Dita se coge del brazo de Miriam Edelstein para darse calor mientras caminan, y sus palabras se mezclan con el ruido de los zuecos pisando la escarcha de la noche.

—Su prestigio como entrenador en el JPD fue creciendo. Pero el auge del partido nazi lo arruinó todo. Fredy me contó que los partidarios de Adolf Hitler eran unos miserables alborotadores de taberna que desafiaban las leyes de la República Alemana; después fueron ellos quienes empezaron a hacerlas a su medida.

Hirsch le contó que nunca iba a poder olvidar la tarde en que llegó a la sede del JPD y se encontró con una pintada que decía: «Judíos traidores». Se preguntó qué era lo que habían traicionado y no supo contestarse. Algunas tardes estallaban piedras sobre los cristales de las ventanas durante el taller de alfarería o mientras el coro ensayaba. Con cada golpe en los vidrios, a Fredy se le rompía algo por dentro.

Una tarde, su madre le pidió que volviera del colegio directamente a casa porque tenían que hablar de algo importante. Fredy tenía asuntos que atender, pero aceptó sin rechistar la orden de su madre porque una de las enseñanzas que le habían inculcado en el JPD era la de respetar celosamente las jerarquías y los rangos; de alguna manera, el JPD era como un ejército sin armamento, con sus uniformes, sus galones y su cadena de mando.

Se encontró al clan familiar reunido; la gravedad que todo el mundo mostraba era muy poco habitual en aquella casa: su madre les comunicó que su padrastro había perdido su empleo por ser judío y que la situación se estaba tornando peligrosa. Así que habían decidido marcharse a Sudamérica, a Bolivia, y empezar de nuevo.

—¿Marchar a Bolivia? ¡Querrás decir huir! —respondió él con hostilidad.

Su padrastro, que nunca consiguió doblegar la voluntad de Fredy, apretó los dientes a punto de levantarse de la mesa para encararse con él. Pero fue el hermano mayor, Paul, el que le exigió que cerrase la boca.

Se marchó de casa aturdido, con esa sensación de vértigo que producen las malas noticias recibidas de manera inesperada. Y su desorientación lo llevó por inercia al único lugar donde conseguía que las cosas fueran ordenadas y coherentes: la sede del JPD. Allí encontró a uno de los directores, que estaba revisando las cantimploras para la siguiente excursión. No solía hablar jamás de asuntos personales, pero en esa ocasión lo hizo. Había algo más que la contrariedad de un muchacho al que obligan a desarraigarse: no soportaba la cobardía de agachar la cabeza por ser judíos y huir.

El coordinador de actividades al aire libre era un hombre con el pelo rubio, aunque se le había empezado a blanquear. Había visto a Fredy crecer allí. Lo miró muy fijamente y le dijo que, si quería quedarse, en el JPD habría un sitio para él.

Tenía sólo diecisiete años, pero poseía ya la misma seguridad en sí mismo que le iba a acompañar siempre. Su familia se marchó y él se quedó solo. Aunque no del todo: tenía al JPD. En 1935, lo destinaron como monitor de juventud a la oficina de Dusseldorf. Le había contado a Miriam que al principio se había sentido eufórico por su nuevo empleo en esa ciudad tan activa, aunque tal entusiasmo se desvaneció en seguida por el ambiente hostil que había contra los judíos. Dejaron de avisar al cristalero porque las piedras llovían sobre las ventanas a diario. Desde la calle llegaban gritos insultantes. Cada vez venían menos niños. Algunas mañanas su equipo de baloncesto sólo tenía un jugador.

Una tarde vio desde la ventana cómo alguien estaba pintando una equis amarilla en el portalón de madera de la entrada, y bajó corriendo. El muchacho de la brocha se lo quedó mirando con sorna y siguió pintando como si nada. Fredy se abalanzó sobre él y lo agarró de la pechera tan fuerte que al pintor se le cayó el bote al suelo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó mirando el brazalete con la cruz gamada en el brazo, con una mezcla de ira y perplejidad ante todo lo que estaba sucediendo en su propio país.

—¡Los judíos sois un peligro para la civilización! —le gritó con desprecio.

—¿Civilización? ¿Me vais a dar lecciones de civilización vosotros, que os pasáis el día dando palizas a los ancianos y tirando piedras contra las casas? Qué sabrás tú de civilización... Mientras los arios vivíais en cabañas de madera en el norte de Europa vestidos con pieles de animales y asando carne con dos palos, los judíos levantábamos ciudades enteras.

Varias personas que vieron que Fredy tenía cogido por la pechera al joven nazi empezaron a acercarse.

—¡Un judío está pegando a un pobre muchacho! —gritó una voz de mujer.

El dependiente de una frutería se acercó con el palo de levantar la persiana, y una docena de hombres más se dirigieron también hacia allá. Una mano cogió fuertemente a Fredy del brazo y tiró de él.

—¡Vamos! —le gritó el director.

Tuvieron el tiempo justo de meterse dentro del edificio y cerrar el portón antes de que se abalanzaran sobre ellos un montón de ciudadanos poseídos por una ira que a Hirsch le pareció una locura colectiva. Aquel político rencoroso del bigotito ridículo lo había logrado. Los hombres se habían transformado en máquinas de odiar.

Al día siguiente, cerraron la sucursal del JPD y lo destinaron a Bohemia. Allí continuó trabajando para la Maccabi Hatzair en la organización de actividades deportivas para jóvenes en Ostrava, Brno y, finalmente, Praga.

La capital checa no le gustaba especialmente; el carácter checo, más despreocupado y menos formal que el alemán, lo desconcertaba. Pero encontró a las afueras de la ciudad, en el Club Hagibor, un lugar excepcional para las actividades deportivas. Lo nombraron responsable de un grupo de muchachos de entre doce y catorce años. La idea era sacarlos de Bohemia y, cruzando países neutrales, conducirlos hasta Israel. Debían estar en buena forma física, pero también conocer la historia de los judíos

frente a las adversidades para sentirse orgullosos y deseosos de volver a pisar la tierra de sus antepasados.

Hirsch se aplicó a la tarea con su habitual entrega y entusiasmo hacia las órdenes recibidas. Su mezcla de eficacia y magnetismo con los chicos era tal que los responsables de Juventud del Consejo Judío de Praga decidieron que aquel joven tan responsable y tenaz se encargase de organizar los grupos de niños nuevos, que a menudo llegaban un tanto desorientados.

Fredy nunca pudo olvidar lo difícil que resultó animar a aquellos muchachos. Al contrario que los de los Havlagah, que tenían padres con una fuerte conciencia judía y sionista, y que mayoritariamente habían llegado muy mentalizados y pletóricos de entusiasmo, este otro grupo estaba formado por chicos y chicas encogidos, tristes y apáticos. Ningún juego parecía motivarlos, ninguna de sus divertidas historias les arrancaba una sonrisa, ningún deporte parecía interesarles. Uno de ellos tenía doce años y se llamaba Zdenek. Tenía las pestañas más largas que Hirsch había visto en su vida. También los ojos más tristes.

Al final de la primera tarde, cuando Hirsch estaba tratando de conocerlos mejor y les propuso el juego de decir en qué lugar querrían estar en aquel momento de aquel día de septiembre de 1939, Zdenek respondió muy serio que le gustaría estar en el cielo para poder ver a sus padres; la Gestapo los había arrestado, y su abuela le dijo que nunca más volverían a verlos. Zdenek se sentó y no volvió a abrir la boca. Algunos de los chicos, que habían estado muy serios hasta entonces, se rieron con la arbitraria falta de tacto que a veces tienen los niños. Burlarse de los demás es una manera de ponerse una tirita en los propios miedos.

Una tarde, el responsable de las actividades de juventud en la sede del Consejo Judío de Praga citó a Hirsch. El vicepresidente le explicó muy serio que la tenaza nazi se estaba cerrando, las fronteras se estaban sellando, y pronto sería imposible evacuar a nadie de Praga. Por eso, el primer grupo Havlagah debía partir inmediatamente, al cabo de veinticuatro horas o, como máximo, de cuarenta y ocho. Le preguntó si querría ser él, como primer instructor, el responsable de acompañar al grupo.

Era la mejor oferta que le habían hecho nunca. Podría irse con el grupo, dejar atrás el terror de la guerra y llegar a Israel, como siempre había

soñado. Sin embargo, irse significaba dejar a los grupos que había empezado a instruir en Hagibor, abandonar una tarea que se daba cuenta de que era muy importante para unos chicos estrangulados en Praga por las prohibiciones, las privaciones y las humillaciones del Reich. Irse significaba abandonar a Zdenek y a los demás. En ese instante recordó lo que había significado para él el JPD en Aquisgrán tras perder a su padre y sentirse perdido: allí encontró su lugar en el mundo.

—Cualquiera hubiera dicho que se marchaba —le va contando Miriam—. Pero Hirsch no quería ser un cualquiera. Por eso dijo que no, que se quedaba en Hagibor.

El responsable de Juventud del consejo asintió con la cabeza muy lentamente y los dos se quedaron largo tiempo en silencio, como midiendo las consecuencias de aquella decisión. Era imposible, no podía medirse. El futuro nunca puede medirse.

—Hirsch pudo haberse ido, pero se quedó. Me lo contó un funcionario del Consejo Judío de Praga.

—Después de todo lo que ha pasado... me siento culpable por haber dudado de él.

Miriam suspira y su aliento se convierte en vapor blanco. En ese momento suena la sirena que ordena a todo el mundo retirarse a sus barracones.

—Edita...

—¿Sí?

—Mañana debes comentarle a Hirsch lo del doctor Mengele. Él sabrá lo que hay que hacer. Del resto...

—Es nuestro secreto.

Miriam asiente y Dita se marcha corriendo, casi vuela sobre el barro escarchado. Sigue sintiendo un fuerte dolor en esas capas profundas de los sentimientos más íntimos donde ni nosotros mismos queremos revolver demasiado. Pero Hirsch está con ellos. Y aunque le duela haber perdido un príncipe, debe reconocer el alivio de haber ganado un jefe.

13

A unos cuantos barracones de distancia, en el bloque 31, se produce otra conversación. Es Fredy Hirsch, que está hablando con los taburetes vacíos.

—Ya lo he hecho. He hecho lo que debía.

Su propia voz, que resuena en la oscuridad del barracón, le resulta extraña.

Le ha dicho a ese guapo berlinés que no vuelva. Debería sentirse orgulloso de sí mismo, incluso feliz, por el triunfo de la fuerza de voluntad sobre los instintos. Pero no lo está. Preferiría que le gustasen las mujeres, como a los hombres respetables, pero hay algo equivocado en sus engranajes.

Será una pieza puesta al revés, o algo así...

Sale del cuarto y contempla con tristeza el paisaje de barro, barracones y torretas. Las luces eléctricas permiten distinguir a dos figuras frente a frente, una a cada lado de la valla. Son Alice Munk y el registrador del campo de cuarentena. El termómetro debe de estar acercándose al cero, pero ellos no tienen frío; o si tienen, lo comparten para hacerlo más llevadero.

Tal vez el amor sea eso, compartir el frío.

El barracón 31 resulta estrecho y bullicioso cuando están todos los niños, pero descomunal y desangelado cuando se marchan. Sin los niños, deja de ser una escuela. Se convierte en un establo vacío en el que se entremete el frío.

Para entrar en calor se tumba con los codos pegados al suelo y empieza a cruzar las piernas para castigar los abdominales. Hay que cansar el cuerpo para amansarlo. Para él, el amor ha sido desde la adolescencia una constante fuente de problemas. Su naturaleza insistía tozudamente en no

hacer caso de lo que él intentaba dictarle desde su cabeza. Con lo disciplinado que ha sido en todo, siente una honda frustración por no haber tenido la voluntad suficiente para doblegar sus más recónditos instintos.

Una, dos, tres, cuatro, cinco...

En las excursiones del JPD le gustaba acurrucarse con su saco de dormir entre los otros chicos, siempre dispuestos a bromear y a acogerle. Después de la muerte de su padre, se sentía tan protegido y tan a gusto con ellos... Nada era comparable a esa sensación de camaradería. Un equipo de fútbol no era un equipo de fútbol, era una familia.

Dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuna...

Cuando fue creciendo, ese placer al seguirse acurrucando entre los chicos no desapareció. Con las chicas había una distancia muy grande, no había esa fraternidad que tenía con sus compañeros. Las chicas lo intimidaban, rechazaban a los chicos, se burlaban de ellos. Sólo se sentía a gusto con sus compañeros de equipo o con sus colegas de caminatas y juegos. Y al crecer no se deshizo de esa sensación de apego hacia ellos. Después se marchó de Aquisgrán a Dusseldorf.

Hay una edad en la que tu cuerpo decide por ti. Y llegaron los encuentros clandestinos. Algunos en esos urinarios públicos de luz floja donde el suelo siempre está mojado y siempre hay regueros de óxido en la loza de los lavamanos. Y, sin embargo, hubo alguna mirada dulce, una caricia menos mecánica, un instante de plenitud imposibles de resistir. El amor se convirtió en una alfombra de cristales rotos.

Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta...

En estos años ha intentado estar siempre ocupado con sus torneos y sus entrenamientos, organizando montones de eventos a la vez para mantener la cabeza ocupada y el cuerpo cansado. De ese modo, evita esas pulsiones que le desmoronan la fuerza de voluntad con la que se ha hecho a sí mismo y que pueden destruir en un solo traspié todo lo que su prestigio ha acumulado durante años. Estar ocupado también le ha permitido disimular que, siendo alguien tan popular y tan solicitado por todo el mundo, al final siempre acaba solo.

Cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...

Por eso sigue cruzando las piernas como una tijera, cortando el aire para que duelan los músculos del abdomen. Castigándose por no ser lo que habría querido ser, o lo que los demás querrían que fuese.

Setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco...

Un charco de sudor delata su obstinación, su capacidad de sacrificio..., su triunfo. Se sienta en el suelo y, ya más relajado, los recuerdos llenan el vacío de la noche.

Y los recuerdos lo llevan a Terezín.

Como si fuera un checo más, lo deportaron al gueto de Terezín en mayo de 1942. Fue de los primeros en llegar. Junto con ellos, los nazis enviaron a operarios, médicos, miembros del Consejo Judío e instructores culturales y deportivos. Estaban preparando el envío masivo de judíos.

Lo que vio al llegar fue una ciudad rectilínea. Era el diseño urbanístico pensado por un militar, con calles trazadas con escuadra y cartabón, edificios geométricos, parterres de tierra rectangulares que probablemente florecieran en primavera... Le gustó esa ciudad racional, se acoplaba a su sentido de la disciplina. Incluso pensó que tal vez allí comenzaba una nueva etapa mejor para los judíos, el paso previo al retorno a Palestina.

La primera vez que se paró a mirar Terezín, una ráfaga de viento le despeinó ligeramente y se recolocó hacia atrás su lacio cabello. No estaba dispuesto a que nada le hiciera perder la compostura, no estaba dispuesto a que le echase atrás el viento de la historia, aunque ahora soplara como un huracán devastador. Pertenecía a una raza milenaria y a un pueblo elegido.

Venía de un intenso trabajo en Praga con grupos de juventud, y estaba dispuesto a seguir allí con sus actividades deportivas y sus encuentros de los viernes para fomentar el espíritu hebreo. No sería fácil: tendría enfrente a los nazis, pero también a algún miembro del Consejo Judío que conocía la mancha que con tanto afán trataba de ocultar y no se lo perdonaba. Por suerte, contó siempre con el apoyo de Yakub Edelstein, el presidente del consejo.

Logró armar equipos de atletismo, clases de boxeo y jiu-jitsu, campeonatos de baloncesto y una liga de fútbol con varios equipos. Incluso consiguió convencer a los nazis para que hicieran un equipo de guardias que compitiera contra los internos.

Recuerda momentos gloriosos, como el rugir de los espectadores, que abarrotaban no sólo el perímetro del campo, sino también las aberturas de los edificios que daban al patio interior de la manzana de viviendas donde se celebraban los partidos.

También las flaquezas, que eran tantas.

Recuerda en especial un partido, un encuentro que organizó entre guardias de las SS y judíos, y en el que hizo de árbitro. No se cabía en los vanos que daban al patio, y en todos los rellanos había cientos de ojos siguiendo aquel encuentro con la máxima intensidad. Era un partido de fútbol, pero para muchos era más que un partido. Especialmente, para él. Pasó semanas preparando al equipo, estudiando la táctica, mentalizándolos, haciéndoles tablas de ejercicios, pidiendo favores para obtener raciones de leche para sus futbolistas.

Faltaban un par de minutos para el final y el delantero de los guardias interceptó la pelota en el círculo central. Echó a correr hacia el área en línea recta y pilló desprevenidos a los centrocampistas del equipo de los internos. Quedaba un único defensa para salirle al cruce. El nazi corrió hacia él y, justo cuando iba a interceptarlo, el interno encogió disimuladamente la pierna para que el otro pasase. El SS chutó a bocajarro y metió el gol de la victoria. Hirsch no olvida las caras de rabiosa satisfacción de los arios. Habían derrotado a los judíos. También en la cancha de deportes.

Hirsch pitó el final sin alargar el partido, con una ecuanimidad impecable, y se fue a felicitar al delantero que había metido el último gol. Le dio la mano con firmeza y el SS le sonrió con unos dientes mellados como si le hubieran sacudido un culatazo en la boca. Se fue hacia los improvisados vestuarios con una fingida expresión de neutralidad, pero hizo como que se entretenía a atarse los cordones de la bota y dejó pasar a los jugadores hasta que uno de ellos cruzó delante de él. En un movimiento rápido que nadie vio, lo metió de un violento empujón en el cuarto de las escobas y lo clavó contra los palos de fregona.

—¿Qué pasa? —preguntó el jugador con perplejidad.

—Dímelo tú. ¿Por qué dejaste que ese nazi nos metiera un gol y nos derrotaran?

—Mira, Hirsch, a ése lo conozco, es un cabo muy cabrón y muy sádico. Tiene los dientes rotos de abrir las latas de conservas con la boca. Es un salvaje. ¿Cómo iba a darle una patada y jugarme el cuello? ¡Esto no es más que un juego!

Fredy recuerda exactamente cada una de las palabras que le dijo, el desprecio tan profundo que le produjo aquel tipo miserable.

—Estás muy equivocado. No es un juego. Había ahí cientos de personas, y las hemos defraudado. Había docenas de niños. ¿Qué van a pensar? ¿Cómo se van a sentir orgullosos de ser judíos si nos arrastramos como gusanos? Tu deber es dejarte la vida en cada jugada.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio...

Hirsch puso su cara a menos de cinco milímetros de la de ese jugador y notó el miedo en sus ojos, pero no podía retroceder más en aquel cuartucho.

—Ahora escúchame bien. Sólo te lo diré una vez. En el próximo partido que juegues contra los SS, si no metes la pierna, te la cortaré con un serrucho.

El hombre, blanco como el papel, se escabulló y salió corriendo del cuarto.

Pasado el tiempo, podría verse el incidente con cierta comicidad, pero Fredy suspira contrariado al recordararlo.

Ese tipo no valía nada. Los adultos son un material torcido. Por eso son tan importantes los jóvenes. A ellos aún se los puede moldear y hacer mejores.

El 24 de agosto de 1943 llegó a Terezín un contingente de 1260 niños proveniente de Bialystok. En el gueto de esa ciudad polaca habían sido confinados más de cincuenta mil judíos y, durante el verano, las SS exterminaron sistemáticamente a casi todos los adultos.

Alojaron a los niños de Bialystok en una zona separada: unos bloques de la parte oeste del gueto de Terezín cercados por alambradas. Los miembros de las SS los vigilaban estrechamente. Órdenes tajantes del Hauptsturmführer de Terezín transmitidas al Consejo de Ancianos indicaron que se prohibía terminantemente establecer ningún tipo de contacto con ese contingente, que iba a estar sólo de paso y cuyo destino final era secreto. Únicamente se permitía tener acceso a los niños a un grupo de 53 personas,

una parte de ellos personal sanitario cuya misión era evitar problemas infecciosos que pudieran derivar en alguna epidemia. A los infractores se les aplicarían las máximas penas.

Los nazis no permitían el contacto con los niños polacos, testigos y víctimas al mismo tiempo de la masacre perpetrada en Bialystok, para tratar de que el eco de sus crímenes fuera lo menos audible posible en una Europa ensordecida por la guerra.

Faltaba poco para la hora de la cena y ya había empezado a refrescar en Terezín. Fredy Hirsch, sudoroso y pensativo, arbitraba un partido de fútbol de veinte contra treinta. En realidad, estaba más pendiente de la arcada del patio que se abría a la calle que de los enjambres de piernas que iban tras el balón.

Por más que había cursado varias solicitudes por escrito, no consiguió autorización para que la Oficina Joven pudiera intervenir a favor de los niños llegados de Polonia. Por eso, cuando vio al grupo de sanitarios, que regresaba de los bloques prohibidos donde habían aislado a los niños de Bialystok, le pasó el silbato al chico que tenía más cerca y salió apresuradamente a su encuentro.

El equipo médico caminaba por la acera con unas batas muy sucias y unas caras de profundo cansancio. Fredy se plantó delante de ellos y les pidió noticias sobre el estado de los chicos, pero se mostraron huraños y pasaron sin detenerse. Les habían ordenado mantener la más absoluta confidencialidad. Al final del grupo caminaba rezagada una enfermera. Caminaba sola, despacio, como si estuviera distraída o levemente desorientada. La mujer se detuvo un momento, y Hirsch pudo ver en sus ojos una indignación fatigada.

Le dijo que los niños tenían mucho miedo, y que la mayoría de ellos padecía una aguda desnutrición: «Cuando los guardias quisieron llevarlos a las duchas, se pusieron histéricos. Pataleaban y gritaban que no querían ir al gas. Hubo que llevarlos a la fuerza. Uno de ellos, al que le estuve desinfectando una herida, me dijo que antes de subir al tren se habían enterado de que a su padre, su madre y sus hermanos mayores los habían matado. Me agarraba el brazo muy fuerte y me decía con terror que él no quería ir a las duchas de gas».

La enfermera, aun acostumbrada a ver muchas cosas en el hospital de Terezín, no podía evitar sentirse turbada por el temblor de unos huérfanos que habían quedado bajo la custodia de los mismos verdugos que acababan de asesinar a sus padres. Le contó a Fredy Hirsch que los niños se abrazaban a sus piernas, fingían dolencias y enfermedades, pero lo que necesitaban no eran medicinas sino afecto, protección, amparo, un abrazo que mitigara su miedo.

Al día siguiente, diversos operarios de reparaciones, recaderos de la cocina y sanitarios cruzaban el control de los bloques del oeste, donde se hallaban segregados los niños de Bialystok. Los SS del cuerpo de guardia observaban con cara de aburrimiento el trasiego de personal.

Una brigada de obreros transportaba material de construcción para hacer reparaciones en uno de los edificios. A uno de los operarios no se le veía la cara porque llevaba un tablón apoyado en el hombro; tenía las clavículas rectas y los brazos musculados típicos de los trabajadores de la construcción. Pero no era un albañil, sino un instructor de educación física. Fredy Hirsch consiguió colarse en la zona prohibida cargando un tablón tras la cuadrilla de obreros.

Una vez dentro, ya pudo moverse libremente y se dirigió a paso ligero al edificio más cercano. Sintió una punzada nerviosa al ver delante a dos guardias de las SS, pero se sobrepuso al miedo y lo convirtió en desparpajo. En vez de recular, siguió de frente caminando de manera aún más resuelta hacia ellos. Al pasar a su lado ni siquiera repararon en él; había muchos civiles judíos moviéndose por la zona en diferentes tareas.

Entró en uno de los pabellones, que tenía la misma estructura que la del resto de las edificaciones de Terezín: una entrada que daba a un vestíbulo con una escalera a cada lado y, si se seguía de frente, un gran patio interior cuadrado formado por los edificios. Escogió al azar una de las escaleras, y al subir se cruzó con dos electricistas que iban cargados con rollos de cable y que lo saludaron educadamente. Al llegar al primer piso, ya vio a algunos sentados en literas y con los pies colgando.

En el rellano se cruzó con un cabo y lo saludó con un leve gesto de cabeza. El SS siguió hacia adelante. Fredy notó con incomodidad que había

demasiado silencio en un lugar con tantos niños. Demasiado quietos. Justo en ese momento escuchó cómo alguien pronunciaba su nombre detrás de él:

—¿Herr Hirsch?

En un primer momento pensó que se trataba de algún conocido del gueto, pero al girarse se encontró al SS con el que acababa de cruzarse sonriéndole amistosamente. Era una sonrisa mellada, y Hirsch reconoció al jugador del equipo de fútbol de los guardias. Le devolvió la sonrisa con mucho temple, pero en seguida el nazi empezó a encoger el gesto hasta convertirlo en un papel arrugado. Había caído en la cuenta de que ése no era el lugar donde debía estar un instructor de gimnasia. Levantó el brazo de manera expeditiva y señaló con el dedo la escalera para que pasase delante de él, como se hace con un detenido. Hirsch, con un tono afable, como quitándole importancia al asunto, trató de inventar una justificación de su presencia allí, pero el guardia fue tajante.

—¡Al cuerpo de guardia! ¡Inmediatamente!

Cuando lo llevaron ante el SS-Obersturmführer al mando de la guardia, Fredy se puso firme en su presencia e incluso dio un fuerte taconazo con las botas. El oficial le pidió que le mostrase su autorización para estar en el recinto. No la tenía. El nazi acercó su cabeza a dos centímetros de la de Fredy y le preguntó con furia qué demonios estaba haciendo allí. Hirsch, con la mirada al frente, no pareció alterarse y le respondió con su cortesía habitual:

—Sólo trataba de cumplir lo mejor posible con mi tarea de coordinador de las actividades de los niños alojados en Terezín, señor.

—¿Y acaso no sabes que se ha prohibido el contacto con este contingente?

—Lo sé, señor. Pero he pensado que se me consideraba parte del personal de atención sanitaria a los niños, puesto que soy responsable de la Oficina Joven.

La flema de Hirsch calmó los ánimos del teniente y le hizo dudar. Le dijo que iba a redactar un informe a sus superiores sobre lo sucedido y que recibiría notificación de lo que se resolviese.

—No descartes un consejo de guerra.

Lo encerraron momentáneamente en la zona de detención anexa al cuerpo de guardia, y le dijeron que saldría cuando terminasen de comprobar sus datos para el informe. Fredy daba vueltas con su andar resuelto por esa especie de perrera vacía, contrariado por no haber podido ver a los niños, pero absolutamente tranquilo. Nadie le iba a organizar un consejo de guerra, era una persona bien considerada dentro de la Administración alemana del campo. O eso creía.

Al otro lado de la valla, pasó por la calle el rabino Murrelstein, que formaba parte del triunvirato de rectores del Consejo Judío del gueto. Se quedó desagradablemente sorprendido de ver a uno de los responsables de la Oficina Joven encerrado allí. Estaba claro que Hirsch había transgredido la norma de no acercarse al recinto de los niños de Bialystok, y ahora estaba detenido de manera poco decorosa, como un delincuente cualquiera. El severo rector se acercó a la valla y sus miradas se enfrentaron.

—Señor Hirsch —le reprochó—, ¿qué hace usted ahí dentro?

—Y usted, doctor Murrelstein..., ¿qué hace ahí fuera?

No hubo consejo de guerra ni condena aparente. Pero una tarde, Pavel *el Huesos*, el recadero oficial del consejo del gueto —quien tenía unas piernas que parecían cañas de bambú y que, además, era el velocista más rápido de todo Terezín—, interrumpió el entrenamiento de saltos de longitud para comunicarle que debía personarse esa tarde sin falta en el bloque de Magdeburgo, la sede de la Administración de la Autoridad Judía.

Fue el propio Yakub Edelstein, el presidente del consejo, quien le comunicó la noticia: la comandancia alemana había incluido su nombre en el siguiente traslado de gente que se iba a realizar con destino a Polonia, concretamente al campo de Auschwitz, cerca de Oświęcim.

Se habían oído cosas terribles de Auschwitz: asesinatos en masa, trato esclavista que llevaba a los trabajadores a la muerte por extenuación, vejaciones de todo tipo, personas convertidas en esqueletos andantes por culpa del hambre, epidemias de tifus que nadie curaba... Pero eran sólo rumores. Nadie había podido confirmarlos de primera mano; tampoco nadie había regresado para desmentirlos. Edelstein le contó que la comandancia de las SS había pedido que, cuando Fredy llegase a Auschwitz, se identificara ante las autoridades del campo porque estaban interesados en

que continuase su labor al frente de los grupos de juventud. El rostro de Hirsch se iluminó de nuevo.

—Entonces voy a seguir trabajando con los jóvenes, las cosas no van a cambiar.

Edelstein, con su cara rechoncha y bonachona de maestro de escuela y sus gafitas de carey, arrugó el gesto.

—Allí las cosas van a ser duras, muy duras. Más que duras, Fredy. Son muchos los que han ido a Auschwitz, pero nadie ha vuelto. Aun así, hemos de seguir luchando.

Hirsch recuerda con precisión milimétrica las últimas palabras que le dedicó el presidente del consejo aquella tarde:

—No podemos perder la esperanza, Fredy. No dejes que la llama se apague.

Esa fue la última vez que lo vio, de pie, con las manos en la espalda y la mirada perdida por la ventana. Seguramente ya sabía entonces que él mismo no tardaría en recorrer el camino hacia el campo de exterminio. Acababa de recibir la orden donde le cesaban en el cargo de presidente del Consejo Judío. Como máximo gobernante de Terezín tenía la responsabilidad de llevar el control de la gente internada en el gueto. La vigilancia de las SS no era excesivamente rigurosa en los accesos y había gente que se escabullía. Edelstein no daba parte y los iba tapando, hasta que el agujero fue demasiado grande y la comandancia de las SS se dio cuenta de que faltaban al menos 55 internos fugados del gueto.

La suerte de Edelstein estaba echada. Echada a perder. Por eso, al llegar al *lager*, en vez de llevarlo al campo familiar de Auschwitz-Birkenau, se lo llevaron a la prisión de Auschwitz I. Fredy nunca se lo ha dicho a Miriam, pero sabe que allí se tortura con los métodos más crueles que la humanidad haya conocido nunca.

¿Qué habrá sido de Yakub Edelstein? ¿Y qué será de todos nosotros?

14

Cuando los niños ya se han ido y sólo quedan algunos profesores enfrascados en su tertulia, Dita recoge la biblioteca. Puede ser la última vez que lo haga porque ha de decir la verdad: que está marcada por Mengele. Por eso, antes de llevarse los libros saca de su bolsillo secreto el rollo de esparadrapo y arregla un desgarró en la gramática rusa. Saca el frasco de goma arábica y encola los bordes del lomo de otros dos volúmenes. El libro de H. G. Wells tiene una pestaña doblada y ella la alisa. Y, de paso, alisa o acaricia el atlas, y luego los demás libros, hasta esa novela sin tapa a la que tantos reparos ponía Hirsch. Dita aprovecha para repararle un hoja rasgada con una tira muy estrecha de esparadrapo. Después introduce los libros cuidadosamente en una bolsa de tela que le ha dado la tía Dudine y los acomoda como una enfermera haría con unos recién nacidos en sus cunas. Se va hasta el cuarto del Blockältester y llama con los nudillos a la puerta.

Hirsch está sentado en su silla, redactando uno de sus informes o planificando el calendario de alguna liguilla de voleibol. Le solicita permiso para hablar, y él se gira a mirarla con su rostro sereno y esa sonrisa que nadie sabe lo que significa.

—Tú dirás, Edita.

—Debe usted saberlo. El doctor Mengele sospecha algo sobre mí, tal vez sobre la biblioteca. Fue después de la inspección. Me paró en la *lagerstrasse*. De alguna manera se había dado cuenta de que yo ocultaba algo. Me amenazó con que me iba a vigilar de cerca y tengo la impresión de que me observa.

Hirsch se levanta de la silla y, con gesto concentrado, pasea por la habitación durante medio minuto. Finalmente, se detiene y le habla a Dita mirándola a los ojos.

—Mengele observa a todo el mundo.

—Me dijo que me pondría en una mesa de autopsias y me abriría entera.

—Le encantan las autopsias, disfruta con eso. —Y después de decirlo se hace un incómodo silencio.

—Me va a retirar de mi puesto en la biblioteca, ¿verdad? Ya sé que es por mi bien...

—¿Tú quieres dejarlo?

La mirada de Fredy brilla. De repente se le ha encendido esa bombilla que él siempre dice que todos llevamos dentro. Y a Dita se le enciende la suya porque la electricidad de Hirsch es contagiosa.

—¡Ni hablar!

Fredy Hirsch asiente con la cabeza como si dijera: «Ya lo sabía».

—Entonces, seguirás en tu puesto. Claro que es un riesgo, pero estamos en guerra, aunque aquí a veces algunos se olviden. Somos soldados, Edita. No te creas a esos cenizos que dicen que estamos en la retaguardia y bajan los brazos. Es mentira. En una guerra, cada uno tenemos nuestro frente. Éste es el nuestro, y debemos luchar hasta el final.

—¿Y respecto a Mengele?

—Un buen soldado ha de ser prudente. Y con Mengele debemos ser muy cuidadosos, uno nunca es capaz de saber exactamente lo que está pensando. A veces te sonrío y parece que lo haga con afecto, pero al momento se queda serio y cuando te mira notas un frío que te hiela las tripas. Si tuviera una sospecha sólida sobre ti, ya estarías muerta. Pero nunca se sabe lo que puede tener en la cabeza. Así que lo mejor es que no te vea, que no te oiga, que no te huela. Has de tratar de evitar todo contacto con él. Si lo ves venir por un lado, te vas por otro. Si se cruza contigo, gira la cabeza disimuladamente. Lo mejor que puede pasar es que se olvide de que existes.

—Lo intentaré.

—Bien. Eso es todo.

—Fredy... ¡Gracias!

—¿Te pido que continúes en la primera línea de fuego jugándote la vida y tú me das las gracias?

Lo que en realidad quisiera decirle es: lo siento, lamento haber dudado de ti. Pero no sabe cómo hacerlo.

—Bueno..., quería darle las gracias por estar ahí.

Hirsch sonrío.

—Pues no es necesario. Estoy donde debo estar.

Dita sale fuera. La nieve se ha posado sobre el campo y Birkenau, ribetado de blanco, muestra un aire menos terrible, más somnoliento. El frío es intenso, pero a veces resulta preferible a las conversaciones febriles de los barracones.

Se cruza con Gabriel, campeón en castigos y reprimendas de los profesores, un pelirrojo tremendo de diez años que lleva unos anchísimos pantalones varias tallas más grandes atados con un cordel y una camisa igual de grande cubierta de lamparones. Encabeza un comando de media docena de chicos de su edad.

—Nada bueno estará tramando —se dice Dita.

Detrás, a unos metros de distancia, los siguen un grupo de niños de cuatro y cinco años que van cogidos de la mano entre ellos. La ropa vieja, las caras sucias y los ojos, en cambio, de un blanco purísimo, como el de la nieve recién caída.

Gabriel es uno de los ídolos infantiles del bloque 31 por su desparpajo y su imaginación para todo tipo de travesuras. Dita ya ha visto en otras ocasiones cómo los pequeños intentan seguirlo cuando intuyen que va a hacer una trastada de las suyas. Esa misma mañana ha lanzado un saltamontes sobre la cabeza de una niña muy redicha llamada Marta Kovac, y los chillidos de histeria han paralizado todo el bloque. Hasta el propio Gabriel se ha quedado parado ante la desaforada reacción de la niña, que, en un arrebato, se ha plantado delante de él y le ha soltado un bofetón que casi le hace saltar las pecas. Con un sentido muy talmúdico de la justicia, su profesor ha estimado que se había restablecido la justicia, y se han reanudado las clases sin mayor castigo para Gabriel que el recibido por vía manual.

Cuando los pequeños tratan de seguirlo para disfrutar de sus trastadas, él intenta siempre darles esquinazo o espantarlos a gritos, y siempre reparte algún cachete si se resisten a no dejar de ir tras él. Por eso, a Dita le extraña

que el expeditivo Gabriel acepte llevar detrás un séquito de pequeños que es casi una comitiva, y decide ir tras ellos a cierta distancia, como si jugara a seguir sus huellas sobre la nieve, para averiguar a qué se debe ese repentino cambio de estrategia que, tratándose de él, seguro que tiene que ver con alguna de sus travesuras.

Los ve atravesar el campo hacia la salida y entonces se da cuenta de hacia dónde se dirigen: a la cocina. Ve cómo el grupo de amigos de Gabriel se frena prudentemente ante uno de los lugares vedados del campo, pero él mantiene su paso vivo y, pese a la prohibición, se mete dentro. Los demás se asoman a la puerta. Lo que Dita ve entonces parece un sainete: Gabriel sale a paso ligero y, detrás, una cocinera de muy mal carácter llamada Beáta hace remolinos con los brazos y espanta a los chiquillos como a una bandada de pájaros.

Dita se da cuenta de que deben de haber ido a pedirle mondas de patata, una de las chucherías predilectas de todos los niños, pero por lo visto la cocinera está cansada de los pedigüeños y ha decidido despacharlos destempladamente. Sin embargo, los niños de diez años y el propio Gabriel no se baten en retirada, sino que se separan unos pocos metros, haciendo un pasillo, para dejar pasar a Gabriel y a la cocinera enfadada. El niño da un quiebro a un lado, y la cocinera está a punto de tropezar sobre una placa de hielo y caer estrepitosamente. Al recuperar el equilibrio, ve plantado delante de ella al grupo de los pequeños, que acaba de llegar justo en ese momento. Van cogidos todos de la mano y expulsan vaho por la boca a causa del esfuerzo que han hecho por seguir el paso vivo de los mayores. Beáta no puede evitar ver sus caras, eternamente hambrientas. Y, sorprendida, detiene su manoteo y se pone con los brazos en jarras ante aquel rebaño de angelitos embarrados de fango y nieve que tienen los ojos implorantes.

Dita no puede oírla, pero no le hace falta. La cocinera tiene un carácter fuerte, unas manos ásperas y un corazón tierno. La bibliotecaria se sonríe pensando en la picardía de Gabriel, que ha conducido hasta allí a los más pequeños para ablandar a la cocinera. Beáta les debe de estar diciendo con tono severo que tiene prohibido dar ningún resto de comida sin autorización, que si la *kapo* la descubre a ella o a cualquier pinche

haciéndolo perderán su empleo y serán duramente castigados, que si esto y lo otro... Y los niños no dejarán de mirarla con sus ojos vulnerables, así que hará una excepción, pero que ni se les ocurra volver a aparecer por ahí o los molerá a palos, mientras algunos niños asienten con la cabeza dándole la razón para acabar de metérsela en el bolsillo.

La mujer desaparece dentro y un poco después aparece con un cubo metálico lleno de mondas de patata. Ante el amago de tumulto los detiene con su manaza como si fuera el tope metálico de las estaciones donde finalizan su recorrido los trenes. Los hace pasar uno por uno, primero los pequeños y después los mayores, y todos retornan al bloque 31 mordisqueando la monda de patata.

Dita retorna de buen humor por la *lagerstrasse*, pero a medio camino se encuentra a su madre. Va inusualmente despeinada; ella, que incluso en Auschwitz se las ha ingeniado para conseguir un viejo trozo de peine y llevar siempre el pelo dignamente arreglado.

Sabe que algo va mal. Corre a su encuentro y su madre la abraza de una manera desacostumbradamente apasionada: al ir a encontrarse con su padre a la salida de su taller, no estaba. Un compañero, el señor Brady, le ha dicho que no ha acudido al trabajo porque esa mañana no ha podido levantarse del camastro.

—Me contó que tenía fiebre, pero el *kapo* dijo que era mejor que no lo llevaran al hospital.

La mujer está desorientada, no sabe muy bien qué hacer.

—Tal vez debería insistirle al *kapo* para que lo manden al hospital.

—Papá dijo que el *kapo* de su barracón no era judío sino un alemán socialdemócrata, distante pero bastante justo. Quizá lo del hospital no sea buena idea. Yo tengo el hospital enfrente del bloque 31...

Ahí se calla, está a punto de decir que ve que los enfermos que entran renqueando acostumbra a salir en el carro de los difuntos que empujan el señor Lada y otros cuantos. Pero no debe nombrar la muerte, es preciso no convocarla, no llamarla, mantenerla lejos de su padre.

—Ni siquiera podemos verlo —se lamenta su madre—. No podemos entrar en un barracón de hombres. Le he pedido a su compañero, que es un señor muy amable, de Bratislava, que me hiciera el favor de entrar a verlo y

decirme cómo estaba mientras yo esperaba en la puerta. —La mujer ha de detenerse para contener la emoción. Dita la coge de la mano—. Me ha dicho que estaba igual que lo dejó por la mañana: medio inconsciente por la fiebre. Que tenía mal aspecto. Edita, quizá tu padre debería ir al hospital.

—Iremos a verlo.

—¿Qué dices? ¡No podemos entrar en el barracón! Está prohibido.

—También está prohibido encerrar a la gente y matarla, y no veo que dejen de hacerlo. Tú espérame en la puerta del barracón.

Dita se va corriendo en busca de Milan, uno de los asistentes. Lo ve a veces sentado con sus amigos en el lateral del 23. Es un chico guapo, aunque no le parece demasiado simpático. De todos modos, la antipática tal vez sea ella, que apenas se relaciona con los otros asistentes, prefiere dedicar los ratos libres a leer y a estar con Margit o con sus padres. Le incomoda el coqueteo de las chicas y las bravuconadas de los muchachos de su edad.

Efectivamente, encuentra a Milan en el 23. Hace una tarde de ese frío polaco implacable, pero él y otro par más están sentados fuera, con la espalda apoyada en la madera del barracón. Matan el rato mirando pasar a los demás reclusos y diciéndoles cosas a las adolescentes. No le hace ninguna gracia plantarse delante de esos chicos un poco mayores que ella, con pelos bajo la nariz y granos de todos los tamaños, que se comportan como gallitos de pelea. Se siente cohibida cuando pasa cerca de ellos. Le parece que se mofan de sus piernas delgadas, incluso de sus altas medias de lana, un poco infantiles. Pero se pone delante de ellos y sabe que no puede permitirse el lujo de la timidez.

—¡Vaya! —berrea el propio Milan, que se adelanta a hablar el primero para que se sepa quién es el líder—. ¿A quién tenemos aquí? Es la bibliotecaria...

—Ese es un tema del que no debe hablarse fuera del bloque 31 —le corta ella. Y al momento se arrepiente de haber sido tan arisca, porque el muchacho acusa el golpe y se pone colorado. No le ha gustado que una chica más pequeña le deje en evidencia delante de sus amigos. Y, precisamente, Dita ha venido a solicitarle un favor—. Verás, Milan, quiero pedirte algo...

Los amigos se dan codazos mal disimulados y esbozan risitas que pretenden ser pícaras. Milan también se anima y se envalentona.

—Bueno, las chicas suelen pedirme muchas cosas —dice muy ufano, mirando de reojo el efecto que causan sus palabras entre sus dos compañeros, que al reír muestran unas dentaduras estropeadas.

—Necesito que me prestes un rato tu chaquetón.

Milan pone cara de estupefacción y su risita se desinfla de golpe. ¿Su chaquetón? ¿Le está pidiendo su chaquetón? Fue una gran suerte que le tocara en el reparto de ropa, es uno de los mejores chaquetones del BIIb. Le han ofrecido raciones de pan, patatas y hasta una tableta de chocolate a cambio, pero no está dispuesto a desprenderse de él por nada del mundo. ¿Cómo iba a aguantar las tardes a cero grados sin su chaquetón? Y, además, le favorece; con él puesto, les gusta más a las chicas.

—¿Estás mal de la cabeza? Mi chaquetón no lo toca nadie. Nadie es nadie, ¿me oyes?

—Sólo será un rato...

—¡No digas tonterías! ¡Ni un rato ni ninguno! ¿Crees que soy bobo? Te dejo el chaquetón, lo vendes por ahí y no lo veo nunca más. ¡Más vale que te largues antes de que me enfade de veras! —Y al decirlo se pone de pie con cara avinagrada y queda patente que le saca a Dita más de veinte centímetros.

—Sólo quiero ponérmelo un rato. Puedes acompañarme todo el tiempo para asegurarte de que el chaquetón no desaparece. Te daré mi ración de pan de la cena.

Dita ha pronunciado las palabras mágicas: comida. Una ración extra de cena, para un muchacho en edad de crecimiento que no recuerda la última vez que fue capaz de saciar su sensación de hambre, son palabras mayores. El estómago gruñe a todas horas, la ansiedad por la comida se convierte en una obsesión, la única cosa que los excita más que soñar con el muslo de una chica es soñar con un muslo de pollo.

—Una ración entera... —repite sopesando la propuesta, imaginándose ya el banquete. Incluso podría guardarse un buen pedazo para acompañar el aguachirle de la mañana y tener un desayuno en condiciones—. ¿Dices que te pones un rato el chaquetón, yo te acompaño y después me lo devuelves?

—Eso es. No voy a engañarte, trabajamos en el mismo barracón. Si te engañase y me denunciaras, me despedirían de mi puesto en el bloque 31. Y ninguno de nosotros quiere irse de ahí.

—Bueno..., he de pensarlo.

Les pide a sus amigos que junten las cabezas y forman una melé de susurros en la que hay deliberaciones y de la que también se escapa alguna risita. Finalmente, un risueño Milan levanta la cabeza con gesto triunfal.

—De acuerdo. Te dejo un rato el chaquetón a cambio de una ración de pan... ¡y que nos dejes tocarte las tetas! —Mira por un momento a sus compinches, y éstos asienten con tanto entusiasmo que su cuello parece un muelle.

—No seas idiota. Si casi no tengo...

Ve cómo los tres se ríen como si lo estuvieran pasando en grande o como si necesitaran disimular con el ruido de las carcajadas el nerviosismo y la incomodidad que les causa tratar estos asuntos. Dita resopla. Si no fuera porque entre los tres le sacan varios palmos, les daría una bofetada a cada uno.

Por salidos, o por idiotas.

Pero no tiene opción.

Y, al fin y al cabo, qué más da.

—Vale, de acuerdo. Ahora déjame probarme el maldito chaquetón.

Milan se estremece al quedarse a la intemperie sólo con la camisola de tres botones que lleva debajo. Dita se pone el tabardo, que le viene enorme, justo como quería. Esa prenda tiene algo que en ese momento la hace muy valiosa para ella y que pocas de las que ha visto en el campo poseen: una capucha. Y arranca a andar con Milan detrás.

—¿Adónde vamos?

—Vamos al barracón quince.

—¿Y las tetas?

—Después.

—¿Has dicho al barracón quince? Pero ése es un barracón masculino...

—Ya... —Y Dita se echa la capucha en la cabeza, que le queda casi totalmente cubierta.

Milan se detiene.

—Espera, espera..., ¿no pensarás entrar ahí? Las mujeres lo tienen prohibido. No pienso acompañarte, si te descubren me castigarán a mí también. Yo creo que estás un poco loca.

—Voy a entrar. Contigo o sin ti.

El chico agranda mucho los ojos y el tembleque del frío se le acelera.

—Si quieres puedes esperarme en la puerta.

Milan ha de acelerar el paso porque Dita camina muy decidida. Ve a su madre a unos metros de distancia merodeando cerca del barracón de su padre, y ni siquiera se detiene a saludarla. Liesl Adlerova está tan atribulada que ni ha reconocido a su hija metida en esa prenda masculina. Dita entra en el barracón sin vacilación alguna y nadie se fija en ella. Milan se ha detenido en la puerta y maldice, indeciso, sin saber si esa chica se la ha jugado y nunca más volverá a ver el chaquetón.

Dita avanza entre los camastros. Hay hombres encima de la chimenea horizontal, que está apagada, otros conversan sentados en los camastros. Aunque está prohibido acostarse antes del toque de silencio, hay algunos tumbados; eso indica que tienen un *kapo* benevolente. Huele muy fuerte, más incluso que su barracón de mujeres, un hedor a sudor agrio que marea. No se ha quitado la capucha y nadie repara en ella.

Al fondo encuentra a su padre tendido en el jergón de paja de su litera de abajo. Se acerca a su cara y se quita la capucha.

—Soy yo —le susurra.

El hombre tiene los ojos entrecerrados, pero al oír a su hija los abre ligeramente. Dita le pone la mano en la frente y la nota ardiendo. No está segura de si la ha reconocido, pero igualmente le toma la mano y le sigue hablando entre susurros. No suele ser fácil hablar a alguien que no sabes si te está escuchando, pero las palabras le brotan con sorprendente facilidad y le dice esas cosas que uno nunca se detiene a decir porque piensa que siempre habrá tiempo para decirlas.

—¿Te acuerdas de cuando me enseñabas geografía en casa? Yo me acuerdo muy bien... ¡Sabes tantas cosas! Siempre me he sentido muy orgullosa de ti, papá. Siempre.

Y le habla de los buenos días de su infancia en Praga, también de los buenos momentos en el gueto de Terezín, y le dice cuánto lo han querido

ella y su madre. Se lo dice muchas veces, para que las palabras se filtren a través del telón de la fiebre. Y le parece que se mueve un poco. Tal vez la esté escuchando allí adentro.

Hans Adler lucha contra los bacilos de la neumonía con muy pocas armas: un hombre solo, desnutrido y deshecho por la intemperie de la guerra contra un ejército de virus pletóricos de energía. Dita recuerda que, en el libro de Paul de Kruif sobre los cazadores de microbios, se los ve a través del microscopio como una jauría de depredadores en miniatura.

Demasiados ejércitos contra los que luchar.

Le suelta la mano, se la acomoda debajo de una sábana sucia y le da un beso en la frente. Vuelve a ponerse la capucha y se dispone a salir. En ese momento ve unos pasos más atrás a Milan. Piensa que debe de estar furioso, pero el chico la mira con una inesperada ternura.

—¿Tu padre? —le pregunta.

Ella asiente. Dita se rebusca bajo la ropa y saca su hogaza de pan de la cena. Se la tiende, pero el chico no saca las manos de los bolsillos y hace que no con la cabeza. Ya en la puerta del barracón, Dita se quita el tabardo y su madre, al reconocerla, se queda perpleja.

—¿Se la prestas un momento a mi madre? —Dita ni siquiera espera a la respuesta—. Póntela y entra.

—Pero Eedita...

—¡Irás camuflada! ¡Vamos! Es al fondo a la derecha. No está consciente, pero creo que puede oírnos.

La mujer se acomoda la capucha y entra embozada. Milan permanece a su lado en silencio, sin saber qué decir o qué hacer.

—Gracias, Milan.

El muchacho asiente con la cabeza y se queda un momento indeciso, como si buscara las palabras.

—Respecto a..., ya sabes —le dice Dita mirándose el pecho, casi liso.

—¡Olvídalo, por favor! —le dice colorado y agitando las manos aparatosamente—. Ahora he de irme, ya me devolverás mañana el chaquetón.

Se da media vuelta y se aleja al trote.

Va pensando en cómo va a explicar a sus amigos que vuelve sin el chaquetón y sin la chica. Pensarán que es tonto. Podría decirles que se ha comido el pan por el camino y que él sí le ha tocado las tetas, que lo ha hecho en nombre de los tres, que al fin y al cabo el tabardo es suyo. Pero niega con la cabeza. Sabe que se pecatarán en seguida de la trola. Les dirá la verdad. Seguro que se cachondean de él y le dicen que es un pardillo. Pero él sabe cómo arreglar esas cosas. Entre chicos es fácil entenderse: al primero que le diga algo le soltará tal hostia que tendrá que buscar los dientes con una lupa. Y todos tan amigos.

Mientras Dita espera a que salga su madre, aparece Margit. Por el gesto consternado que se refleja en su cara, Dita sabe que está enterada de lo de su padre. En Auschwitz, las noticias, especialmente si son malas, son manchas de aceite en un papel. Margit se le acerca y la abraza.

—¿Cómo está tu padre?

Dita sabe que esa pregunta esconde otra: ¿va a vivir?

—No está bien, tiene mucha fiebre, el pecho le hace ruidos al respirar.

—Hay que tener fe, Dita. Tu padre ha superado muchas cosas.

—Demasiadas.

—Él es un hombre fuerte. Resistirá.

—Era fuerte, Margit. Pero estos últimos años lo han envejecido mucho. Yo siempre he sido optimista, pero ya no sé qué pensar. Ya no sé si resistiremos.

—Claro que resistiremos.

—¿Por qué estás tan convencida?

Su amiga se queda callada y se muerde el labio unos segundos buscando una respuesta.

—Porque quiero creerlo.

Las dos se quedan en silencio sin decir más. Se les está escapando esa edad en la que piensas que basta con desear las cosas para que sucedan. De pequeño, los sueños son como la carta de un restaurante: tú señalas lo que quieres y el futuro te lo sirve en una bandeja de plata. Después, se deja atrás la infancia y la vida toma bifurcaciones que no están previstas. El camarero llega a la mesa y te dice que la cocina está cerrada.

Suena la sirena del toque de queda y su madre sale del barracón como un fantasma que arrastra los pies por el barro.

—Hemos de apresurarnos —les dice Margit.

—Márchate, corre —le dice Dita—. Nosotras iremos un poco más despacio.

Su amiga se despide y se quedan las dos solas. Su madre tiene la mirada perdida.

—¿Cómo está papá?

—Un poco mejor —responde Liesl. Pero su voz está tan rota que es imposible creerla. Además, Dita ya la conoce, la mujer se ha pasado la vida intentando que todo estuviera bien, que nada alterase el orden de las cosas.

—¿Te ha reconocido?

—Sí, seguro.

—Entonces, ¿te ha dicho algo?

—No..., estaba algo cansado. Mañana estará mejor.

Y ya no hablan más hasta llegar al barracón.

Mañana estará mejor.

Su madre lo ha dicho con una convicción que no admite duda, y las madres saben de esas cosas. Son las que se quedan a la cabecera de la cama por las noches cuando los niños tienen fiebre. Son las que ponen la palma en la frente y saben lo que hay que hacer para que se pongan buenos. Le da la mano a su madre y aprietan el paso con miedo de que un guardia las detenga por estar en la calle a deshoras.

Al entrar en el barracón casi todas las mujeres ya están acostadas. Se encuentran de cara con la *kapo*, una húngara que lleva la marca naranja de delincuente común, un estatus superior. Una ladrona, una estafadora, una asesina..., cualquiera es más valiosa que una judía. Viene de supervisar que hayan puesto los contenedores que utilizan para hacer las necesidades durante la noche, y al verlas llegar tarde levanta el palo que lleva en la mano y amaga con pegarles.

—Disculpe, *kapo*, es que mi padre...

—Cállate y métete en tu camastro, estúpida.

—Sí, señora.

Dita tira de la mano de su madre y llegan hasta sus literas. Liesl sube lentamente y antes de tumbarse se gira un momento. Sus labios no dicen nada, pero sus ojos sufren.

—No te preocupes, mamá —la anima su hija—. Si papá sigue así, mañana hablaremos con su *kapo* para que lo lleve al médico. Si hace falta hablaré con mi director del bloque 31. El señor Hirsch seguro que nos puede ayudar.

—Mañana estará mejor.

Se apagan las luces y Dita da las buenas noches a su compañera de camastro, que nada le responde. Está tan angustiada que ni siquiera puede cerrar los ojos. Repasa imágenes de su padre y trata de encontrar las mejores. Hay una que le gusta mucho: es una imagen de su padre y su madre, sentados frente al piano. Los dos elegantes y guapos. Su padre, con una camisa blanca remangada en los puños, corbata oscura y tirantes; su madre, con una blusa estrecha que le realza el talle. Se ríen, está claro que no logran atinar con la manera de coordinarse para tocar a cuatro manos. Lo mejor de todo es que se los ve felices porque son todavía jóvenes y fuertes, y el futuro no ha muerto.

La última imagen que cierra esa etapa de la vida normal, que se acabó al dejar Praga, es del piso de Josefov en el momento en que abrieron la puerta, pusieron las maletas en el descansillo y se dispusieron a cerrar detrás de ellos una puerta que no sabían si volvería a abrirse. Su padre volvió a entrar un momento en el piso mientras ellas lo observaban desde el descansillo. Se acercó hasta el aparador del salón-comedor y giró por última vez la bola del mundo.

Y Dita por fin se queda dormida.

Pero su sueño es inquieto, hay algo que la azuza. De madrugada, se despierta sobresaltada con la sensación vívida de que alguien la ha llamado. Abre los ojos inquieta y el corazón le late muy fuerte. A su lado sólo están los pies de su compañera dormida, y únicamente hay un silencio arañado por ronquidos y el murmullo monótono de las mujeres que hablan en sueños. Ha sido tan sólo una pesadilla..., pero Dita tiene un mal presagio. Se le mete en la cabeza que quien la llamaba era su padre.

A primera hora, el campo está lleno de guardias y *kapos* para el recuento de la mañana. Dos horas de recuento que se le hacen las más largas de su vida. Ella y su madre se van lanzando miradas en la formación. Está prohibido hablar, aunque en realidad casi es mejor no decirse nada. Al romper filas, aprovechan que se forman las colas del desayuno para acercarse hasta el 15. Cuando están llegando, sale de la cola el señor Brady. Tiene los hombros cargados de malas noticias.

—Señora...

—¿Mi marido? —pregunta con la voz quebrada—. ¿Se ha puesto peor?

—Ha muerto.

¿Cómo se puede resolver una vida en sólo dos palabras tan cortas?
¿Cómo puede haber tanta desolación en tan pocas letras?

—¿Podremos entrar a verlo? —pregunta Liesl.

—Lo siento, ya se lo han llevado.

Deberían saberlo. Recogen los cadáveres a primera hora, los amontonan en un carromato y se los llevan a incinerar a los hornos.

Su madre parece que oscila un momento y está a punto de quebrarse. En apariencia, la noticia de la muerte no la ha desconcertado tanto, probablemente lo supo desde el primer momento en que lo vio tendido en el camastro. Pero no poder siquiera despedirse de él la ha golpeado duramente.

Sin embargo, Liesl recupera la compostura, que apenas ha llegado a perder durante unos segundos, y toma del hombro a su hija para consolarla.

—Al menos, tu padre no ha sufrido.

A Dita, que está sintiendo cómo la sangre le empieza a hervir, aún la irrita más que le hable como a una niña.

—¿Que no ha sufrido? —le contesta desasiéndose bruscamente del abrazo—. Le quitaron el trabajo, la casa, la dignidad, la salud..., y al final lo han dejado morir solo como un perro en un camastro lleno de pulgas. ¿No es eso bastante sufrimiento? —Las últimas palabras casi las grita.

—Es así como lo ha querido Dios, Edita. Debemos resignarnos.

Hace que no con la cabeza. No y no.

—¡A mí no me da la gana de resignarme! —chilla en medio de la *lagerstrasse*. Aunque es la hora del desayuno, poca gente le presta atención

—. Si tuviera a Dios delante, le iba a decir lo que pensaba de él y de su retorcido sentido de la misericordia.

Se encuentra mal, y aún peor al darse cuenta de que ha sido muy grosera con su madre justamente cuando la mujer lo que más necesita es consuelo y apoyo, pero no puede evitar que esa docilidad la ponga frenética. Le alivia la llegada de la señora Turnovská, que ya debe saber lo que pasa, emboscada bajo su enorme pañuelo. Le aprieta a Dita el brazo de manera cariñosa y abraza a Liesl con afecto. La mujer se agarra a su amiga con inesperada emoción. Eso es lo que debería haber hecho ella, se dice, abrazar a su madre. Pero no puede, está demasiado rabiosa para los abrazos, sólo siente deseos de morder y destruir tanto como la han destruido a ella.

Aparecen tres mujeres más, a las que apenas conoce de vista, que rompen a llorar estruendosamente. Dita, que tiene los ojos secos, las mira con perplejidad. Se acercan hacia su madre, pero la señora Turnovská se adelanta.

—¡Fuera de aquí! ¡Marchaos!

—Sólo queremos expresar nuestro pésame a la señora.

—¡Si no os marcháis de aquí en menos de diez segundos, os largaré a patadas!

Liesl está demasiado aturdida para darse cuenta de nada, y Dita no se siente con fuerzas para pedir disculpas a las mujeres y pedirles que se queden.

—¿Qué hace, señora Turnovská? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

—Son unas carroñeras. Saben que los familiares de los fallecidos pierden el apetito con el disgusto, y lo que pretenden es soltar unas lágrimas de cocodrilo y luego arramblar con vuestra ración de comida.

Dita se siente aturdida; en ese momento odia al mundo entero. Le pide a la señora Turnovská que cuide de su madre y se aleja de allí. Necesita irse a alguna parte, pero no hay adónde ir. No es que le cueste hacerse a la idea de que nunca más volverá a estar con su padre, sino que no quiere hacerse a la idea. No está dispuesta a aceptarlo, no va a resignarse, ni ahora ni nunca. Se va caminando con los puños apretados. Los nudillos blancos. Una ira blanca la calcina por dentro.

Nunca más retornará del trabajo con su traje cruzado y su sombrero de fieltro, ni pegará la oreja al aparato de radio mirando al techo, tampoco volverá a sentarla en sus rodillas para enseñarle los países del mundo, ni a regañarla cariñosamente por hacer la letra torcida.

Y ella no es capaz ni de llorarle siquiera, tiene los ojos secos. Y eso aún la enfurece más. Como no tiene otro lugar adonde ir, sus pasos la llevan al bloque 31. Los chicos están ocupados desayunando y ella se va al fondo del barracón sin detenerse, buscando el refugio tras las maderas apiladas. Casi se sobresalta al encontrarse en ese rincón a una figura solitaria sentada en la banqueta.

Morgenstern la saluda con su cortesía ilustrada, pero Dita esta vez no sonríe y el viejo profesor cesa en sus reverencias teatrales.

—Mi padre...

Y, al decirlo, Dita siente que la sangre es una gasolina que ha prendido y que le quema en las venas. Y una palabra se le viene a la boca como un reflujó de bilis:

—¡Asesinos!

Y la mastica entre los dientes, la repite cinco, diez, cincuenta veces:

—¡Asesinos, asesinos, asesinos, asesinos...!

Le da una patada a un taburete, y a continuación lo coge y lo enarbola como una maza. Quiere romper algo y no sabe qué. Quiere golpear a alguien y no encuentra a quién. Tiene los ojos desencajados y jadea de ansiedad. El profesor Morgenstern se pone en pie con inesperada agilidad tratándose de un anciano de apariencia tan quebradiza, y le toma el taburete de la mano con firmeza pero con dulzura:

—¡Los mataré! —exclama con rabia—. ¡Conseguiré una pistola y los mataré!

—No, Edita, no —le dice muy despacio—. Nuestro odio es su victoria.

Dita tiembla y el profesor la envuelve y ella hunde la cabeza entre los brazos del anciano. Asoman la cabeza varios profesores alarmados por el estruendo, seguidos de un batallón de chicos y chicas curiosos, y el profesor se pone el dedo en los labios para que no digan nada y luego agita la cabeza para que se marchen. Sorprendidos de ver al profesor Morgenstern tan serio, le obedecen y los dejan solos.

Dita le confiesa que se odia a sí misma por haber salido corriendo y no haber sido capaz de llorar, por fallarle a su padre, por no haber podido salvarlo. Se odia por todo. Pero el viejo profesor le dice que las lágrimas llegarán cuando la rabia se marche.

—¿Cómo no sentir rabia? Mi padre jamás hizo daño a nadie, jamás faltó al respeto a nadie... Se lo quitaron todo y ahora, en este agujero asqueroso, hasta le han robado la vida.

—Escúchame bien, Edita: los que se van ya no sufren.

Los que se van ya no sufren..., le susurra una y otra vez como si fuera un bálsamo que hay que aplicar varias veces sobre la herida para que deje de escocer.

—Los que se van ya no sufren, los que se van ya no sufren...

Morgenstern sabe que es un consuelo escaso, antiguo, gastado, una de esas frases de viejos. Pero en Auschwitz es una medicina que ayuda a sobrellevar la tristeza por los difuntos. Dita deja de retorcerse los dedos, asiente con la cabeza y se sienta lentamente sobre la banca. El profesor Morgenstern se echa la mano al bolsillo y saca una pajarita de papel algo arrugada y un poco amarillenta. Se la ofrece a Dita.

La muchacha mira la maltrecha pajarita de papel, tan vulnerable como su padre en esas últimas horas. Tan frágil como ese viejo profesor loco de las gafas rotas. Son todos tan frágiles... Y entonces se siente insignificante y repentinamente débil. El hormigón de la rabia, que nos hace fuertes en esos momentos, acaba deshaciéndosele, y al fin brotan las lágrimas que apagan el incendio que lo estaba quemando todo.

El arquitecto asiente y ella se desahoga llorando en el hombro de mil rayas del viejo Morgenstern.

—Los que se van ya no sufren...

Nadie sabe cuánto sufrimiento les queda todavía a los que se quedan.

Dita levanta la cabeza y se limpia las lágrimas con la manga. Le da las gracias al profesor y le dice que, antes de que finalice la hora del desayuno, ha de hacer algo importante. Se va a toda prisa hacia su barracón. Su madre la necesita. O es ella la que necesita a su madre.

Qué más da...

Está con la señora Turnovská sentada sobre el tiro apagado de la chimenea. Cuando se acerca a las dos mujeres, Liesl está sentada muy quieta, como ensimismada. La señora Turnovská tiene su propia escudilla vacía en el suelo y se está bebiendo el té de la mañana de la cazoleta de Liesl, en el que moja un pedazo de pan de la cena que la reciente viuda no debió de comerse la noche anterior.

La frutera se queda parada al ver a Dita con los ojos fijos en la cazoleta de su madre.

—Tu madre no quería —le dice, un tanto atragantada por su inesperada aparición, que la ha pillado in fraganti—. Le insistí mucho. Y ya se hacía la hora de entrar al taller, habríamos tenido que tirarlo...

Las dos se miran en silencio. Su madre está como ida, debe de estar recorriendo el país de los recuerdos. La señora Turnovská le extiende la cazoleta para que tome ella los últimos sorbos, pero Dita le hace que no con la cabeza. No hay reprobación en su mirada, sino una mezcla de comprensión y tristeza.

—Acábeselo, por favor. Necesitamos que usted esté bien para que ayude a mamá.

Su madre tiene en la cara una serenidad de estatua de cera. Dita se acuclilla delante de ella y la mujer reacciona moviendo los ojos. La enfoca, y su gesto neutro por fin se quiebra. Dita la abraza muy fuerte, la estruja. Y su madre, por fin, llora.

15

Viktor Pestek es hijo de la región de Besarabia, un territorio originalmente moldavo que en el siglo XIX pasó a formar parte de Rumanía, un país que desde el principio ha apoyado a los nazis. Su uniforme de las SS, su pistola al cinto y su galón de cabo primero lo convierten en alguien muy poderoso en Auschwitz. Un ser superior que tiene a sus pies a miles de personas que ni siquiera pueden dirigirle la palabra sin que él les dé permiso. Miles de personas obligadas a hacer lo que él les diga o cuya muerte simplemente ordenará sin inmutarse.

Cualquiera que viera a Pestek caminar erguido y fiero, con su gorra calada y las manos a la espalda, creería que es un ser indestructible. En Auschwitz casi nada es lo que parece: no lo pueden saber, pero por dentro el SS se resquebraja. Desde hace semanas, no puede quitarse de la cabeza a una mujer.

En realidad, es una muchacha muy joven, ni siquiera ha cruzado una palabra con ella y no sabe ni su nombre. La vio un día que le tocó supervisar un grupo de trabajo. Aparentemente, era una judía como otra cualquiera: vestida con ropas astrosas, pañuelo en la cabeza y rostro delgado. Pero hizo un gesto aparentemente nimio que lo hipnotizó: tomó uno de los bucles rubios que le caían encima de los ojos y lo desenrolló hasta llevárselo a los labios para mordisquearlo. Era un gesto intrascendente, algo que ella hacía de manera inconsciente, pero que sin ella saberlo la hacía única. Viktor Pestek se ha enamorado de ese gesto.

Se fijó mejor en ella: tenía un rostro agradable, un precioso pelo dorado, una vulnerabilidad de jilguero en una jaula. Y ya no pudo dejar de mirarla durante todo el tiempo que estuvo al mando de la guardia. Ha intentado

acercarse a ella en un par de ocasiones, pero no se ha decidido a hablarle. Ella parecía tenerle miedo. No le extraña.

Cuando se apuntó a la Guardia de Hierro rumana, aquello le pareció fantástico: te daban un uniforme marrón claro muy vistoso, te llevaban al campo a cantar canciones patrióticas, te hacían sentir importante. Al principio, incluso era divertido tirarles abajo las chabolas infectas a los gitanos que merodeaban por las afueras.

Después las cosas se fueron complicando. De las peleas con las manos pasaron a las cadenas. Luego llegaron las pistolas. Él tenía algunos conocidos gitanos, pero sobre todo tenía amigos judíos. Como Ladislaus. Iba a su casa y hacían juntos los deberes del colegio o se iban a coger castañas al bosque. Un día, casi sin darse cuenta, tenía en la mano una antorcha y le estaba pegando fuego a la casa de Ladislaus.

Pudo haberse echado atrás, pero no lo hizo. La paga en las SS era buena. La gente le daba palmadas en la espalda. Su familia estaba orgullosa de él por primera vez en su vida, cuando volvió de permiso a casa incluso lo llevaron a hacerse un retrato de uniforme para ponerlo en el mueble del comedor.

Y un día lo destinaron a Auschwitz.

Ahora ya no está tan seguro de que su familia se sintiera tan orgullosa si supieran que su trabajo consiste en obligar a la gente a trabajar hasta reventar, conducir a niños a cámaras de gas, golpear a sus madres si se resisten. Le parece que todo es un disparate, y a veces tiene el temor de que se le empiece a notar. En un par de ocasiones, algún oficial le ha dicho que debe ser más duro con los internos.

No tiene guardia asignada, y en el campo familiar la comandancia no permite a los SS pulular por la zona cuando están fuera de servicio, pero el sargento del puesto de control es amigo suyo. Pasa sin problema, los guardias se cuadran en su presencia. Eso le gusta.

Están terminando el recuento de la tarde. Él sabe a qué grupo pertenece la muchacha checa y, cuando su formación rompe filas, la detecta entre la riada de mujeres. Se va hacia ella, pero la chica lo ve venir y aprieta el paso. Él acelera las zancadas y no le queda más remedio que tomarla con fuerza de la muñeca para que se detenga. Tiene unos huesos estrechos y una piel

áspera, pero tenerla tan cerca le llena de una rara alegría. Por fin, ella levanta la cara y lo mira por primera vez. Tiene unos ojos azules muy brillantes y el gesto atemorizado. Ve que otras internas se han detenido a unos pocos pasos. El SS se gira con gesto amenazante y el grupo de mirones se disuelve inmediatamente. Causar miedo en los demás es cómodo y resulta fácil acostumbrarse a ello.

—Me llamo Viktor.

Ella permanece callada y él se apresura a soltarle la muñeca.

—Disculpa, no pretendía asustarte. Yo sólo..., quería saber tu nombre.

La muchacha tiembla ligeramente y casi no le salen las palabras de la boca.

—Me llamo René Naumann, señor —responde—. ¿He hecho algo malo? ¿Me va a castigar?

—¡No, no! ¡Nada de eso! Yo únicamente te vi... —El SS duda, no encuentra las palabras—. Yo sólo quería ser tu amigo.

René lo mira con una cara de extrañeza.

¿Amigo? A un SS puedes obedecerlo, puedes adularlo o hacerte su confidente para obtener beneficios, incluso puedes convertirte en su amante. Pero ¿se puede ser amigo de un SS? ¿Se puede ser amigo de tu propio verdugo?

Como ella sigue mirando con un gesto de perplejidad, sin decir nada, Pestek agacha la cabeza y le habla en voz baja.

—Sé lo que piensas. Piensas que soy otro más de esos pirados de las SS. Bueno, lo soy. Pero no estoy tan loco. No me gusta todo esto que os está pasando. Me produce asco.

René no abre la boca. No entiende a qué viene todo eso, está confusa. Ha oído hablar demasiadas veces de guardias que simulan abominar del Reich para ganarse la confianza de los internos, fingirse amigos suyos y sonsacarles información sobre la Resistencia. Tiene miedo.

El suboficial saca de su bolsillo un bulto pequeño y se lo tiende. Es un cuadrado de madera lacada. El guardia se lo intenta poner en la palma de la mano, pero ella retrocede.

—Es para ti. Es un regalo.

Ella mira con desconfianza el bulto amarillo y él levanta una pequeña tapa. Empieza a sonar una tonadilla metálica y dulzona.

—¡Es una caja de música! —le dice satisfecho.

René observa unos segundos el objeto que le tiende, pero no hace el más mínimo ademán de cogerlo. Él asiente con la cabeza muy sonriente, esperando su reacción entusiasta.

René no muestra entusiasmo. Su boca está recta. Sus ojos no hablan.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —le pregunta azorado.

—No se come —le responde. Su voz raspa, más incluso que esa brisa fría de febrero que lo araña todo.

Pestek se siente turbado al darse cuenta de su estupidez. Ha estado una semana buscando en el mercado negro una caja de música. Ha ido y venido, ha tratado con compañeros de las SS y con judíos traficantes de toda laya hasta dar con una. Ha sobornado, ha rogado y ha amenazado. Ha buscado y rebuscado hasta conseguirla. Y sólo ahora se da cuenta de que es un regalo inútil. En un lugar donde la gente pasa hambre y frío, a él lo único que se le ocurre regalarle a la muchacha es una estúpida caja de música.

No se come...

Cierra la mano y aprieta tanto el puño que se oye el crujido de la cajita musical, que ha aplastado como si fuera un gorrión.

—Discúlpame —le dice apesadumbrado—. Soy un completo imbécil. No me doy cuenta de nada.

A René le parece que el SS se queda realmente abatido, como si su desazón no fuera fingida y de verdad le importara lo que pensase de él.

—¿Qué te gustaría que te trajera?

Ella se queda callada. Sabe que hay chicas que venden su cuerpo por una ración de pan. Su cara muestra una indignación tan evidente que Pestek se da cuenta de que vuelve a equivocarse.

—No me malinterpretes. No quiero nada a cambio. Sólo quiero hacer algo bueno en medio de todo lo malo que hacemos aquí todos los días.

René permanece en silencio. El SS se da cuenta de que no va a ser fácil ganarse su confianza. La muchacha se tira de uno de los rizos y se lo lleva hasta la boca en ese gesto que él adora.

—¿Querrás que vuelva a verte otro día?

Ella no responde. La mirada de la muchacha vuelve a peinar el barro del campo. Él es un SS, puede hacer lo que quiera, no necesita pedirle permiso para hablarle. O para lo que quiera. Ella no autoriza nada, pero Pestek está tan entusiasmado que interpreta el silencio como una discreta afirmación.

Al fin y al cabo, no ha dicho que no.

Sonríe con alegría y le hace un torpe gesto de despedida con la mano.

—Hasta pronto..., René.

Ve marcharse a ese desconcertante SS y se queda mucho rato sin moverse de allí, tan perpleja por lo sucedido que no sabe ni qué pensar. Sobre el barro negro quedan flotando engranajes plateados, muelles y astillas doradas.

A Dita no le está resultando fácil. La ausencia de su padre le pesa insoportablemente. Se mueve por el campo con la lentitud del que arrastra una bola de hierro encadenada al tobillo. ¿Cómo puede pesar físicamente lo que ya no está? ¿Cómo puede pesar el vacío?

Pues pesa.

Esa mañana, casi no podía ni bajar de la litera. Lo ha hecho tan lentamente que ha sacado de sus casillas a su malcarada compañera de jergón. Al verse obstaculizada por aquella especie de perezoso que bajaba de la litera a cámara lenta, ha empezado a blasfemar de la manera más sucia que Dita hubiera oído nunca. En otro momento se habría asustado ante el furor de la veterana, pero no tenía energía ni para asustarse. Ha girado la cabeza y la ha mirado tan fijamente y con tanta indiferencia que la otra, inesperadamente, se ha quedado callada y no ha dicho nada más hasta que Dita ha terminado de bajar lentamente.

Tras el recuento de la tarde y la orden de romper filas, los niños del 31 se marchan bulliciosamente para jugar o ir al encuentro de sus padres. Ella empieza a recoger los libros con una lentitud vegetal y llega arrastrando los pies hasta el cuarto del Blockältester para ocultarlos. Fredy está revisando algunos paquetes que han llegado medio despanzurrados, pero donde todavía se podrá encontrar algo para animar la comida del sabbat en el barracón.

—Guardaba algo para ti —le dice Hirsch—. Para cuando tengas que reparar tus libros.

Le alarga unas coquetas tijeras escolares azules de punta redonda; no debe de haberle resultado nada fácil conseguir ese material tan excepcional en el *lager*. El director se marcha inmediatamente para que ella no le dé las gracias.

Decide aprovechar para recortar los hilos sueltos de ese viejo libro en checo. Prefiere quedarse a hacer cualquier tarea en el bloque 31 porque sabe que su madre está acompañada por la señora Turnovská y algunas conocidas de Terezín, y ella no tiene ganas de ver a nadie. La muchacha esconde todos los volúmenes menos esa novela desvencijada. Coge del hueco una bolsita de terciopelo atada con un cordón donde guarda su pequeño botiquín bibliotecario. La bolsita contenía cuatro peladillas, que se usaron como premio en un disputadísimo certamen de palabras cruzadas y que sus ganadores celebraron con un alborozo descomunal. A veces se acerca la bolsa a la nariz y aspira el olor maravilloso de las peladillas.

Se va al rincón de las tablas y se aplica a la tarea con esmero. En primer lugar, recorta los hilos sobrantes con su nueva tijera. Después, como si suturase una herida abierta, recose con una rudimentaria aguja e hilo algunas páginas que están a punto de soltarse. El resultado no es muy estético, pero las hojas quedan bien sujetas. También aplica tiras de esparadrapo a las hojas rajadas, y el libro deja de ser un objeto a punto de desmenuzarse.

Ella quiere escapar de la odiosa realidad de ese campo que ha matado a su padre y sabe que un libro es una trampilla que conduce a un desván secreto: la abres y te metes dentro. Y tu mundo es otro.

Duda un momento si debe o no leer ese libro deshojado inapropiado para señoritas, según Hirsch, titulado *Las aventuras del bravo soldado Svejek*. Pero la duda le dura menos que el cazo de sopa del mediodía.

Al fin y al cabo ¿quién ha dicho que quiera ser una señorita?

En todo caso, querría ser investigadora de microbios o piloto de avión, pero no una cursi que lleva vestidos con volantes y medias blancas de canalé.

El autor sitúa la acción en la Praga de la Gran Guerra y describe al protagonista como un individuo gordinflón y parlanchín que, después de haberse librado ya una vez de ingresar en el ejército —«exento por imbecilidad»—, es nuevamente convocado para el reclutamiento y se presenta en silla de ruedas, supuestamente aquejado de reuma en las rodillas. Un pícaro aficionado a comer y a beber todo el licor que puede, y a trabajar lo menos posible. Se llama Svejk y se gana la vida cazando perros callejeros y revendiéndolos como si fueran de raza. Habla con todo el mundo muy educadamente y demuestra una enorme bondad en sus gestos y en su mirada afable. Ante cualquier cosa que se le requiera, siempre tiene alguna historia o anécdota que ilustra el asunto, aunque muchas veces no venga al caso ni nadie le haya pedido escucharla. Y una cosa que deja perplejo a todo el mundo es que cuando alguien lo ataca, le grita o lo insulta, él, en vez de replicar, le da la razón al otro. Así consigue que lo dejen estar, convencidos de que es un idiota de remate.

—¡Es usted un completo imbécil!

—Sí, señor, dice usted una gran verdad —replica él con su tono más dócil.

Dita echa de menos al doctor Manson, a quien había acompañado en sus lecturas por los pueblos mineros de las montañas de Gales, o incluso a Hans Castorp, plácidamente tumbado en su *chaise longue* frente a los Alpes. Ese libro está empeñado en atarla a Bohemia y a la guerra. Deja resbalar los ojos sobre las hojas y no entiende muy bien lo que ese autor checo del que nunca había oído hablar le quiere contar. Un oficial desesperado reprende al soldado protagonista, un pobre diablo barrigudo, zarrapastroso y tirando a bobalicón. No le gusta, la situación resulta decadente. A ella le gustan los libros que agrandan la vida, no los que la achican.

Pero hay algo en ese personaje que le resulta familiar. Y, de todas maneras, el mundo allá afuera es mucho peor, así que prefiere permanecer acurrucada en su taburete concentrada en su lectura y que los profesores que están de tertulia no reparen mucho en su presencia.

Más adelante, se topa a Svejk vestido desgarbadamente de soldado bajo bandera del Imperio austrohúngaro, pese a la poca gracia que les hacía a los

checos, al menos a las clases populares, estar bajo las órdenes de los estirados germanos en la primera guerra mundial.

—Y cuánta razón tenían —se dice Dita.

Ejerce de asistente del teniente Lukás, que le grita, lo llama animal y le da algún pescozón cada vez que lo saca de quicio. Porque lo cierto es que Svejk tiene una gran facilidad para complicarlo todo, extraviar los documentos que se le confían, ejecutar las órdenes al revés y poner al oficial en ridículo, aunque el bravo soldado siempre lo haga todo, aparentemente, con su mejor intención y con maneras bondadosas, pero con escaso cerebro. A esas alturas del libro, Dita todavía no acierta a distinguir si Svejk se hace el tonto o realmente es tonto de remate.

Le cuesta entender lo que el autor quiere contar. El estrafalario soldado responde de manera tan minuciosa y pormenorizada a las preguntas e indicaciones de su superior que las respuestas se alargan, se eternizan, se ramifican en divagaciones y pequeñas historias de parientes o vecinos que el soldado, con toda seriedad, va introduciendo en su razonamiento de la manera más absurda: «Conocí a un tal Paroubek que tenía una taberna en Lieben. Una vez se le emborrachó de ginebra un telegrafista y, en lugar de entregar los mensajes de pésame de un pobre señor fallecido, les llevó a sus familiares la lista de precios de los licores que había sobre la barra. Y fue un gran escándalo. Sobre todo porque hasta entonces nadie había leído la lista de precios del bar, y al parecer el bueno de Paroubek cobraba siempre unos céntimos de más en cada copa, aunque después explicó que todo era para obras de caridad...».

Las anécdotas que ilustran sus explicaciones resultan tan largas y surrealistas que el teniente termina gritándole que se esfume: «¡Quítese de mi vista, pedazo de animal!».

Y se sorprende a sí misma soltando una risita al imaginarse la cara del teniente. En seguida se regaña. ¿Cómo puede hacerle gracia un personaje tan estúpido? Incluso se pregunta por un instante si es lícito reír después de todo lo que ha pasado, con todo lo que sigue pasando.

¿Cómo se puede reír mientras hay seres queridos que mueren?

Y piensa por un momento en Hirsch, que tiene esa perpetua sonrisa enigmática. Y de repente tiene una revelación: la sonrisa de Hirsch es su

victoria. Su sonrisa le dice al que tiene enfrente: conmigo no puedes. En un lugar como Auschwitz donde todo está diseñado para hacer llorar, la risa es un acto de rebeldía.

Y se va detrás de ese zopenco de Svejek para seguir sus trapacerías. Y en ese momento tan oscuro de su vida en que no sabe hacia dónde tirar, se coge de la mano de un pícaro y él tira de ella para hacerla seguir adelante.

Al volver hacia su barracón ya ha anochecido y un viento gélido con aguanieve le agujonea la cara. Aun así, se siente mejor, con más ánimos. Aunque la alegría, en un lugar como Auschwitz, es un parpadeo. Alguien que viene de frente está silbando unos compases de Puccini.

—Dios mío —susurra Dita.

Aún le faltan varios barracones y, en esa zona, el centro de la calle está poco iluminado, así que se mete precipitadamente en el primero que tiene delante con la esperanza de que no la haya visto. Entra con tanto ímpetu que arrolla a un par de mujeres y cierra de un portazo.

—¿Qué haces entrando a lo loco?

Dita tiene los ojos muy abiertos por el espanto y señala afuera.

—Mengele...

Entonces las mujeres pasan de la irritación a la alarma.

—¡El doctor Mengele! —susurran.

El mensaje se contagia litera a litera entre murmullos y las conversaciones se van apagando.

—El doctor Muerte...

Algunas mujeres se ponen a rezar. Otras piden silencio para ver si oyen algo afuera. A través de la lluvia se filtra tenuemente una musiquilla aguda.

Una de ellas explica que la fijación del doctor Mengele por el color de los ojos es obsesiva.

—Cuentan que un médico judío prisionero llamado Vexler Jancu ha visto en el despacho de Mengele del campo de los gitanos una mesa de madera con muestras de ojos.

—Yo he oído decir que pincha en un corcho de la pared los globos oculares como si fueran una colección de mariposas.

—A mí me contaron que cosió a unos niños por el costado. Llegaron de regreso a su barracón caminando cosidos. Gritaban de dolor y apestaban a

carne gangrenada. Murieron esa misma noche.

—Pues yo oí que investigaba cómo esterilizar a las mujeres judías para que no tuviéramos más hijos. Les aplicaba radiación en los ovarios y luego se los extirpaba para investigar el efecto. Ni siquiera utilizaba anestesia, el hijo de Satanás. Los gritos de las mujeres ensordecían.

Alguien pide silencio. La musiquilla parece alejarse.

Empieza a oírse una orden que va rebotando por las gargantas en una carrera de relevos que recorre el campo BIIb: «¡Gemelos al bloque 32!». Los internos que estén en la calle tienen orden de rebotar la orden, y si no lo hacen puede que los castiguen severamente; la ejecución es una posibilidad que siempre está muy presente en Auschwitz. Estén donde estén, los hermanos Zdenek y Jirka y las hermanas Irene y René deben presentarse inmediatamente en el barracón-hospital.

Josef Mengele se licenció en Medicina por la Universidad de Múnich y desde 1931 militó en formaciones cercanas al partido nazi. Fue discípulo del doctor Ernst Rudin, uno de los principales defensores de la idea de destruir la vida sin valor y uno de los artífices de las leyes de esterilización obligatoria dictadas por Hitler en 1933 para personas con deformidades, minusvalías psíquicas, depresión o alcoholismo. Consiguió que lo destinaran a Auschwitz, donde tenía un arsenal humano a su disposición para sus experimentos genéticos.

La madre de los chicos los acompaña calle arriba. No puede quitarse de la cabeza las historias sangrientas sobre el doctor Mengele. Ha de morderse el labio para no llorar mientras ellos caminan alegremente, saltando de charco en charco sin que su madre tenga coraje para decirles que dejen de salpicarse de barro. El labio le sangra.

En el control de entrada del campo, los entrega a un SS y los ve atravesar la puerta metálica para encaminarse hacia el laboratorio del médico nazi. Piensa que tal vez no vuelva a verlos nunca más o que cuando retornen tengan un brazo de menos, las bocas cosidas o cualquier otra deformidad provocada por las ideas estrambóticas de ese demente. Pero nada puede hacerse, porque negarse a cumplir la orden de un oficial está penado con la muerte. A veces es el propio Mengele el que ocupa una sala

del bloque médico del barracón 32 y otras, las que más teme, se llevan a los niños a su laboratorio.

Hasta entonces, los chicos han vuelto bien de sus estancias con el doctor, incluso contentos, después de estar allí algunas horas y volver con la salchicha o el trozo de pan que les ha regalado el tío Josef, incluso dicen que es muy simpático y que les hace reír. Han explicado que les miden la cabeza, que les piden que realicen el mismo movimiento juntos y separados, que les hacen sacar la lengua. A veces no tienen ganas de explicar nada y eluden las preguntas de sus padres sobre lo que acontece en esas horas opacas en el laboratorio. La mujer se vuelve al barracón con un nudo de alambre de espino en la garganta. Las piernas le tiemblan igual que si fueran cuerdas de guitarra.

Dita suspira aliviada porque esa noche no era a ella a quien buscaba. La interna que cuenta con más detalle las historias de Mengele es una mujer de pelo blanco estropajoso que se le escapa por debajo de su pañuelo. Parece saber mucho sobre él. Por eso se acerca hasta ella.

—Disculpe, le quería consultar algo.

—Dime, muchacha.

—Verá, tengo una amiga que fue amonestada por Mengele...

—¿Amonestada?

—Sí, avisada de que la estaría vigilando.

—Malo...

—¿Qué quiere decir?

—Cuando merodea a alguien es como las aves de rapiña cuando revolotean sobre la presa: la tienen en el punto de mira.

—Pero con tanta gente que hay aquí, tantos asuntos de los que se ocupa...

—Mengele nunca olvida una cara. Yo lo sé.

Al decirlo se pone extremadamente seria y se queda callada. De repente ya no quiere hablar más, un recuerdo la ha hecho enmudecer por un momento.

—Que huya de él como de la peste, que no se ponga en su camino. Los jefes nazis practican rituales de magia negra, yo lo sé. Se internan en el bosque y celebran misas negras. El jefe de las SS, Himmler, no toma nunca

una decisión sin consultar a su vidente. Es gente que está del lado oscuro, yo lo sé. Pobre del que se ponga en medio de su camino. Su maldad no es de este mundo, viene del infierno. Yo creo que Mengele es el ángel caído. Es el propio Lucifer, que se ha metido en un cuerpo de hombre. Si va a por alguien, que Dios se apiade de su alma.

Dita asiente con la cabeza y se marcha en silencio. Si Dios existe, el diablo también. Son viajeros de la misma línea férrea: uno en una dirección y el otro en la opuesta. De alguna manera, el bien y el mal se contrapesan. Casi se puede decir que se necesitan: ¿cómo sabríamos que lo que hacemos es el bien si no existiera el mal para que pudiéramos comparar y ver la diferencia?, se pregunta. Piensa que, realmente, en ningún otro lugar del mundo se encontraría el demonio tan a sus anchas como en Auschwitz.

¿Lucifer silbaría arias de ópera?

Es noche cerrada y ya sólo silba el viento. Un escalofrío la recorre por dentro. Ve a alguien cerca de la valla, bajo un haz de luz. Las farolas en Auschwitz tienen una extraña forma curvada, como de serpientes. Es una mujer que habla con alguien al otro lado. Le parece que es una de las asistentes, la mayor de todas y la más guapa, llamada Alice. Una vez estuvo con ella de guardia en la biblioteca. Le contó que conocía al registrador Rosenberg y le recalcó varias veces que sólo eran amigos, como si a ella le importase.

Se pregunta de qué hablarán. ¿Queda algo ya que decir? Tal vez sólo se miren y se digan palabras bonitas de esas que se dicen los enamorados. Si Rosenberg fuera Hans Castorp y Alice fuera Madame Chauchat, él se arrodillaría al otro lado de la valla y le diría: «Te he reconocido», como le dijo en la noche de carnaval en la que por fin fue sincero con ella. Le explicó que enamorarse era ver a alguien y de repente reconocerlo, saber que ésa es la persona a la que uno siempre ha estado esperando. Se pregunta si alguna vez ella tendrá ese tipo de revelación.

Piensa de nuevo en Rosenberg y Alice. ¿Qué relaciones se pueden mantener con alguien que está al otro lado de una valla? No está muy segura. En Auschwitz las cosas más extrañas son lo normal. ¿Sería ella capaz de enamorarse de alguien que estuviera al otro lado de una reja? Aún más: en ese lugar infernal donde los nazis son enviados de Satán, ¿el amor

puede crecer en alguna parte? Pues parece que sí, porque Alice Munk y Rudi Rosenberg están allí desafiando el frío y la ventisca, tan quietos como si hubieran echado raíces en el suelo.

Dios ha permitido que exista Auschwitz, así que quizá no es un relojero infalible, como le han contado. Pero también es verdad que en el estiércol más pestilente nacen las flores más hermosas. Quizá, se va diciendo Dita, Dios no sea relojero sino jardinero.

Dios siembra y el diablo siega con una guadaña que lo quiebra todo.

¿Quién ganará esta partida de locos?, se pregunta.

16

Mientras camina hacia el barracón-taller de su padre, el profesor Ota Keller va pensando en cuál de las varias historias que tiene en la cabeza va a contarles esa tarde a los chicos. Algún día le gustaría reunir esas historias de Galilea que él inventa para distraer a los niños del bloque 31 y publicar un libro con ellas.

¡Hay tantas cosas por hacer!

Pero están atrapados por la guerra. Hubo un tiempo en que creía en las revoluciones y en que podía haber una guerra justa.

Hace ya tanto de eso...

Aprovecha el descanso de la comida para visitar a su padre, que toma la sopa frente al taller donde remacha cintas de colgar cantimploras para el ejército alemán. Está mayor y despojado de todo lo que fue antes de la guerra, pero el viejo señor Keller no ha perdido las ganas de vivir. Todavía la semana anterior tuvo el arranque de ofrecerse como tenor para dar un pequeño concierto en el fondo del barracón antes del toque de silencio. Y Ota reconoce que, aunque la voz le ha menguado, sigue entonando como un profesional del canto. Los hombres lo escuchaban complacidos, incluso divertidos. Debían de pensar que era un viejo bohemio, tal vez un artista de segunda fila ya jubilado y un tanto tronado. Pocos sabían que Richard Keller había sido hasta hacía muy poco un importante empresario de Praga, propietario de una boyante fábrica de ropa interior femenina que daba trabajo a cincuenta personas.

Aunque se ocupaba de manera meticulosa de las finanzas de la fábrica, su pasión siempre fue la ópera. Algunos empresarios arrugaban la frente al saber la desmedida afición por los gorgoritos del señor Keller, que incluso

tomaba clases. ¡A su edad! Lo comentaban con cierto desdén en las tertulias de su club, no les parecía propio de un empresario serio.

A Ota, en cambio, le parece que su padre es el hombre más serio del mundo, por eso nunca deja de cantar, ya sea en voz alta o por lo bajo. Cuando el emisario del Consejo Judío comunicó a la mitad de su camareta de Terezín que los deportaban a Auschwitz, unos chillaron, otros lloraron, alguno empezó a golpear la pared con los puños. Su padre se puso a entonar en voz bajita una aria de Rigoletto, el instante en que raptan a Gilda y al duque de Mantua le embarga la pena: «*Ella mi fu rapita! Parmi veder le lagrime*»... Su voz era la más grave de todas, la más dulce. Tal vez por eso, poco a poco, se fue haciendo el silencio hasta que sólo quedó su voz.

El señor Keller le guiña el ojo al verlo. El viejo perdió su fábrica y su casa, requisadas por los nazis, también su dignidad de ciudadano de primera clase, metido ahora en aquel camastro mugriento infestado de chinches, pulgas y piojos. Pero no ha perdido su fuerza interior ni sus ganas de bromear, como cuando le dice que las prendas que hacían en su fábrica — refiriéndose a los ligeros y los picardías— eran para algunas mujeres su ropa de trabajo.

Como ve que su padre se encuentra bien y está conversando con otros compañeros del taller, comentando los fallecimientos del día en lo que ya se ha convertido en un hábito necrológico, se vuelve hacia el 31. Echa un vistazo a la gente, a esa hora en que los internos se sientan unos minutos a apurar su escudilla, y el panorama resulta triste: personas escuálidas vestidas como mendigos. Nunca pensó que algún día vería así a los suyos, pero cuanto más derrotados los ve, más se despierta su conciencia judía.

Había quedado atrás el tiempo de la adolescencia en el que se dejó fascinar por las enseñanzas de Karl Marx, cuando creía que la internacionalización y el comunismo eran la respuesta a todos los problemas de la historia. Al final, su mente racional y libre terminó encontrando muchas más preguntas que respuestas. Hubo un momento en que no sabía exactamente adónde pertenecía: era hijo de un burgués, flirteaba con el comunismo de salón, era checo de lengua alemana y también judío. Cuando los nazis entraron en Praga y empezaron a arrinconar a los judíos, Ota por fin se dio cuenta de cuál era su lugar en el

mundo: la tradición milenaria y la sangre le unía mucho más a los judíos que a cualquier otro colectivo. Y si tenía alguna duda de quién era, los nazis se encargaron de coserle una estrella amarilla en el pecho, para que no lo olvidase ni un segundo de su vida.

Por eso se unió a los sionistas y se hizo un miembro activo del movimiento Hachshara, que preparaba a los jóvenes para la *aliyá*: el retorno a la tierra de Israel. Recuerda con placer y un punto de melancolía aquellas excursiones en las que nunca faltaba una guitarra y un tiempo para las canciones. Había en aquella fraternidad de *boy scouts* algo del espíritu primitivo que él había buscado: una comunidad de mosqueteros donde estaban uno para todos y todos para uno.

Fue en aquellas noches relatando cuentos de miedo alrededor del fuego cuando empezó a inventar sus primeras historias. En aquel tiempo coincidió en alguna ocasión con Fredy Hirsch. Le parecía que era de los que no tenían grietas en sus convicciones. Por eso se sentía orgulloso de estar a sus órdenes en ese bloque 31 que se había convertido en una arca de Noé para los niños en aquel diluvio de humillaciones.

No son buenos tiempos...

Pero Ota es una persona optimista. Ha heredado de su padre el irónico sentido del humor y se niega a pensar que no vayan a salir de ese bache después de una historia plagada de socavones. Y para quitarse los malos pensamientos de encima vuelve a pensar en ese cuento que va a relatarles, porque los cuentos no han de cesar para que la imaginación no pare y los niños sigan soñando.

Eres lo que sueñas, se dice Ota.

Ota Keller tiene veintidós años, pero por su aplomo parece mayor. Ha contado ya muchas veces la historia del pícaro comerciante de flautas mudas que viaja por los caminos de Galilea, pero no regatea entusiasmo a la hora de relatar el cuento de ese mercader que vende flautas sin agujeros porque de ese modo el sonido magnífico que producen sólo se oirá en el cielo...

—¡Y no son pocos los que le compran la mercancía! Hasta que su cliente es un niño.

Es una historia que ha inventado él mismo, así que si olvida algún detalle, lo cambia por otro. Cuando llega al final del cuento, los niños salen hacia la puerta en estampida con esa urgencia repentina de la infancia. Se vive cada minuto intensamente porque el presente lo es todo. Ota los ve alejarse y también ve pasar hacia la salida, como un meteorito, a una asistente cuya media melena se bambolea al ritmo de sus pasos.

La bibliotecaria de las piernas delgadas siempre va corriendo...

Le parece que es una muchacha con cara de ángel, pero por su manera enérgica de moverse y de gesticular cree que han de llevársela todos los demonios si no consigue salirse con la suya. Se ha dado cuenta de que ella no suele hablar con los profesores, les deja los libros y se los recoge con un gesto de cabeza, siempre con prisa. O piensa que tal vez sea la timidez lo que le hace fingir que tiene mucha prisa.

Dita, efectivamente, sale a toda velocidad del barracón. No quiere tropezarse con nadie porque lleva bajo el vestido dos libros y es un material inflamable.

Esa tarde, al ir a retornar los libros que le quedaban por guardar, ha encontrado cerrado el cuarto de Fredy Hirsch y, a pesar de que ha llamado reiteradamente a la puerta, nadie ha abierto. En la esquina donde los profesores se sientan en un claustro de taburetes a charlar, ha encontrado a Miriam Edelstein. Le ha dicho que el comandante Schwarzhuber había reclamado de improviso a Hirsch y que éste se habrá olvidado de dejarle a ella la llave del cuarto. Miriam se aparta un poco del grupo y le pregunta en voz baja qué piensa hacer con el par de libros que no se recogieron al acabar las clases de la mañana.

—No se preocupe, yo me hago cargo.

Miriam asiente. Le pide con la mirada que tenga cuidado.

Dita no da más explicaciones. Esa es su potestad de bibliotecaria. Los dos libros que lleva encima en sus bolsillos secretos dormirán esa noche con ella. Es peligroso, pero no se fía de dejarlos por el barracón.

Casi todos los alumnos se han dispersado, y algunos tutores se han llevado a otros a practicar actividades deportivas a la trasera del barracón. Dentro del bloque 31 queda únicamente un grupo de chicos y chicas de edades mezcladas que está escuchando atentamente al profesor Ota Keller.

A Dita le impone ese joven profesor que sabe tantas cosas y habla de esa manera tan irónica. Está a punto de quedarse a oír lo que les cuenta, le parece que es algo de Galilea, pero tiene una cita con un pícaro llamado Svejek. No obstante, oye algunas de las palabras del profesor y se queda sorprendida por lo que está contando, porque no es ninguna lección de política o historia, que son sus materias habituales de las mañanas, sino una fábula. Además, le resulta llamativa la manera tan apasionada con que Keller relata la historia. Le parece fascinante que ese joven tan culto y serio sea capaz de ponerse a contar cuentos con tal entusiasmo.

El entusiasmo es muy importante para ella. Necesita entusiasmarse con las cosas para seguir adelante. Por eso se dedica en cuerpo y alma a la tarea de distribuir los libros; los de papel por las mañanas, en las horas de estudio, y los libros vivientes por la tarde, cuando el ambiente es más relajado; para esto último, ha organizado la rotación de los profesores, que se han convertido en libros que hablan, incluso a veces gritan y hasta dan pescozones a los niños que no atienden.

La discreción imponía que ese par de libros que no se han guardado en el escondite no salieran de debajo de su vestido hasta la mañana siguiente. Pero no ha podido resistir la tentación de ver en qué anda su amigo Svejek y se va a leer a las letrinas, un barracón provisto de larguísimas hileras de agujeros negros como bocas fétidas.

Encuentra acomodo en un recoveco discreto que hay en una de las esquinas. Le parece que a Svejek y a su creador, el escritor Jaroslav Hasek, les habría parecido un lugar de lo más pertinente para su lectura. En la introducción a la segunda parte del libro, el autor opina que «las personas que se enfadan por las expresiones malsonantes son cobardes, pues la vida real los sorprende. Se cuenta de san Luis en el libro del monje Eustaquio que, cuando oía que un hombre soltaba sus vientos con estrépito, empezaba a llorar y sólo conseguía calmarse rezando. Hay una serie de personas que desearían transformar la República Checa en un gran salón con parquet por el que habría que ir con frac y guantes. Un lugar donde se guardarían las delicadas costumbres del gran mundo y, bajo su protección, los finos lobos podrían entregarse a los peores vicios y excesos».

Aquí, con cuatrocientos retretes funcionando por las mañanas a pleno rendimiento, el pobre san Luis tendría mucho que rezar.

Sale de las letrinas cuando ya es noche cerrada y ha de caminar con tiento porque el suelo se está helando. De noche, Auschwitz-Birkenau es un sitio fantasmagórico donde las hileras de barracones de los sucesivos campos se han convertido en masas oscuras mal iluminadas por las farolas, que marcan líneas de luz geométricas en una cuadrícula interminable. El silencio es una buena noticia, no hay rastro de la musiquita siniestra de Mengele.

Al llegar a su barracón se acerca a su madre. Dita es parlanchina y suele contar anécdotas o travesuras de los niños del bloque 31, pero esa tarde llega muda. Liesl, al abrazarla, nota los duros bultos de los libros bajo el vestido, pero tampoco dice nada.

Las madres siempre saben más de lo que sus hijos creen. Y en ese mundo cerrado las noticias saltan de litera en litera como los piojos.

Dita cree que protege a su madre al no contarle lo que hace en el 31. No sabe que es su madre la que la protege a ella. Liesl sabe que, fingiéndose ignorante de todo, Edita no se preocupa por el padecimiento de su madre y está más tranquila. No va a ser una carga para sus hombros adolescentes. Al menos, ese peso se lo va a quitar. Cuando Dita le pregunta si ha estado esa tarde conectada a Radio Birkenau, su madre finge enfadarse.

—No te burles de la señora Turnovská —le dice. En realidad, la hace feliz que Dita vuelva a bromear—. Hemos estado hablando de recetas de tartas. ¡Ella no conocía la de arándanos con ralladura de limón! Y hemos pasado una tarde muy agradable.

¿Una tarde muy agradable en Auschwitz?

Dita se dice para sus adentros que igual a su madre está empezando a írsele la cabeza, pero que quizá sea mejor así.

Han dejado atrás días muy duros en aquel horrible febrero.

—Aún falta una hora para el toque de queda. ¡Ve a visitar a Margit a su barracón!

Lo hace muchas tardes: echarla de allí, decirle que se vaya a charlar con sus amigas, hacer que no se quede encerrada en el barracón rodeada de viudas.

Cuando camina hacia el 8 va palpándose los libros, que se bambolean suavemente bajo el vestido, y pensando que en esas semanas su madre ha mostrado una sorprendente entereza.

Encuentra a Margit sentada al pie de unas literas junto a su propia madre y su hermana Helga, dos años menor. Saluda a la familia, y la madre, que sabe que las adolescentes están más a gusto solas hablando de sus cosas, dice que va a saludar a una vecina. Helga se queda, pero tiene los ojos entrecerrados, está casi dormida. Va muy cansada porque tuvo mala suerte en el reparto de tareas: la asignaron al grupo de los que acarrear piedras inútilmente para tratar de empedrar la calle principal del campo. Es un trabajo estéril. Cuando llegan por la mañana el suelo está tan helado que es imposible hincar las losas. Después, se funde la capa de hielo y el suelo se hace tan fangoso que se traga las piedras y las sepulta en el lodo hasta perderlas de vista. Al día siguiente vuelven a arrastrar más piedras para que se repita lo mismo.

Ese fango negro lo engulle todo.

Trabajar a la intemperie todo el día con ese desgaste físico, alimentándose sólo con la infusión de la mañana, la sopa del mediodía y el pedazo de pan de la noche, merma a cualquiera. Dita, con esa manía de poner apodos, la llama para sus adentros la Bella Durmiente, pero como una vez que se lo dijo a Margit vio que no le hacía ni pizca de gracia, no ha vuelto a llamarla así en voz alta. Pero eso es lo que es, una adolescente extremadamente delgada, casi extenuada, que se queda dormida de agotamiento en cuanto se sienta en cualquier parte.

—Tu madre nos ha dejado solas..., ¡qué considerada!

—Las madres saben lo que han de hacer.

—Cuando venía hacia aquí pensaba en la mía. Tú la conoces. Parece una mujer apocada. Pero es mucho más fuerte de lo que nunca hubiese imaginado. Después de lo de mi padre, ha continuado trabajando en ese apestoso taller sin quejarse nunca, ni siquiera se ha constipado en esa nevera de madera donde dormimos.

—Eso está bien...

—Una vez oí a un par de mujeres jóvenes que duermen cerca de nosotras..., ¿sabes cómo llamaban a mi madre y a sus compañeras?

—¿Cómo?

—El club de las gallinas viejas.

—¡Qué mala idea!

—Pero tienen razón: a veces se ponen a hablar todas a la vez desde sus camastros y se alborotan como gallinas en un corral.

Margit sonrío. Ella es muy prudente y no le parece bien burlarse de las personas mayores, pero le gusta ver bromear de nuevo a Dita. Es buena señal.

—¿Y de René qué sabes? —le pregunta. Y entonces Margit se pone seria.

—Hace días que me rehúye...

—¿Y eso?

—Bueno, no sólo a mí. En cuanto acaba la jornada, se va con su madre y no habla con nadie.

—Pero ¿por qué?

—La gente murmura...

—¿Cómo que la gente murmura? ¿De René? ¿Por qué?

Margit se siente un poco incómoda porque no encuentra las palabras precisas para contarlo.

—Mantiene relaciones con un SS.

Hay líneas rojas que no se pueden traspasar en Birkenau. Esa es una de ellas.

—¿No será un rumor? Ya sabes que la gente inventa muchas cosas...

—No, Dita. Yo la he visto hablar con él. Se quedan apoyados en el puesto de guardia de la entrada porque es un lugar al que la gente no suele acercarse. Pero desde el barracón 1 y desde el 3 se les ve perfectamente.

—¿Y se besan?

—¡Por Dios, espero que no! Sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

—Yo antes besaría a un puerco.

Margit se dobla de la risa y Dita se percata de que empieza a hablar como el bravo soldado Svejik. Lo peor de todo es que no le desagrada.

En ese momento, a unos barracones de distancia, René limpia de piojos la cabeza de su madre. Es un ejercicio que te hace tener las manos y la vista

ocupadas, pero que deja la mente libre.

Ya sabe que las otras mujeres la critican. A ella misma tampoco le parece bien aceptar la amistad de un miembro de las SS, incluso aunque sea alguien educado y atento como Viktor.

¿Viktor?

Amable o no, es un carcelero. Peor aún, un verdugo. Sin embargo, con ella se porta bien. Le ha regalado el peine fino con el que está liberando a su madre de la tortura de los piojos, que acaban por volverla a una loca con su picor en la cabeza día y noche. Le ha traído también un pequeño tarro de confitura de grosellas. ¡Hacía tanto que no probaban ese sabor! Su madre y ella untaron el pan apelmazado de la noche y cenaron a gusto por primera vez en meses. Esos aportes de vitaminas son los que pueden hacer que tu cuerpo no enferme y salves la vida.

¿Debería mostrarse arisca con ese muchacho de las SS que nunca le ha pedido nada a cambio? ¿Debería rechazar esas cosas y decirle que no quiere nada de él?

Sabe que muchas de las mujeres que la critican, si estuvieran en su misma situación, cogerían lo que pudieran. Sería por su marido, por sus hijos, o por lo que fuera. Pero lo cogerían. Es fácil ser honrado cuando no te ponen al lado un bote abierto de confitura de grosellas y una rebanada de pan para untar.

Él le dice que le gustaría que, cuando todo esto termine, pudieran ser novios. Ella nunca dice nada. Le habla de Rumanía, le cuenta cómo es su aldea y cómo celebran la fiesta mayor con carreras de sacos y un gran guiso de carne agridulce en la plaza. A René le gustaría odiarlo. Sabe que su obligación es odiarlo. Pero el odio se parece mucho al amor: tampoco puede elegirse.

Cae la noche en Auschwitz. Siguen llegando trenes en la oscuridad que depositan a más inocentes desorientados que tiemblan como hojas, y el fulgor rojizo de las chimeneas habla de hornos que no descansan. Los internos del campo familiar tratan de dormir en los jergones infestados de piojos y vencer al insomnio del miedo. Pero cada noche es una pequeña victoria.

Por la mañana, de nuevo el lavado de cara en esos abrevaderos metálicos, de nuevo la impudicia de bajarse las bragas y remangarse el vestido para hacer las necesidades junto a trescientas personas más. No huele a gloria. Después el recuento lentísimo en otro día gélido. Sube por el suelo un frío que convierte los zuecos en zapatos de hielo. Los guardias abandonan el campo con sus listados punteados de cruces sobre los números que no han ganado la partida a la noche, y la rutina humillante se alivia. Por fin, Fredy Hirsch cierra la puerta del barracón y arquea una ceja. El espectáculo de la vida puede empezar. Los chicos rompen filas bulliciosamente y ocupan sus taburetes, algunos profesores se pasan por la biblioteca y empieza un nuevo día en el 31.

Aunque ella lo que espera con anhelo es la sopa del mediodía. Reconforta. Y, además, marca el inicio de la tarde, cuando vuelve a compartir las peripecias de ese soldado manirroto y metepatas del que ya se ha hecho amiga. Uno de los oficiales austríacos al mando del batallón de Svejk es un cafre llamado Dauerling; sus superiores lo aprecian porque es muy severo con los soldados y los trata a golpes. «Poco después de nacer, Konrad Dauerling se arreó un golpe en la cabeza y todavía hoy en día puede verse en ella una planicie igual que un cometa que ha chocado con el Polo Norte. Todos dudaban de que, en caso de que sobreviviera a esa conmoción cerebral, pudiera llegar a hacerse algo de provecho de él. Sólo su padre, el coronel, mantuvo la esperanza y estaba convencido de que eso no podía perjudicarlo. En caso de que se recuperara, el pequeño Dauerling debería entrar en la carrera militar. Los cuatro cursos de la escuela primaria supusieron una lucha tremenda. Le dieron clases varios profesores particulares: uno de sus maestros envejeció y se volvió tonto antes de tiempo, mientras que otro quiso tirarse de la torre de San Esteban de pura desesperación. Por fin entró en la escuela de cadetes de Hainburg. Su necesidad era tan deslumbrante que justificaba su esperanza de llegar, al cabo de unos años, a la escuela teresiana de oficiales o al Ministerio de la Guerra».

Leer es una alegría.

Pero hay gente dispuesta a aguar cualquier fiesta. ¿Los aguafiestas son hijos de Dios o del diablo? La inquisitiva señora Pellejos, inconfundible con

su moño sucio y su muestrario de pieles bamboleantes, se asoma a su escondrijo. Y viene con otra profesora de ojos muy pequeños, casi microscópicos.

Las dos se plantan delante de Dita y, con gesto ceñudo, le piden que les muestre qué está leyendo. Les alarga el pliego de hojas y una de ellas toma el libro de manera demasiado enérgica. Las hojas se desencajan peligrosamente, y los débiles hilos que las atan al lomo están a punto de romperse. Dita tuerce el gesto, pero el debido respeto a los adultos le impide decirle lo que piensa sobre esa zopenca manera de tratar los libros.

La profesora lee y los ojos se le van abriendo. La piel flácida del cuello le palpita de indignación. A Dita le entran ganas de sonreír pensando que la cara de la señora Pellejos es la misma que pondrían alguno de los oficiales del regimiento de Svejka ante alguna de sus salidas.

—¡Esto es inaceptable e indecente! Una muchacha de su edad no puede leer estas aberraciones. Hay blasfemias inadmisibles.

Justo en ese momento salen del cuarto de Hirsch los dos subdirectores, Lichtenstern y Miriam Edelstein, sus jefes directos. La señora Krizková sonríe complacida ante el despliegue de autoridad, y les hace ademanes y aspavientos para que se acerquen urgentemente.

—Miren, esto pretende ser una escuela, por muy cochambrosa que sea. Ustedes, como subdirectores, no pueden permitir que la juventud lea este tipo de noveluchas zafias que atentan contra la buena educación y la decencia. Hay en este libro las mayores blasfemias que he escuchado en mi vida.

Para reafirmar sus palabras, les pide que escuchen cómo se falta al respeto al estamento eclesiástico y qué groserías se dicen acerca de un religioso, un ministro de Dios:

—«Está borracho como una cuba. Tiene grado de capitán. A todos estos capellanes militares, sean de la categoría que sean, Dios les ha dado el don de poder hartarse siempre de bebida hasta reventar. Yo estuve con un páter llamado Katz que por poco vende su propia nariz para beber. Vendió la custodia y nos bebimos todo lo que nos dieron por ella, y si alguien nos hubiera dado algo por Dios, también nos lo hubiéramos gastado en bebida».

La profesora cierra con violencia las hojas cuando se da cuenta de que a Lichtenstern está a punto de escapársele la risa y de que ha de esforzarse en poner cara seria. Dita no le quita ojo al sufrimiento de los descosidos del lomo, que en cualquier momento pueden quebrarse. La profesora afirma que es un asunto muy grave y que exige la prohibición de ese libro. La mujer sigue agitando las hojas en alto y vuelve a preguntarse qué clase de valores vamos a inculcar a nuestros jóvenes si permitimos la lectura de libros insensatos. Y Dita, harta de que menee el libro como si fuera una pala cazamoscas, se pone en pie como un resorte, se planta delante de ella, aunque sea quince centímetros más baja, y le pide, con palabras educadas pero con un tono que corta el hierro, que le permita el libro un momento...

—... Por favor.

Y recalca tanto el «por favor» que es como si le atizara con él en la cabeza. La profesora no se esperaba la reacción de la muchacha, que roza la impertinencia, y le tiende con cara de ofendida las maltrechas hojas sin entender qué quiere hacer.

Dita toma el libro amorosamente, acomoda los pliegos sueltos y entremete las páginas descabaladas. Se toma su tiempo, y los demás observan intrigados cómo se dedica a alisar hojas y a curar el libro como si se tratara de un herido de guerra. Hay en sus manos y en su mirada un tacto y un esmero tan respetuosos hacia el viejo volumen que ni la indignada profesora se atreve a decir nada. Pasa los dedos por las páginas para alisarlas con el mismo mimo con que una madre peinaría a su hija. Finalmente, una vez compuesto, lo abre con cuidado. Dirigiéndose a un Lichtenstern con cara circunspecta y a una Miriam Edelstein con gesto neutro, afirma que es cierto que ese libro cuenta cosas como la que ha leído la profesora.

Y también estas otras.

Entonces es ella la que lee:

—«El último recurso de los que no querían ir al frente era la prisión militar. Yo conocí a un profesor que, como no quería ir a disparar al regimiento de artillería, siendo como era un matemático, le robó el reloj a un oficial para que lo encerraran en la prisión militar. Lo hizo con toda premeditación. La guerra no le impresionaba ni le fascinaba. Tirar contra el

enemigo y disparar a matar con proyectiles y granadas a otros profesores de matemáticas del otro lado tan desgraciados como él lo consideraba una descomunal estupidez, una bestialidad».

»Ésas son algunas de las malas ideas que inculca este libro tan insensato: que la guerra es estúpida y bestial. ¿También en eso están en desacuerdo?

Se hace el silencio.

Lichtenstern desearía tener un cigarrillo que llevarse a la boca. Se rasca la oreja izquierda para ganar tiempo y, finalmente, decide hablar para no tener que decir nada.

—Discúlpenme, pero tengo que tratar con urgencia un asunto con los médicos del hospital para las visitas de los niños.

Demasiadas mujeres juntas. Lichtenstern decide quitarse de en medio y hacerlo a buen paso.

Miriam Edelstein, sin quererlo, se ha convertido en árbitro de la contienda de lecturas. Así que va a decir lo que piensa.

—Lo que ha leído Edita me parece muy sensato. Además —le dice a la señora Krizková mirándola de frente—, no podemos decir que éste sea un libro sacrílego e irrespetuoso con la religión, al fin y al cabo lo único que dice es que los curas católicos son unos borrachos. En ningún lado se ofende la escrupulosa rectitud de nuestros rabinos.

Las dos profesoras, ofendidas y despechadas por la sorna, se dan media vuelta rumiando no se entiende muy bien qué quejas y reproches. Cuando éstas ya se encuentran a una distancia prudente, Miriam Edelstein le susurra a Dita que, cuando termine con la novela, se la preste una tarde.

17

Dita despliega su biblioteca una mañana más. Al acudir al cuarto de Hirsch, lo ha encontrado dibujando una táctica para su equipo de voleibol, que va a enfrentarse al de otro profesor en un partido muy importante que se celebrará esa tarde, después de la sopa, en la trasera del barracón. Ella está menos eufórica que su jefe y tiene calambres en las piernas después del largo recuento de la mañana.

—¿Qué tal, Edita? Bonita mañana, hoy va a salir un poco el sol, ya verás.

—Estoy molida de las piernas con estos recuentos asquerosos. Son interminables. Los odio.

—Edita, Edita..., ¡bendito recuento! ¿Sabes por qué es tan largo?

—Pues...

—Porque estamos todos. No hemos perdido ni un niño desde septiembre. ¿Te das cuenta? Han fallecido en el campo familiar más de mil quinientas personas desde septiembre por enfermedades, desnutrición o agotamiento. —Edita asiente tristemente—. ¡Pero ni un solo niño del 31! Lo estamos logrando Edita, lo estamos logrando.

Ella le sonrío con esa alegría de las victorias tristes. Ojalá estuviera su padre para poder contárselo mientras él, con una rama, le dibujaba el mapa del mundo en el suelo.

Discretamente, corre la banca de los libros un par de metros. De esa manera puede seguir más de cerca las clases del profesor Ota Keller. Ahora que no está su padre, ha de procurar no descuidar sus estudios. Y escuchar a Keller nunca es una pérdida de tiempo, es de esas personas que siempre tienen algo interesante que decir. Lo observa con su jersey de lana gruesa y

su cara redonda de queso que indica que, probablemente, antes de la guerra era un chico gordito.

Les habla a los niños de vulcanismo.

—A muchos metros bajo el suelo, la Tierra arde. A veces, la presión interna hace que se formen chimeneas por las que sube hasta la superficie el material incandescente que forma los volcanes. Esas piedras están fundidas en una especie de pasta muy caliente que se llama lava. En el fondo del mar, las erupciones volcánicas llegan a acumular columnas de lava y acaban formando islas. Así se gestaron las islas Hawái, por ejemplo.

Mira ese rumor de lecciones que se alza desde los corrillos; es como un vapor que caldea el inhóspito establo de caballos y lo convierte en una escuela. Y se pregunta de nuevo por qué siguen todavía vivos. Auschwitz es un gigantesco exprimidor de mano de obra esclava y un engrasado triturador de las personas que no tienen cabida en los planes mesiánicos de Hitler.

¿Por qué han permitido que niños de cinco años corra por ahí?

La pregunta que todos se hacen.

Si pudiera colocar su cazo metálico sobre la pared del salón de oficiales del *lager* y acomodar la oreja, tendría la respuesta que tantas veces ha buscado.

Se han quedado solos en la cantina de oficiales el SS-Lagerführer Schwarzhuber, responsable del campo de Birkenau, y el doctor Mengele, un SS-Hauptsturmführer con atribuciones «especiales». El comandante tiene ante sí una botella de licor seco de manzana, y el capitán médico, una taza de café.

Mengele observa con indiferencia al comandante, de cara alargada y mirada fanática. El capitán médico no se considera en absoluto un extremista, él es un científico. Tal vez no quiera reconocer que envidia de Schwarzhuber esa mirada tan profundamente azul, esos hermosos ojos casi transparentes tan inequívocamente arios en comparación con los suyos, que son castaños y que, junto a su piel más morena, le dan un aspecto desagradablemente meridional. En el colegio, algunos niños se burlaban de él llamándole gitano. Ahora le encantaría tumbarlos en su mesa de disecciones y pedirles que se lo repitieran.

La disección en vivo es una experiencia extraordinaria. Es la relojería de la vida...

Observa beber a Schwarzhuber. Le parece lamentable que un comandante de las SS con docenas de asistentes a su disposición no sea capaz de mostrar unas botas absolutamente relucientes o los picos del cuello de la camisa correctamente planchados. Indica dejadez, y eso es algo imperdonable en un oficial de las SS. Desprecia a los patanes como él que se cortan al afeitarse. Y, además, hace algo que lo hastía: vuelve a repetir conversaciones que ya han tenido otras veces, diciendo exactamente las mismas palabras y los mismos argumentos torpes.

Una vez más, vuelve a preguntarle por qué tendrán tanto interés sus superiores en ese absurdo campo familiar, esperando que el médico le responda lo ya sabido. Mengele se arma de toda su paciencia y despliega una fingida afabilidad, pero, deliberadamente, le habla como haría con un niño pequeño o con un retrasado.

—Ya sabe usted, Herr Kommandant, que este campo es estratégicamente muy importante para Berlín.

—¡Ya lo sé, Herr Doktor, maldita sea! Pero no sé a qué vienen tantos miramientos. ¿Ahora también vamos a ponerles una guardería a los niños? Pero ¿es que se han vuelto todos locos? ¿Piensan que Auschwitz es un balneario?

—Eso es lo que queremos que piensen unos cuantos países que nos están observando atentamente. Los rumores corren. Cuando la Cruz Roja Internacional empezó a pedir más información sobre nuestros campos y solicitó enviar inspectores, el Reichsführer Himmler estuvo brillante, como siempre. En vez de prohibirles la visita, los animó a que la realizaran. Nosotros les enseñaremos lo que quieren ver: familias judías conviviendo, niños correteando por Auschwitz.

—Demasiadas complicaciones...

—Todo el trabajo que se ha hecho en Theresienstadt no habrá servido de nada si, cuando recibamos la inspección de la Cruz Roja Internacional, llegan hasta aquí siguiendo el destino de las personas trasladadas del gueto y ven lo que no nos interesa que vean. Los invitaremos a ver la casa, pero

no les enseñaremos la cocina, sino sólo la habitación de juegos. Y se volverán satisfechos a Ginebra.

—¡Al diablo con la Cruz Roja! ¿Quiénes son esos suizos cobardes que ni siquiera tienen ejército para decirle al Tercer Reich lo que tiene que hacer? ¿Por qué no se les echa a patadas en cuanto lleguen? O, mejor aún, que me los manden aquí y los meto en el horno sin pasar ni por la cocina.

Mengele sonríe de manera condescendiente al observar cómo Schwarzhuber va enrojeciendo a medida que crece su crispación. Tiene que contenerse porque de buena gana habría cogido su fusta y se la habría partido en la cabeza. No..., su fusta no, es demasiado valiosa. Mejor aún, le habría gustado desenfundar su pistola y meterle un tiro en el cerebro. Pero es el Lagerführer de Birkenau, aunque sea un completo idiota.

—Mi querido Kommandant, no menosprecie la importancia de la imagen que ofrecemos al mundo de nosotros mismos y de nuestro proyecto. Debemos ser prudentes. ¿Sabe cuál fue el primer cargo directivo que ocupó nuestro amado Führer en el partido nazi? —Mengele hace una pausa teatral; aunque sabe que va a contestarse a sí mismo, le gusta humillar a Schwarzhuber—. El de jefe de Propaganda. Lo cuenta en *Mein Kampf*, ¿usted no lo ha leído?... —Disfruta al observar el gesto apurado del comandante—. Mucha gente dentro y fuera de Alemania no ha entendido todavía la necesidad de limpiar genéticamente a la humanidad eliminando las degeneraciones de la raza. Habría países que se pondrían en guardia y podrían abrirnos nuevos frentes de guerra. Y eso ahora mismo no nos interesa en absoluto. Queremos ser nosotros quienes decidamos cuándo y dónde abrir un frente de guerra. Es como operar, mein Kommandant, no podemos ir dando golpes de bisturí a diestro y siniestro, hay que elegir cuál es el lugar en el que conviene hacer la incisión. La guerra es nuestro bisturí, y hemos de manejarlo con precisión. Si uno lo maneja a lo loco, puede acabar clavándose a sí mismo.

Schwarzhuber no soporta su tono paternalista, el mismo que usaría un profesor que enseña a un alumno torpe.

—¡Maldita sea, Mengele, habla como un político! Yo soy un soldado. Tengo órdenes y las cumpliré. Si el SS-Reichsführer Himmler dice que hay

que mantener el campo bajo esas circunstancias, así se hará. Pero eso del pabellón de niños... ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Propaganda, mein Kommandant..., pro-pa-gan-da. Vamos a hacer que esos internos escriban a sus casas y cuenten a sus familiares judíos lo bien que los tratan en Auschwitz.

—¿Y qué demonios nos importa lo que piensen sus puercos familiares judíos sobre cómo se los trata?

Mengele toma aire y cuenta mentalmente hasta tres.

—Querido Kommandant..., fuera todavía hay muchos judíos que habrá que ir trayendo progresivamente. Un animal que no sabe que va al matadero se deja llevar más dócilmente que el que sabe que lo van a sacrificar y opone todo tipo de resistencia. Usted, que es hombre de aldea, debería saberlo.

La última apostilla irrita a Schwarzhuber.

—¿Cómo se atreve a decir que Tutzing es una aldea? Sepa usted que Tutzing está considerada la población más bonita de Baviera, incluso de toda Alemania..., así que podemos decir que del mundo entero.

—Naturalmente, Herr Kommandant. Estoy plenamente de acuerdo: Tutzing es un pueblo maravilloso.

Schwarzhuber va a replicarle, pero se da cuenta de que ese médico burgués y pedante lo está provocando a propósito y no va a entrar en su juego. Con un tipo como Mengele hay que ser precavido, porque uno nunca sabe lo que se trae entre manos.

—Muy bien, Herr Doktor, un pabellón para los niños y una guardería, lo que haga falta —ruge—. Pero no voy a permitir que eso cause ni el más mínimo contratiempo ni desorden en el campo. Al menor signo de indisciplina quedará clausurado. ¿Usted cree que ese judío al mando podrá mantener la disciplina?

—¿Por qué no? Es alemán.

—¡Capitán Mengele! ¿Cómo se atreve a decir de un repugnante perro judío que pertenece a la gloriosa nación alemana?

—Bueno, dígalo como quiera, pero el informe del tal Hirsch dice que nació en Aquisgrán, en la Renania del Norte. Que se sepa, eso es Alemania.

Schwarzhuber lo achicharra con la mirada. Mengele le lee el pensamiento: le resulta insoportable su impertinencia, pero no se preocupa porque también detecta en su superior el recelo. El comandante sabe que debe ir con cuidado con él porque tiene amigos poderosos en Berlín. El Lagerführer tiene un brillo de rencor en la mirada, como si se relamiera pensando en el momento en que decline su buena estrella y pueda darse el gusto de aplastarlo como una cucaracha. Pero Mengele sonríe amablemente. Ese momento nunca llegará. Él siempre va un paso por delante de todos esos militares que, en realidad, no han entendido nada ni saben por qué están combatiendo. Él sí lo sabe. Lucha por convertirse en una celebridad. Primero dirigirá el Deutsche Forschungsgemeinschaft, el Consejo Alemán para la Investigación, y después cambiará el curso de la historia médica. El curso de la humanidad, en definitiva. Josef Mengele sabe que no es un hombre humilde; les deja la humildad a los débiles.

La historia le dará una lección. La mayor debilidad de todas es, precisamente, la de los fuertes: terminan por creerse que son invencibles. La fortaleza del Tercer Reich es su fragilidad: al creerse indestructibles abrirán tantos frentes que acabarán desmoronándose. Sobre Auschwitz ya empiezan a rondar los aviones de los aliados y los primeros bombardeos se oyen en la lejanía.

Nadie escapa a la debilidad.

Tampoco el invencible Fredy Hirsch.

Sucede unos días después. Cuando terminan las últimas actividades de la tarde y se despeja el barracón, Dita se apresura a recoger los libros. Los envuelve en una tela que los proteja del contacto con la tierra y se dirige al cuarto del Blockältester para dejarlos en su escondite. Quiere reunirse pronto con su madre para hacerle compañía.

Toca en la puerta y la voz de Hirsch le da permiso para pasar. Lo ve sentado en la única silla del cuarto, como otras veces. Pero en esta ocasión no está trabajando en sus informes. Tiene los brazos cruzados y la mirada perdida. Hay algo en él que ha cambiado.

Accede a la trampilla de madera oculta bajo un montón de mantas dobladas y acomoda los libros. Va rápido para salir cuanto antes y perturbar

al jefe lo menos posible. Pero cuando ya ha dado media vuelta para irse, escucha la voz a su espalda.

—Edita...

La voz de Hirsch suena pausada, tal vez cansada, despojada de esa vibración que hace que sus arengas iluminen a los jóvenes que las escuchan. Al girarse hacia el atleta lo que se encuentra es a un hombre repentinamente agotado.

—¿Sabes una cosa? Tal vez, cuando todo esto acabe, no me marche a Israel.

Dita lo mira sin entender y Fredy sonríe benevolente ante su extrañeza. Es lógico que no lo entienda. Lleva años trabajando con todas sus fuerzas para explicar a los jóvenes judíos que deben sentirse orgullosos de serlo y prepararse para volver a las tierras de Sión y hacer de los altos del Golán un trampolín para estar más cerca de Dios.

—Mira, la gente de aquí..., ¿qué son? ¿Sionistas? ¿Antisionistas? ¿Ateos? ¿Comunistas? —Un suspiro borra por un momento las palabras—. Y qué más da. Si te fijas un poco, sólo ves a personas, nada más. Frágiles y corruptibles personas. Capaces de lo peor y de lo mejor.

Y aún alcanza a oír unas palabras que, en realidad, como las anteriores, Hirsch no se las dirige a ella sino a sí mismo:

—Todo lo que era importante ahora me parece poca cosa.

Vuelve a quedarse en silencio y sus ojos miran hacia ninguna parte, que es lo que hacemos cuando queremos mirar hacia nuestros propios adentros. Dita no entiende nada. No entiende por qué el hombre que tanto ha luchado por retornar a la tierra prometida de Israel de repente ha perdido el interés en ir. Le gustaría preguntarle, pero él ya no la mira, ya no está allí. Decide dejarlo solo en su laberinto y marcharse sin hacer ruido.

Lo entenderá más adelante, pero en ese momento no es capaz de ver en su renuncia esa rara clarividencia que sobreviene a las personas cuando llegan al filo de sus vidas. Desde la altura del precipicio, todo parece inmensamente pequeño. Las cosas que parecían tan grandes de golpe se ven diminutas, y lo que parecía tan trascendental se ve ya como algo sin importancia.

Mira de reojo la mesa. Los papeles que hay encima tienen la letra de Hirsch, pero al fijarse un poco se da cuenta de que no son informes ni notas administrativas: son poemas. Sobre ellos, como una roca que se hubiera desprendido y lo hubiera aplastado todo, hay una hoja con el membrete de la comandancia del campo.

Sólo le da tiempo a leer la palabra en negrita: «Traslado».

Las noticias del traslado ya han llegado a la oficina que el registrador Rudi Rosenberg tiene en el campo de cuarentena. Se cumplen los seis meses del transporte de septiembre y, tal y como vaticinaba su ficha, los alemanes ponen en marcha el tratamiento especial, que ha tomado el nombre de «traslado».

Por eso, mientras espera inquieto junto a la valla la llegada de Alice, se abrocha hasta el último botón de una chaqueta que ha conseguido en el mercado negro. Esa tarde no puede parar de moverse, sus nervios son cables eléctricos pelados que van dando chispazos.

La tarde anterior le pidió ayuda a Alice para cumplir el encargo que le hizo Schmulewski de averiguar urgentemente el número exacto de personas con que cuenta la célula de la Resistencia en el campo familiar. La Resistencia opera de manera tan secreta que muchas veces ni siquiera los propios colaboradores se conocen entre sí. Esa tarde se ha enterado de que incluso la propia Alice, a través de una amiga, está vinculada a la Resistencia.

Schmulewski habla poco, raramente más de media docena de palabras seguidas. Forma parte de su técnica de supervivencia. Cuando alguien le pide más explicaciones o le recrimina su parquedad, le cuenta que un amigo, abogado penalista, le dijo una vez que los mudos llegan a viejos. Pero Rudi lo había encontrado especialmente sombrío y, movido por su angustia, no pudo evitar preguntarle si los indicios eran malos. Sus palabras, siempre escasas, siempre veladas, fueron: «El asunto va mal».

El asunto es el campo familiar.

Lo que los guardias de las torretas ven es al registrador del campo de cuarentena y a su novia judía del campo familiar que se acerca por el otro lado de la valla, como muchas otras tardes. Una rutina a la que ya no prestan atención. Los alemanes, en la distancia física y mental que los

separa de los prisioneros, los ven como un puñado de carne numerada, no distinguen a una judía escuálida y vestida con ropa harapienta de otra. Por eso no se percatan de que la mujer que llega esa tarde a la valla no es Alice Munk, sino Héléna Rezekova, una de sus mejores amigas y miembro coordinador de la insurgencia. Ella es la que se acerca para darle la información confidencial que ha pedido el jefe de la Resistencia: hay treinta y tres miembros clandestinos divididos en dos grupos. Héléna le pregunta si se sabe algo más sobre el traslado, pero hay pocas novedades. Le ha llegado un rumor sobre un posible traslado al campo de Heydebreck, pero no hay detalles. Las autoridades no sueltan prenda.

Permanecen un rato mirándose sin hablar: la muchacha podría haber sido guapa en otras circunstancias, pero el pelo sucio y enmarañado, las mejillas hundidas, la ropa sucia, los labios estragados de pupas por el frío la convierten en una mendiga de veintidós años. Rosenberg, tan hablador, no sabe qué decirle a esa chica con un presente magullado y un futuro a oscuras.

Por la tarde, consigue autorización para ir hasta el campo BIId con la excusa de llevar unos listados, aunque en realidad va al encuentro de Schmulewski. Lo encuentra sentado en una banca de madera que hay delante de su barracón masticando una ramita para sustituir la ausencia de tabaco. Rudi, que siempre se las arregla para estar bien surtido de todo, le alarga un cigarrillo.

Le traslada la información sobre el número y las ocupaciones fundamentales de los insurgentes del campo familiar que le ha facilitado Héléna, y el otro se limita a asentir con la cabeza. Rudi espera que le dé alguna explicación sobre la situación, pero no recibe ninguna. Como si no lo supiera, le dice a Schmulewski que es 4 de marzo y que se están cumpliendo los seis meses de la llegada del contingente de Alice, el momento del «tratamiento especial».

—Preferiría que ese momento no llegase nunca.

El polaco fuma y no habla. Rosenberg entiende que la reunión ha terminado y se despide torpemente. Se vuelve a su campo con la duda de si Schmulewski calla porque tiene información crucial o si lo que oculta su silencio es la más absoluta ignorancia de lo que está pasando.

El recuento de la tarde se alarga más de lo habitual. Varios SS van avisando a todos los *kapos* para que acudan a la entrada del campo. Allí los esperan el responsable civil del BIIB (el *camp kapo*, un prisionero común alemán llamado Willy) y el Cura, flanqueados por dos guardias metralleta en mano. Los internos ven cómo los jefes de barracón van acercándose hacia el suboficial hasta formar un semicírculo delante de él.

Fredy Hirsch cruza la *lagerstrasse* con sus zancadas enérgicas, rebasando a otros *kapos* que caminan con más desgana hacia la reunión. Aunque está anocheciendo, es fácil distinguir el perfil de Hirsch dirigiéndose a la cita, altivo y desenvuelto.

El Cura los espera con las manos entremetidas en las mangas de la guerrera. Les sonrío cínicamente al verlos llegar; salta a la vista que está de buen humor. Para el sargento es una buena noticia librarse de buena parte de los internos: mitad de prisioneros, mitad de problemas. Un ayudante reparte listados entre los *kapos* con los nombres de las personas del transporte de septiembre de sus barracones a las que deben advertir de que a la mañana siguiente han de formar aparte y llevar consigo sus pertenencias de mano (la cuchara y la escudilla) para proceder a su traslado a otro campo. En el bloque 31 sólo duerme una persona, su propio Blockältester, que toma la lista más corta de todas, donde figura un único nombre, el suyo propio: Alfred Hirsch. En medio del silencio, sólo alterado por el frufrú de las hojas de los listados, él es el único que se atreve a abrirse paso y cuadrarse delante del suboficial.

—Con su permiso, Herr Obersharführer. ¿Podríamos saber a qué campo nos van a transferir?

El Cura observa a Hirsch durante varios segundos sin parpadear. Preguntar sin que le hayan dirigido la palabra previamente es un desacato que el suboficial de las SS no suele transigir. En esta ocasión, sin embargo, se limita a ser cortante en su respuesta.

—Se les informará cuando proceda. Retírense.

Los *kapos* empiezan a berrear frente a sus barracones el listado de las personas que serán trasladadas al día siguiente. Los murmullos son de desconcierto: la gente no sabe si debe alegrarse o no de abandonar Auschwitz. La pregunta se repite una y otra vez:

—¿Adónde nos llevan?

Pero no hay respuesta, o se responde con tan variadas elucubraciones que ninguna sirve de nada. Todo el mundo ha oído hablar del tratamiento especial a los seis meses. ¿En qué consistirá? Incluso los más optimistas saben que es un traslado de destino incierto, no se sabe adónde, si a la vida o a la muerte.

Dita ha estado charlando con Margit, tratando de fabricarse alguna respuesta en medio de tantas preguntas. Regresa al barracón cansada de elucubrar. Está tan angustiada por la noticia que no ha tomado las precauciones habituales de mirar atrás y caminar pegada a las puertas de los barracones por si ha de meterse dentro precipitadamente. Una voz en alemán la alcanza y una mano se le posa en el brazo.

—Muchacha...

Se sobresalta. Aunque el doctor Mengele probablemente tampoco la tocaría. Es Fredy Hirsch, de regreso a su barracón. Ve que hay un brillo febril en sus ojos oscuros y que vuelve a ser el hombre enérgico y arrollador de costumbre.

—¿Qué vamos a hacer?

—Seguir. Esto es un laberinto donde a veces uno se encuentra perdido, pero retroceder es peor. No hagas caso de nadie, escucha la voz de tu cabeza y ve siempre hacia adelante.

—Pero ¿adónde os llevan?

—Nos iremos a trabajar a otra parte. Pero eso no es lo importante. Lo que importa es que aquí hay una misión que terminar.

—El bloque 31...

—Hemos de terminar lo que hemos empezado.

—Seguiremos adelante con la escuela.

—Eso es. Pero queda algo importante que hacer.

Dita lo mira con cara de no entender.

—Escúchame bien: en Auschwitz nada es lo que parece. Pero habrá un momento en que se abrirá una rendija para la verdad, ya verás. Ellos creen que la mentira está de su parte, pero nosotros encestaremos la canasta en el último segundo porque se confiarán. Creen que estamos derrotados, pero no lo estamos. —Y, al decirlo, se queda un momento pensativo—. Yo no podré

estar ahí para ayudaros a ganar el partido. Has de tener fe, Dita, mucha fe. Todo irá bien, ya verás. Confía en Miriam. Y, sobre todo —y entonces la mira a los ojos con la más seductora de sus sonrisas—, no debes rendirte nunca.

—¡Nunca!

Él le sonrío a su manera enigmática y se marcha con sus largas zancadas de atleta mientras ella se queda quieta, sin entender muy bien qué ha querido decirle con eso de la canasta en el último segundo.

Es una noche de poco sueño en los barracones, plagada de rumores cuchicheados en las literas, de teorías más o menos descabelladas, también de rezos.

¿Qué importa adónde nos lleven si a peor lugar ya no podemos ir?, claman algunos. Un consuelo dentro del desconsuelo.

La mujer grandullona con la que Dita comparte la litera pertenece al transporte de septiembre y, por tanto, formará parte de los transferidos. Habla poco, exceptuando las bromas groseras que reparte entre sus vecinas. A Dita no le dice nunca nada, ni bueno ni malo. Al acostarse a sus pies, Dita le da las buenas noches como todos los días. Y, como todos los días, la otra no contesta. Ni siquiera farfulla un ruido a modo de respuesta como otras veces. Finge estar dormida, pero tiene los ojos demasiado apretados. Ni la más dura entre las duras es capaz de conciliar el sueño esa larga noche que podría ser la última.

Por la mañana amanece nublado y hace frío. Las ráfagas de viento traen algunos copos de ceniza. Nada muy diferente de cualquier otro día. Ha habido cierta confusión a la hora de formar las filas, ya que el orden habitual ha variado: los de septiembre se han puesto a un lado y los de diciembre en otro. Los *kapos* se han empleado a fondo para conseguir hacer los grupos, los guardias de las SS también se han mostrado más nerviosos que de costumbre, incluso han soltado algunos golpes de culata, lo cual no suele verse habitualmente en los recuentos de la mañana. El ambiente es tenso, las caras largas. Se pasa lista con exasperante lentitud y los ayudantes de los *kapos* van marcando cruces en una hoja de registro. Dita tiene la impresión, tantas horas clavada allí de pie, de que se va hundiendo poco a poco en el barro y que, si el recuento se alarga mucho, terminará engullida

por ese fango igual que esas piedras que se hunden como en un estanque de barro.

Por fin, casi tres horas después de haber iniciado los recuentos, empieza a moverse el grupo de septiembre, de casi cuatro mil personas. De momento, su primer destino provisional va a ser el campo de cuarentena, contiguo al suyo, y hacia él se encaminan sus pasos cansados. Desde allá observa con la cara muy seria el registrador Rudi Rosenberg, atento a todos los movimientos por si hubiera algo importante que captar, como si en los ademanes y en la manera de gesticular de los guardias pudiera haber alguna clave que permitiera averiguar algo más sobre el destino de esas personas entre las que se encuentra Alice.

Dita y su madre, junto a la gente de su transporte, observan en silencio. Permanecen en formación a la puerta de sus barracones mientras los escuadrones conducen ordenadamente a los veteranos de septiembre hacia la salida del campo BIIb. Es un desfile que nada tiene de festivo, aunque haya algunos internos que sonrían, persuadidos de que les espera un lugar mejor. Hay cabezas que se vuelven para una última despedida. Manos que se agitan por parte de los que se van y de los que se quedan. Dita se coge a la mano de su madre y la aprieta con fuerza. No sabe si lo que le raspa en el estómago es el frío o el miedo por los que parten.

Ve marchar al travieso Gabriel, que se ríe a carcajadas; va cambiando el paso a propósito para hacer tropezar a una muchacha espigada que camina detrás y que lo va maldiciendo. Una mano adulta se alarga desde más atrás y le tira severamente de la oreja. La señora Krizková es tan buena castigando que es capaz de hacerlo sin perder el paso. Pasan en dirección al campo de cuarentena conocidos y profesores del bloque 31, también muchos rostros en los que nunca antes había reparado: caras serias y demacradas, la mayoría. Algunos saludan a los niños del transporte de diciembre que se quedan y que incansablemente les van diciendo adiós con la mano, divertidos por un evento que rompe la monotonía del campo.

El profesor Morgenstern pasa haciendo reverencias ridículas vestido con su traje remendado y sus lentes rotas. Al llegar a la altura de Dita, sin detenerse ni perder el paso para no molestar a los de atrás, se pone serio de repente y le guiña un ojo. Después continúa adelante, y vuelve a hacer su

número de las reverencias y a desplegar esa risita suya de viejo chalado. Han sido sólo un par de segundos, pero mientras la miraba, Dita ha visto que al profesor le cambiaba el gesto y su cara era otra, como si se hubiera levantado por un momento una careta y le hubiera permitido ver su verdadero rostro. No era la mirada ida de un viejo atolondrado sino el gesto templado de alguien profundamente sereno. Y entonces Dita ya no tiene dudas.

—¡Profesor Morgenstern!

Le lanza al profesor un beso con la mano y él se gira para agradecersele con una reverencia patosa que hace reír a los niños. También se inclina ante ellos. Es un actor que abandona el escenario al final del espectáculo y se despide de su público.

Le habría gustado darle un abrazo y decirle que ella ahora lo sabe, que lo supo siempre: que no está mal de la cabeza. Si te encierran en un manicomio, lo peor que puede pasarte es que estés cuerdo. Su despiste fingido en el momento preciso la salvó durante la inspección del Cura y Mengele. Probablemente le salvó la vida. A ella y a todos. Ahora lo sabe. Lo ha dicho Fredy: nada es lo que parece. Le habría gustado darle un gran beso de despedida, pero no va a poder ser. El profesor se aleja haciendo gansadas, engullido por el tropel de gente que se va.

—Buena suerte, profesor...

Pasa un pelotón de mujeres. Una de ellas, de las pocas que no lleva pañuelo en la cabeza, contraviene las estrictas órdenes y, saliendo de la fila con pasos decididos, se dirige hacia ella. Al principio no la reconoce: es su grandullona compañera de cama. El pelo enmarañado y sin recoger le tapa la cicatriz que le corta la cara. Se planta delante de Dita con sus ojos de batracio y durante un instante se miran frente a frente.

—¡Me llamo Lida! —le dice con su vozarrón.

La *kapo* llega galopando, empieza a gritarle para que vuelva inmediatamente a la formación y agita amenazadoramente un bastón. Mientras se reincorpora apresuradamente al grupo, aún se vuelve un instante y Dita le dice adiós con la mano.

—¡Mucha suerte, Lida! ¡Me encanta tu nombre! —le grita.

Le parece que su compañera de camastro se sonríe orgullosa.

Uno de los últimos en pasar en ese desfile de adioses es Fredy Hirsch. Lleva su mejor camisa limpia, sobre la que se bambolea suavemente su silbato plateado. Camina con la mirada al frente y la cabeza alta con precisa marcialidad, sin desviar la vista, concentrado en sus pensamientos, sin prestar atención a ningún saludo ni despedida, pese a que algunos lo llaman por su nombre.

No importa cuál sea su estado de ánimo ni las dudas que lo atenacen por dentro. Se trata de un nuevo éxodo de los judíos, a los que ahora expulsan incluso de su propia cárcel, y deben afrontarlo con el máximo de dignidad. No se puede mostrar flaqueza ni blandenguería. Por eso no responde a ningún saludo ni a ninguna despedida en una actitud que algunos interpretan como soberbia.

Es cierto que se siente orgulloso de lo conseguido: en todo el tiempo de existencia del bloque 31 no ha fallecido ni uno solo de sus alumnos. Mantener con vida a 521 niños durante meses es un récord que probablemente nadie haya logrado nunca en Auschwitz. Mira hacia adelante, no a la nuca de la persona que tiene delante de él en la formación, sino mucho más allá, hacia la línea de álamos del fondo e incluso más lejos, hacia el horizonte.

Hay que mirar lejos, ser ambicioso en las metas.

Mientras van desfilando los internos de septiembre, corre entre las hileras el rumor de que los van a trasladar al campo de concentración de Heydebreck. La mayoría piensa que habrá una selección drástica y que muchos no llegarán allí. Algunos creen que ninguno de los trasladados lo hará.

7 de marzo de 1944

Rudi Rosenberg ve llegar al campo de cuarentena BIIa a los 3800 prisioneros del campo familiar del transporte de septiembre. Las noticias que le ha transmitido Schmulewski son desoladoras. Cualquiera estaría profundamente deprimido, pero él lo único que busca con avidez entre las filas es la figura espigada de Alice. Por fin sus ojos se encuentran y sus sonrisas de satisfacción flotan por encima de la angustia. Tras asignárseles barracón, los nazis autorizan a los prisioneros a moverse libremente por el campo. Rudi se reúne en su cuarto con su novia y con las dos amigas de ésta en la Resistencia, Véra y Héléna.

Héléna cuenta que la versión oficial parece haber sido aceptada por la mayoría de prisioneros: que los van a trasladar a un campo más al norte, cerca de Varsovia. Véra tiene una voz aguda que hace que su cara demacrada parezca aún más la cabeza de un pájaro:

—Algunos importantes representantes de la comunidad judía del campo consideran que los alemanes no se atreverán a exterminar a los niños, que tienen miedo de que una noticia así se propague.

Rosenberg no tiene más remedio que trasladarles las impresiones de Schmulewski de esa misma mañana, más directas y descarnadas que nunca:

—Me ha dicho que no quedaba mucho tiempo, que tenía la impresión de que todos podían morir mañana.

Sus palabras generan un silencio atroz. Las mujeres saben que el jefe de la Resistencia es quien mejor conoce la verdad porque dispone de una tupida red de espías por todo Auschwitz. El nerviosismo hace que empiecen

a sacarse a colación todo tipo de rumores, de medios rumores, de ideas, de deseos convertidos en ideas, de fantasías...

—¿Y si esta misma noche se acabase la guerra?

Héléna recupera por un instante la alegría.

—Si esta noche acabase la guerra y volviera a Praga, lo primero que haría sería ir a casa de mi madre y comer una perola de *goulash* del tamaño de un barril.

—Yo me metería con una barra de pan dentro de la olla y la dejaría tan brillante que después la utilizaría como espejo para depilarme las cejas.

Empiezan a sentir el aroma de la carne guisada y las especias, y suspiran de felicidad. Después vuelven a la realidad, al olor del miedo, que es como el de la comida fría. De nuevo intentan reordenar las ideas tratando de encontrar algún indicio favorable en un panorama de una negrura espesa, algún detalle que se les haya pasado por alto y que lo explique todo de manera satisfactoria. Ese clavo al que poder aferrar sus vidas.

La única información complementaria que puede aportar Rudi, quien en su condición de registrador ha podido ver las listas del transporte, es que sólo se van a quedar en el campo familiar nueve personas. Cuatro de ellas son las dos parejas de gemelos, que el doctor Mengele ha reclamado para sus experimentos. También se quedan los tres médicos y el farmacéutico del hospital, que han venido con el grupo pero a quienes Mengele también ha reclamado. La novena persona es la amante de Herr Willy, el *kapo* del campo. Los demás van a recibir el tratamiento especial, según el plan previsto desde su entrada en septiembre.

La información de Rudi es, en realidad, incorrecta. Hay más gente en ese listado de «no trasladables», pero las cosas son demasiado confusas en ese momento. Aunque todo se sabrá a su tiempo. Tras una hora de agotadoras elucubraciones que no los llevan a ninguna certeza, están tan exhaustos que se hace el silencio.

Véra y Héléna se retiran y se quedan a solas Rudi y Alice. Por primera vez no hay alambradas de por medio, no hay guardias en las torretas observándolos con un fusil al hombro, no hay chimeneas recordándoles la degradación que los envuelve. Durante unos segundos se miran, al principio con pudor y cierta incomodidad. Poco a poco, con más intensidad. Son

jóvenes y hermosos, están llenos de vida, de planes, de deseos, de urgencia por beberse el presente. Y al mirarse de nuevo, ya con la mecha del deseo prendida en los ojos, sienten que la felicidad los aísla, que los sitúa en otra parte, que nada puede arrebatárles ese momento.

Durante ese instante que dura el sueño, Rudi, abrazado al cuerpo de Alice, ha creído que su felicidad era tan grande que nada podría quebrarla. Se ha quedado dormido pensando que al despertar todo el mal se habría borrado y la vida volvería a fluir como antes de la guerra, que cantarían los gallos de madrugada, olería a pan recién hecho y sonaría el tintineo jovial del timbre de la bicicleta del lechero. Pero se hace de día y nada se ha borrado, el paisaje amenazante de Birkenau permanece intacto. Es demasiado joven aún para saber que la felicidad no puede vencer a nada, que es demasiado frágil, que es derrotada siempre.

Una voz agitada le despierta bruscamente y siente en su cabeza un estallido de cristales rotos. Es Héléna, presa de una gran agitación. Le dice que Schmulewski le busca urgentemente, que todo el campo está infestado de SS, que algo muy grave está a punto de pasar. Rudi trata de ajustarse el calzado y Héléna, al borde de la histeria, le tira del brazo, lo arrastra prácticamente fuera de la cama, mientras Alice sigue adormilada entre las sábanas, aferrándose un poco más al sueño.

—¡Por Dios, Rudi, date prisa! ¡No hay tiempo, no hay tiempo!

Rudi también tiene la impresión de que algo va mal en cuanto pone un pie fuera. Hay muchos guardias de las SS, a bastantes de ellos no los había visto nunca antes, como si hubieran pedido un refuerzo especial a otros destacamentos. No parece el procedimiento para conducir rutinariamente un contingente a un tren para un traslado ordinario. Ha de ver inmediatamente a Schmulewski. Lo cierto es que preferiría no verlo, no hablar con él, no escuchar lo que tiene que decir. Pero debe ir a su encuentro al campo BIId. Dado su rango, no le resulta difícil salir con la excusa de recoger unas raciones extras de pan que faltan.

El rostro del líder de la Resistencia ya no es un rostro, es una marejada de arrugas y ojeras. Sus palabras ya no rodean, ya no buscan la discreción o la reserva, ya son sólo cuchillas.

—La gente transferida del campo familiar muere hoy. —Y al decirlo no vacila en absoluto.

—¿Quieres decir que habrá una selección? ¿Quieres decir que se quieren desembarazar de los ancianos, los enfermos y los niños?

—No, Rudi. ¡Todos! El Sonderkommando ha recibido la orden de preparar los hornos para cuatro mil personas esta misma noche.

Y, casi sin dejar espacio al silencio, añade:

—No hay tiempo para lamentarnos, Rudi. Este es el momento de la rebelión.

Schmulewski está soportando una extrema tensión, pero su discurso, tal vez porque lo ha ensayado y repetido docenas de veces en esa larga noche de insomnio, es absolutamente preciso:

—Si los checos se sublevaran, si plantan cara y pelean, no se van a encontrar solos. Cientos o quizá miles de nosotros estaremos a su lado, y con un poco de suerte esto podría salir bien. Ve a decírselo. Diles que no tienen nada que perder: combaten o mueren, no hay más opciones. Pero no tienen la más mínima posibilidad sin un dirigente al frente.

Y, ante el gesto de incompreensión del registrador, Schmulewski le hace ver que hay al menos media docena de organizaciones políticas distintas en el campo: comunistas, socialistas, sionistas, antisionistas, socialdemócratas, nacionalistas checos... Si uno de los grupos toma la iniciativa, se pueden producir discusiones, divergencias y enfrentamientos con los otros, lo que haría imposible conseguir una revuelta unánime. Por eso hace falta alguien a quien la mayoría respete. Alguien con mucho coraje, que no vacile, que alce la voz y a quien todos estén dispuestos a seguir.

—Pero ¿quién podría ser? —se pregunta incrédulo Rosenberg.

—Hirsch.

El registrador asiente muy despacio, consciente de la magnitud que han tomado los acontecimientos.

—Debes hablar con él, informarle de la situación y convencerlo para que lidere el levantamiento. Y el tiempo se acaba, Rudi. Hay mucho en juego. Hirsch ha de levantarse y levantar a todo el mundo.

El levantamiento..., una palabra ilusionante, magnífica, digna de los libros de historia. Una palabra que, sin embargo, se tambalea cuando Rudi

levanta la vista y mira alrededor: hombres, mujeres y niños desarrapados, desarmados y desnutridos frente a ametralladoras instaladas en torretas, soldados profesionales armados, perros adiestrados, vehículos blindados. Schmulewski lo sabe; sabe que morirán muchos, probablemente todos..., pero se puede abrir una brecha y que unos cuantos, quizá docenas, tal vez cientos, puedan escapar a los bosques y huir.

Quizá la revuelta prenda y consigan reventar instalaciones vitales del campo. De esa manera podrían inutilizar, aunque fuera momentáneamente, la máquina de la muerte y salvar muchas vidas. Tal vez no se consiga nada más que recibir una ráfaga de metralla en el cuerpo. Son muchas incógnitas frente a la certeza de la fuerza avasalladora de las SS, pero Schmulewski lo dice y lo repite muchas veces:

—Díselo, Rudi: dile que no tiene nada que perder.

Rudi Rosenberg no alberga dudas mientras retorna al campo de cuarentena: su sentencia a muerte está sellada, pero pueden pelear por su destino. Fredy Hirsch tiene la clave sobre el pecho, ese silbato plateado que siempre lleva colgado: un pitido que anuncie el levantamiento unánime y rabioso de más de tres mil almas.

Mientras camina piensa en Alice. Hasta entonces ha actuado como si Alice no fuera parte del contingente de septiembre condenado a muerte, como si nada de esto fuera con ella. La muchacha es una más de los condenados pero Rudi se dice una y otra vez que no, que no es posible que la belleza y la juventud de Alice, ese cuerpo lleno de maravillas y esa mirada de gacela puedan convertirse dentro de unas horas en carne inerte. No puede ser, se repite, va contra todo principio de la naturaleza. ¿Cómo podría alguien querer ver morir a una criatura como Alice? Le parece imposible. Rudi aprieta el paso y también los puños presa de una ira que está transformando su desánimo en rabia. Se dice que no y que no, que no podrán con su juventud.

Llega al campo de cuarentena con las mejillas rojas por la rabia. Héléna lo está esperando inquieta a la entrada del campo.

—Avisa a Fredy Hirsch —le dice a la muchacha—. Debe venir a mi cuarto para una reunión urgente. Dile que se trata de un asunto de la máxima gravedad.

Es el momento del todo o nada.

Héléna se presenta al poco acompañada de Hirsch, el atleta, el ídolo de los jóvenes, el apóstol del sionismo, el hombre capaz de hablarle de tú a tú a Josef Mengele. Rudi lo observa un instante: fibroso, con el cabello mojado impecablemente aplastado hacia atrás y la mirada serena, un punto severa, como si le hubiera irritado que se le perturbase sacándolo de sus pensamientos.

Cuando Rosenberg le explica que el máximo responsable de la Resistencia de Birkenau ha reunido pruebas concluyentes de que el transporte de septiembre de Terezín va a ser exterminado por completo en las cámaras de gas esa misma noche, Hirsch no altera su gesto, no muestra sorpresa ni replica. Permanece en silencio, prácticamente en posición de firmes, como un soldado. Rudi se fija en el silbato que cuelga de su cuello como un amuleto.

—Eres la única posibilidad, Fredy. Sólo tú puedes hablar con los principales líderes del campo y conseguir que levanten a su gente. Que se lancen todos a una contra los guardias y estalle la revolución. Has de hablar con todos los líderes, y ese silbato que llevas al cuello ha de dar la señal de que la revuelta ha comenzado.

De nuevo, el silencio del alemán. Su rostro impenetrable. Su mirada clavada en el registrador eslovaco. Rudi ya ha dicho todo lo que tenía que decir y también calla, y espera la reacción de Hirsch a esa propuesta desesperada en medio de una situación totalmente desesperada.

Y, por fin, Hirsch habla.

Pero el que habla no es el líder social, no es el sionista intransigente, no es el deportista orgulloso. El que habla es el educador infantil. Y lo hace en un murmullo.

—¿Y qué hay de los niños, Rudi?

Rosenberg hubiera preferido dejar ese punto para después. Los niños son el eslabón más débil de esa cadena. En una revuelta violenta, son los que menos posibilidades tienen de sobrevivir. Pero también tiene respuesta para eso.

—Fredy, los niños van a morir de todas formas. No te quepa duda. Tenemos una posibilidad, tal vez pequeña, pero una posibilidad de

conseguir que se levanten detrás de esta rebelión miles de prisioneros, y de destruir el campo y así salvar la vida a muchos deportados que ya no llegarán hasta aquí.

Los labios de Fredy permanecen sellados, pero su mirada habla por él. En una revuelta en la que se luche cuerpo a cuerpo, los niños serán los primeros a quienes masacrarán. Si se abre un hueco en una valla y se produce una estampida para huir, serán los últimos en poder abrirse paso. Si hay que correr durante cientos de metros a campo traviesa bajo las balas hasta alcanzar el bosque, ellos serán los últimos en llegar y los primeros en caer abatidos. Y si alguno llega al bosque, ¿qué hará solo y desorientado?

—Ellos confían en mí, Rudi. ¿Cómo podría abandonarlos ahora? ¿Cómo podría yo luchar por salvarme y dejar que los maten? ¿Y si estuvierais equivocados y hubiera un traslado a otro campo?

—No lo habrá. Estáis condenados. No puedes salvar a los niños, Fredy. Piensa en los otros. Piensa en los miles de niños de toda Europa, en todos los que vendrán a morir a Auschwitz si nosotros no nos rebelamos ahora.

Fredy Hirsch cierra los ojos y se lleva una mano a la frente como si tuviera fiebre.

—Dadme una hora. Necesito una hora para pensarlo.

Fredy sale del cuarto con su gesto erguido de siempre, sin que nadie que lo vea caminar por el campo sea capaz de darse cuenta de que lleva sobre los hombros el insoportable peso de cuatro mil vidas. Únicamente alguien muy observador podría percatarse de que, mientras camina, acaricia de manera obsesiva su silbato.

Varios miembros de la Resistencia que ya conocen la situación entran al cuarto para enterarse de lo sucedido, y Rosenberg les cuenta el resultado de su entrevista con el responsable del bloque 31.

—Ha pedido un rato para pensarlo.

Uno de ellos, un checo de mirada de hierro, dice que Hirsch está ganando tiempo. Todos lo miran para que se explique mejor.

—A él no se lo van a llevar por delante. Es útil para los nazis, les ha hecho informes valiosos y, además, él es alemán. Hirsch está esperando que Mengele lo reclame, que lo saque de aquí en cualquier momento, eso es lo que está esperando.

Durante un segundo se hace un silencio enrarecido.

—¡Eso es una ruindad propia de los comunistas como tú! ¡Fredy se la ha jugado por los niños del campo cien veces más que vosotros! —le grita Renata Bubenik.

El otro empieza a gritar también, la llama estúpida sionista y le contesta que han oído cómo Hirsch le preguntaba varias veces al *kapo* de su barracón si había algún mensaje para él.

—Está esperando el aviso de las autoridades nazis reclamándolo para salir de aquí.

—¡Tienes el cerebro más sucio que las uñas!

Rudi se levanta y trata de poner paz. En ese momento entiende por qué es tan importante encontrar un líder, una sola voz, alguien capaz de aglutinar y de convencer a gente tan heterogénea para que se levanten como una sola alma.

Cuando se marchan, Alice acude a su lado para compartir con él la espera, porque ya no pueden hacer otra cosa que aguardar la respuesta de Hirsch. La presencia de Alice es un alivio en medio del caos y la incertidumbre. A ella le cuesta creer que los nazis vayan a matarlos a todos, también a los niños. Para ella la muerte es algo terrible pero ajeno, como si pudiera sucederle a otros pero no a ella misma. Y Rudi le dice que es horrible, pero que Schmulewski no puede equivocarse en algo así. Entonces, le pide que cambien de tema, que hablen de cómo va a ser la vida después de Auschwitz, de cómo le gustan las casas de campo, de cuáles son sus platos favoritos, qué nombres le gustaría ponerles a sus hijos algún día..., de la vida de verdad y no de esa pesadilla donde han quedado atrapados. Durante un rato, el futuro parece posible.

Los minutos pasan. Y pesan de una forma casi insoportable. Rudi piensa en el peso de Hirsch, en su propio peso. Alice habla y él ya no la escucha. Nota en el aire una densidad asfixiante. Hay en su cabeza un reloj que tiene un tictac infernal que va a volverlo loco.

Pasa una hora y no hay noticias de Hirsch.

Pasan muchos minutos, otra hora más. Hirsch no aparece por ninguna parte.

Alice hace rato que se ha quedado callada con la cabeza apoyada en su regazo. Rudi empieza a ser consciente de que la muerte está muy cerca. Si estirase el brazo, podría tocarla.

Mientras tanto, en el campo contiguo se han suspendido las clases en el bloque 31. Los profesores del transporte de diciembre, que han quedado a cargo de la escuela, están demasiado preocupados. Algunos han tratado de organizar juegos con los niños, pero los propios chicos estaban inquietos, querían saber adónde iban a ir sus compañeros y no les interesaban las adivinanzas ni las canciones. Es una tarde de atonía y calma tensa. Ni siquiera hay combustible para la chimenea, y hace más frío que nunca. Llega uno de los asistentes y dice que ya han sido designados nuevos *kapos* para substituir a los jefes de barracón judíos del transporte de septiembre.

Dita sale a cada poco para mirar qué sucede en el campo BIIa, donde permanecen la mitad de los que hasta entonces eran sus compañeros. Ve a la gente deambular por la calle principal del campo de cuarentena, algunos se acercan hasta la valla, aunque hay mucha vigilancia y los soldados los hacen alejarse inmediatamente.

El ambiente está tan enrarecido que a Dita ni siquiera le ha parecido prudente mover los libros, que permanecen convenientemente ocultos en el cuarto del jefe de bloque, que hasta el día antes era la guarida de Hirsch y que ahora va a ocupar Lichtenstern. El nuevo responsable del bloque 31 ha cambiado su ración de comida por media docena de cigarrillos. Se los ha fumado uno detrás de otro y sigue dando vueltas con nerviosismo por todo el barracón como un felino enjaulado.

Todos están muy preocupados por lo que le vaya a suceder a la gente del transporte de septiembre. Por solidaridad y humanidad, sin duda, pero también porque lo que les pase puede ser el adelanto de lo que les espere a ellos mismos tres meses más tarde, cuando cumplan sus seis meses de estancia en el campo.

19

En el BIIa, Rudi ya no puede esperar más.

Se pone en pie enérgicamente y mira a Alice sin decirle nada. Hace crujir los huesos de los dedos y decide ir hasta el barracón de Hirsch para obligarle a tomar una determinación. No va a aceptar otra respuesta que no sea un «sí». La revuelta ha de estallar sin más demora.

Sale muy nervioso de su barracón, pero a medida que atraviesa la calle principal del campo, atestada de gente, se va envalentonando y su paso se hace mucho más decidido. Está dispuesto a despejar contundentemente las dudas y los reparos de Hirsch. Camina con paso vivo respirando hondo para coger aire y enfrentarse a cualquier traba que le presente el líder del campo familiar: está dispuesto a doblegarlas todas y que el silbato suene para que la revolución brote. Durante la espera ha hecho un repaso exhaustivo de las objeciones que le puede plantear Hirsch y ha preparado una respuesta inapelable para cada una de ellas. Está convencido, con ese elevado concepto que tiene de sí mismo, de haber previsto todas las contingencias y de ser capaz de vencerlas todas.

Es verdad que Rosenberg tiene respuestas para todas las cuestiones. No se ha dejado ninguna y no se le puede rebatir de ninguna forma. Pero para lo que no se ha preparado es para que no haya objeción alguna. De ninguna manera ha previsto la posibilidad de encontrarse con el panorama con que se topa al llegar al barracón donde Hirsch dispone de un pequeño cuarto individual.

El resuelto registrador entra enérgicamente en el barracón, llama a la puerta del habitáculo y, al no recibir respuesta, entra con decisión. Ve a Fredy tumbado en el camastro. Al acercarse para despertarlo observa con

alarma que respira muy dificultosamente y que tiene el rostro gravemente azulado. Hirsch está agonizando.

Rudi sale enloquecido del barracón en busca de un médico sin parar de chillar como un loco pidiendo ayuda. Regresa con dos doctores que ya estaban recogiendo su escaso instrumental y se preparaban para retornar al campo BIIb antes del anochecer, como les había indicado el doctor Mengele. La exploración es breve. Los médicos la repiten dos veces y susurran entre ellos con gesto apesadumbrado.

—Es un caso muy grave de intoxicación por sobredosis de calmantes, no podemos hacer nada por él.

Levantán la vista y señalan con la mirada un frasco vacío de Luminal que hay sobre la mesa.

Alfred Hirsch se muere.

Rudi Rosenberg siente que el corazón se le vuelve del revés y está a punto de caerse redondo. Ha de apoyarse en la pared de madera para mantenerse erguido. Mira, seguramente por última vez, al gran atleta en sus últimos estertores. Sobre el pecho de Hirsch ha quedado también inerte su silbato metálico. Se da cuenta horrorizado de que el gran hombre finalmente no ha podido soportar llevar a sus pequeños a una muerte segura, no ha sido capaz de tomar esa decisión tan trágica y ha decidido marcharse antes. Le han pedido hacer algo que estaba más allá de sus fuerzas. Más allá de las fuerzas de cualquiera.

Rosenberg, presa del nerviosismo, piensa que tal vez haya tiempo para encontrar a otro líder, que Schmulewski hallará otra manera de que la revuelta arranque. Se apresura a ponerse en marcha. Pero al intentar salir del campo para ir al encuentro del jefe de la resistencia, las cosas han cambiado: encuentra una nube de guardias de las SS. El campo de cuarentena ha sido sellado. Nadie puede entrar ni salir bajo ningún concepto.

El registrador se va hasta la valla de separación con el campo BIIb para pedir a un miembro de la Resistencia, que está merodeando permanentemente al otro lado, que se acerque. Le dice que hay que hacer llegar inmediatamente a Schmulewski una información crucial:

—Fredy Hirsch se ha suicidado. ¡Hazle llegar el mensaje, por el amor del cielo!

El otro le dice que es imposible, que ellos tampoco pueden salir del campo familiar, que acaban de comunicárselo. Rudi vuelve hacia atrás y atraviesa con dificultad la *lagerstrasse* del campo de cuarentena. Se ha convertido en un hormiguero nervioso por el que vagan internos y guardias armados, todos expectantes, como esos pájaros que vuelan erráticamente antes de que estalle la tormenta.

Alice, Héléna y Véra acuden a su encuentro. Las informa atropelladamente de la situación: Fredy Hirsch ya nunca liderará nada más y Schmulewski está muy lejos. Tres campos de distancia es una separación que en ese momento se ha convertido en un abismo.

—Pero la revuelta puede empezar igual —le dicen—. Da tú la orden y nos pondremos en marcha.

Él trata de explicarles que las cosas no son tan sencillas, que no funcionan así, que él no está autorizado a tomar una decisión de esa trascendencia sin que lo ordene Schmulewski. Ellas no parecen entenderlo del todo. Rudi está agotado, triturado como esos huesos de cadera que los nazis convierten en polvo.

—No puedo tomar esa decisión, yo no soy nadie...

El orgulloso Rosenberg piensa en ese momento que es el hombre más insignificante del mundo. No sólo siente que todo se desmorona a su alrededor, sino que él mismo se desmorona.

En el campo familiar, la noticia rebota de boca en boca. Tan escueta que parece un telegrama fúnebre. Las frases más cortas son las más demoledoras, las que no admiten réplica. La noticia sigue atravesando el campo. Lo recorre como una apisonadora, dejando tras ella un rastro de desolación.

Fredy Hirsch ha muerto.

El rumor se va ensanchando y empieza a aparecer la palabra suicidio. También aparece la palabra Luminal, un somnífero cuya ingestión en grandes cantidades resulta mortal.

Una asistente húngara llamada Roszi Krousz entra corriendo en el bloque, con el rostro desencajado. Tiene los ojos incendiados de terror. Casi

no puede articular las palabras en checo, y su acento peculiar no resulta en ese momento cómico, sino que añade un toque aún más lúgubre a la noticia: Fredy Hirsch ha muerto.

No consigue decir más. No se puede añadir más. Se deja caer en un taburete y empieza a sollozar.

Algunos no quieren creerla, otros no saben qué pensar, pero empiezan a llegar otros asistentes con el rostro lívido y los niños van borrando sus risas, van acallando las canciones, van apagando sus juegos. En sus caras hay más miedo que tristeza. Un escalofrío recorre cientos de espinas dorsales. En esos seis meses, la muerte no había conseguido entrar ni una sola vez en el bloque 31. Habían conseguido el milagro de mantener con vida a todos los niños. Y, ahora, el hombre de los milagros ha sucumbido. Todos quieren saber cómo, por qué. En el fondo, lo que querrían preguntar es qué va a ser de ellos sin Fredy Hirsch. Suenan los silbatos y se gritan órdenes tajantes en alemán para que todos acudan urgentemente a sus barracones para el recuento de la noche.

Liesl está esperando a Dita. La abraza. Ya todos saben que Hirsch ha muerto. Madre e hija no necesitan decirse nada, les basta juntar unos instantes sus mejillas y cerrar muy fuerte los ojos.

La nueva Blockältester del barracón se sube a la chimenea horizontal que cruza el suelo y ordena silencio con una rabia que hace que todos los murmullos se apaguen. Es judía, de poco más de dieciocho años, pero ahora tiene poder. Ella va a repartir las raciones de pan y sopa. No va a pasar más hambre ni va a tener que seguir llevando esos zuecos de madera que huelen a podrido, porque con los trozos de pan que escamotee podrá comprar en el mercado negro unas botas. Por eso no va a permitirse vacilar, y si el *camp kapo* o los SS le piden que grite, gritará. Y si le piden que zurre a la gente con una vara, los zurrará. Es más, les gritará y les zurrará antes de que se lo pidan. Y el doble de fuerte, para no quedarse corta. Para empezar, les grita de malas maneras que está prohibido salir hasta el toque de diana del día siguiente. Se disparará a matar a cualquiera que salga del barracón.

Tanto tiempo deseando tener un camastro para ella sola y, esa noche que lo tiene, no puede dormir. Es de noche en Birkenau, los campos están en silencio, y fuera sólo se oye el viento y el monótono zumbido eléctrico de

las alambradas. Dita se agita inquieta y se pregunta si la grandullona Lida también la echará de menos. Tanto tiempo deseando dormir sola y ahora no sabe o no puede. Finalmente, salta de la cama y se va hasta el camastro de su madre, que también tiene ahora el jergón para ella sola. Se acurruca junto a ella, como cuando de niña tenía pesadillas y se metía en la cama de sus padres porque allí nada malo podía sucederle.

Rudi trata de nuevo de acceder al campo BIId e informar a Schmulewski. Para ello, pone la excusa de que debe entregar allí unos papeles importantes, pero se le deniega el permiso. Insiste diciendo que han de trasladar el cuerpo de Hirsch, pero se le vuelve a denegar. Vuelve a la alambrada a hablar con su contacto en el BIId, pero no está, no queda nadie fuera de los barracones, es imposible cualquier contacto.

Retorna a su habitáculo y, al cabo de un rato, vuelve a salir con la esperanza de que haya cambiado la guardia de puerta y esta vez pueda convencer al suboficial para que le deje entrar en el BIId. En ese momento entra en el campo una horda de *kapos* traídos de otros campos. Van armados con palos, y empiezan a golpear y a ordenar a gritos que la gente se vaya agrupando, que formen un pelotón de hombres y otro de mujeres a toda prisa. Hay golpes, hay gritos, hay silbatos que suenan, hay aullidos de dolor y de pánico.

Alice corre hacia él y se aferra a su brazo. Un guardia les grita violentamente que se separen hombres y mujeres.

—*Männer hier und Frauen hier!*

A su lado llueven golpes de porra y la sangre salpica el barro. Alice se separa de Rudi sin dejar de mirarlo, sin dejar de sonreírle tristemente. La empujan hacia un grupo de prisioneras, y las conducen a toda prisa a un camión parado a la entrada del campo. Llegan más vehículos, y se forma una fila de camiones que ronronean.

Rudi se queda paralizado un instante, y la masa lo empieza a arrastrar hacia un grupo de hombres que se apiña para protegerse de los golpes. De repente, se da cuenta de que está siendo absorbido por el grupo de gente al que van a llevar a empujones hacia los camiones de la muerte.

Empieza a tratar de caminar a contracorriente, hacia afuera, antes de que la masa lo arrastre y lo engulla. Los *kapos* con los palos y los SS con las metralletas controlan que nadie escape: empujan y patean a los que lo intentan. Él se pone un cigarrillo en la boca, para aparentar una calma que no tiene, y empuja con fuerza a otros prisioneros para abrirse paso hasta un *kapo* que conoce de vista y que está situado en el perímetro del círculo. Antes de que alce su porra contra él para que vuelva hacia el centro del grupo, Rudi le grita que es el secretario del barracón 14...

—Tengo órdenes del jefe de bloque de presentarme inmediatamente.

El *kapo* es un alemán que lleva el símbolo de los presos comunes. Lo mira un instante en medio de la vorágine. Lo reconoce y detiene el palo en el aire. Hace un gesto al soldado de la metralleta y lo dejan salir. Uno que se agarra a la chaqueta de Rosenberg para salir con él recibe un golpe con la bocacha de la metralleta en las costillas. Lo oye suplicar. No se gira. Se aleja caminando; intenta aparentar indiferencia, pero las piernas casi se le doblan.

Mientras camina hacia su barracón, escucha el ruido de los gritos, de las órdenes, de los sollozos, de los portones de los camiones que se cierran, de las ruedas que se deslizan sobre el barro, de los motores que se alejan. Piensa en Alice. Recuerda sus ojos de cervatilla al mirarle por última vez y agita la cabeza, como si quisiera sacudirse el recuerdo para que el peso no lo lastre. Sigue caminando deprisa, y por fin llega a su cuarto y se encierra en él.

No está documentado si Rudolf Rosenberg lloró.

Dita continuaba despierta en su camastro; todas las mujeres lo estaban. Había tanto silencio que había empezado a oírse el ruido de unos frenos que chirriaban una y otra vez sobre la tierra húmeda y el de unos camiones que se detenían en el camino sin apagar el motor. Más y más camiones.

Después, la noche revienta. En el campo vecino estallan los gritos, los pitidos de los silbatos, los sollozos, los ruegos, las llamadas a un dios ausente. En medio del griterío hay un roce, un sonido inconfundible de marea humana. Y pronto vuelven a oírse los golpes de los portones de los camiones al cerrarse e, inmediatamente después, el chirrido de los

pasadores metálicos. Los gritos de pánico generalizados han dado paso a un rumor de sollozos, de quejidos lastimeros, un rumor de cientos de voces que se entremezclan en una confusa nube de chillidos.

En el campo familiar, nadie duerme. Tampoco hablan ni se mueven. En el barracón de Dita, cuando alguien, presa del nerviosismo, pregunta en voz alta qué está sucediendo, qué les va a pasar, rápidamente las otras la hacen callar chistando de manera irritada y exigiendo silencio absoluto. Deben seguir escuchando para saber exactamente qué sucede, o tal vez lo que quieren es que se haga el máximo silencio para que los SS no las oigan, no reparen en ellas y las dejen vivir en sus míseros jergones putrefactos. Al menos, un poco más.

El golpeteo metálico de los cierres de los camiones se va sucediendo y el rumor de voces va decayendo. El cambio de régimen de los motores indica que los primeros vehículos cargados de gente se ponen en marcha. Y entonces Dita, su madre y las demás mujeres del barracón creen escuchar una música. Una alucinación producida por su propia congoja, tal vez. Pero al poco el soniquete incrementa su volumen. ¿Son voces que cantan? El coro de voces ya ahoga el sonido ronco de los camiones. Alguien lo dice en voz alta con perplejidad y otras lo repiten, como si les costara tanto creerlo que necesitaran contárselo a las demás o a sí mismas: están cantando. Los prisioneros y prisioneras que se llevan los camiones y que saben que van a morir están cantando.

Distinguen el himno checo, el *Kde domov muj*. Otro camión, al pasar, trae las notas de la canción judía *Hatikvah*, y en algún otro de los camiones se escucha *La Internacional*. La música tiene un inevitable aire quebrado, como de fuga, que decrece a medida que se alejan los camiones, y sus voces se van encogiendo hasta perderse. Esa noche, miles de voces se apagan para siempre.

La noche del 8 de marzo de 1944, 3792 presos procedentes del campo familiar BIb fueron gaseados y posteriormente incinerados en el crematorio III de Auschwitz-Birkenau.

20

Por la mañana, no necesita esperar los berridos de la *kapo* para levantarse porque ni siquiera ha llegado a quedarse dormida. Su madre le da un beso y ella salta de la litera para ir a pasar lista al 31, como todos los días. Aunque ése no es como los demás. La mitad de la gente que estaba a su lado se ha ido y no volverá.

Aun a riesgo de que alguna *kapo* o algún guardia le llame la atención, se desvía de la *lagerstrasse* y se dirige hacia la trasera de los barracones para acercarse a la valla y asomarse al campo de cuarentena, con la remota esperanza de encontrar a alguien con vida. Pero nada vivo se mueve entre los barracones del BIIa. Si acaso, se agita algún jirón de tela de alguna prenda de ropa tirada en el suelo.

Del griterío de la noche anterior no queda nada, sólo un silencio espeso. El campo está desierto. Hay una calma de cementerio. En la tierra pueden verse sombreros pisoteados, un abrigo tirado, cuencos vacíos. La cabeza rota de una de las muñecas de arcilla que las niñas hacían en el bloque 31 asoma entre los demás objetos. Dita distingue sobre el barro algo blanco, un papel arrugado. Cierra los ojos para no seguir mirando porque se da cuenta de que es una de las pajaritas que hacía el profesor Morgenstern. Está pisoteada. Machacada sobre el fango.

Así es exactamente como se siente.

Lichtenstern ha sido el encargado de pasar lista por la mañana en presencia de un SS de gesto impertérrito, y todos se han relajado un poco cuando éste ha salido del barracón. Durante todo ese rato, los niños no han dejado de mirar hacia uno y otro lado buscando a los ausentes. Con lo mucho que incordiaba a los chicos la rutina de pasar lista, esa mañana su brevedad los ha dejado desolados.

Dita sale afuera para escapar a esa sensación de opresión que se siente en el barracón. Pero aunque ya ha amanecido hace rato, algo enturbia el aire, una lluvia seca traída por la brisa que lo ensucia todo. Ceniza. Una nevada negra como nunca habían visto antes.

Los que trabajan en las zanjas miran al cielo. Los que acarrean piedras las dejan en el suelo y se detienen. Pese a los gritos de los *kapos*, la gente de los talleres deja el trabajo y sale afuera a mirar, quizá sea su primer acto de rebeldía: mirar el cielo negro indiferentes a las órdenes y a las amenazas.

De repente parece haber vuelto la noche.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclama alguien.

—¡Es una maldición de Dios! —grita otro.

Dita levanta la cabeza hacia arriba, y la cara, las manos, el vestido se le motean de minúsculos copos grisáceos que se deshacen entre los dedos. La gente del bloque 31 sale fuera a mirar qué sucede.

—¿Qué está pasando? —pregunta una niña asustada.

—No temáis —les dice Miriam Edelstein—. Son nuestros amigos del transporte de septiembre. Están volviendo.

Los niños y los profesores se arremolinan en silencio. Muchos de ellos rezan en voz baja. Dita hace una vasija con las manos para coger algo de esa lluvia de almas y no puede contener las lágrimas, que abren surcos blancos en su cara tiznada. Miriam Edelstein está abrazada a su hijo Aariah, y Dita se une a ellos.

—Han vuelto, Dita. Han vuelto.

Nunca más se marcharán de Auschwitz.

Algunos profesores se han plantado y han dicho que no van a impartir clases. Para unos es una forma de protesta, otros simplemente se ven incapaces, sin fuerzas ni ánimos para seguir adelante. Lichtenstern trata de levantarles la moral, pero no tiene el carisma y la seguridad en sí mismo de Fredy Hirsch. Él tampoco puede disimular que está hundido.

Una profesora pregunta qué le pasó a Hirsch. Varios se arremolinan cabizbajos, como en un funeral. Alguien dice que le han contado que lo subieron en camilla a uno de los camiones, agonizante, o ya muerto.

—Yo creo que se mató por orgullo. Era demasiado orgulloso para dejarse matar por los nazis. No iba a darles ese placer.

—Yo creo que, al ver que sus propios compatriotas alemanes lo habían engañado y traicionado, no pudo soportarlo.

—Lo que no debió de soportar fue el sufrimiento de los niños.

Dita escucha y algo se le agita dentro, como si intuyera que había algo en ese final de Hirsch que escapaba a las interpretaciones convencionales. Se siente no sólo desolada, sino desorientada: ¿qué será ahora de esa escuela si Hirsch no está ahí para arreglarlo todo? Se ha sentado en un taburete lo más alejada posible de los demás, pero la figura flaca y desmañada de Lichtenstern se le acerca. Está nervioso. Daría diez años de vida por fumarse un cigarrillo.

—Los niños están asustados, Edita. Míralos, no se mueven, no hablan.

—Todos estamos fastidiados, señor Lichtenstern.

—Tenemos que hacer algo.

—¿Hacer? ¿Y qué podemos hacer?

—Lo único que podemos hacer es seguir adelante. Hay que hacer que esos niños reaccionen. Léeles algo.

Dita mira a su alrededor y se da cuenta de que los niños se han ido sentando en el suelo, formando grupos silenciosos, mordiéndose las uñas, mirando al techo. Nunca han estado tan abatidos, nunca tan callados. Dita está sin fuerzas y tiene en la boca un sabor que amarga. Lo que más le apetece en ese momento es quedarse sentada en ese taburete, no moverse, no hablar ni que le hablen. No levantarse más.

—¿Y qué voy a leerles?

Lichtenstern abre la boca, pero no le salen las palabras, así que vuelve a cerrarla y baja la vista algo avergonzado. Le reconoce que él no sabe de libros. Y a Miriam Edelstein no se lo pueden preguntar. Está muy afectada; se ha quedado sentada al fondo, se ha tapado la cabeza con las manos y no ha querido hablar con nadie.

—Eres la bibliotecaria del bloque 31 —le recuerda adustamente Lichtenstern.

Ella asiente. Ha de asumir su responsabilidad. No es necesario que nadie se lo recuerde.

Se va hasta el cuarto del Blockältester y piensa que le gustaría poder preguntarle al señor Utitz, el bibliotecario de Terezín, cuál sería el libro más

indicado para leer a unos chicos en esas circunstancias trágicas. Dispone de alguna novela seria, también de libros de matemáticas y de conocimientos del mundo. Pero, antes de levantar la pila de trapos viejos que oculta la trampilla del escondite secreto de la biblioteca, ya lo ha decidido.

Toma el más descoyuntado de todos los libros, poco más que un mazo de hojas desencuadradas. Quizá sea el menos adecuado de todos, el menos pedagógico, el más irreverente, incluso hay profesores que desapruaban su lectura por considerarla chabacana, indecente y de mal gusto. Pero quienes creen que las flores crecen en los jarrones no saben nada de literatura. La biblioteca es ahora su botiquín, y les va a dar a los chicos un poco del jarabe que le hizo recuperar la sonrisa cuando creyó que la había perdido para siempre.

Lichtenstern hace un gesto a uno de los asistentes para que vigile la puerta, y Dita se sube de pie a un taburete en el centro del barracón. Algún niño la mira con desganada curiosidad, pero la mayoría sigue mirándose las puntas de los zuecos. Abre el libro, busca una página y empieza a leer. Puede que la oigan, pero nadie la escucha. Los niños siguen apáticos, muchos de ellos están tirados en el suelo como si dormitaran. Los profesores siguen cuchicheando y masticando lo que saben sobre la muerte de la gente de septiembre. Incluso Lichtenstern se ha sentado en un taburete y ha cerrado los ojos para borrarle de allí.

Dita lee para nadie.

Desgrana una escena en la que los soldados checos, que están bajo las órdenes del alto mando austríaco, viajan en un tren hacia el frente y allí Svejek consigue con sus extravagantes opiniones irritar a un arrogante teniente llamado Dub, que inspecciona a los soldados cuando llegan a su destino. A su paso va oyéndose su cantinela habitual: «¿Me conocéis? ¡Pues os digo que no me conocéis de verdad! ¡Pero cuando me conozcáis os haré llorar, asnos!». El teniente les pregunta si tienen hermanos, y cuando le responden afirmativamente, les grita que éstos deben de ser tan estúpidos como ellos.

Los niños siguen en sus rincones con cara agria, alguno ya ha dejado de comerse las uñas e incluso unos cuantos han dejado de mirar al techo para observar a Dita, que continúa arbolando palabras en el aire. Alguno de los

profesores, sin abandonar del todo la conversación, también ha girado un poco el cuello hacia ella. No acaban de entender qué hace allí subida. Dita sigue leyendo hasta que el malcarado teniente se encuentra a Svejek, que está criticando un cartel de propaganda en el que se ve a un soldado austríaco atravesando contra la pared a un cosaco.

—¿Qué es lo que no le gusta del cartel? —le pregunta de malas maneras el teniente Dub.

—Mi teniente, lo que no me gusta es la manera descuidada en que el soldado maneja su arma reglamentaria: podría romperse la bayoneta al estrellarse contra la pared. Además, es algo bastante inútil, porque el ruso tiene las manos en alto, así que ya se había entregado. Entonces es un prisionero, y con los prisioneros hay que comportarse correctamente porque también son personas.

—Está insinuando que ese enemigo ruso le da lástima, ¿no es así? —le pregunta maliciosamente el teniente.

—A mí me dan lástima los dos, mi teniente. El ruso porque lo han atravesado, y el soldado porque por hacerlo van a encerrarlo. Tiene que haber roto la bayoneta, mi teniente, porque la pared es de piedra y el acero es más débil. Antes de la guerra, mientras cumplía el servicio militar, tuvimos un subteniente. Ni un viejo soldado podía decir tantos tacos como él. En el campo de ejercicios nos gritaba: «Cuando digo firmes tienes que clavar los ojos como un gato cuando hace sus necesidades». Pero por lo demás era una persona muy sensata. Una vez, por Navidad, se volvió loco y compró un carro cargado de cocos para la compañía. Desde aquel día sé lo frágiles que son las bayonetas: la mitad de las de la compañía se partieron al tratar de abrir los cocos, una tras otra, y el subteniente nos hizo encerrar durante tres días.

Ya algunos niños la miran con atención y otros que estaban más alejados se han acercado para escuchar mejor. Algunos profesores siguen hablando, pero otros los van haciendo callar. Dita lee con suave obstinación. La música de la narración y las ocurrencias de Svejek han ido acallando los murmullos.

—A nuestro subteniente también lo arrestaron, y yo lo sentí mucho porque era muy buena persona, aparte de su fijación por los cocos...

El teniente Dub miró enfadado el ingenuo rostro del buen soldado Svejik y le preguntó con rabia:

—¿Usted me conoce?

—Sí, mi teniente, lo conozco.

Al teniente Dub se le salían los ojos de las órbitas, empezó a patalear y a bramar:

—¡No, usted aún no me conoce!

Y Svejik le respondió con su voz pausada y dulce:

—Sí que lo conozco, mi teniente. Usted pertenece a nuestro batallón.

—¡Le digo que todavía no me conoce! —volvió a gritar fuera de sí el teniente—. Usted tal vez conoce mi lado bueno, pero cuando conozca el lado malo temblará de miedo: soy duro y hago llorar a la gente. Así que ¿me conoce o no me conoce?

—Claro que lo conozco, mi teniente.

—¡Le digo por última vez que usted no me conoce, asno! ¿Tiene hermanos?

—A sus órdenes, mi teniente, tengo uno.

Viendo el rostro candoroso y la expresión de bondad de Svejik, el teniente se encolerizó y aún le gritó más fuerte:

—¡Entonces su hermano será un animal como usted, seguro que es absolutamente idiota!

—Sí, mi teniente. Absolutamente idiota.

—¿Y a qué se dedica ese burro de su hermano?

—Era profesor y, al ingresar en el ejército por la guerra, lo han hecho teniente.

El teniente Dub atravesó con la mirada a Svejik, que lo observaba con gesto bondadoso. Y, rojo de ira, le gritó que se retirase.

Algunos niños ríen. Miriam Edelstein, al fondo del barracón, asoma la cabeza de entre las manos. Dita sigue relatando más aventuras y peripecias de ese soldado que, haciéndose el tonto, ridiculiza la guerra, cualquier guerra. La profesora ha levantado los ojos y mira a su bibliotecaria. Ese

pequeño libro ha conseguido con sus historias reunir a su alrededor a la tribu entera.

Cuando cierra el libro, los niños se levantan y vuelven a agitarse y a corretear por el barracón. La vida ha vuelto a conectarse a la corriente después de un apagón, y Dita acaricia el viejo lomo recosido con hilo y se siente feliz porque sabe que Fredy estaría orgulloso de ella. Ha cumplido la promesa que le hizo: seguir siempre adelante, no rendirse. Sin embargo, un velo de tristeza se posa sobre ella. ¿Por qué se rindió él?

21

Mengele atraviesa la puerta de entrada del campo familiar y las valquirias de Wagner entran con él. También una bocanada de frío. Observa atentamente todo lo que se mueve a su alrededor. Sus ojos parecen tener rayos x. Da la sensación de que busca algo o a alguien, pero Dita está en el bloque 31. Allí está a salvo... Al menos, de momento.

Se comenta que una de las hazañas más celebradas por el histórico comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, fue la manera en que el médico, a finales de 1943, cortó un grave brote de tifus en Birkenau que ya afectaba a siete mil mujeres. Los barracones infestados de piojos hacían que la epidemia fuera incontrolable. Pero Mengele dio con la solución. Mandó ejecutar en la cámara de gas a un barracón entero con seiscientas mujeres y, a continuación, lo hizo desinfectar a fondo. Se colocaron bañeras y un set de desinfección en el exterior, y se hizo pasar por él a las mujeres del siguiente barracón antes de ingresarlas en el barracón limpio. Posteriormente, el barracón que éstas ocupaban fue a su vez desinfectado, y se procedió en cadena de la misma manera con todas las demás mujeres. De ese modo, consiguió Mengele cortar la epidemia.

Los altos cargos felicitaron al doctor, incluso querían darle una medalla por su acción, en la que participó de manera tan activa que llegó también a contagiarse de tifus. Ese criterio regía todo su proceder: los resultados globales o el avance científico eran lo fundamental, las vidas humanas que quedaran por el camino no tenían importancia.

Un SS-Oberscharführer le trae a sus parejas de gemelos. Los niños se acercan con cierta timidez y lo saludan a coro dando los buenos días al tío Pepi. Él les sonríe, desordena el pelo a la pequeña Irene, y todos juntos se

ponen en marcha hacia sus dependencias del campo F, que los propios guardias de las SS, cuando Mengele no está presente, denominan el zoo.

Allí trabajan varios patólogos a las órdenes de Mengele. Los niños tienen buena comida, sábanas limpias, e incluso juguetes y chucherías a su disposición. Cada vez que los niños entran en aquel lugar de la mano del médico, a los padres el corazón se les para hasta que los ven regresar. De momento siempre han regresado contentos, con algún bollo de propina en los bolsillos, y cuentan que les han medido todas las partes del cuerpo, que les han hecho análisis de sangre y que alguna vez les ponen alguna inyección, pero que luego el doctor les compensa dándoles chocolatinas.

Otros no han tenido tanta suerte. Por esas fechas ha estado investigando los efectos de las enfermedades en gemelos; a varias parejas de gemelos del campamento gitano les ha inoculado el tifus para ver su reacción y después los ha ejecutado para poder observar en la autopsia la evolución del organismo de cada uno de los hermanos.

Pero Mengele acaricia la cabeza de sus niños gemelos, incluso les sonrío afectuosamente al despedirse de ellos.

—¡No os olvidéis del tío Pepi! —les dice.

Porque él no piensa olvidarse de ellos.

El olvido no es una elección. Han pasado los días en esa rutina fúnebre de Auschwitz, pero Dita no puede olvidar. En realidad, no quiere. Fredy Hirsch cerró repentinamente el grifo de su vida. Pero gotea sobre su cabeza una pregunta que le taladra el cerebro: ¿por qué? Sigue distribuyendo los libros en cada cambio de clase, cumpliendo con su deber de bibliotecaria, pero está encerrada en sí misma. Observa complacida cómo el bloque 31 sigue adelante, pese a todo. Sin embargo, tal vez porque ahora son menos, desde que no está Hirsch todo parece más pequeño, incluso más vulgar.

Hoy su ayudante es un muchacho muy agradable, incluso muy guapo, con la cara salpicada de pecas de color canela. En otro momento igual hubiera intentado ser más amable con él; no abundan los chicos guapos. Pero apenas le ha contestado cuando él ha tratado de entablar conversación. Ella está en otra parte.

Sigue amasando en su cabeza la pregunta de por qué Hirsch se quitó la vida.

No es propio de él.

Con todo lo que había aguantado y con lo disciplinado que era —en su forma de ser se unían lo judío y lo germánico—, huir de su responsabilidad resultaba un hecho anómalo. Dita agita la cabeza a uno y otro lado, y su melena se bambolea diciendo que no, que a ese rompecabezas le falta alguna pieza. Él le dijo que eran soldados, que debían luchar hasta el final. ¿Cómo es posible que abandonara su puesto? No, no era la lógica de Fredy Hirsch. Él era un soldado, tenía una misión. Es cierto que la última tarde que lo vio estaba más melancólico que nunca, quizá más frágil. Probablemente, él sabía que aquel traslado tenía todos los números de acabar mal. Pero no entiende por qué se suicidó. Y no soporta no entender algo. Es tozuda, su madre se lo dice. Tiene razón: es de las que no dejan nunca un rompecabezas sin terminar.

Por ello esa tarde, al terminar su trabajo en el 31, se va hacia el barracón. Aprovecha que su madre está a solas con la señora Turnovská para abordarla.

—Disculpe —le interrumpe—, hay algo que me gustaría preguntarle.

—Edita —le reprocha su madre—, ¿has de ser siempre tan brusca?

La señora Turnovská sonríe. Le complace que las chicas jóvenes le consulten cosas.

—Déjala. Hablar con la juventud me rejuvenece, querida Liesl. —Y suelta una risita.

—Se trata de Fredy Hirsch. Usted sabe quién era, ¿verdad? —La mujer asiente con suficiencia. La duda ofende—. Querría saber qué se dice sobre su muerte.

—Se envenenó con esas odiosas pastillas. Las pastillas dicen que lo curan todo, pero yo no me fío. Cuando el doctor me recomendaba unas píldoras para el catarro, nunca me las tomaba. Siempre he preferido los vahos de hojas de eucaliptus.

—Cuánta razón tiene, yo hacía lo mismo. ¿Ha probado a hervir menta? —dice la señora Adlerova.

—Pues no, pero ¿mezclada con el eucaliptus o sola?

Dita resopla.

—¡Ya sé lo de las pastillas, pero quiero saber por qué lo hizo! ¿Qué se dice por ahí, señora Turnovská?

—¡Ay, querida, se dicen tantas cosas! La muerte de ese señor dio mucho que hablar.

—Edita siempre ha dicho que era un buen hombre.

—Seguro, seguro. Aunque ser bueno en la vida no basta. Mi pobre marido, que en paz descansa, era buenísimo, pero también tan apocado que no había forma de que saliéramos adelante con la frutería. Todos los agricultores le colocaban la fruta pasada que no les aceptaban en ninguna otra parte.

—Bueno —las interrumpe Dita, a punto de explotar—, pero ¿qué se decía de Hirsch?

—Oí de todo, niña. Unos dicen que fue el miedo a la asfixia del gas. Otros dicen que era adicto a tomar pastillas y se le fue la mano. Alguien comentó que fue por la tristeza de ver que iban a matar a los niños. Una señora me explicó, como si fuera un secreto, que le habían echado mal de ojo, que había nazis que practicaban magia negra.

—Creo que sé de quién habla...

—Escuché también algo hermoso... Alguien dijo que fue un acto de rebeldía: se mató para que los nazis no pudieran hacerlo.

—¿Y a usted quién le parece que tenía razón?

—Cuando lo contaban, te aseguro que todos, por separado, parecían tener razón.

Dita asiente y se despide de las mujeres. Conseguir saber la verdad en Auschwitz es como agarrar copos de nieve con el cazamariposas del profesor Morgenstern. La verdad es la primera víctima de la guerra. Pero ella se ha empeñado en encontrarla por muy enterrada en el barro que esté.

Es por ello por lo que esa misma noche, cuando su madre ya se ha subido a la litera, se escabulle hasta el camastro de Radio Birkenau.

—Señora Turnovská...

—Dime, Edita.

—Quiero pedirle algo... Seguro que usted lo sabe.

—Es posible, es posible —le responde con cierta vanidad—. Puedes consultarme lo que quieras. No tengo secretos para ti.

—Dígame de alguien de la Resistencia con quien pueda contactar.

—Pero, chiquilla... —La mujer se arrepiente ahora de haberle dicho que no tendría secretos para ella—. Ese no es un asunto para muchachas, es muy peligroso. Tu madre me retiraría la palabra si te condujera hasta la Resistencia.

—No quiero alistarme, aunque ahora que usted lo menciona, tal vez no sería tan mala idea. Pero seguramente no me querrían por mi edad. Sólo quiero preguntar a alguien de ellos por Fredy Hirsch. Seguro que ellos son quienes mejor saben lo que pasó.

—Ya sabes que el último en verlo fue ese registrador del campo de cuarentena llamado Rosenberg...

—Lo sé, pero es muy difícil acceder a él. Si pudiera hablar con alguien de aquí..., por favor.

La señora Turnovská rezonga un poco.

—Está bien, pero no digas que te mando yo. Hay un hombre de Praga llamado Change. Trabaja en el taller número tres y se le reconoce fácilmente porque tiene la cabeza lisa como una bola de billar y una nariz enorme como una berenjena. Pero yo no sé nada.

—Gracias, le debo una.

—No me debes nada, mi niña. No le debes nada a nadie. Aquí todos hemos pagado ya nuestras deudas con creces.

Deja pasar el día en el bloque 31.

Otro día de clases menos bulliciosas que antes, pasando la misma hambre de siempre y con miedo de que ese día sea el último. Cuando termine la jornada volverá otra vez a ver si da con el tal Change.

Es una de esas tardes en que Dita ayuda a Miriam Edelstein con un grupo de niñas de siete años en una improvisada clase de ortografía que se parece más a una de manualidades. Afuera está lloviendo, y esa tarde no hay juegos exteriores ni deportes. Los chicos están enfadados porque no han podido jugar al pañuelo o a la rayuela, y Dita está contrariada porque lleva varios días lloviendo y la gente se refugia en seguida en los barracones. Por eso no ha podido dar todavía con el hombre calvo.

Miriam Edelstein disimula ante los niños su angustia, pero la muerte de Hirsch la ha dejado muy sola. Además, no ha vuelto a saber nada de su

marido, Yakub, desde la visita de Eichmann al campo familiar, cuando le comunicó que lo habían transferido a Alemania y que se encontraba en perfecto estado. Le mintió. Una vez más, la verdad es otra: sigue preso en la trágica cárcel de Auschwitz I, a sólo tres kilómetros de Birkenau. En esa cárcel hay celdas que son armarios de cemento donde los presos no pueden ni sentarse y han de dormir de pie; las piernas se les funden. Las torturas son metódicas: descargas eléctricas, latigazos, agujas hipodérmicas. Una de las que más entretienen a los carceleros es fingir ejecuciones. Los sacan al patio, les vendan los ojos, amartillan las pistolas y, cuando los reos tiemblan o algunos se hacen sus necesidades encima, suena el clic metálico de la pistola sin munición y los llevan de nuevo dentro. En realidad, las ejecuciones son tan frecuentes que ya ni se limpia el muro; una línea rojiza con adherencias de pelo y masa encefálica ondula sobre la pared y señala la altura media de los que murieron.

Dita se afana en ayudar a afilar la punta de las cucharas de las niñas contra una piedra. Los que ya tienen las cucharas preparadas se van con Dita para sacar punta a unas astillas de madera. Algunas astillas tienen nudos y no se dejan; a otras, en cambio, se les quiebra la punta y hay que volver a empezar. Después de una hora larga consiguen tener las maderas puntiagudas. Entonces, Miriam enciende con mucho cuidado unas virutas dentro de una cacerola, y en ese fuego se van requemando las puntas de las maderas. Cada una de ellas es un tosco lápiz con el que es posible escribir tres o cuatro palabras. Los papeles también son un bien escaso que el jefe de bloque Lichtenstern consigue con cuentagotas diciéndoles a los nazis que tiene que elaborar listados.

Miriam les dicta unas pocas palabras para que las escriban, y las niñas se aplican con esmero. Dita se pone a un lado para verlas trabajar arrodilladas, con los taburetes haciendo de mesa de apoyo, y ve cómo se esfuerzan en su caligrafía, pese a ser todo tan rudimentario. La bibliotecaria coge uno de los palos que sirven de lápices y un trozo de papel. Hacía tanto que no dibujaba que la mano vuela sobre la hoja, pero el tizne se agota en seguida. Miriam Edelstein se asoma por detrás de ella a mirar. Ve unos trazos verticales y un círculo, el carboncillo no ha dado para mucho más, pero aun así Miriam abre mucho los ojos.

—El reloj astronómico de Praga... —dice con melancolía.

—Lo ha reconocido...

—Lo reconocería incluso en el fondo del mar. Para mí representa la Praga de los relojeros y los artesanos.

—La vida normal...

—La vida, sí.

Dita nota que la mano de la subdirectora se le entremete en el tope de la media de lana, como si le escondiera algo allí, y luego continúan corrigiendo a las chicas como si nada. Al tocarse la pierna nota un pequeño bulto. Es un lápiz de verdad, con su mina de grafito negro. Es el mejor regalo que le han hecho en años. Por ese tipo de cosas, a Miriam Edelstein ya todos la llaman tía Miriam.

Esa tarde está muy ocupada. El reloj astronómico de Praga, con su esqueleto, su gallo, sus esferas zodiacales, sus patriarcas, sus gárgolas acostadas. Varios niños la han descubierto dibujando y se han acercado a mirar. Algunos no son de Praga y otros que nacieron allí ni siquiera recuerdan la ciudad. Ella les explica pacientemente que un esqueleto agita una campanilla a las horas en punto y empiezan a desfilar unas figuras que salen por una puerta y entran por otra.

Cuando termina, dobla cuidadosamente el dibujo y se acerca hasta Aariah, el hijo de Miriam Edelstein, que está cogido de las manos con otros chicos, jugando al telégrafo. Le mete la hoja en el bolsillo y le dice que es un regalo para su madre.

Como necesita entretenerse con algo para no quedarse quieta, aún le da tiempo a encolar cuidadosamente el ensayo de Freud, que ha salido ese día en préstamo y ha vuelto con el lomo algo descolgado. También pasa la mano por encima de las hojas una y otra vez, alisando, peinando cada una de ellas después del trajín del día.

El cabo primero de las SS, Viktor Pestek, también es feliz peinando y despeinando los bucles de René Naumann.

Ella le deja hacer. No le permite besarla ni cualquier otro acercamiento. Pero cuando Viktor le imploró que le dejase acariciarle el pelo, no pudo, no supo o, tal vez, no quiso negarse.

Es un nazi, un represor, un criminal..., pero a ella la trata con un respeto que raramente encuentra en el campo entre sus propias compañeras. Por la noche, René tiene que dormir con la escudilla bajo el brazo o atada al pie con una cuerda porque los robos son frecuentes. Hay mujeres que trafican con su cuerpo, hay delatores. También hay gente muy recta, muy formal y muy religiosa, que la insulta y la llama zorra por llevarle a su madre una pieza de fruta que le ha regalado un SS.

En comparación, el rato que pasa con él es un momento de sosiego. Viktor le ha contado, porque sobre todo él habla y ella escucha, que antes de la guerra trabajaba en una granja. Se lo imagina cargando pacas de hierba seca. Si no hubiera estallado esa maldita guerra, probablemente sería un muchacho honrado, simple y trabajador como cualquier otro. Quién sabe, incluso podría haberse enamorado de él.

Esa tarde, Viktor llega más nervioso que de costumbre. Cada vez que se ven, él le trae un regalo. Aprendió la lección del primer día: esta vez es una salchicha cocida envuelta en papel. Pero el regalo que quiere ofrecerle es otro.

—Un plan, René.

Ella lo mira.

—Tengo un plan para marcharnos de aquí y casarnos y empezar una nueva vida juntos.

Ella guarda silencio.

—Lo tengo todo pensado. Saldremos caminando por la puerta, sin levantar sospechas.

—Estás loco...

—No, no. Irás vestida con un uniforme de las SS. Será cuando haya anochecido. Yo daré el santo y seña y saldremos tranquilamente. Tú no debes hablar, claro. Tomaremos un tren y llegaremos hasta Praga. En esa ciudad tengo algún contacto. En el campo he hecho amigos entre los internos, saben que no soy como los demás guardias de las SS. Conseguiremos documentación falsa y saldremos hacia Rumanía. Allí esperaremos a que acabe la guerra.

René mira muy atentamente a ese guardia delgado, más bien bajo, de pelo negro y ojos azules, un tanto desgarbado.

—¿Tú harías eso por mí?

—Yo haría cualquier cosa por ti, René. ¿Vendrás conmigo?

No hay duda de que el amor comparte algunos ingredientes con la locura.

René suspira. Salir de Auschwitz es el sueño de todos y cada uno de los miles de prisioneros atrapados entre alambradas y crematorios. Levanta las pupilas. Se tira de un bucle de la frente. Lo muerde.

—No.

—¡Pero no debes temer! ¡Saldrá bien! Será el día en que estén de guardia unos amigos míos, no habrá ninguna traba, será muy fácil... Quedarse aquí es esperar turno para morir.

—No puedo dejar aquí a mi madre sola.

—Pero, René... Somos jóvenes, ella lo entenderá, tenemos una vida por delante.

—No voy a dejar a mi madre. No hay nada más que hablar. No insistas.

—René...

—Te he dicho que no hay nada más que hablar. Digas lo que digas, no cambiaré de idea.

Pestek se queda un momento pensativo. Nunca ha sido un hombre pesimista.

—Sacaremos también a tu madre.

René empieza a irritarse. Le parece que todo es un hablar por hablar, un entretenimiento que no la divierte en absoluto. Pestek no corre peligro, pero ellas dos sí. Las cosas no están como para andar jugando a decir tonterías sobre salir de Auschwitz como si aquello fuera un cine, donde uno, cuando se cansa, se levanta de la butaca y se marcha.

—Para nosotras estar aquí dentro no es un juego. Mi padre ha muerto por el tifus, y a mi primo y a su mujer los asesinaron con el resto del transporte de septiembre. Déjalo estar. Ese juego de las fugas no tiene gracia.

—¿Crees que hablo en broma? Aún no me conoces. Si digo que os sacaré a ti y a tu madre es que lo voy a hacer.

—¡Eso no es posible, tú lo sabes! Ella es una señora casi enanita de cincuenta y dos años, y tiene reuma. ¿La vas a vestir a ella de guardia de las

SS?

—Variaremos el plan. Tú déjame hacer a mí.

Ella lo mira y no sabe qué pensar. ¿Habría alguna remota posibilidad de que fuera capaz de sacarlas vivas a las dos de ahí? Y si salen..., ¿qué pasaría a continuación? ¿Serían capaces de esconderse de los nazis dos mujeres judías fugadas de Auschwitz y un traidor? E incluso si así fuera..., ¿uniría su vida a la de un nazi, aunque fuera un desertor? ¿Querría pasar el resto de su vida con alguien que hasta entonces no se ha inmutado a la hora de llevar a cientos de personas inocentes a la muerte?

Demasiadas preguntas.

Una vez más, se calla. Se limita a no decir nada, y Pestek entiende su silencio como una aceptación porque eso es lo que quiere entender.

Por fin ha dejado de llover y Dita ha aprovechado la hora de la sopa para tratar de encontrar al hombre de la Resistencia, pero parece habérselo tragado la tierra, que con toda el agua caída se ha convertido en un barrizal pastoso. Ha estado dando vueltas por el taller a la hora en que salen los prisioneros, pero no ha dado con él.

Sentada sobre su banca, deshace con esmero las arrugas de la novela en francés sin tapas y le aplica al lomo un poco de pegamento que Margit ha sacado a escondidas del taller de confección de botas militares donde está asignada. Quiere hacerle una cura a fondo antes de dejárselo a la única persona que reclama esa novela, una profesora de talante más bien agrio llamada Markéta, una mujer de pelo lacio, demasiado canoso para sus cuarenta y pocos años, con los brazos como palos de escoba, de la que se dice que fue institutriz de los hijos de un ministro del gobierno antes de la guerra. Es tutora de un grupo de niñas de nueve años, y Dita la ha escuchado algunas veces enseñarles palabras en francés a sus alumnas, que están muy atentas porque les dice siempre que es el idioma de las señoritas elegantes. A Dita esas palabras tan musicales le parecen una lengua inventada por juglares.

Le había pedido tantas veces esa novela que un día, aunque Markéta resultaba algo distante y no le daba pie a conversar, Dita le preguntó si la conocía. Recuerda que la miró de arriba abajo con estupefacción.

Como si le hubiera preguntado si era virgen o algo así...

Gracias a ella pudo registrarla formalmente. Se titula *El conde de Montecristo* y su autor es Alexandre Dumas. Le contó que en Francia es una obra célebre. Le ha pedido si podía tenerla un rato esa tarde y, después de la puesta a punto del libro, se va hasta el taburete en que la profesora está sentada sola, metida en sus pensamientos. Es una mujer poco comunicativa, que apenas habla con nadie, pero Dita lleva tiempo pensando en cómo abordarla y ése es su momento, la tranquilidad en el barracón es absoluta porque al fondo está ensayando el coro del profesor Avi Ofir y han ahuyentado a todos los demás con sus gorgoritos. Sin esperar a que la invite a sentarse, ella misma se deja caer en el taburete de al lado.

—Me gustaría saber qué explica esta novela. ¿Me la contaría usted?

Si le dice que se largue con viento fresco, se levantará y se marchará. Pero Markéta se la queda mirando y, contra todo pronóstico, no la espanta, sino que parece agradecer su compañía. E incluso, de manera sorprendente, esa mujer de pocas palabras empieza a contar con una inesperada efusión.

El conde de Montecristo...

Le habla de un joven llamado Edmond Dantés, nombre que pronuncia con unas vocales afrancesadas muy abiertas y muy percutidas, con lo que inmediatamente el personaje adquiere un indudable pedigrí literario. Le cuenta que Edmond es un muchacho fornido y honesto que retorna al puerto de Marsella al mando del *Faraón*, deseando ver a su padre y a su novia catalana.

—Ha tenido que tomar el mando del barco por el fallecimiento durante la travesía del capitán, que como última voluntad le ha pedido que lleve una carta suya a una dirección de París. Está en un momento en que la vida le sonrío: el armador quiere hacerlo capitán y su novia, la hermosa Mercedes, lo quiere con locura. Se van a casar inmediatamente. Pero un primo de ella también la pretende y, junto con un oficial del barco despedido por no haber sido él designado como nuevo capitán, denuncian a Dantés por traición y la carta del fallecido capitán le incrimina. ¡Es terrible! Así que en el día de su boda, Dantés pasa de la alegría a la mayor de las amargas cuando lo detienen en plena celebración y lo llevan prisionero al terrorífico penal de la isla de If.

—¿Dónde está eso?

—Es un islote frente al puerto de Marsella. Allí va a pasar encerrado en una celda muchos años. Pero Dantés encontrará un compañero de infortunio en una celda cercana, el abate Faria. Es un religioso al que todos consideran un loco porque pide a gritos a los carceleros que le dejen en libertad y les dice que, a cambio, compartirá con ellos un fabuloso tesoro. El hombre lleva años excavando pacientemente un túnel con herramientas que él mismo se ha fabricado, pero se equivoca de dirección y, en vez de aparecer en el exterior del muro, aflora en la celda de Dantés. Gracias a eso, sus celdas quedan conectadas sin que lo sepan los carceleros y así los dos alivian su encierro haciéndose compañía.

Dita atiende con mucha atención. Se siente identificada con Edmond Dantés, un inocente al que la maldad ha llevado a un penoso encierro absolutamente injusto, igual que le ha sucedido a ella y a su familia.

—¿Cómo es Dantés?

—Fuerte y guapo, muy guapo. Y, sobre todo, tiene un corazón hermoso, lleno de bondad y generosidad.

—¿Y qué es de él? ¿Consigue la libertad que tanto se merece?

—Faria y él preparan un plan de fuga. Pasan años cavando pacientemente un túnel, y en ese tiempo el abate Faria se convierte en un padre y un maestro para él: le enseña historia, filosofía y muchas otras materias en tantas horas de encierro. Pero cuando falta muy poco para completar el túnel, el abate Faria fallece. Su plan se viene abajo. Cuando ya Dantés creía rozar la posibilidad de la libertad con la punta de los dedos, la muerte de su amigo lo echa todo por tierra.

Dita, como si no tuviera bastante con su propia desgracia personal, frunce los labios y se lamenta ante la mala suerte del pobre Dantés. Markéta le sonrío.

—Dantés es un hombre de recursos y muy valiente. Cuando los carceleros, tras comprobar la muerte del recluso, se retiran, él se mete en la celda de Faria a través del paso secreto, traslada el cadáver de su viejo amigo de vuelta por el mismo pasadizo y lo acuesta en su propio camastro. A continuación, vuelve a la celda de Faria y se introduce en el saco mortuario donde estaba el difunto abate. Al llegar los encargados del

traslado funerario, a quien se llevan a cuestras es a Dantés. Su idea es que, cuando lo dejen en la morgue, al primer descuido se levantará y escapará.

—¡Buena idea!

—No tan buena. Lo que él no sabe es que en el siniestro penal de If no hay morgue, ni siquiera entierros, y que los cadáveres de los reclusos se arrojan al mar. Desde una altura vertiginosa, lanzan a Dantés dentro del saco al agua, por lo que cuando los guardias descubren el engaño, consideran que igualmente habrá muerto ahogado.

—¿Y muere? —pregunta Dita angustiada.

—No, aún falta mucha novela. Consigue salir del saco y, aunque extenuado, logra llegar a nado hasta la orilla. Pero ¿sabes lo mejor? El abate Faria no estaba loco, era verdad que había encontrado un tesoro. Edmond Dantés va a buscarlo y con las riquezas que encuentra adopta una nueva personalidad: se convierte en el conde de Montecristo.

—¿Y se dedica a vivir feliz para siempre? —pregunta ingenuamente Dita.

Markéta la mira con esa expresión suya de máxima perplejidad y cierto reproche.

—¡No! ¿Cómo va a hacer como si nada hubiera pasado? Hace lo que debe: vengarse de todos aquellos que lo traicionaron.

—¿Y lo consigue?

Markéta asiente con la cabeza con gestos tan amplios que no cabe duda de que Edmond Dantés se venga de manera implacable. La profesora le resume las alambicadas y astutas maquinaciones de Dantés, convertido en el conde de Montecristo, para castigar de una manera devastadora a los que le amargaron la vida. Un plan complejo y maquiavélico del que no se libra ni la propia Mercedes, que finalmente se casó con el primo al creer a Dantés muerto y desconocer los engaños del que acabaría siendo su marido. Tampoco habrá piedad con ella. Se acerca a ellos, se gana su confianza enmascarado en su papel de rico y mundano conde y, finalmente, los machaca.

Después de terminar el relato de la venganza implacable del conde de Montecristo, se quedan en silencio. Dita se levanta para marcharse, pero antes se gira un momento hacia la profesora.

—Señora Markéta..., ha contado usted tan bien esta historia que es casi como si la hubiera leído. ¿Querría ser otro más de nuestros libros vivientes? Así ya tendríamos *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, el de las leyendas de los indios americanos, el de la historia de los judíos y ahora *El conde de Montecristo*.

Markéta desvía la vista y mira al suelo de tierra batida. Vuelve a ser la mujer tímida y esquivada de siempre.

—Lo siento, no es posible. Dar clase a mis niñas está bien, pero ponerme ahí en medio del barracón... Eso sí que no.

Ve que la mujer se ha puesto colorada sólo de pensarlo. No quiere hacerlo de ninguna manera. Pero no pueden permitirse el lujo de perder un libro y piensa a toda velocidad en qué es lo que habría dicho Fredy Hirsch en una circunstancia así.

—Sé que es un gran esfuerzo para usted, pero... durante el rato que dura una historia los niños dejan de estar en este establo lleno de pulgas, dejan de oler a carne quemada, dejan de tener miedo. Durante esos minutos, son felices. No podemos negarles eso a unos niños.

La mujer asiente un tanto apesadumbrada.

—No podemos...

—Si miramos la realidad, sentimos asco y rabia. Sólo nos queda la imaginación, señora Markéta.

Por fin, la profesora deja de mirar al suelo y levanta la angulosa cara.

—Añádeme a tu lista de libros.

—Gracias, señora Markéta. Gracias. Bienvenida a la biblioteca.

Le dice que se le ha hecho demasiado tarde para leer, que ya le volverá a pedir la novela mañana.

—Además, he de repasar algunos pasajes.

A Dita le parece que lo dice con cierto alborozo y que se marcha caminando con más garbo del habitual. Tal vez haya empezado a gustarle la idea de ser un libro viviente. Ella se queda un rato quieta hojeando el libro, susurrando en voz baja el nombre de Edmond Dantés y tratando de que suene francés. Se pregunta si ella algún día logrará salir de allí como el protagonista de la novela. Le parece que ella no es tan valiente, aunque si tuviera una oportunidad de echar a correr hacia el bosque, no lo pensaría.

También se pregunta si, en el caso de que consiguiera escapar, se dedicaría a vengarse de todos esos guardias y oficiales de las SS, y si lo haría de la misma manera metódica, implacable e incluso despiadada en que lo hace el conde de Montecristo. Desde luego que le encantaría que sufrieran el mismo dolor que están provocando en tantos inocentes. Y, sin embargo, no puede evitar cierta melancolía al pensar que le gustaba más el Edmond Dantés alegre y confiado del principio de la historia que el hombre calculador y lleno de odio de después. Se pregunta si en verdad se puede elegir, o si los golpes del destino te cambian aunque no quieras, igual que el golpe del hacha cambia al árbol lozano y lo convierte en leña seca.

Le vienen a la cabeza los últimos días de su padre, agonizando en un camastro sucio sin una sola medicina para aliviarlo, asesinado lentamente por la enfermedad, con la que los nazis se han aliado en su obsesión por la muerte. Y al pensarlo le sube a las sienes un latido rabioso, una insaciable hambre de violencia. Pero entonces recuerda lo que le enseñó el profesor Morgenstern: «Nuestro odio es su victoria». Y asiente con la cabeza.

Si el profesor Morgenstern estaba loco, a mí que me encierren con él.

22

A dos campos de distancia del campo familiar, se produce una escena que ningún interno querría presenciar, pero no tienen elección. Rudi Rosenberg, que ha acudido a llevar unos listados, camina por la *lagerstrasse* del BIId cuando entra en el campo una patrulla de las SS que custodia a cuatro rusos, delgados pero todavía enérgicos pese a la barba crecida, la ropa desgarrada y las magulladuras de la cara. Fue su amigo Wetzler, empleado en la morgue del campo, el que le contó cómo los prisioneros de guerra rusos trabajaban en la ampliación de Birkenau fuera del perímetro. Allí participaban en jornadas extenuantes apilando pesadas planchas y pilotes de madera.

Una de las mañanas en que el *kapo* de los rusos se ausentó varias horas para retozar con la encargada del grupo de mujeres que trabajaba desbrozando el terreno contiguo, lograron construir un pequeño zulo. Lo hicieron poniendo cuatro gruesos tablones de canto a modo de paredes y una tabla encima a modo de tapa. A continuación, apilaron alrededor más planchas, de manera que el habitáculo quedaba sepultado entre las pilas. Su plan era correr el tablón que hacía de tapa y meterse durante un descuido del *kapo* en el escondrijo. Cuando pasaran lista en el interior del campo detectarían su ausencia y, al creerlos fugados, empezarían a buscarlos por el bosque y los alrededores, pero no sospecharían que, en realidad, siguiesen estando escondidos fuera del perímetro electrificado pero sólo a unos metros de la valla del propio campo.

Los alemanes eran metódicos. El estado de alerta por fugas movilizaba de manera extraordinaria a grupos de las SS para realizar batidas y hacía que aumentase la vigilancia en los puestos de control de poblaciones cercanas exactamente durante tres días. Tras este período de tiempo,

finalizaba el dispositivo especial y los SS retornaban a sus guardias rutinarias. Así que debían esperar allí metidos exactamente tres días y aprovechar la cuarta noche para ganar la linde del bosque e iniciar la huida sin la presión del dispositivo de búsqueda y captura.

La idea de la fuga ha ido solidificándose en la cabeza del registrador hasta convertirse en una obsesión. Algunos veteranos hablan de la fiebre de la fuga como de un mal que ataca igual que una enfermedad contagiosa. De repente, hay un momento en que uno se empieza a sentir urgido por el irrefrenable impulso de la huida. Primero empiezas a pensar a ratos, después más a menudo y, al final, ya no eres capaz de concentrarte en otra cosa. Te pasas el día y la noche planeando cómo hacerlo. La necesidad de la fuga termina convirtiéndose en una pulsión imperiosa, como un picor repentino que va aumentando y que uno ha de rascarse con todas sus fuerzas aunque se deje la piel.

Han pasado sólo unos días desde el intento de huida por parte de los rusos, y Rosenberg asiste apesadumbrado a la entrada de un grupo de SS que lleva atados con cadenas a los prófugos; detrás cierra la comitiva el Sturmbannführer Schwarzhuber. Los presos casi no pueden caminar, con las vestimentas rasgadas y los ojos tan tumefactos que apenas les queda una rendija por la que poder mirar. Los guardias del campo van ordenando con su silbato a todos los internos que salgan de los barracones, y los que están por la calle se ven obligados a contemplar el espectáculo. Si alguno se hace el remolón, lo golpean duramente. Quieren que todos lo vean porque el escarmiento y la ejecución son para los nazis pedagogía pura. Pocas maneras más prácticas de explicar a los internos por qué motivo no deben fugarse que mostrarles en vivo y en directo cómo acaban los que lo intentan.

El comandante hace que la patrulla se detenga enfrente de la puerta de un barracón que tiene en la parte superior una polea. Podría pensarse que su uso es alzar pacas de paja o sacas de grano, pero en realidad se utiliza para colgar personas. Schwarzhuber pronuncia un discurso largo, pausado, disfrutando del momento, en el que alaba la eficacia del Reich con los que desobedecen sus órdenes y anuncia con regocijo el castigo implacable que los aguarda.

Antes de ejecutarlos, como una macabra propina de sangre, les dan cincuenta latigazos. Después, uno a uno, les van poniendo la soga al cuello. Un teniente señala a media docena de hombres que miran y les dice que empiecen a tirar; ante el segundo de indecisión de los internos, hace ademán de echarse la mano al cinto para sacar la pistola y los seis se ponen rápidamente en movimiento. La cuerda sube, y el cuerpo del primero de los prisioneros se va despegando del suelo y de la vida entre patadas al aire y convulsiones de ahogo.

Rudi Rosenberg ve con espanto sus rostros desencajados, los ojos como huevos cocidos abriéndose paso entre los párpados inflamados, las lenguas descomunales, los gritos sin sonido de sus bocas retorcidas. El fin del pataleo frenético, el derrame de todo tipo de líquidos que caen al suelo. Al girar la vista, da con los rostros de los otros fugados, que apenas se tienen en pie unos apoyados en los otros, y que esperan turno para que los ejecuten. Sus caras ya no son de este mundo; el dolor de los golpes de fusta los ha dejado tan maltrechos que ya esperan la muerte como una liberación. Por eso se dejan poner dócilmente la soga, para que todo termine cuanto antes.

Aunque la escena deja a Rosenberg conmocionado, no merma su absoluta determinación: escapar como sea de Auschwitz II. Alice le ha dejado un recuerdo borroso y agri dulce, y sobre todo le ha mostrado que nada que sea hermoso puede germinar en ese infierno atroz. De repente, el campo lo asfixia, la proximidad de la muerte ya no le resulta soportable por más tiempo. Ha de intentar salir, aunque termine pataleando con una cuerda al cuello.

Ha hecho algunos tanteos en el campo BIIId, donde tiene contactos con gente que se mueve por todas las rendijas del *lager*. Una tarde se cruza con Frantisek, el secretario de un barracón con el que tiene tratos y que es miembro destacado de la Resistencia, y le habla de su ansia por marcharse. Muchos *kapos* de barracón toman secretarios que ejercen de ayudantes y quedan bajo su protección. Le dice que se pase al día siguiente por su cuarto a tomar café.

¿Café?

El café es un lujo sólo al alcance de los que se mueven muy bien en el mercado negro. Porque no sólo necesitas café: también un molinillo, una cafetera, agua, una fuente de calor... Naturalmente que acude a la cita. Le encanta el café, y más aún estar a buenas con gente bien relacionada. Entra en el barracón, en el que a esas horas no hay nadie porque en ese campo todos están en el exterior trabajando en la ampliación de Auschwitz, y se dirige al cuarto de Frantisek. Entra sin llamar y el sorprendido es él. El corazón le da un vuelco al ver que junto al secretario hay un miembro uniformado de las SS. La palabra delación se le clava en el pecho.

—Pasa, Rudi. Todo está en orden. Nos encontramos entre amigos.

Se queda un instante vacilando en el umbral, pero Frantisek es de fiar, o eso cree. El SS se apresura a presentarse y le alarga la mano con amabilidad.

—Me llamo Viktor, Viktor Pestek.

En su tarea de registrador, Rudi ha oído muchas cosas, pero nunca nada tan sorprendente como lo que el guardia de las SS le plantea a continuación.

—¿Querría usted fugarse conmigo?

Le cuenta detalladamente su plan, y la verdad es que no es descabellado, al menos en su primera parte: salir vestidos con un uniforme de las SS por la puerta principal sin levantar sospechas y tomar el tren hasta Praga. Cuando se den cuenta a la mañana siguiente de la ausencia, ya estarán llegando a la ciudad. La segunda parte le parece más disparatada: conseguir papeles para ellos y dos mujeres más, y volver a Auschwitz a sacarlas.

Rudi lo escucha atentamente, y lo cierto es que difícilmente podría encontrar mejor modo de fugarse que salir de la mano de un cabo primero de las SS, pero algo le dice que no funcionaría. Quizá sea la desconfianza íntima que tiene hacia los SS lo que hace que su instinto reaccione en contra. Pero, sea por lo que sea, decide declinar educadamente la invitación de sumarse al proyecto, después de asegurarles su absoluta discreción.

Al final, Frantisek no dispone de cafetera, sino de un calcetín que sumerge dentro de una marmita antes de ponerla sobre un hornillo. Pero el café de puchero le sabe a gloria y se marcha de allí pensando en que ese SS cuenta demasiado alegremente sus planes.

Es cierto que Viktor Pestek empieza a difundir peligrosamente el rumor de que un SS busca compañía para fugarse de Auschwitz. Aunque puede que muchos de los que lo oigan no lo crean y piensen que es una de esas leyendas, como la del caldero de oro al final del arco iris o el hombre del saco. Pero Pestek existe y persevera en su empeño. Podría irse solo, pero precisa a alguien que conozca los círculos clandestinos de Praga, para hacerse lo más rápido posible con la documentación falsa que necesita para sacar de allí a René y a la madre de la chica.

Persevera tanto que, finalmente, da con alguien dispuesto a secundarle en su plan. Es uno de los internos del campo familiar, se llama Siegfried Lederer y pertenece a la Resistencia. Es alguien tocado por esa obsesión de la fuga, decidido a todo con tal de salir de allí.

Esa tarde, Pestek se ha citado con René. Ella llega como siempre, muy seria, como avergonzada, sin separar las manos del regazo y con la cabeza agachada.

—Ésta es nuestra última cita en Auschwitz.

Lleva días hablándole de la fuga, pero ella no terminaba de creérselo.

—El gran día ha llegado —le dice—. Bueno, sólo es la primera parte, claro. Primero saldré yo y después vendré a por ti y a por tu madre.

—Pero ¿cómo?

—Es mejor que no sepas los detalles. Cualquier desliz puede ser fatal, e incluso puede que deba cambiar el plan sobre la marcha si las cosas no salen como he previsto. Pero tú no te preocupes por nada. Un día cruzarás la entrada del campo y seremos libres.

René lo mira con sus ojos de un azul muy pálido y se tira de un rizo con coquetería hasta la boca, como a él le gusta.

—Ahora debo irme.

Ella asiente.

En el último momento, lo retiene cogiéndolo por la manga de la guerrera.

—Viktor...

—¿Qué?

—Ten cuidado.

Y él suspira feliz. Ahora sí que nada va a poder detenerlo.

Tampoco nada va a detener el afán de Dita por saber qué le pasó a Hirsch aquella tarde de marzo para acabar suicidándose. Lleva varios días merodeando por el taller buscando a Change, pero no ha tenido suerte.

La suerte, a veces, hay que agarrarla por el pescuezo.

Dita se va hacia el que parece el último grupo de operarios que abandona el taller al final de la jornada.

—Disculpen...

Los hombres la miran con cansada amabilidad.

—Estoy buscando a un señor... sin pelo.

Los hombres se miran como si a esa hora del día la cabeza les funcionase con lentitud y no entendiesen a esa muchacha.

—¿Sin pelo?

—Sí. Calvo, quiero decir. Calvo del todo.

—¿Calvo del todo?

—¡Claro! —dice uno de ellos—. Se refiere a Kurt, seguro.

—Supongo —replica Dita—. ¿Y dónde se le puede encontrar?

—Ahí dentro —le señalan—. Siempre sale el último. Es el encargado de barrer, limpiar y ordenarlo todo.

—Una faena —comenta uno de ellos.

—Sí, es lo que tiene que, encima de judío, seas comunista.

—Y además calvo —apunta otro con sorna.

—Ser calvo es una ventaja. Los piojos te resbalan.

—Los días que nieva hacen patinaje sobre hielo en su cabeza —dice el de la sorna.

Y se marchan riendo como si Dita no existiera. Espera afuera durante mucho rato y al final sale el hombre sin pelo. Efectivamente, la señora Turnovská tenía razón al darle su nariz como referencia.

Dita se pone a caminar a su lado.

—Disculpe, necesito cierta información.

El hombre la mira mal y acelera el paso. Dita trota un poco y lo alcanza.

—Verá, he de saber algo sobre Fredy Hirsch.

—¿Por qué me sigues? Yo no sé nada, déjame en paz.

—No quería molestarlo, pero he de saber...

—¡Y a mí qué me cuentas! Yo soy sólo un barrendero de taller.

—Me han dicho que es algo más...

El hombre se frena en seco y la mira iracundo. Da un par de vistazos a uno y otro lado, y de repente Dita se percata de que, si Mengele la encuentra en ese momento, sería el final.

—Te habrán dicho mal.

El hombre arranca a andar.

—¡Espere! —le chilla con enfado Dita—. ¡Quiero hablar con usted! ¿Prefiere que lo hagamos a gritos?

Algunas personas giran la cabeza con curiosidad y el hombre maldice por lo bajo. Coge a Dita del brazo y la conduce hacia la calle lateral, entre dos barracones, donde la luz es más débil.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Soy una asistente del bloque 31. Soy de fiar. Puede pedir referencias más a Miriam Edelstein.

—Está bien, está bien..., habla.

—Estoy tratando de entender por qué se mató Fredy Hirsch.

—¿Por qué? Es bien sencillo: se acobardó.

—¿Qué dice?

—Lo que oyes. Se echó atrás. Se le pidió que liderase el levantamiento y no se atrevió. Fin de la historia.

—No le creo.

—Me da absolutamente igual si me crees o no. Eso fue lo que sucedió.

—Usted no conoció a Fredy Hirsch, ¿verdad? —Entonces es el hombre el que se queda parado, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo. Dita trata de que, al hablar, la rabia no se le convierta en lágrimas—. No lo conoció. No sabe nada de él. Él nunca retrocedió ante nada. Usted cree que sabe mucho, que la Resistencia lo sabe todo..., pero no entiende nada.

—Mira, chica, yo lo que sé es que desde la dirección de la Resistencia se le transmitió esa orden, y él lo que hizo a continuación fue meterse todas esas pastillas para borrar del mapa —le responde molesto—. No sé a qué viene tanto interés por él. Todo eso del bloque 31 es una pantomima. Todo este campo familiar lo es. Hirsch y todos los hemos hecho el juego a los nazis, hemos sido sus chachas.

—¿Qué quiere decir?

—Éste es un campo-pantalla, una tapadera. Su única función es disimular frente a los observadores internacionales que pueden venir a averiguar qué hay de cierto sobre los rumores que han llegado a algunos países de que los campos alemanes son mataderos. El campo familiar y ese bloque 31 son un decorado, y nosotros, los actores de esta comedia.

Dita se queda callada. El hombre calvo agita la cabeza a los lados.

—No le des más vueltas. A tu amigo Hirsch le entró miedo. Es algo humano.

El miedo...

De repente piensa en el miedo como en un óxido que socava hasta las convicciones de hierro. Lo corroe todo, lo derriba todo.

El hombre calvo se aleja, mirando a derecha e izquierda con nerviosismo.

Dita sigue en el callejón. Las palabras retumban en su cabeza y ensordecen todo lo que hay a su alrededor.

¿Decorado? ¿Actores de una comedia? ¿Comparsas de los nazis? ¿Todo el esfuerzo que han hecho en el bloque 31 ha sido en beneficio de los alemanes?

Tiene que apoyar una mano en el lateral del barracón porque le parece que se tambalea. ¿El campo familiar entero es una mentira? ¿Es que nada puede ser verdad?

Empieza a pensar que tal vez tenga que ser así. La verdad es algo que arma el destino, no es otra cosa que un capricho del azar. En cambio, la mentira es más humana: la fabrica el hombre, está hecha a su medida.

Se va caminando en busca de Miriam Edelstein. La encuentra en el barracón, sentada en su camastro. Su hijo Ariah se despide de ella en ese momento para ir a caminar con otros chicos por la *lagerstrasse* antes de que repartan el mendrugo de la cena.

—¿La molesto, tía Miriam?

—Claro que no.

—Verá... —Su voz vacila, toda ella es una vacilación. Otra vez le tiemblan las piernas a la velocidad de bielas—. He hablado con un hombre de la Resistencia. Me ha contado una historia increíble: que el campo

familiar es una tapadera de los nazis por si vienen observadores de otros países a indagar...

Miriam asiente en silencio.

—¡Así que es cierto! ¡Usted lo sabía!

—Entonces —susurra— lo único que hemos hecho todo este tiempo ha sido estar al servicio de los nazis.

—¡Nada de eso! Ellos tenían un plan, pero nosotros hemos desplegado el nuestro. Querían un almacén de niños arrinconados como trastos, pero nosotros abrimos una escuela. Querían que fueran reses en un establo, pero nosotros hemos hecho que se sintieran personas.

—¿Y de qué ha servido? Todos los niños del transporte de septiembre han muerto.

—Valió la pena. Nada ha sido en balde. ¿Te acuerdas de cómo reían? ¿Te acuerdas de cómo abrían mucho los ojos cuando cantaban el *Alouette* o cuando escuchaban las historias de nuestros libros vivientes? ¿Te acuerdas de los saltos que daban cuando les poníamos media galleta en la escudilla?

—¡Y la ilusión con que preparaban las obras de teatro!

—Fueron felices, Edita.

—Pero duró tan poco...

—La vida, cualquier vida, dura muy poco. Pero si has conseguido ser feliz, al menos un instante, habrá valido la pena vivirla.

—¡Un instante! ¿Cómo de corto?

—Muy corto. Basta con ser feliz el tiempo que tarda una cerilla en encenderse y apagarse.

Dita se queda en silencio y sopesa cuántas cerillas se han encendido y apagado en su vida y han sido muchas, ni siquiera puede contarlas. Muchos pequeños momentos en los que ha brillado la llama, incluso en medio de la más absoluta oscuridad. Algunos de esos momentos se han producido cuando, en medio del mayor de los desastres, ha abierto un libro y se ha metido dentro. Su pequeña biblioteca es una caja de cerillas. Al pensarlo, sonríe con un deje de tristeza.

—¿Y qué será de estos niños ahora? ¿Qué será de todos nosotros? Tengo miedo, tía Miriam.

—Los nazis nos pueden despojar de nuestra casa, de los objetos, de la ropa y hasta del pelo, pero por muchas cosas que nos arrebatan, no pueden quitarnos la esperanza. Es nuestra. No podemos perderla. Cada vez se oyen más bombardeos de los aliados. La guerra no durará siempre, y hemos de prepararnos también para la paz. Los niños han de seguir estudiando porque se van a encontrar un país y un mundo en ruinas, y serán ellos y vosotros, los jóvenes, quienes tengáis que levantarlo.

—Pero que el campo familiar sea un truco de los nazis es horrible. Vendrán los observadores internacionales, les enseñarán esto, verán que los niños sobreviven en Auschwitz, ocultarán las cámaras de gas y se marcharán engañados.

—O no.

—¿Qué quiere decir?

—Ése será nuestro momento. No dejaremos que se marchen sin saber la verdad.

Entonces, Dita empieza a recordar la tarde antes de la partida del transporte de septiembre, cuando se cruzó con Fredy en la *lagerstrasse*.

—Ahora me viene a la cabeza algo que dijo Fredy la última vez que hablé con él. Me comentó algo de un momento en que se abriría una rendija y sería la hora de la verdad. Y que habría que jugársela. Dijo que había que encestar una canasta en el último segundo, cuando menos lo esperasen, y ganarles el partido.

Miriam hace que sí con la cabeza.

—Ése era el plan. Me dejó unos papeles antes de irse. Lo que él escribía eran algo más que informes para la comandancia. Había reunido datos, fechas, nombres..., un dossier entero de lo que pasa en Auschwitz preparado para dárselo a un observador neutral.

—Fredy ya no podrá entregarlo.

—No, él ya no está. Pero no vamos a rendirnos, ¿verdad?

—¿Rendirnos? ¡Ni lo sueñe! Cuente conmigo, sea lo que sea. Cueste lo que cueste.

La subdirectora del bloque 31 sonrío.

—Pero, entonces —insiste Dita—, ¿por qué se rindió él en el último momento y se suicidó? Los de la Resistencia dicen que le entró miedo.

La sonrisa de Miriam Edelstein se arruga de golpe en su boca.

—Ese hombre de la Resistencia dijo que le pidieron que liderara una revuelta y que se rajó. Yo le dije que no tenía ni idea, pero se le veía tan seguro...

—Es cierto que le propusieron liderar una revuelta cuando ya tenían la certeza de que el transporte de septiembre se iba a ir entero a las cámaras de gas. Me lo ha dicho una fuente en la que confío.

—¿Y lo rechazó?

—Una revuelta formada por un contingente de familias con ancianos y niños frente a SS armados no era un plan maravilloso. Les pidió pensarlo un poco.

—Y después se suicidó.

—Sí.

—¿Por qué?

El suspiro de Miriam Edelstein la vacía por dentro.

—No siempre tenemos respuestas para todo.

La mujer la toma del hombro y la atrae hacia sí. Permanecen cogidas un rato largo en el que el silencio las une más que cualquier palabra que puedan decir. Se despiden afectuosamente, y Dita se marcha del barracón. Va pensando que quizá no haya respuestas para todo, pero Fredy le dijo: «No te rindas nunca». Y no va a cejar en su afán de hallar esa respuesta.

El runrún de las clases la saca de sus pensamientos. A pocos metros se encuentra el grupo de Ota Keller. Los niños siguen muy atentos sus explicaciones, y Dita aguza el oído para no perder el hilo que los nazis han cortado. Echa de menos el colegio. Le habría gustado seguir estudiando y quizá ser aviadora, como esa mujer que había visto en una revista ilustrada de su madre que se llamaba Amelia Earhart y que aparecía en las fotos descendiendo de un avión con una cazadora de cuero de hombre, unas gafas de pilotaje levantadas sobre la frente y una mirada soñadora. Cree que para ser aviadora seguro que hay que estudiar mucho. Le llegan hasta donde está sentada los murmullos cruzados de varios profesores, y no atina a entender la explicación de ninguno.

Observa al profesor Keller. Dicen que es comunista. El comunismo todavía es un sueño, aún no se ha convertido en una pesadilla. Ota Keller

les habla de la velocidad de la luz y les cuenta que no hay nada tan veloz en el universo, que esas estrellas que se ven brillar en el cielo son el resultado de la llegada a nuestras pupilas de los fotones de luz que emitieron y que han recorrido millones de kilómetros a una velocidad vertiginosa hasta llegar a nosotros. Hipnotiza a los niños con el entusiasmo contagioso que desprende al contar las cosas, gesticula mucho con las cejas y agita el dedo índice como si fuera la aguja de una brújula.

De repente piensa que las brújulas son muy difíciles de entender. Quizá de mayor preferiría, en vez de aviadora, ser pintora. Además, se le da bien. Sería una manera de volar, pero sin depender de tantos aparatos y palancas. Ella pintaría el mundo como si volara por encima.

Esa tarde, Margit la está esperando a la salida del barracón 31; ha acudido con su hermana Helga, que está muy delgada. Margit le susurra que está un poco preocupada por su hermana porque la ve demacrada. Helga ha tenido la mala suerte de caer en una brigada de las zanjas de drenaje y, debido a las constantes lluvias de primavera, se pasan el día sacando el fango acumulado.

Hay muchos internos como Helga: padecen una delgadez superior a la de los demás, como si el pedazo de pan y la sopa entraran y salieran de su cuerpo sin dejar rastro. Tal vez estén igual de delgados que el resto, pero hay algo en su gesto alicaído y en su mirada vencida que los hace parecer más frágiles. Se habla mucho del tifus, del cólera, de la tuberculosis o la pulmonía, pero no se habla tanto de la plaga de desánimo que azota el *lager*. A su padre le pasó también. Es gente que, de pronto, se empieza a apagar. Son los que se han rendido.

Tratan de animar a Helga y se enzarzan en una conversación lo más risueña posible.

—A ver, Helga, ¿has encontrado a algún chico guapo por ahí?

Como se queda parada sin saber qué contestar, Dita le pasa la pelota a su hermana.

—Bueno, Margit, ¿tampoco has visto nada que valga la pena en todo el campo? ¿Habrás que pedir un traslado a la comandancia!

—Espera..., he visto a un muchacho, del barracón 12. ¡Es una monada!

—¿Una monada? ¿Has oído, Helga? ¿Qué manera tan cursi de hablar es ésta?

Las tres se ríen.

—¿Y le has dicho alguna cosa a esa monada? —insiste en la broma Dita.

—Pues todavía no. Debe de tener por lo menos veinticinco años.

—¡Uf! Demasiado mayor. Es un viejo. Si salieras con él, creerían que eres su nieta.

—¿Y tú, Dita? —contraataca Margit—. ¿No hay en todo ese barracón algún asistente que valga la pena?

—¿Asistentes? Nooo. ¿A quién le interesa un chico con la cara llena de granos?

—¡Bueno, algún chico interesante habrá!

—Nooo.

—¿Ni uno solo?

—Bueno..., hay alguien diferente.

—¿Cómo de diferente?

—No tiene tres piernas, desde luego. Pero —y ahí Dita se pone más formal— es uno de esos chicos aparentemente muy serios, pero que sabe cómo contar las cosas. Se llama Ota Keller.

—Un aburrido, vamos.

—¡Nada de eso!

—¡Buf! ¿Qué te parece, Helga? Bastante desastroso el panorama de chicos, ¿verdad?

Su hermana asiente con una sonrisa. A ella le da vergüenza hablar de chicos con Margit, que generalmente es muy seria. Pero cuando está Dita es diferente, consigue que todo parezca menos trascendente.

Esa noche, mientras Helga, Margit, Dita y todo el campo familiar duerme, un cabo primero de las SS entra en el recinto del campo sin llamar la atención. Lleva una mochila al hombro.

Se dirige a la trasera de un barracón y descorre la balda que atranca la puerta de atrás. Al momento, aparece entre las sombras Siegfried Lederer y se cambia sigilosamente de ropa. Deja de ser un pordiosero y se transforma en rutilante oficial de las SS. Pestek ha preferido conseguir un traje e

insignias de teniente, porque de esa manera es más difícil que nadie se atreva siquiera a dirigirle la palabra.

Salen por el puesto de control, donde los dos guardias de la garita los saludan respetuosamente con el brazo rígidamente alzado. Se encaminan hacia la entrada bajo la enorme torre de guardia, que tiene aspecto de castillo siniestro. Es de noche y está iluminada en la parte superior, donde se encuentra el observatorio acristalado desde el que los guardias vigilan. Lederer suda dentro de su uniforme, pero Pestek camina muy seguro; está convencido de que van a pasar por el control sin mayor problema.

Se acercan al puesto que hay bajo la imponente torre de entrada y Pestek se adelanta unos pasos. Al verlo llegar, los guardias se giran, y con ellos sus metralletas cargadas. Le susurra a Lederer que afloje el paso para que él pueda adelantarse, pero que siga andando hacia afuera, que lo más importante es que no vacile, que no deje de caminar, que no se detenga. Si él no duda, la vigilancia tampoco lo hará. No se atreverán a darle el alto a un teniente.

Con total desparpajo, Pestek se adelanta unos pasos. Se acerca a los guardias y, como si estuviera entre amigos y les fuera a hacer una confidencia, les dice bajando la voz que va a llevar a un oficial recién trasladado a Auschwitz a darse un garbeo hasta el prostíbulo de Auschwitz I.

Apenas les da tiempo a los guardias de echar unas risotadas cómplices, porque ya pasa por delante el teniente muy envarado y todos se cuadran, mientras el falso oficial cabecea de manera indolente para responder a su saludo. Pestek se une a su superior y los dos se pierden en la noche. Los guardias del puesto de control piensan que son unos tipos con suerte. Lo son.

Encaminan sus pasos hasta la estación de Oświęcim. Allí han de tomar un tren que sale al cabo de unos minutos hacia Cracovia. Si todo va bien, allí tomarán otro hasta Praga. Caminan en silencio, tratando de que sus zancadas no se noten apresuradas. La libertad le pica en la espalda a Lederer, o tal vez sea el traje de oficial, o el propio miedo. Pestek camina más confiado, incluso silba. Está convencido de que todo va a salir bien. No

van a poder atraparlos porque él sabe perfectamente cómo piensan los SS.
Aún no hace un cuarto de hora, él era uno de ellos.

23

El recuento de la mañana se hace más interminable que nunca. Cuando han finalizado, se oyen pitidos y gritos en alemán. Llega un SS a dar la orden de que se repita el recuento. Muchos judíos checos hablan alemán, así que hay un murmullo de decepción en el barracón. Otra hora más de pie... No saben qué pasa, pero algo sucede, porque se nota nerviosismo en los guardias. Una palabra se susurra entre dientes de fila a fila: fuga.

Esa mañana en el bloque 31 suena de manera atronadora la canción de *Alouette*. Avi Ofir dirige el coro con su habitual jovialidad y los niños, de diferentes edades, disfrutan de esa canción, que se ha convertido en un himno del bloque 31. Dita también se suma al coro. La música produce una vibración acústica que los envuelve. Prácticamente los 360 niños del bloque vacían sus gargantas en una sola voz de muchos matices.

Al terminar, Lichtenstern anuncia que pronto va a ser Séder de Pésaj y que la dirección del bloque infantil está trabajando para que sea un gran acontecimiento. Los niños aplauden, algunos silban con entusiasmo. Se ha corrido la voz de que el jefe de bloque lleva días tratando de conseguir en el mercado negro ingredientes suficientes para la celebración. Son noticias que animan el día a día y los envuelven en una burbuja de normalidad. Otra noticia que ha corrido como esa velocidad de la luz de la que habla Ota Keller es la fuga de un interno llamado Lederer. Es el motivo por el que les hicieron repetir el recuento y la razón por la que se ha ordenado un corte de pelo general. Los *kapos* repetían a chillidos la palabra higiene, pero es sólo rencor. Horas y horas de colas hasta llegar a unos peluqueros griegos con unas tijeras oxidadas que en la vida civil probablemente lo más que habían cortado fuesen lonchas de tocino. Su media melena voluminosa se ha quedado en cuatro pelos mordidos.

Pero qué más da.

Los alemanes están especialmente irritados con esa fuga porque se dice que Lederer ha escapado gracias a la colaboración de un guardia de las SS que ha desertado. Nada puede sulfurarlos tanto. No encontrarán una cuerda lo suficientemente rasposa para colgarlo. Margit le ha contado que ese guardia era el que se veía con René, pero que la muchacha no habla con nadie. Ni de eso ni ya de nada.

Y, por el momento, gracias a Dios, no los han cogido.

El azar es azar. Dita camina por la *lagerstrasse*, con la vista y el oído alertas para detectar a Mengele. Pero a quien ve venir es a un prisionero de alto rango al que había visto en alguna ocasión al otro lado de la valla. Dita lleva semanas estrujándose la cabeza para pensar cómo reunirse con él, y por allí viene, caminando solo con las manos en los bolsillos. Lleva unos pantalones que parecen de montar a caballo, como si fuera un *kapo*. Pero es el registrador del campo de cuarentena, Rudi Rosenberg.

—Disculpe...

Rudi aminora el paso sin detenerse. Está muy concentrado en su plan. Ya no hay marcha atrás. El escozor ya es insoportable. Ha de salir de allí, vivo o muerto. No puede esperar más. El día está marcado y ya apenas hay algún cabo que atar con las provisiones. La suerte va a empezar a rodar y no puede permitirse distracciones.

—¿Qué quieres? —le responde de mala gana—. No tengo comida para darte.

—No es eso. Yo trabajaba en el bloque 31 para Fredy Hirsch.

Rosenberg asiente con la cabeza pero no se detiene, y Dita ha de hacer las zancadas cada vez más grandes para mantenerse a su paso.

—Yo lo conocí...

—No te engañes, nadie conocía a ese hombre. No se dejaba.

—Pero él era valiente. ¿Le dijo algo que explicara por qué se suicidó?

Rosenberg se detiene un momento y la mira con cara cansada.

—Era humano. Vosotros creíais que era un patriarca bíblico, un Golem de la leyenda judía o algo así. —Suspira con desdén—. Él se había fabricado esa aureola de héroe. Pero no era para tanto. Yo lo vi. Era un hombre, como cualquier otro. Simplemente, no pudo más. Falló como

habría fallado cualquier otro. ¿Tan difícil es de entender? Olvídate de él. Su momento ya pasó. Ahora preocúpate sólo de cómo salir viva de aquí.

Rudi, visiblemente malhumorado, da la conversación por terminada y arranca a caminar. Dita piensa en sus palabras. También en su tono hostil. Claro que Hirsch era humano, tenía debilidades, bien lo sabía ella. Él nunca dijo que no tuviera miedo, claro que tenía. Lo que dijo es que el miedo hay que tragárselo. Rosenberg es alguien que sabe muchas cosas, todo el mundo lo dice. Le ha dado un consejo sensato: piensa sólo en ti. Pero Dita no quiere ser sensata.

Abril ha traído una temperatura más templada y el frío de lija del invierno se ha ido suavizando. La lluvia ha convertido la *lagerstrasse* en un barrizal encharcado, y la humedad ha hecho que aumenten las enfermedades respiratorias. El carro que recoge por las mañanas a los muertos del día cruza el campo repleto de cadáveres atacados por traicioneras pulmonías. El cólera también se lleva a muchos, e incluso el tifus. No hay una mortandad repentina y generalizada como en una epidemia, pero el goteo de la muerte es un grifo abierto que no para de manar un solo día en esos barracones húmedos que son un paraíso para las bacterias.

Abril ha traído a Birkenau una lluvia de agua y otra de transportes. Hay días que llegan hasta tres trenes, atestados de judíos, que chorrean agua y personas sobre el nuevo andén interior. Los niños se alteran, quieren salir a ver la llegada de los trenes y asombrarse con las montañas de maletas y paquetes que quedan apiladas en el suelo. Cajas y cajas de comida que observan con codicia en los ojos y saliva en la boca.

—¡Mira, un queso enorme! —grita un chico de diez años llamado Wiki.

—Y tirados por el suelo..., ¡parecen pepinos!

—¡Dios mío, hay una caja de castañas!

—¡Oh, es cierto! ¡Son castañas!

—¡Ojalá el viento empujara una sola castaña! ¡No pido tanto, sólo una!

—Y Wiki se pone a rezar bajito—. Una, nada más, Dios del cielo.

Una niña de cinco años con la cara sucia y el pelo como un estropajo se adelanta un par de pasos, y una mano adulta la retiene por el hombro para que no vaya más allá.

—¿Qué son castañas?

Los chicos y chicas algo mayores la miran riéndose, pero en seguida se quedan serios. La pequeña nunca ha visto una castaña, nunca ha probado su sabor asada al fuego ni el pastel de castañas de noviembre. Wiki piensa que, si Dios le escuchara y el viento le trajera una castaña, le daría media a la niña. No se puede decir que se ha vivido sin haber probado el sabor de las castañas.

Los profesores no ven paquetes de comida, sino fardos de personas derrotadas a las que los guardias hacen formar a golpes para someterlas a la macabra rutina de cada transporte: separar a quienes serán rapados, tatuados y tirados en medio de un lodazal para que trabajen hasta reventar, y a quienes serán directamente asesinados. Tras la valla del campo familiar, los niños de seis y siete años a veces hacen bromas sobre los nuevos deportados, y es difícil saber con exactitud si se burlan de veras y no les importa nada el dolor de los desconocidos, o si fingirse indiferentes a lo que sucede frente a sus compañeros es su manera de hacerse los fuertes y sobreponerse a la angustia.

La primera noche de Pésaj, a primeros de abril, las familias se reúnen alrededor de la mesa y se procede a la lectura del Hagadá, donde se relata la salida de los israelitas de Egipto. La tradición marca que se beban cuatro copas de vino en honor de Dios. Se prepara la Keará, la fuente donde se colocan los siguientes alimentos: Zeróa (un muslo de pollo), Beitzá (un huevo marrón que simboliza la dureza de corazón del faraón), Maror (hierbas amargas o rábano picante que simbolizan la amargura de la esclavitud sufrida en Egipto), Jaroset (una pasta dulce de manzana, miel y frutos secos que representa el cemento que los judíos usaron para hacer sus casas en Egipto) y Karpás (un poco de perejil en un tazón de agua salada que simboliza la vida de los israelitas, que siempre está bañada en lágrimas). Pero el elemento más importante es la Matzá, el pan sin levadura, del que todos los comensales toman un pedazo. La última cena de Jesús con sus discípulos fue, precisamente, para celebrar Séder y la eucaristía cristiana surge de ese rito judío. Todo eso lo va explicando Ota Keller a su grupo de estudiantes y nadie pierde ripio: la tradición religiosa y la comida son para ellos temas sagrados.

Lichtenstern se ha salido con la suya: podrán celebrar Pésaj. Aunque no se han conseguido todos los ingredientes para realizar la celebración a la manera ortodoxa, todos los niños están expectantes cuando el jefe de bloque sale de su cuarto portando un pedazo de madera a modo de bandeja. Encima está situado en un orden preciso un hueso de algo que podría ser pollo, un huevo, una rodaja de rábano y un cazo lleno de agua salada en el que flotan unas hierbas.

Tía Miriam ha puesto mermelada de remolacha en el té de la mañana para crear un simulacro de vino. Además, ella es la encargada de amasar la pasta de pan. Valtr, uno de los hombres que habitualmente colaboran en las tareas de mantenimiento del barracón, ha conseguido un grueso alambre y lo ha doblado a modo de resistencia para cocer el pan. Los niños asisten hipnotizados a todo el proceso. En un lugar donde la comida es un bien tan escaso, ven con asombro cómo de un puñado de harina y un poco de agua surge el delicioso pan, con ese olor tan embriagador.

Por fin, un milagro.

Por eso, aunque al fondo algunos de los más pequeños juegan a perseguirse de manera ruidosa, pronto se les hace callar y flota en el aire un respetuoso silencio impregnado de misticismo.

Finalmente, consiguen siete panes, que ponen en una mesa en el centro. No es mucho para más de trescientos niños, pero Lichtenstern ordena que cada uno tome un pellizco, lo justo para probar la Matzá.

—Es el pan sin levadura que nuestros antepasados comieron en su éxodo desde la esclavitud a la libertad —les dice.

Y todos empiezan a pasar ordenadamente delante de él para tener su pizca sagrada.

Los niños vuelven a sentarse en grupos y sus profesores les explican la historia del éxodo de los judíos mientras toman el pan ritual y beben el té tintado de mermelada de remolacha como si fuera vino. Dita va zigzagueando por entre los grupos y va escuchando la historia con diferentes voces, distintas versiones de los mismos hechos extraordinarios de la larga marcha por el desierto guiados por el profeta Moisés. A los chicos les encantan las historias, y escuchan atentamente cómo Moisés subió hasta la escarpada montaña del Sinaí para acercarse a ese Dios

rugiente y cómo el mar Rojo se abrió para franquearles el paso. Probablemente, sea la celebración de la noche de Séder menos ortodoxa de la historia, ni siquiera es de noche sino mediodía. Y desde luego no podrán comerse el cordero tradicional, no hay nada que puedan comer. Como gran extra, recibirá cada uno media galleta. Pero el propio empeño y la fe con que celebran la fiesta, pese a todas las carencias, la convierte en una ceremonia emocionante.

Avi Ofir reúne al coro, con el que llevaba varios días ensayando para la ocasión, y empiezan a entonar, primero con timidez, después con garbo, el *Himno de la alegría*, de Beethoven. Como es difícil ensayar nada en secreto en ese bloque donde se apiñan todos los niños, la mayoría de los presentes, a fuerza de oírla, se sabe la letra de memoria y se arrancan también a cantar hasta formar un gigantesco coro de cientos de voces.

La fuerza de su música traspasa las paredes y se filtra a través de las alambradas. Los que trabajan en las zanjas de drenaje del campo se detienen un momento y se apoyan en las palas para escuchar mejor...

¡Escuchad! Son los niños, que están cantando...

En el barracón textil y en el de mica, donde se fabricaban condensadores para aparatos electrónicos y radares, también se ralentiza por un instante el trabajo para orientar su rostro hacia esa melodía alegre que se filtra de algún lugar que parece ajeno al *lager*.

No, no, dice alguien. Son ángeles del cielo.

En esas zanjas de engrudo en las que nunca deja de caer ceniza, los *kapos* azuzan a los internos para que caven hasta que les sangran las manos, esa música y esas voces que trae el viento son un milagro. La letra habla de un tiempo en que se abrazarán millones de seres, se besará el mundo entero y todos los hombres serán hermanos. Una petición de paz gritada a todo pulmón en la mayor fábrica de muerte que nunca vieron los tiempos.

El himno suena tan fuerte que llega hasta el despacho de un destacado melómano. Levanta la cabeza como si hubiera llegado hasta su nariz el aroma de una tarta deliciosa que uno no se resiste a seguir hasta llegar al horno donde se cuece. Rápidamente, deja sus papeles, cruza la *lagerstrasse* del campo familiar y se planta en el umbral del bloque 31.

Ya han repetido varias veces los compases de la primera estrofa, que es la que se saben todos, y justo llegan al final del estribillo cuando la figura con la gorra de plato y la calavera se planta en la puerta proyectando una sombra desmedidamente grande y amenazadora. Lichtenstern se queda helado, es como si el invierno hubiera vuelto de golpe.

El doctor Mengele...

Sigue cantando, pero se le afloja la voz: no tienen autorización para celebrar ninguna festividad judía. Dita enmudece por un momento, pero en seguida se engancha de nuevo a la letra, porque aunque los adultos se han callado, los niños han seguido cantando como si nada a pleno pulmón.

Mengele se queda unos momentos escuchando con su gesto neutro, impasible, impenetrable. Gira la cabeza hacia Lichtenstern, que ya no canta y que lo mira aterrado. Mengele hace un gesto de asentimiento con la cabeza como si le gustase lo que oye y alza la mano enguantada de blanco animándolos a seguir. El oficial se da la vuelta, y el bloque termina la canción con todas las gargantas al máximo de su potencia para mandarle un mensaje de fuerza a Mengele; después, estallan en aplausos, unos aplausos dedicados a sí mismos, a su energía y a su atrevimiento.

Poco después de terminar la celebración de Pésaj, cuando todos se preparan para el recuento de la noche y todavía resuena en sus oídos la vibración del *Himno de la alegría*, la música que se oye afuera es otra. Más aguda, más apremiante, más monocorde, sin trazas de alegría, aunque algunos sonrían al escuchar el sonido. Son las sirenas de alarma, que resuenan por todo el *lager*.

Los miembros de las SS corren en todas direcciones. Los dos soldados que estaban en la *lagerstrasse* flirteando con una joven, entre halagada y asustada, dejan su galanteo y se apresuran hacia el cuerpo de guardia. Las sirenas avisan de una huida. Las fugas son un todo o nada, la libertad o la muerte.

Es la segunda vez que suena la sirena de fugas en pocos días. Primero fue ese hombre llamado Lederer, del que se rumorea que pertenecía a la Resistencia y de quien dicen que se fugó con un desertor de las SS. No ha habido más noticias de ellos, y ésa es la mejor noticia posible. Cuentan que el nazi sacó a Lederer vestido de miembro de las SS, que pasaron por la

puerta tranquilamente, que los vigilantes que estaban de guardia fueron tan estúpidos que incluso los invitaron a tomar chupitos de vodka.

Y la sirena vuelve a sonar. Las fugas alteran a los nazis: es un desacato a su autoridad, pero sobre todo una ruptura del orden que han establecido obsesivamente. Y dos fugas tan seguidas son una ofensa para Schwarzhuber. No se equivocan: cuando le comunican la noticia, empieza a dar patadas a sus subordinados y a pedir cabezas. Las que sean.

Los internos saben que va a ser una noche larga y no se equivocan. Hacen formar a todos, niños incluidos, en la calle del campo, todos a la intemperie. Se pasa lista varias veces, transcurren más de tres horas y siguen de pie; es una manera de verificar que no falte nadie más, pero también es una forma de venganza porque no pueden descargar su ira contra los prófugos. Al menos, de momento.

Mientras en el campo se suceden las carreras de los guardias y crece la tensión, a pocos cientos de metros de allí el registrador Rudi Rosenberg guarda silencio junto a otro camarada, Fred Wetzler, en medio de la más absoluta oscuridad. Están escondidos en un minúsculo zulo que tiene algo de panteón mortuario, sólo sus respiraciones agitadas añaden a la espesa penumbra un componente de vida. En su cabeza se proyecta la imagen de unos días atrás, cuando colgaron a los rusos en medio del campo: las lenguas infladas y amoratadas, los ojos fuera de las órbitas llorando sangre.

Una gota de sudor le baja desde la frente y no se atreve ni a enjugársela para no moverse ni un milímetro. Ahora es él quien está junto a su amigo Fred en el búnker construido por los rusos. Han decidido jugárselo a cara o cruz. Todo o nada.

Las sirenas del campo chillan. Extiende su mano hacia Fred y le toca la pierna. Fred coloca la mano encima de la de Rudi. Ya no hay marcha atrás. Esperaron varios días para ver si los nazis desmontaban el escondrijo y, al no hacerlo, llegaron a la conclusión de que era seguro. Pronto se despejará esa incógnita.

En el campo familiar, tras una jornada agotadora y con sólo unos minutos libres antes de la hora del toque de silencio, Dita ayuda a su madre a quitarse las liendres para prevenir que no se conviertan en piojos; para conseguirlo, le pasa el trozo de peine una y otra vez por el pelo. Su madre

no soporta la falta de higiene, o no la soportaba antes, cuando la regañaba si cogía cualquier cosa con las manos sin habérselas lavado antes con jabón. Ahora no le ha quedado más remedio que tolerar la suciedad. Piensa en cómo era su madre antes de la guerra: una mujer bellísima, mucho más guapa que ella, muy elegante.

Algunas internas también aprovechan el rato libre antes de ir a dormir para matar a los inquilinos indeseables que habitan sus cabezas. Y, mientras tanto, sin dejar la tarea, de litera a litera se va comentando el evento del momento.

—No entiendo por qué alguien con un cargo de secretario registrador, que no pasa hambre ni tiene un trabajo especialmente duro y no pasa selecciones porque está bien considerado por los nazis, se arriesga de ese modo a perder la vida.

—Nadie lo entiende.

—Fugarte es un suicidio. Casi todos acaban de vuelta y colgados.

—Además, ya falta muy poco para salir de aquí —apunta otra—. Dicen que los rusos están haciendo retroceder a los alemanes. La guerra podría terminar esta misma semana.

Ese comentario suscita multitud de murmullos animados, teorías optimistas engordadas por el deseo apremiante de ver el final a esa noche interminable de la guerra.

—Además —dice una de las mujeres que lleva la voz cantante—, cada vez que se produce una fuga hay represalias para los demás: habrá más restricciones, castigos... En algunos campos han mandado a gente a las cámaras de gas como represalia. No sabemos qué puede pasarnos. Es increíble que algunos sean tan egoístas que les dé igual poner en peligro a los demás para nada.

El resto de las cabezas asienten.

Liesl Adlerova raramente interviene en las discusiones. No le gusta llamar la atención, y siempre regaña a su hija porque no es lo bastante discreta. No deja de ser chocante que una mujer que conoce varios idiomas se decante tan a menudo por el del silencio. Sin embargo, esa noche habla.

—Por fin una voz atinada. —Nuevamente, la marea de cabezas asiente—. Por fin alguien dice la verdad.

Se oyen murmullos de aprobación. Liesl continúa.

—Finalmente, alguien ha hablado de lo que en realidad es importante: no nos preocupa en absoluto que ese hombre logre escapar con vida o no. Lo que nos preocupa es que eso nos afecte, que nos quiten una cucharada de sopa en la comida o que nos tengan varias horas de pie a la intemperie pasando lista. Eso es lo importante. —Hay murmullos de perplejidad, pero ella no deja de hablar—. Dice usted que la fuga no sirve para nada. Van a tener docenas de patrullas rastreando a los fugados, y eso obliga a los alemanes a destinar más y más efectivos a la retaguardia, cuando de otra manera estarían combatiendo en el frente contra los aliados que han de rescatarnos. ¿No sirve de nada luchar desde aquí para dispersar la fuerza de los alemanes? ¿Acaso sirve de algo que nos quedemos aquí a obedecer lo que nos digan los SS hasta el momento en que decidan matarnos?

El estupor ha ahogado hasta los murmullos y empieza a percibirse una cierta división de opiniones. Dita se ha quedado con el peine colgando de la mano, petrificada de estupor. La única voz que se oye en el barracón es la de Liesl Adlerova.

—Una vez escuché a una muchacha llamarnos «gallinas viejas». Tenía razón. Nos pasamos el día cacareando, poco más.

—Y tú, que tanto hablas —chilla la voz airada de la mujer de antes—, ¿por qué no te fugas si eso es tan bueno? Es muy bonito hablar...

—Yo no tengo edad, ni fuerzas. Tampoco tengo suficiente valor. Soy una vieja gallina. Por eso respeto a los que tienen valor para hacer lo que yo no haría.

Las mujeres que hay a su alrededor se han quedado no sólo calladas, sino mudas. Incluso la bondadosa y parlanchina señora Turnovská, que siempre lleva la voz cantante en las tertulias, mira a su amiga con curiosidad.

Dita deja el peine sobre el jergón y mira a su madre como si la observase a través del microscopio, con la extrañeza del que descubre a alguien distinto en la persona que ha tenido siempre a su lado. Ella creía que su madre vivía aislada en su propio mundo, que tras la muerte de su padre era ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Mamá, hacía siglos que no te oía hablar tanto.

—¿Crees que he hablado más de la cuenta, hija?

—No te ha sobrado ni una coma.

A pocos cientos de metros, en cambio, impera el silencio. Y la oscuridad: si uno de los dos fugados alza la mano, no puede verse ni los dedos delante de la cara. En ese cubículo de tablones de madera donde han de permanecer sentados o tumbados, el tiempo transcurre con agobiante lentitud, y se sienten algo mareados al respirar esa atmósfera fatigada que apesta a gasolina. Un veterano les aconsejó que empaparan tabaco con queroseno para despistar a los perros.

A su lado nota la respiración inquieta de Fred Wetzler. Tienen tiempo de dar millones de vueltas a las mismas cosas. Imposible no volver a pensar en la locura que ha sido dejar su empleo ventajoso en el campo, donde podría haber esperado el fin de la guerra trampeando como hasta ahora. Pero le entró el ansia de evasión y ya no pudo frenarla. No se le iba de la cabeza ni la última mirada de Alice Munk ni el rostro azul de Hirsch. Después de plantarse frente a alguien tan indestructible como Fredy Hirsch y verlo deshacerse, uno no puede creer ya en ninguna inmunidad.

¿Y qué decir de la muerte de Alice? ¿Cómo aceptar que su belleza y su juventud no pudieran parar el rodillo del odio? No hay barreras para los nazis. Su determinación en matar hasta el último judío del último rincón del planeta es metódica e imparable. Deben huir. Pero eso no basta. También deben contárselo al mundo, a ese Occidente aletargado que cree que el frente de guerra está en Rusia o en Francia, cuando la verdadera escabechina se está produciendo en el corazón de Polonia, en esos campos que llaman de concentración, pero donde lo único que se concentra es la operación criminal más abyecta de la historia.

Así que, pese a la angustia que multiplica el frío en esa oscura noche polar, al final decide que está en el lugar donde debe estar.

El tiempo va transcurriendo, aunque la minúscula rendija que sólo deja pasar un hilo de aire no les permite saber si es de día. Han de permanecer tres días sumidos en la noche más absoluta. Aun así, saben que fuera ya ha amanecido por el rumor de actividad que llega del exterior.

No les resulta fácil soportar ese tiempo de espera metidos en el zulo. Consiguen quedarse adormilados a ratos, pero, al despertarse, reaccionan

con un espasmo nervioso porque al abrir los ojos el mundo ha desaparecido, engullido por la negritud, hasta que un momento después recuerdan que están en ese búnker prefabricado y se tranquilizan a medias, porque se hallan ocultos a muy pocos metros de las torretas de vigilancia. La cabeza les da mil vueltas. Los miedos son plantas nocturnas que crecen en la oscuridad.

Se han impuesto no hablar, porque no saben si alguien puede estar merodeando por la superficie y escucharlos. Tampoco saben si la minúscula rendija en el encaje de las planchas será suficiente para que no se agote el aire. Pero, aun así, llega un momento en que uno de los dos no puede aguantar más y pregunta en un susurro qué pasaría si una mañana colocan más planchas encima y el peso es tal que no son capaces de moverlas. Los dos lo saben: el escondrijo se convertiría en un ataúd sellado donde morirían de asfixia o de hambre y sed, en una agonía lentísima. Resulta inevitable en esa espera tan larga y tan angustiosa no desvariar, inevitable preguntarse, en caso de quedar atrapados, quién de los dos fallecerá primero.

Escuchan ladrar a los perros, sus peores enemigos, que afortunadamente están lo bastante lejos. Pero empiezan a oír otro ruido que se aproxima: pasos y voces, que se van acercando hasta hacerse inquietantemente nítidos.

Las botas de los guardias retumban en el suelo. Ellos dejan hasta de respirar. Tampoco podrían respirar aunque quisieran, porque el miedo obstruye los pulmones. Escuchan a su alrededor el rumor sordo de planchas al ser descorridas. Algunos miembros de las SS están removiendo tablones en la zona donde se encuentran escondidos. Mal asunto. Están tan cerca que captan incluso retazos de conversaciones, palabras de enfado de los soldados, que han visto cancelarse sus permisos para tener que andar pateando el perímetro del *lager*. Hay en sus frases mucho odio hacia los fugados. Dicen que cuando los encuentren, si no los ejecuta Schwarzhuber, de buena gana les partirán el cráneo ellos mismos. Y las palabras les llegan con una nitidez que a Rudi le enfría el cuerpo, como si ya estuviera muerto. Su vida depende únicamente del espesor de la plancha que los cubre. Apenas cuatro o cinco centímetros los separan ya de la muerte.

El repiqueteo de las botas a su alrededor y el movimiento de las planchas, ya junto a su propio escondrijo, marcan el final de todo. Siente tal angustia que sólo desea que descorran de una vez la tapa de su cubículo y se asomen dentro y todo termine cuanto antes. Piensa que prefiere que les disparen allí mismo, que ojalá la rabia de los guardias les ahorre la humillación y el dolor de ser ahorcados públicamente. Hace un momento, Rudi aspiraba a ser libre; ahora, lo único que desea es morir deprisa. El corazón le late tan fuerte que empieza a temblar.

Las botas tabletean, las planchas se desplazan con un roce de lápida. Ya Rudi empieza a abandonarse y relaja hasta su posición petrificada; no hay nada que hacer. Durante los días que precedieron a la fuga, le obsesionaba pensar en la angustia del momento en que le detuvieran, ese instante en que la ilusión de la libertad se raja como un espejo y te entra el pánico incontrolable al saber con total certeza que vas a morir. Pero se da cuenta de que no, de que la angustia es anterior a ese momento. Cuando el nazi te va a encañonar con la Luger y te va a decir que levantes los brazos, lo que llega es una calma fría, un dejarse ir porque ya no hay nada más que hacer ni nada peor que temer. Escucha el sonido de la madera al moverse y levanta los brazos instintivamente. Incluso cierra los ojos para prevenir el fogonazo de luz tras días de oscuridad.

Pero el golpe de luz no llega. Le parece que las botas percuten de manera un poco más amortiguada y que los roces de maderas se hacen más sordos. No es un sueño... Al aguzar el oído se percata de que las conversaciones y los ruidos se alejan. A cada segundo que pasa, como una hora entera, el grupo de perros rastreadores también se va distanciando de su escondite. Finalmente, vuelve el silencio, en el que únicamente resuena algún camión lejano o algún toque de silbato en la distancia. Aparte de esos sonidos, sólo se oye un latir desbocado que no sabe si es su corazón o el de Fred, o los de ambos, presas de la taquicardia.

Se han salvado... de momento.

Para celebrarlo, Rudi, casi como un lujo, se permite un suspiro largo y un leve cambio de postura. Entonces es Fred Wetzler quien alarga su mano sudada buscándole y Rudi se la toma. Tiemblan juntos.

Cuando ya han pasado muchos minutos y se ha desvanecido el peligro, Rudi le susurra al oído: «Esta noche nos vamos, Fred, nos vamos para siempre».

Y ésa es una verdad que no admite réplica: se van para siempre. Cuando esa noche descorran la plancha del techo y ganen a gatas el bosque al amparo de la oscuridad, pase lo que pase, ya nunca más volverán a ser presidiarios de Auschwitz. O serán hombres libres, o morirán.

24

Mientras Birkenau duerme inquieto su sueño eléctrico, una plancha de madera se descorre tras las alambradas. Lo hace lentamente, igual que la tapa de una caja de fichas de ajedrez. Desde abajo, cuatro manos la empujan hasta que el frío de la noche entra a raudales en el minúsculo cubículo. Dos cabezas se asoman con precaución. Mastican el aire fresco. Es un manjar.

Rudi observa con cuidado. Ve que no hay guardias en las cercanías y que la oscuridad los ampara. La torre de vigilancia más cercana se encuentra a no más de cuarenta o cincuenta metros, pero el guardia lo que vigila es el interior del campo, por eso no se percata de que fuera del perímetro, entre las placas apiladas para los nuevos barracones de la ampliación del *lager*, dos figuras se escurren en cuclillas hacia el bosque.

Llegar hasta los árboles y empaparse los pulmones con su aroma húmedo es una sensación tan nueva que se sienten renacer. Pero la euforia producida por su primera bocanada de libertad dura poco. El bosque, tan bello y acogedor visto desde la lejanía, de noche es un lugar inhóspito para el hombre. Pronto se dan cuenta de que caminar a campo traviesa casi a ciegas es una tarea difícil. El suelo está lleno de trampas, los arbustos arañan, las ramas golpean, el follaje empapa. Intentan ir en línea recta lo mejor que pueden y poner el máximo de distancia entre ellos y el *lager*.

Su plan es alcanzar la frontera eslovaca de los montes Beskides, a 120 kilómetros de distancia, caminar de noche y esconderse de día. Y rezar. Saben que no pueden esperar ayuda de la población civil polaca porque los alemanes fusilan a los lugareños que dan cobijo a los fugados.

Caminan a oscuras, tropiezan, se caen, se levantan, caminan otra vez. Al cabo de un par de horas de avanzar lentamente y sin rumbo, el bosque se clarea, los árboles se dispersan, y los dos prófugos atraviesan zonas de

matorrales bajos. Incluso distinguen la luz de una casa a unos cientos de metros. Finalmente, desembocan en un camino de tierra del que consiguen distinguir los bordes gracias a la luz débil de una luna tapada entre nubes. Es más arriesgado, pero, como no está asfaltado, piensan que será una senda poco transitada y, vista la dificultad de ganar metros a través del bosque, deciden seguir por allí, lo más pegados posible a la cuneta y atentos a cualquier sonido. Los mochuelos ponen una nota de escalofrío en la noche, y las ráfagas de brisa son tan gélidas que cortan la respiración. Cuando se acercan a alguna casa se internan a campo traviesa y la rodean a una prudente distancia. En alguna de esas ocasiones, los perros ladran nerviosos tratando de delatarlos, y entonces los dos huidos avivan el paso para alejarse cuanto antes.

Al empezar a azularse el cielo, deciden entre susurros adentrarse todo lo que puedan en la zona más densa del bosque y buscar un árbol grande al que trepar para pasar el día ocultos en la copa. Al clarear el cielo, van distinguiendo los contornos y pueden avanzar mejor. Media hora después, la luz empieza a ser suficiente para verse las caras. Se miran un momento y no se reconocen. Llevan tres días sin poder verse y la barba les ha crecido de manera desmesurada. También hay en su rostro un gesto diferente, una mezcla de inquietud y de placer por estar fuera del campo. En realidad, no se reconocen porque ahora son otros, hombres libres. Sonríen.

Trepan a un árbol y tratan de acomodarse entre las ramas lo mejor que pueden, pero es difícil encontrar una posición estable. Toman de su zurrón un mendrugo de pan que parece de madera y apuran los últimos sorbos de agua de una pequeña cantimplora. Esperan expectantes a que el sol asome la cabeza. De esa manera, Fred se sitúa inmediatamente: levanta un dedo y señala hacia unas leves colinas.

—Vamos bien orientados hacia la frontera de Eslovaquia, Rudi.

Pase lo que pase, ya nadie va a quitarles ese momento de libertad encima de un árbol mientras mastican un pedazo de pan sin tener a su alrededor nazis armados, sirenas ni órdenes. No es fácil lograr un punto de equilibrio sin caerse de la copa y sin que las ramas se le claven a uno dolorosamente en el cuerpo, pero están tan cansados que consiguen entrar en un estado de modorra que les permite recuperar un poco las fuerzas.

Más tarde, escuchan voces y pasos apresurados sobre la hojarasca. Alarmados, abren los ojos y ven a pocos metros del árbol cómo cruza una horda de niños que llevan brazaletes con la esvástica y cantan canciones alemanas. Los prófugos se miran alarmados: es un grupo de las juventudes hitlerianas que está de excursión. La mala fortuna hace que el joven instructor que dirige a la veintena de niños decida detenerse a comer sus bocadillos en un claro a muy pocos metros del árbol. Los dos fugados se quedan tiesos como una rama más y no mueven un solo músculo. Los chicos ríen, gritan, se pelean, cantan... Desde su posición distinguen sus uniformes caquis y sus pantalones cortos, su tumultuosa energía y cómo de vez en cuando alguno se acerca peligrosamente a su árbol en busca de alguna baya que arrojar como proyectil a sus compañeros. El tiempo del tentempié termina y el instructor da voces a los niños para que se pongan de nuevo en marcha. La tropa embarullada se aleja y en la copa de un árbol cercano hay suspiros de alivio, manos que se abren y se cierran para recuperar el riego sanguíneo tras la inmovilidad.

Pocas cabezadas más dan en lo que queda de día. Ambos están contando con ansiedad las horas que faltan hasta la noche. Aprovechan los últimos vestigios de sol para acercarse al camino y observan el ocaso para situar con precisión el oeste.

La segunda noche es mucho más extenuante que la primera. Han de parar más veces a descansar, están agotados. La excitación provocada por la fuga, que les dio fuerzas la jornada anterior, ha ido declinando. Aun así, siguen adelante, y cuando la noche empieza a clarear ya no pueden más. El camino ha ido ofreciéndoles cruces y bifurcaciones que han ido tomando intuitivamente, pero realmente no saben dónde están.

El bosque tupido ha quedado atrás y han llegado a una zona mucho menos frondosa, con grupos de árboles dispersos, campos cultivados y matorrales. Saben que es una zona poblada, pero están demasiado cansados para andarse con remilgos. Está todavía muy oscuro, pero distinguen un claro a un lado del camino, rodeado por matorrales. Se dirigen hacia allí, recogen a tientas unas cuantas ramas con muchas hojas y se fabrican una improvisada cabaña para dormir unas horas. Si el lugar es discreto, incluso podrían pasar el día entero. Se meten en su covacha y cierran la entrada con

un par de ramas tupidas. Las madrugadas polacas son muy frías, y se acurrucan abrazados los dos para entrar en calor y conseguir por fin dormir algo.

Descansan tan profundamente que, cuando los despiertan unos ruidos de voces, el sol está alto y una punzada de pánico se les clava en el estómago. Su refugio no es ni mucho menos tan tupido como habían creído; las ramas que pusieron para cerrar el escondrijo dejan aberturas importantes y lo que ven a través de los agujeros los llena de estupor. No se han detenido a pernoctar en el claro de una arboleda, como ellos creían. En la oscuridad de la noche, sin darse cuenta habían llegado a las afueras de una población y lo que habían hecho era ponerse a dormir en un parque público. Lo que tienen a unos pocos metros de lo que creían un discreto claro son bancos y columpios.

Los dos se miran de reojo petrificados, sin atreverse a mover un solo músculo porque se oyen pasos apresurados. Cuando preparaban la fuga elucubraban sobre cómo esquivar las patrullas de las SS, los controles o los perros, pero los que se han convertido en su peor pesadilla son los niños.

Antes de que pueda siquiera llegarles el miedo al cuerpo, ya tienen plantados delante de la abertura de su refugio a un niño y a una niña rubios y de ojos azules que los miran con aria curiosidad. Unos pasos más atrás ven llegar unas altas botas negras. Los niños se dan la vuelta corriendo y gritan en alemán:

—¡Papá, papá, ven! ¡Hay unos hombres extraños!

La gorra de plato de un Obersharführer de las SS se asoma, y el nazi se los queda mirando: los dos están paralizados, acurrucados, apretados el uno contra el otro, absolutamente indefensos. La cabeza del Obersharführer, al asomarse por entre las ramas, parece desmesuradamente grande, como la cabeza de un ogro. La calavera de su visera los mira como si los conociera. En ese momento pasa por la cabeza de los dos fugados la vida entera. Querrían decir algo, pero el propio miedo les ha cerrado el grifo de la voz igual que les ha congelado el movimiento. El sargento nazi los observa, y una sonrisa maliciosa aparece en su cara. Ven los zapatos de tacón de su mujer, que se acerca, y no alcanzan a entender lo que el marido le susurra.

Únicamente escuchan la respuesta en voz alta de la escandalizada señora alemana:

—¡Ya no puede una ni traer a los niños a un parque público sin encontrar a dos hombres manteniendo relaciones entre las plantas! ¡Es una vergüenza!

La mujer se aleja indignada y el sargento, sin borrar la risita de la cara, reúne a los niños y se marcha tras ella.

Rudi y Fred, tumbados sobre la maleza, se miran. No se habían percatado de que seguían abrazados, tal cual se quedaron dormidos poco antes del amanecer. Y entonces aún se abrazan más fuerte y agradecen como nunca que el miedo los haya dejado sin palabras. Cualquier cosa que hubieran dicho, una sola, los hubiera delatado como extranjeros. Casi nunca hay nada mejor que el silencio.

Rudi Rosenberg y Fred Wetzler creen que ya no están lejos de Eslovaquia, pero tampoco saben exactamente cuál es el camino correcto hacia la cordillera de los Beskides. Ése es su segundo problema. El primero es que no son invisibles. En el giro de una vereda, se topan casi de frente con una mujer. Es una zona de campos abiertos y muy poblada: no van a poder evitar encontrarse con gente, como esa campesina polaca con la cara llena de arrugas que los mira con aprensión.

Deciden que no tienen elección, no les queda más remedio que arriesgarse: tarde o temprano tenían que topar con alguien y, además, necesitan ayuda. Llevan más de veinticuatro horas sin comer, varios días casi sin dormir y ni siquiera saben si están siguiendo el camino correcto hacia Eslovaquia. Los dos fugados se cruzan una mirada rápida y se ponen de acuerdo instantáneamente en decirle la verdad a esa mujer que los mira con desconfianza: en un precario polaco, mezclando expresiones en checo y manoteando en el aire, incluso pisándose los dos las palabras para tratar de explicarse de manera más convincente, le cuentan que son presos evadidos de Auschwitz, que son gente de paz, que sólo necesitan saber cómo llegar a la frontera eslovaca y volver a casa.

La campesina no ha variado su gesto y los mira con la misma desconfianza que antes; incluso da un paso atrás cuando ellos tratan de aproximarse. Fred y Rudi se han quedado callados. La mujer los mira sin

decir nada con unos ojos diminutos como granos de pimienta. Ellos están cansados, hambrientos, desorientados; también asustados. Le imploran ayuda con gestos y ella mira hacia el suelo. Los dos hombres se miran, y Fred hace un movimiento de cabeza que indica que han de marcharse de allí antes de que la mujer empiece a gritar pidiendo ayuda y los delate. Pero temen que, justo al darse la vuelta y dejar de mirarla, dé la voz de alarma.

No les da tiempo de emprender la retirada. La mujer levanta la vista, da un paso adelante como si hubiera tomado una decisión repentina y toma a Rudi de la manga de su jersey. Se dan cuenta de que la mujer quiere observarlos más de cerca y los examina de hito en hito igual que haría con un caballo o un ternero. Quiere ver qué clase de hombres son: las caras con barba de varios días y la ropa mugrienta no bastan para convencerla de que le han contado la verdad, pero ve sus ojos demacrados, hinchados por la falta de sueño, hundidos en unas caras delgadas, casi cadavéricas, y observa cómo los huesos les sobresalen por todas partes y se les hincan en la piel. Y entonces, por fin, asiente con la cabeza. Les hace un gesto con la mano para que se queden allí y con otro ademán les da a entender que les va a traer de comer, incluso creen entender algo de lo que les dice en polaco: persona y frontera. Después de caminar unos pasos, la mujer se gira e insiste en que esperen, que no se muevan de ahí.

Rudi susurra que podría ir a delatarlos a las autoridades alemanas y que quien podría aparecer sería una patrulla de las SS. Fred le dice que pueden ir a esconderse, pero que si dan la alarma de que los dos presos fugados de Auschwitz están allí, acordonarán la zona, la batirán palmo a palmo y les resultará muy difícil escapar.

Deciden esperar. Se ponen al otro lado de un puente de madera que cruza un riachuelo donde esa misma mañana han saciado su sed, de manera que si llegaran los SS los verían venir con tiempo suficiente para adentrarse en el bosque, al menos para tomarles un minuto de ventaja. Pasa más de una hora y la vieja campesina de los ojos minúsculos no ha vuelto a aparecer. Sus tripas reclaman algo más que aire.

—Lo sensato sería volver al bosque —murmura Rudi.

Fred asiente, pero ninguno de los dos da un paso. Ya no pueden moverse, han agotado todas sus fuerzas. No quedan más cartuchos que

quemar.

A las dos horas ya no esperan que venga nadie y se han acurrucado los dos juntos para protegerse algo del frío. Incluso se han amodorrado. La calma se rompe con el ruido de pasos rápidos. Sea quien sea, no van a molestarse ni en hacer ademán de huir. Abren los ojos y ven que el dueño de los pasos es un muchacho de doce años, vestido con un pantalón atado con una cuerda y una chaqueta de arpillera, que les trae un paquete. Aciertan a entender que lo manda su abuela. Al abrir el pequeño cofre de madera que trae, descubren unas humeantes patatas cocidas encima de dos recios filetes de ternera asada. No lo cambiarían ni por veinte baúles llenos de oro.

Antes de que el muchacho se marche, tratan de preguntarle por la frontera eslovaca. El chico les dice que esperen. Así que se quedan donde están, algo más apaciguados por el gesto cordial de la comida y tonificados por el alimento, que han devorado con veloz alegría. En seguida anochece y la temperatura baja. Hace rato que han decidido dar paseos en círculo para desentumecerse y entrar un poco en calor.

Finalmente, vuelven a sonar pasos, esta vez más cautelosos y ocultos por la oscuridad. La luz de la luna sólo les permite distinguir al hombre cuando ya está casi encima de ellos; va vestido de paisano pero lleva una pistola en la mano. Las armas son sinónimo de malas noticias. El hombre se planta delante de ellos y enciende un fósforo, que ilumina un momento las caras de los tres. Tiene un bigote castaño claro y espeso como un cepillo de lustrar zapatos. Baja la mano con la pistola y les alarga la otra para que se la estrechen.

—Resistencia.

No dice más, pero es suficiente. Rudi y Lederer saltan de alegría, se ponen a bailar y se abrazan hasta caer rodando por el suelo. El polaco los mira perplejo. Se pregunta si no estarán bebidos. Están borrachos de libertad.

El partisano se presenta como Stanis, aunque sospechan que ése no es su verdadero nombre. Habla en checo y les explica que la desconfianza de la mujer que los encontró se debía a que no estaba segura de que no fuesen agentes de la Gestapo disfrazados en busca de polacos que colaboren con la

guerrilla. Les dice que están muy cerca de la frontera, que hay que tener cuidado con los soldados alemanes, pero que él conoce los horarios de las patrullas: son tan exactos que pasan cada noche por el mismo sitio el mismo minuto, por lo que podrán esquivarlos sin dificultad.

El partisano les pide que lo sigan. Caminan en silencio y a oscuras durante mucho rato por veredas solitarias hasta llegar a una cabaña de piedra abandonada cuyo techo de paja está hundido. La puerta de madera cede fácilmente al empujarla. Dentro, la vegetación y la humedad han tomado el cuadrilátero de piedra. Entonces, el polaco se agacha y enciende un fósforo, retira un par de maderas podridas por la humedad y toma una argolla. Al estirar, se abre una trampilla. Saca del bolsillo una vela y la enciende. Ayudados por su resplandor, bajan una escalera hacia un antiguo depósito de hierba seca construido bajo la cabaña. Allí hay jergones, mantas y provisiones. Cenán los tres unas latas de sopa calentadas en un infiernillo de gas y, por primera vez en mucho tiempo, Fred y Rudi duermen en paz.

El polaco es un hombre de pocas palabras, pero de una eficacia extraordinaria. Salen temprano por la mañana y demuestra conocer los caminos con la precisión de un jabalí. Tras una jornada entera sin apenas detenerse a través de los bosques, hacen noche en una cueva. Y al día siguiente ya no van a parar. Suben y bajan la montaña esquivando las patrullas como el que deja pasar los trenes, buscando rocas abrigadas en las que parapetarse hasta que el peligro se ha alejado y puedan continuar avanzando. Esa madrugada, pisan por fin terreno de Eslovaquia.

—Sois libres —les dice el polaco como despedida.

—No —responde Rudi—, no lo somos. Tenemos aún un deber que cumplir. El mundo debe saber lo que está sucediendo.

El polaco asiente con la cabeza, y su bigotón se agita arriba y abajo.

—Gracias, muchas gracias —le dicen—. Nos has salvado la vida.

Stanis se encoge de hombros, no tiene nada que responder.

La segunda parte de su viaje va a consistir en intentar que el mundo sepa lo que de verdad está ocurriendo en el interior del Reich, lo que Europa no sabe o no ha querido saber: que se trata de algo más que una guerra de fronteras, que se está exterminando una raza entera.

El 25 de abril de 1944, Rudolf Rosenberg y Alfred Wetzler comparecieron ante el portavoz de los judíos eslovacos, el doctor Oscar Neumann, en el cuartel general del Consejo Judío de Zilina. La posición de registrador de Rudi le permitió dictar un informe plagado de escalofriantes estadísticas (él cifraba el número de judíos liquidados en Auschwitz en 1,76 millones) donde se describía por primera vez el mecanismo de asesinato masivo organizado y el aprovechamiento físico del trabajo esclavo, la apropiación de pertenencias, la utilización de cabello humano para la fabricación de tejidos o la extracción de piezas dentales de oro y plata con el objetivo de fundirlas y convertirlas en dinero para el Reich.

Rudi hablaba de cómo conducían a hileras de mujeres embarazadas con niños pegados a sus faldas a las duchas de las que brotaba gas venenoso, de las celdas de castigo del tamaño de un cajón de cemento donde los presos no podían ni sentarse, de las largas jornadas de trabajo que los reclusos pasaban a la intemperie con la nieve por las rodillas vestidos con una camisa de verano y un cazo de sopa aguada para todo el día. Hablaba y hablaba, y a ratos se le saltaban las lágrimas, pero no dejaba de hablar, poseído por un deseo febril de gritar al mundo ensordecido por los bombardeos de la guerra que existía una guerra aún más sucia y terrible de puertas para adentro y que había que pararla a toda costa.

Cuando Rudi terminó de dictar su informe se sintió exhausto pero satisfecho, en paz consigo mismo por primera vez en años. Inmediatamente, enviaron su informe a Hungría. Los nazis habían tomado aquel país y en él se estaba organizando el transporte de judíos hacia los campos, que todo el mundo creía que eran de concentración o agrupamiento sin saber que en realidad eran industrias de la muerte.

Pero la guerra no sólo destroza los cuerpos que siega la metralla y las explosiones, también aniquila la cordura, mata las almas. Sus advertencias llegaron al Consejo Judío de Hungría, pero nadie las tomó en cuenta. Los dirigentes judíos prefirieron creer ciertas promesas de los nazis y siguieron adelante con la distribución de la gente en los transportes hacia Polonia, lo cual se tradujo en un aumento de las llegadas masivas de húngaros a Auschwitz. Después de todo el dolor y el sufrimiento, tras el júbilo de la

libertad, Rudi tuvo que beber el trago amargo de la decepción. Su informe no salvó las vidas húngaras que ellos creyeron que podrían salvar. Una guerra es un río desbordado: resulta difícil de encauzar, si le pones una pequeña barrera la arrastra a su paso.

A Rudi Rosenberg y Fred Wetzler los evacuaron a Inglaterra, donde presentaron su informe. En las islas británicas sí que los escucharon, aunque desde allí poco se podía hacer. Si acaso, luchar con mayor denuedo para detener aquel delirio que estaba asolando Europa.

25

El 15 de mayo de 1944 llegó al campo familiar otro transporte procedente de Terezín con 2503 nuevos deportados. Al día siguiente llegó otro con 2500 más. Y el día 18 aún llegó un tercer contingente. Entre los tres, 7503 personas, de las cuales casi la mitad eran judíos alemanes (3125), además de 2543 checos, 1276 austríacos y 559 holandeses.

La primera mañana ha sido caótica. Gritos, silbatos, confusión. Dita y su madre no sólo se han visto obligadas a utilizar la misma litera, sino que han tenido que compartirla con una tercera prisionera. Es una mujer holandesa muy asustada, que no ha sido capaz en dos días ni de decir buenos días. Se pasa las noches temblando.

Dita se va de prisa hacia el bloque 31 porque Lichtenstern y su equipo están desbordados tratando de reorganizar el barracón-escuela. La situación es anárquica porque, además, el hecho de que ahora haya checos, alemanes y holandeses hace que no sean capaces de entenderse entre ellos. Dita ha recibido órdenes de Lichtenstern y Miriam Edelstein de suspender temporalmente el servicio bibliotecario hasta que se organicen los grupos y se aclare un poco la situación. Con el transporte de mayo han llegado trescientos niños más, así que han de organizar nuevos grupos escolares.

Los pequeños están muy nerviosos, hay algunos altercados, empujones, disputas, peleas, lloros y una confusión que parece ir en aumento. No pueden estarse quietos, los niños están alterados por los picores de chinches, pulgas, piojos y todo tipo de ácaros que viven en los jergones de paja húmeda. El buen tiempo no sólo hace germinar las flores, sino también los bichos de todo tipo.

Miriam toma una decisión drástica: decide utilizar la última porción de carbón que se guardaba por si había una emergencia para calentar cubos y

lavar ahí la ropa interior de los chicos. Se produce un enorme guirigay y no hay tiempo para secarla del todo en la chimenea, así que han de volver a ponérsela mojada, pero al menos parecen haberse ahogado la mayoría de los insectos y a lo largo del día se va recuperando la calma.

Los que han sido designados para trabajar en el bloque 31 pensaron, al llegar a aquella hilera de barracones sobre una calle embarrada, que llegaban a un lodazal. Pero descubrir la existencia de una escuela clandestina los ha dejado estupefactos. Estupefactos y esperanzados.

Lichtenstern los reúne al final de la jornada, cuando los grupos ya se han ido organizando y se ha iniciado una cierta rutina escolar. Les presenta a una joven con piernas de bailarina y medias altas de lana que se balancea nerviosamente sobre unos zuecos de madera. Quien no se fije bien en ella creerá que es menuda, tal vez frágil, pero si observan con atención verán que tiene fuego en la mirada. Parece moverse con timidez, pero a la vez lo observa todo a su alrededor con descaro. Les ha dicho que es la bibliotecaria del bloque.

Algunos han pedido que lo repita porque no acaban de creérselo: ¿hay también una biblioteca? ¡Pero si los libros están prohibidos! No entienden cómo un asunto tan peligroso y delicado puede estar en manos de una chiquilla. Entonces, Miriam le pide que se suba a un taburete para que todos la escuchen.

—Buenos días. Soy Edita Adlerova. Tenemos una biblioteca de ocho libros en papel y media docena de libros vivientes.

El gesto de perplejidad de algunos de los recién llegados es tal que hasta Dita, quien ha empezado muy seria para cumplir cabalmente con su responsabilidad ante tantos adultos, no puede evitar que se le escape una ligera risa.

—No se apuren. No nos hemos vuelto locos. Los libros no están vivos, claro. Las que están vivas son las personas que se los relatan a los alumnos; ustedes podrán solicitarlos en préstamo para las actividades de la tarde.

Dita va explicando en checo y en alemán con una pasmosa soltura. Frente a ella, los profesores recién nombrados todavía están aturridos por la contradicción que supone hablar del funcionamiento normal de una escuela en el sitio más anormal del mundo. Cuando termina, Dita hace una

inclinación de cabeza algo exagerada, como las del profesor Morgenstern, y logra a duras penas aguantarse la risa de verse a sí misma tan formal. Aún le da más risa ver cómo algunos la miran con la boca abierta cuando se abre paso para volver a ocupar un sitio más discreto.

—Es la bibliotecaria del 31 —susurran.

Por las tardes hay tanto jaleo que resulta imposible esconderse a leer. Ha ido a su escondrijo de las tablas y ha encontrado a media docena de niños apiñados jugando a martirizar hormigas.

Pobres hormigas, piensa. Las hormigas en Auschwitz deben de vérselas negras para encontrar una miga.

Por eso ella oculta bajo la ropa la *Breve historia del mundo*, se escabulle hacia las letrinas y allí se esconde tras unos contenedores que hay al fondo. Lo cierto es que se ve mal y que huele peor, tanto que los guardias de las SS muy raramente asoman por allí su gorra. Lo que Dita no sabe es que, precisamente por eso, las letrinas son el lugar predilecto para los cambalaches del mercado negro.

Es casi la hora de la sopa y, por tanto, el momento de los negocios. Un polaco que trabaja haciendo reparaciones por los campos se pone bajo uno de los grifos como si anduviese reparando una cañería. Es uno de los más activos estraperlistas: tabaco, un peine, un espejo, un par de botas... Es un Santa Claus con cara de presidiario al que se le puede pedir cualquier cosa, siempre que se esté dispuesto a dar algo a cambio. Dita oye voces en la nave y empieza a pasar las páginas aún más silenciosamente. El diálogo se va filtrando en sus oídos. Una de las voces es de mujer.

Ella no la ve, pero Bohumila Vlatava tiene una nariz picuda y levantada hacia arriba que le da un aire de soberbia. Los párpados, hinchados, blandos, muy amoratados, le ensucian la mirada.

—Tengo un cliente. Necesitaré una para pasado mañana, por la tarde, antes del recuento de la noche.

—La tía Bohumila puede arreglarlo, pero la *kapo* de nuestro barracón está algo inquieta y vamos a tener que darle un poco más.

—No abuses, Bohumila.

Y entonces el tono de voz aumenta:

—¡No pido para mí, estúpido! Te estoy diciendo que es la *kapo*. Si ella no hace la vista gorda y no nos deja su cuarto, os quedaréis sin vuestro manjar.

Arkadiusz habla más bajo, pero su voz suena igualmente crispada y amenazante:

—Dijimos que una ración de pan y diez cigarrillos. No vas a sacar ni una migaja más. Repartíros las como os dé la gana.

Hasta Dita escucha rezongar a la mujer.

—Con quince cigarrillos todo estaría arreglado.

—He dicho que no puede ser.

—¡Maldito usurero polaco! Está bien, le daré yo dos cigarrillos más de mi comisión a la *kapo*. Pero, si pierdo mis ingresos y no puedo comprar comida en el mercado negro, enfermaré. ¿Y quién os va a conseguir bellas mujercitas judías? Entonces lloraréis a la tía Bohumila, ya lo creo, y lamentaréis haber sido tan necios conmigo.

Y no se oye ni una palabra más. En el momento de los intercambios siempre hay un momento de silencio, como si los dos comerciantes necesitaran concentrarse de manera especial. Arkadiusz saca cinco cigarrillos. Bohumila siempre pide la mitad por adelantado. La otra parte del pago, la ración de pan, es lo que se les paga a las mujeres en el momento del encuentro.

—Quiero ver la mercancía.

—Espera.

Se vuelve a hacer el silencio durante unos minutos y al poco vuelve a oír la voz nasal de la mujer de antes.

—Aquí está.

Dita no resiste la tentación de estirar el cuello y asomarse aprovechando la penumbra. Distingue la figura más alta del polaco y a la voluminosa Bohumila, que no parece en absoluto desnutrida. Hay otra mujer, más delgada, con las manos recogidas en el regazo y la cabeza agachada.

El polaco le levanta la falda y tantea sus partes íntimas. Después le aparta los brazos y le manosea los pechos, se los amasa detenidamente mientras ella permanece inmóvil.

—No es muy joven...

—Mejor, así sabe lo que tiene que hacer.

Muchas de las mujeres que recluta Bohumila son madres. Quieren la ración extra de pan porque no soportan ver pasar hambre a sus hijos.

El polaco asiente y se marcha.

—Bohumila —susurra la mujer tímidamente—, esto es pecado.

La otra la mira con una mueca de cómica seriedad.

—No debes preocuparte por eso, querida. Es el designio de Dios: has de ganarte el pan con el sudor de tu coño.

Y rompe a reír con unas carcajadas obscenas. Sale de las letrinas riendo, seguida de la mujer, que arrastra los pies cabizbaja.

Dita siente en la boca la saliva amarga. Ni siquiera puede ya volver a su escondite de la Revolución francesa y seguir leyendo. Retorna a su barracón muy pálida, y su madre, en cuanto la ve llegar, abandona su tertulia, deja a una señora con la palabra en la boca y se va a abrazar a Dita. En ese momento se siente otra vez pequeña y vulnerable, y le gustaría quedarse a vivir para siempre entre los brazos de su madre.

La lluvia de trenes al *lager* cargados de judíos húngaros —147 trenes de carga con 435000 personas— añade esos días aún más nerviosismo al campo. Siempre hay cerca de la valla del campo montones de niños absortos en el espectáculo de las llegadas: gente desorientada a la que gritan, zarandean, despojan, golpean.

—*Das ist Auschwitz-Birkenau!*

Sus rostros de perplejidad muestran que ese nombre no significa nada para ellos. Muchos ni siquiera llegarán a saber dónde van a morir.

Dita no sabe en qué momento llegarán los observadores internacionales y se abrirá esa ventana para gritar la verdad de la que hablaban Hirsch y tía Miriam. Tampoco sabe si para hacerlo tendrán que arrojarla por ella. Si cierra los ojos, ve al doctor Mengele con su gesto neutro, esperándola vestido con una bata blanca junto a una cama de mármol.

Pero, pese a esa angustia, sigue sin poderse quitar de la cabeza el final de Hirsch. Le han dicho que decidió rendirse y, pese a la evidencia, ella no quiere creérselo. Ninguna explicación la ha satisfecho, seguramente porque no es la que quería escuchar. Le dicen que es tozuda. Tienen razón. Quizá haya un momento para la rendición. Pero ella no quiere hacerlo todavía y va

al barracón 32, el bloque médico, dispuesta a quemar el único cartucho que le queda. Ellos fueron los últimos que vieron respirar a Fredy Hirsch, los que escucharon sus últimas palabras.

A la entrada del hospital hay una enfermera doblando unas sábanas con unos cercos negros que resultan repulsivas.

—Quería ver a los médicos.

—¿A todos ellos, niña?

—A alguno...

—¿Estás enferma? ¿Se lo has comunicado a tu *kapo*?

—No, no quiero que me atiendan, sólo quiero consultarles algo.

—Dime qué te pasa. Yo ya sé curar todo lo que hay que curar aquí.

—Es una pregunta sobre algo que pasó con el transporte de septiembre.

La enfermera se pone tensa y la mira con recelo.

—¿Y qué quieres preguntar?

—Es sobre una persona.

—¿Un familiar tuyo?

—Sí, mi tío. Creo que los doctores del transporte de septiembre que estuvieron en el campo de cuarentena lo atendieron antes de morir.

La enfermera la mira fijamente. En ese momento se les acerca uno de los médicos; lleva una bata blanca llena de cercos amarillentos.

—Mire, doctor, una niña que pregunta por alguien del transporte de septiembre a quien dice que atendieron en el campo de cuarentena.

El médico tiene los ojos embolsados y el gesto cansado. Pero aun así esboza una sonrisa que quiere ser amable.

—¿A quién dices que atendimos en el campo de cuarentena?

—Se llamaba Hirsch, Fredy Hirsch.

La sonrisa desaparece de su rostro como si se descorriese una cortina. De repente, se vuelve hostil.

—¡Ya lo he repetido mil veces! ¡No pudimos hacer nada por salvarle la vida!

—Pero yo lo que quería...

—¡No somos dioses! Se puso azul, nadie hubiera podido hacer nada. Hicimos lo que teníamos que hacer.

Dita le quiere preguntar sobre lo que dijo, pero el médico se da la vuelta muy alterado y se marcha sin despedirse, visiblemente irritado.

—Si no te importa, bonita, tenemos trabajo. —Y la enfermera le señala la puerta.

Al marcharse, Dita se da cuenta de que alguien la observa. Es un muchacho espigado de piernas zancudas al que ha visto alguna vez yendo y viniendo del bloque-hospital. Por lo visto, trabaja de recadero. Se marcha disgustada por lo mal que la han tratado y se va en busca de Margit. La encuentra despiojando a su hermana en la trasera del barracón y se sienta en una piedra a su lado.

—¿Cómo os va, chicas?

—Desde que ha llegado el transporte de mayo hay más piojos.

—No es culpa de ellos, Helga. Hay más gente, así que hay más de todo —le dice Margit, conciliadora.

—Más caos, más barullo...

—Sí, pero con ayuda de Dios saldremos adelante —las anima Margit.

—Yo ya no puedo más, yo quiero marcharme, quiero volver a casa —solloza Helga. Su hermana, más que buscar liendres, le acaricia la cabeza.

—Pronto, Helga, muy pronto.

En Auschwitz la obsesión de todos es marcharse, salir de allí y dejar atrás aquel lugar para siempre. No hay más sueños ni se pide nada más a Dios que volver a casa. Sin embargo, hay alguien que lleva un reloj con las agujas que giran al revés. Es alguien que vuelve a Auschwitz. Contra toda lógica, contra toda prudencia, contra todo sentido, Viktor Pestek viaja en un tren con destino a Oświęcim, a cuyas afueras se ha levantado el mayor campo de exterminio de la historia.

El 25 de mayo de 1944, Viktor Pestek deshace el camino que emprendió seis semanas atrás. Después de salir caminando por la puerta del *lager* con Lederer, tomaron un tren en Oświęcim, según el plan previsto. El checo, vestido de teniente, se fingió dormido en cuanto ocuparon sus asientos, y ninguna de las patrullas que peinó el tren osó siquiera plantearse molestar a un oficial de las SS que descansaba plácidamente camino de Cracovia.

Una vez allí, sin salir de la estación, tomaron en seguida un tren a Praga. Recuerda el momento de vacilación a la hora de bajarse en Hlavni Nadrazi,

la enorme estación central de inmensos techos de hierro que estaba atestada de gente. Recuerda especialmente la mirada que se cruzaron Lederer y él: era el momento de dejar el refugio relativamente seguro del compartimento del tren y lanzarse a pecho descubierto a un lugar lleno de ojos que vigilaban. La consigna dada por Pestek era clara: cuello alto, mirada al frente, cara agria y no pararse.

El vestíbulo de la estación estaba plagado de soldados de la Wehrmacht, que miraban sus uniformes negros de las SS con una mezcla de respeto y desconfianza. Los civiles ni siquiera se atrevían a levantar la cabeza para mirarlos. Nadie se atrevió a dirigirles la palabra. Lederer había sugerido que se dirigieran a Plzen, donde él tenía amigos. Allí escondieron sus ropas de las SS y encontraron refugio en una cabaña abandonada de una zona boscosa de las afueras de la población. Lederer fue localizando con cautela a sus contactos para lograr documentación falsa para ellos dos y las dos mujeres. Eso les llevó unas semanas. Lo que no sabían era que la Gestapo les andaba pisando los talones.

En este viaje a la inversa en que retorna a Auschwitz, Pestek viste ropas de civil y acarrea un macuto en el que lleva perfectamente doblado su uniforme de las SS para ponérselo por última vez.

Desde su asiento de ventanilla repasa mentalmente un plan que ha ejecutado ya miles de veces en su cabeza. Se llevó de la oficina del campo una hoja con el sello de la comandancia de Katowice y preparó una autorización de recogida a nombre de René y de su madre. En Katowice estaba la central de detención más importante de la zona, y era frecuente que la Gestapo solicitara que les mandasen prisioneros para interrogarlos. Se fijaba una recogida, llevaban a los presos al cuerpo de guardia de la entrada y un coche de la comandancia de Katowice los recogía para llevarlos al interrogatorio. Muchos nunca volvían.

Conoce perfectamente el procedimiento. Sabe qué claves y palabras se utilizan. Él llamará por teléfono solicitando que pongan a disposición de la Gestapo a las dos prisioneras. Y un SS acudirá en un coche a recogerlas a Auschwitz-Birkenau. Será Lederer, con la autorización sellada que él preparó antes de escapar. Su compañero de fuga habla un alemán perfecto. Las cogerá, lo recogerá a él en un punto cercano y, después, la libertad.

Lederer se ha adelantado un día para reunirse con los contactos de la Resistencia, que les facilitarán un vehículo adecuado. Ha de ser oscuro, discreto. Y alemán, naturalmente.

La única incertidumbre se le presenta cuando trata de imaginar cuál será la reacción de René cuando estén ya en libertad. Él ya no será un SS ni ella una prisionera. Será libre para amarlo o repudiarlo por su vida anterior. Ha estado tan callada en sus encuentros que se da cuenta de que apenas sabe nada de ella. Es una libreta en blanco. Pero a él no le importa: tienen por delante una vida entera para llenar sus páginas.

El tren entra muy despacio en la estación de Oświęcim. La tarde es opaca. Ya no recordaba el color sucio del cielo cerca de Auschwitz. En el apeadero hay poca gente, pero atisba a Lederer, que está sentado en un banco leyendo el periódico. Temió que el checo se echara atrás a última hora porque lo que le ha pedido que haga pone en peligro su vida, pero Lederer le dijo desde el principio que podía contar con él y ahí está. Ya nada puede ir mal.

Desciende con su macuto, contento de estar ya tan cerca de René. Se la imagina sonriéndole y tirando de uno de sus rizos hasta llevárselo a la boca. Lederer se levanta del banco para caminar hacia él. Pero lo adelantan, casi lo arrollan, dos columnas de guardias de las SS con las metralletas en la mano que entran corriendo en el andén.

Viktor lo sabe en cuanto los ve. Vienen a por él.

El oficial al mando pita estridentemente con su silbato y grita. Pestek deja tranquilamente su bolsa en el suelo. Unos SS berrean que alce las manos y otros le chillan que no se mueva, o lo matarán allí mismo. Parece caótico, pero es exactamente así como debe hacerse. Se chillan órdenes contradictorias para desconcertar y paralizar al sospechoso. Se sonríe amargamente. Conoce de memoria el procedimiento de detención. Él mismo lo ejecutó muchas veces.

Lederer recula despacio en el andén. No lo han visto, y aprovecha el tumulto de la detención para escabullirse. Mientras camina tratando de mantener la calma maldice a todo lo sagrado: la Resistencia está agujereada de soplones e infiltrados, y alguien los ha delatado. En el centro del pueblo encuentra una motocicleta sin cadena, se sube encima y no mira hacia atrás.

Viktor Pestek fue conducido a las dependencias centrales de las SS. Lo torturaron durante días. Querían saber por qué había vuelto a Auschwitz, querían información sobre células de la Resistencia, pero poco sabía de eso y nada dijo de su relación con René Naumann. La pena para los desertores siempre es la muerte. Permaneció encarcelado hasta que el 8 de octubre de 1944 fue ejecutado.

26

Margit y Dita están sentadas en la trasera del barracón. Las tardes se han alargado e incluso empieza a hacer algo de calor. El de Auschwitz es un calor pegajoso, tizado de volutas de ceniza. Están en uno de esos momentos en que la charla se ha apagado poco a poco y nadie se ha acordado de encenderla. Su amistad ha llegado a ese punto en el que los silencios no molestan. Incluso forman parte de la conversación. Se les planta delante una vieja conocida.

—René... ¡Cuánto tiempo!

La muchacha rubia sonrío tenuemente ante el recibimiento. Se tira de un rizo y se lo muerde. Últimamente casi nadie la trata con amabilidad.

—¿Os enterasteis de la fuga de Lederer con un cabo primero de las SS que ya no quería ser nazi?

—Sí...

—Era aquel nazi que nos contabas al principio que te miraba...

René asiente muy lentamente.

—Resultó que no era mala persona —les dice—. No le gustaba nada lo que estaba pasando aquí, por eso desertó.

Dita y Margit se quedan calladas. Para un judío, un nazi de las SS que ejerce de verdugo en un campo de exterminio..., ¿puede resultar «que no era mala persona»? No es fácil de admitir. Y, sin embargo, cualquiera de ellas se ha quedado más de una vez observando a uno de esos jovencitos casi imberbes vestidos con botas altas y uniforme negro. Cuando le han mirado a los ojos no han visto a un verdugo ni un guardia, sólo han visto a un muchacho.

—Esta tarde se me han acercado dos guardias de la patrulla. Me señalaban y se reían. Me han dicho que hace dos días detuvieron a...

Bueno, esos cerdos decían que era mi amante, pero es una sucia mentira. Que lo detuvieron en la estación de Oświęcim.

—¡A tres kilómetros de aquí! ¡Pero si se fugó hace casi dos meses! ¿Cómo no se le ocurrió irse a esconder más lejos?

Se queda un rato pensativa.

—Yo sé por qué estaba tan cerca.

—¿Se había escondido en la ciudad todas estas semanas?

—No. Venía de Praga, seguro. Había vuelto para sacarme de aquí a mí. Y a mi madre, claro. Yo nunca me habría ido sin ella. Pero lo cogieron..., antes de ayer.

Las otras dos se quedan en silencio. René baja los ojos hasta el suelo y se arrepiente de haberse sincerado con ellas. Se da media vuelta y emprende el camino hacia su barracón.

—¡René! —la llama Dita, y ella se gira—. Ese Viktor... Tal vez no fuera mala persona, después de todo.

Ella asiente muy lentamente. De todas maneras, ya no va a poder averiguarlo.

Margit se marcha para estar un rato con su familia, y Dita se queda sola. No hay ese día internos en el campo de cuarentena, y el campo contiguo del otro lado, el BIIC, también está momentáneamente vacío después de que evacuaron a sus inquilinas..., no se sabe si más allá de Auschwitz o más allá de la vida. Que los dos campos vecinos estén vacíos es una casualidad infrecuente motivada por esa tarde desacostumbradamente calurosa, que ha recluido a la gente en los barracones, se da un silencio tan poco habitual los últimos días que Dita se detiene un instante para respirarlo.

Entonces se percata de que alguien la mira. En el campo BIIC, una figura solitaria la saluda y le hace señas. Es un prisionero, un muchacho joven que debe de estar trabajando en alguna reparación. Al acercarse a la valla por su lado y fijarse mejor, ve que lleva un traje de rayas más nuevo de los que suele ver habitualmente en los presos de los campos vecinos, y la boina indica que pertenece al personal de mantenimiento, un rango privilegiado. Le viene a la memoria aquel polaco que aprovechaba sus trabajos cubriendo los techos con tela asfáltica para hacer negocios en las oficinas de las letrinas. Su habilidad en cualquier tipo de reparaciones les

permite tener acceso a todos los campos y, lo que es mejor, sus raciones de comida son más completas. Por eso se los reconoce en seguida, como a ese muchacho, que muestra un aspecto saludable y a quien no se le hincan los huesos de la cara en las mejillas.

Dita hace ademán de irse, pero él gesticula con mucho aspaviento y le da a entender que se acerque. Parece un chico agradable, y entre risas le dice algunas palabras en polaco que Dita no entiende; únicamente acierta a descifrar la palabra «*jabko*», que en checo quiere decir «manzana». Una palabra fetiche. Cualquier cosa que signifique comida lo es. Dita alarga el cuello y le dice:

—¿*Jabko*?

Él se sonríe y le dice que no con el dedo.

—No *jabko*... ¡*Yayko*!

Se siente un tanto decepcionada... ¡Hace tanto que no prueba el sabor dulce de una manzana que ya casi ni sabe cómo es! Cree recordar que las manzanas eran azucaradas pero un punto ácidas, aunque lo que mejor recuerda es el crujido de su carne blanca y húmeda. Se le hace la boca agua. No sabe qué quiere decirle ese chico. Tal vez no sea nada y únicamente quiera coquetear con ella, pero no va a dejar de averiguarlo. Aunque le incomode, en el fondo tampoco le desagrada que los chicos un poco mayores se fijen en ella ahora que ha vuelto a crecerle el pelo.

La valla electrificada le da miedo, rozarla significa una muerte espeluznante. Ya ha visto a algún interno caminar en línea recta con una resolución febril hasta topar con la valla y recibir una descarga mortal. Han sido varios los que han acabado con su vida de esa manera, pero sólo la primera vez miró; después, siempre que ha visto que alguien se dirigía con la mirada desorbitada hacia el alambre electrificado, ha vuelto la cabeza y se ha alejado lo más rápidamente posible para no estar allí cuando llegasen los primeros gritos de espanto. Nunca ha podido olvidar aquel primer chispazo, el pelo encrespado de una mujer muy enclenque, el cuerpo ennegrecido repentinamente y el olor agrio a carne chamuscada, los hilachos de humo saliendo de su piel carbonizada.

No le gusta en absoluto acercarse a la valla, pero el hambre es una carcoma que nunca deja de roer en las tripas. Apenas consiguen saciarse por

la noche con el pedazo de pan y el suspiro de margarina, y, si no se tiene la suerte de pescar algo flotando en la sopa, han de esperar otras veinticuatro horas hasta poder llevarse algo sólido al estómago. Dita no está dispuesta a rechazar cualquier oportunidad de meterse algo en las tripas, aunque no entienda bien a ese polaco.

Para no llamar la atención de algún soldado que pueda verla desde alguna torreta, le hace un gesto con la mano para que espere y se introduce en el barracón de las letrinas. Cruza a toda velocidad el pestilente establo y sale por la puerta trasera. De esa manera llega discretamente a la parte posterior del barracón, cerca de la valla. Teme encontrarse en el suelo con cuerpos porque suelen llevar hasta allí a las personas que fallecen por la noche para que los recoja el carro de difuntos y los transporte a los crematorios, pero la zona está despejada. El polaco es un muchacho con una nariz ganchuda y unas orejas de abanico; no es muy guapo, pero tiene una sonrisa tan alegre que a Dita le parece gracioso. Él le hace una señal para que espere un momento y se mete por una abertura trasera del barracón como si fuera a buscar algo.

La única persona a la vista en esa zona trasera del BIIb es un prisionero de aspecto demacrado que ha encendido un fuego a un par de barracones de distancia y está quemando fajos de ropas harapientas. No sabe si le habrán mandado quemarlas por estar infestadas de piojos o por haber pertenecido a alguien que ha muerto por una enfermedad contagiosa. No es un gran trabajo manejar harapos infectados, pero es mejor que el de muchos otros, obligados a drenar zanjas o a cargar piedras y materiales de construcción todo el día. De lejos cualquiera diría que es un anciano; probablemente no llegue a los cuarenta años.

Mientras espera a que vuelva el carpintero, se entretiene mirando cómo el individuo va quemando los harapos y éstos se encogen, se deforman entre las llamas y acaban deshaciéndose en un humo recio. En ese momento, siente una presencia a su lado, alguien que se ha acercado hasta ella muy sigilosamente. Al volverse tiene a dos pasos la figura alta y negra del doctor Mengele. No silba, no gesticula, no habla. Tan sólo la mira. Tal vez la haya seguido hasta ahí. Tal vez haya pensado que ese muchacho polaco es algún

contacto de la Resistencia. El encargado de quemar la ropa se levanta y se escabulle. Finalmente, ha sucedido: se ha quedado a solas con Mengele.

Está pensando en cómo justificará los bolsillos interiores de su vestido cuando la registren a fondo. O si en verdad valdrá la pena que justifique algo. Mengele no interroga a sus prisioneros, ése es un trabajo demasiado vulgar para él. Él únicamente se interesa por los órganos de los internos: los extirpa para que le revelen esa estrafalaria verdad científica que busca.

El capitán médico no dice nada. Ella se siente impelida a excusar su presencia cerca de la valla.

—*Ich wollte mit dem Mann dort sprechen.*

«Quería hablar con el hombre que está allí agachado junto al fuego», le dice sin mucha convicción. El hombre del fuego ya no está.

Él la mira más intensamente, y Dita se da cuenta de que entrecierra un poco los ojos porque está haciendo el gesto de quien se esfuerza en recordar algo que está a punto de venirle a la memoria. Recuerda lo que le dijo la costurera: «Mientes mal». Tiene en ese momento la certeza de que el doctor Mengele no la ha creído y nota que el cuerpo se le enfría de repente, como si sintiera el contacto frío de esa mesa de mármol donde la va a abrir en canal como un ternero.

Mengele asiente levemente. Efectivamente, estaba tratando de recordar y lo ha logrado. No le venía a la memoria, pero ya está ahí lo que buscaba. Casi parece que sonría con un brillo de triunfo. Se lleva la mano al cinturón, a muy pocos centímetros de la funda de la pistola, y Dita trata de no temblar. Con esa capacidad que tenemos los humanos para regatear con nuestro dios hasta el último momento, ella en ese instante pide algo muy pequeño, una concesión minúscula: sólo ruega no temblar en el último momento, no orinarse encima, poder marcharse dignamente.

Nada más.

Mengele sigue asintiendo y, por fin, empieza a silbar unas notas. Y Dita se percata de que no la mira exactamente a ella, sino que su mirada la traspasa. Es tan insignificante para él que ni siquiera ha reparado en la muchacha. Gira sobre sus talones y se marcha silbando satisfecho.

Bach se le resiste a veces.

Dita observa alejarse su figura alta, negra y trágica. Y entonces se da cuenta.

—No me recuerda en absoluto. No sabe quién soy. Nunca me estuvo persiguiendo...

Nunca fue a la puerta del barracón a esperarla ni la miraba de manera distinta a como mira a todo el mundo. Anotarla en su libreta, amenazarla con la sala de autopsias..., todo fue una broma macabra y rutinaria de alguien que les decía a los chicos que le llamasen tío Pepi, les acariciaba el pelo con una sonrisa y a continuación les hincaba una inyección de ácido clorhídrico para ver su reacción letal. Su miedo le ha hecho creer que un nazi con aspiraciones a desvelar los misterios de la genética mundial iba a preocuparse por una mocosa como ella y a perder el tiempo en seguirla.

Una vez más, la verdad era otra.

Y suspira aliviada porque al menos puede quitarse de encima el peso de esa sombra. Aunque, eso sí, continúa estando en peligro de muerte, claro.

Esto es Auschwitz...

Lo prudente habría sido irse a buen paso hacia su barracón porque Mengele podría volver y que su suerte cambiara; las serpientes se giran con insospechada rapidez. Pero siente demasiada curiosidad por saber por qué la llamaba de manera tan apremiante aquel carpintero polaco que parecía decirle con sus gestos que tenía algo para ella. ¿Sería sólo alguna promesa de amor? Ella no está interesada en novios ni romances, y menos con un polaco al que no entiende nada y cuyas orejas parecen escudillas.

No quiere novios que le digan lo que tiene que hacer. Pero aun así se queda ahí clavada con obstinación mientras se muerde los labios con esos dientes suyos un poco separados que no le gustan porque cree que la hacen más niña.

El polaco vio venir a Mengele y se quedó oculto dentro del barracón vacío, donde ha estado trabajando en unas goteras. Al verlo marcharse, reaparece al otro lado. Dita no le ve traer nada en la mano y se siente decepcionada. El muchacho mira a uno y otro lado, y se apresura hasta llegar en pocas zancadas a unos centímetros de la valla. Y sigue sonriendo. Ya no le parece que tenga las orejas tan grandes, su sonrisa lo borra todo.

Se le detiene el corazón en el pecho cuando el joven carpintero introduce su puño cerrado a través de un desgarró del alambre de la valla. Al abrir la mano, algo blanco cae rodando y llega hasta los pies de Dita. A primera vista le parece una perla enorme. Y es una perla: un huevo cocido. Hace dos años que no prueba un huevo. Casi no recuerda ni a qué saben. Lo coge con las dos manos, como si fuera una pieza delicada, y levanta la vista hacia el muchacho, que ha retraído nuevamente la mano a través de los miles de voltios que serpentean por los alambres.

No pueden entenderse, él no habla más que polaco y ella no sabe. Pero la manera en que Dita se inclina y, sobre todo, la forma en que le chisporrotean los ojos de felicidad son un lenguaje que él entiende mejor que cualquier discurso. Él también inclina la cabeza divertido, ceremoniosamente, como si en vez de estar en un campo de exterminio nazi se encontraran en la recepción de un palacio.

Dita le da las gracias en todos los idiomas que conoce. Él le guiña un ojo y le dice muy lentamente: «*Yayko*». Ella le lanza un beso con la mano antes de echar a correr de vuelta a su barracón. El polaco finge dar un salto y atraparlo en el aire sin dejar de reír.

Mientras corre con su tesoro blanco en busca de su madre para celebrar un banquete, piensa que esa lección de idiomas le acompañará durante el resto del tiempo que le queda por vivir: en polaco, un huevo es un *yayko*. Las palabras tienen su importancia.

Eso se va a poner especialmente de manifiesto al día siguiente. En el recuento de la mañana los informan de que tras el recuento de la noche van a entregar a cada uno de los internos mayores de edad una postal para que puedan escribir a sus seres queridos. El *camp kapo*, un alemán con el triángulo de presidiario en la chaqueta, va repitiendo por las filas que no se aceptarán mensajes derrotistas ni difamatorios contra el Reich: en tal caso, destruirán las postales y castigarán severamente a sus autores. Y la palabra «severamente» la recalca con una inquina que es un anticipo del castigo.

Los *kapos* de los bloques reciben instrucciones aún más concretas: prohibidas palabras como hambre, muerte, ejecución... Descartada cualquier palabra que trate de poner en duda la gran verdad: que tienen el privilegio de trabajar para el glorioso Führer y su Reich. Lichtenstern

explica durante el descanso de la comida que el *camp kapo* les ha exigido que ordenen en sus respectivos barracones que se escriban cartas alegres. El director del bloque 31, con los ojos más hundidos cada día, con la cara más chupada por su dieta de cigarrillos y sopa de nabos, les dice que escriban lo que quieran, que a él le avergüenza ordenar algo así.

Durante el día, se oyen todo tipo de comentarios. Hay gente sorprendida por ese gesto humanitario de los nazis de dejarles contactar con sus familias y poder solicitarles el envío de paquetes de alimentos. Pero, rápidamente, los más veteranos les explican que los nazis son, ante todo, pragmáticos. Les viene muy bien que remitan paquetes al campo porque ellos se quedarán con lo mejor. Si de cada uno confiscan cuatro o cinco piezas, multiplicado por cientos o miles de paquetes, el número de víveres que van a conseguir resulta importante. De paso, los judíos del exterior reciben mensajes tranquilizadores de sus familiares que contradicen otras informaciones y generan dudas sobre lo que sucede en Auschwitz.

También hay muchos comentarios de preocupación: a los miembros del contingente de septiembre también les dieron postales para escribir justo antes de enviarlos a las cámaras de gas. El transporte de diciembre está a punto de cumplir sus seis meses de estancia en el campo, que fue el plazo que tuvieron sus compañeros asesinados. Ellos están recorriendo sus mismos pasos. Da vértigo.

Sin embargo, no se distingue esta vez entre transportes, y a los recién llegados de mayo también les van a dar postales. Eso cambia respecto a lo sucedido en marzo y dispara las especulaciones. Al hambre y el miedo habituales se les suma una incertidumbre contagiosa que hace que la jornada en el bloque 31 sea aún más desordenada de lo normal. Por la tarde ni siquiera es posible coordinar de manera cabal los juegos y las canciones.

Tras el recuento de la noche se reparten por fin las tarjetas, sólo a los adultos. Mucha gente de otros bloques se ha ido a hacer cola ante el estraperlista Arkadiusz, que ha venido a traer los paquetes de tarjetas y, discretamente, ha hecho saber que disponía de varios lápices y que los alquilaría por una rodaja de pan. Otros han ido a buscar a Lichtenstern, que dispone de algunos lápices para uso de la escuela y que ha cedido a regañadientes.

Dita se ha sentado a la puerta de su barracón, junto a su madre, y observa el trajín de gente deambulando nerviosamente con sus tarjetas de cartulina en la mano. Su madre le ha dado su postal y le ha pedido que escriba a su tía, de la que tampoco saben nada desde hace casi dos años. Dita piensa en qué habrá sido de sus primas, en qué habrá pasado en el mundo allá afuera.

Ha dividido el espacio mentalmente y ha calculado que caben poco más de treinta palabras. Si después de esa postal los espera la cámara de gas, esas treinta palabras serán las últimas que dejarán escritas. Su única oportunidad de dejar constancia en alguna parte de haber cruzado por la vida tan fugazmente, quizá en el peor momento posible de la historia y en el lugar menos oportuno. Y ni siquiera puede decir lo que siente de verdad, porque si la carta es lúgubre no le dejarán enviarla y castigarán a su madre. ¿Realmente van a leerse más de cuatro mil postales? Quién sabe, se dice.

Los nazis son asquerosamente metódicos.

Y sigue dando vueltas a esas treinta palabras. Escuchó decir a una de las profesoras que ella pondría en su carta que estaba leyendo un libro de Knut Hamsun, pensando que así sus parientes se darían cuenta de que lo que les quería decir era el título de la más famosa de sus novelas: *Hambre*. Le parece rebuscado. Otros trataban de imaginar subterfugios para poder contar la situación de genocidio que veían a diario, algunos ingeniosos, otros tan metafóricos que nadie comprendería nada. Unos querían pedir la mayor cantidad posible de comida, otros noticias del mundo exterior, muchos simplemente decir que estaban vivos. Los profesores entablaron por la tarde una especie de torneo a ver quién era capaz de enmascarar mejor los mensajes subversivos que querían hacer llegar a sus parientes.

Dita le dice a su madre que deberían contar la verdad.

—La verdad...

Su madre murmura la palabra «verdad» un tanto escandalizada, como si fuera una blasfemia. Contar la verdad significa relatar pecados horribles y poner por escrito aberraciones. ¿Cómo pensar en contar siquiera una parte de algo tan abominable?

Liesl Adlerova se siente avergonzada de su propio destino, como si quien recibe una suerte así tuviera que ser culpable de algo. Lamenta que su

hija sea tan impulsiva y tan cabeza loca, que no mida la trascendencia de las cosas ni sea más discreta. Finalmente, le coge el papel y decide escribir ella misma una nota donde dirá que las dos se encuentran bien, gracias a Dios. Que su querido Hans, que Dios lo tenga en su gloria, no superó una enfermedad contagiosa. Que tienen muchas ganas de volver a verlos a todos. Dita la mira de manera desafiante un segundo, y su madre le dice que ahora saben que esa postal sí llegará a su destino y las mantendrá en contacto con la familia.

—Así sabrán algo de nosotras.

Aunque ni siquiera con esa prudencia algo pusilánime su madre va a lograr su objetivo; cuando esa postal llegue a su destino, no habrá nadie para recibirla.

Los bombardeos aéreos aliados han ido haciéndose más frecuentes, se dice que los alemanes pierden posiciones en el frente, que la guerra ha cambiado de signo y que el final del Tercer Reich podría estar cerca. Si pasan ese escollo de los seis meses y siguen con vida, tal vez sí puedan ver el final de la guerra y volver a casa. Aunque ya nadie se muestra demasiado optimista: llevan años oyendo hablar del final de una guerra que está resultando más larga que muchas vidas.

A la mañana siguiente, Dita despliega una vez más su biblioteca sobre la banca de madera y, mientras los grupos se acomodan en sus taburetes, Miriam Edelstein se aproxima hasta allí y acerca la cabeza para no tener que alzar la voz.

—No van a venir —le susurra.

Dita hace gesto de no entender.

—Lo ha sabido Schmulewski. Parece ser que los observadores internacionales estuvieron en Terezín y los nazis lo organizaron todo muy bien. Así que no pidieron ver nada más. Los observadores de la Cruz Roja Internacional no vendrán a Auschwitz.

—Entonces..., ¿y nuestro momento?

—No sé, Edita. Quiero creer que siempre hay un momento para la verdad. Habrá que estar atentas, tener paciencia. Si la Cruz Roja no va a venir, probablemente el campo familiar deje de tener utilidad para Himmler.

Dita se siente defraudada. Todo el mundo creyó que la Cruz Roja iría con un bistrú para abrir las entrañas del Holocausto y mostrarlas al mundo, pero se presentaron con unas tiritas. Y además, si hasta entonces sus vidas valían muy poco, ahora ya no valen nada.

—Malo, malo —murmura.

Miriam no se equivoca y los acontecimientos no tardan en precipitarse. Una mañana, aparentemente igual a otras, Lichtenstern da por finalizadas las clases cinco minutos antes de la hora, pero nadie más que él se da cuenta porque es el único en todo el campo que tiene un reloj. Le acompaña Miriam Edelstein y ambos suben, no sin alguna dificultad, al tiro horizontal de la chimenea que atraviesa el barracón. Los niños, que creen que es el final de las clases de la mañana antes de la sopa, alborotan, se ríen, se hacen bromas alegremente. Por eso nadie se espera que el jefe de bloque se lleve el silbato a la boca y pite de manera estridente pidiendo atención.

Por un momento, los veteranos recuerdan en ese sonido al añorado Fredy Hirsch y se quedan en silencio, saben que algo grave ha de suceder para que Lichtenstern utilice el objeto emblemático del fundador de la escuela.

Les dice con voz muy seria que Miriam Edelstein va a comunicar algo importante. Ella parece fatigada, pero su voz es rotunda.

—Profesores, alumnos, asistentes..., he de comunicaros que la comandancia de Auschwitz-Birkenau nos ha informado de que el campo familiar va a quedar clausurado de manera inmediata. Ésta ha sido la última jornada escolar del bloque 31. —Los murmullos nerviosos inundan el barracón, y Miriam ha de hacer un gesto para apaciguarlos—. Mañana, las SS llevarán a cabo una selección. Se harán dos grupos: los que serán transferidos a otro campo y los que se quedarán aquí.

—¿Qué tipo de selección? —pregunta uno de los profesores.

—No nos han dado más explicaciones, no sé más.

Los murmullos nerviosos toman el barracón. Selección es una palabra que nadie quiere escuchar. Los nazis hacen girar la ruleta. Si la suerte te da la espalda, lo que pierdes es tu propia vida.

Miriam, por encima del revuelo de comentarios que se produce, los avisa de que pasarán el recuento de la mañana cada uno frente a su barracón

y que después se recibirán órdenes del *camp kapo* acerca de la selección. El rumor ha crecido tanto que sólo los que están justo debajo oyen cómo Miriam cierra su breve alocución deseándoles de corazón mucha suerte a todos.

Dita agita la cabeza lentamente. Quizá la suerte nada pueda hacer ya por ellos.

Por la tarde, el bloque 31 está vacío. Ha vuelto a ser un almacén. Ha llamado varias veces a la puerta y, como Lichtenstern no responde, utiliza la llave que le facilitaron semanas atrás. Hay algunas latas de conserva vacías, trozos de tela manchados, unas cuantas sábanas no demasiado limpias y algunas prendas de ropa encima de un par de paquetes de cartón con escasas provisiones.

Aprovecha que no está Lichtenstern y que todavía falta un rato hasta la hora del toque de queda para sacar uno por uno todos sus libros.

Hace días que no hojea el atlas y siente un inmenso placer al reseguir el trazo sinuoso de las costas, al subir y bajar cordilleras con el dedo, al susurrar los nombres de ciudades como Londres, Montevideo, Ottawa, Lisboa, Pekín..., y al hacerlo le parece volver a oír la voz de su padre mientras giraba la bola del mundo. Saca también el amarillento ejemplar de *El conde de Montecristo*, un libro cuyos secretos, pese a estar en francés, pudo desvelar gracias a Renata. Susurra en voz alta el nombre de Edmond Dantés y trata de imitar el acento francés hasta sentirse satisfecha. Ha llegado el momento de abandonar el penal de If.

Coloca también a H. G. Wells, su profesor particular de historia en esos meses. También la gramática rusa, el libro de Sigmund Freud y el tratado de geometría. También esa novela en ruso sin tapas de la que no ha conseguido llegar a descifrar su misterio cirílico. Con extremado cuidado saca del escondite el último, la edición deshojada de *Las aventuras del bravo soldado Svejk*. No puede resistir la tentación de leer unas líneas para asegurarse de que el pícaro Svejk sigue allí, agazapado entre las páginas. Ahí está, en plena forma, tratando de apaciguar al teniente Lukás después de su última metedura de pata.

¡A este plato de consomé que me ha traído de la cocina del regimiento le falta la mitad! Sí, mi teniente. Es que estaba tan caliente que se ha ido evaporando por el camino. ¡Se habrá evaporado en tus tripas, sinvergüenza gorrón! Mi teniente, le puedo asegurar que todo ha sido causado por la evaporación, son cosas que pasan; a un arriero que hacía la ruta de Karlovy Vary le sucedió que transportaba unas tinajas de vino caliente... ¡Quítese de mi vista, animal!

Se abraza a ese montón de hojas como a un viejo amigo.

Se dedica con extremo cuidado a pegar con un poco de goma arábica alguno de los lomos desencajados. También a frotar con un trapo limpio y saliva alguna cubierta manchada por la tierra del escondrijo. Les cura las heridas, seguramente por última vez. Cuando ya no puede hacer nada más por repararlos, plancha sus hojas para quitar algunos dobleces, les pasa una y otra vez la mano por encima. Más que alisar las hojas, las acaricia.

Los libros alineados forman una hilera minúscula, un modesto desfile de veteranos. Pero en esos meses han logrado que cientos de niños paseen por la geografía del mundo, se acerquen a la historia y aprendan matemáticas. También que se adentren en los vericuetos de la ficción y sus vidas se multipliquen por muchas. No está mal para ser sólo un puñado de libros viejos.

Julio de 1944

Ya se han clausurado los talleres y el bloque 31. Su madre conversa, o más bien asiste a la conversación que están manteniendo las mujeres y que dirige la señora Turnovská. Dita está con la espalda recostada en la trasera del barracón. Hay tanta gente que cuesta encontrar sitio para apoyar la espalda. Margit llega junto a ella y se acomoda como puede en el trozo de manta que le deja Dita. Se nota su agitación en la manera de morderse el labio inferior.

—¿Crees de veras que nos van a trasladar a otra parte?

—De eso no te quepa la más mínima duda. Sólo espero que no sea al otro mundo.

Margit se remueve a su lado, inquieta. Se cogen de la mano.

—Tengo miedo, Ditinka.

—Todos tenemos miedo.

—No, tú estás tan tranquila. Hasta te ríes del traslado. Me gustaría ser valiente como tú, pero tengo mucho miedo. Me tiembla todo. Hace calor y yo tengo frío.

—Una vez que me temblaban mucho las piernas, Fredy Hirsch me dijo que los verdaderos valientes son los que tienen miedo.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Porque hay que ser valiente para sentir miedo y seguir adelante. Si no tienes miedo, ¿qué merito tiene hacer esto o lo otro?

—Vi pasar al señor Hirsch por la *lagerstrasse* algunas veces. ¡Era muy guapo! Me habría gustado conocerlo.

—No era alguien que pudieras conocer fácilmente. Se pasaba la vida metido en su cuarto. Hacía las charlas de los viernes, organizaba las actividades deportivas, si había un problema aparecía y lo resolvía, era muy amable con todos..., pero después desaparecía en su cuarto. Era como si quisiera aislarse.

—¿Tú crees que era feliz?

Dita se gira hacia su amiga y se la queda mirando con incredulidad.

—¡Qué pregunta, Margit! ¿Quién podría saberlo? No sé..., yo creo que sí. No lo tuvo fácil, pero yo creo que le gustaban los retos. Y nunca se echó atrás.

—Tú lo admirabas, ¿verdad?

—¡Cómo no vas a admirar a la persona que te enseñó a ser valiente!

—Pero... —Margit tantea las palabras porque sabe que va a decir algo que escuece— a última hora Hirsch sí se echó atrás, no aguantó hasta el final.

Dita suspira profundamente.

—He pensado muchas veces en su muerte. Me han dicho esto o lo otro. Pero yo sigo creyendo que falta una pieza, que hay algo en todo eso que no encaja. ¿Rendirse Hirsch? Nooooo.

—Pero el registrador Rosenberg lo vio morir...

—Ya...

—Aunque también he oído decir que uno no podía fiarse de todo lo que contase Rosenberg...

—Se dicen tantas cosas... Pero yo creo que aquella tarde del 8 de marzo pasó algo que lo cambió todo. Lo malo es que ya nunca podremos preguntárselo.

Dita calla y Margit respeta su silencio unos segundos.

—¿Y qué va a ser ahora de nosotras, Ditinka?

—Nadie lo sabe. Así que no vale la pena preocuparse demasiado. Tú y yo no podemos hacer nada. Si alguien decide organizar una revolución, ya nos enteraremos.

—¿Tú crees que habrá una revuelta?

—No lo creo. Si no la hubo con Fredy, sin él es imposible.

—Pues tendremos que rezar.

—Prueba.

—¿Tú no vas a rezar?

—¿Rezar? ¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Dios. Tú también deberías hacerlo.

—Cientos de miles de judíos llevan rezándole desde 1939 y no los ha escuchado.

—Quizá no hemos rezado suficiente, o lo bastante fuerte para que nos escuche.

—Venga, Margit. ¿Dios es capaz de saber si en el sabbat has cosido el botón de una camisa para castigarte y no se ha enterado de que se está matando a miles de inocentes y a otros miles se los tiene prisioneros y se los trata peor que a perros? ¿De veras crees que no se ha enterado?

—No sé, Dita. Es pecado preguntarse por qué Dios hace las cosas que hace.

—Bueno, pues soy una pecadora.

—¡No hables así! ¡Dios te castigará!

—¿Más?

—Irás al infierno.

—No seas ingenua, Margit. Ya estamos en el infierno.

Los rumores siguen culebreando por el campo como anguilas eléctricas. Hay quienes dicen que la selección es una comedia trágica, que los van a matar a todos. Otros creen que sí, que separarán la mano de obra apta para trabajar y matarán al resto.

Inesperadamente, el Cura entra en el campo acompañado de dos guardias armados. La gente hace como que no lo mira, pero no le quita la vista de encima a ese pájaro de mal agüero que nada bueno puede venir a hacer fuera de las horas de recuento. Se detienen a la puerta de un barracón, y al momento aparece la *kapo*.

Se pasea nerviosa por los alrededores hasta que señala a una interna, que está sentada en el lateral con un niño que apoya la cabeza en su regazo. Son tía Miriam y su hijo Aariah. El sargento le informa de que tiene órdenes directas del comandante Schwarzhuber: van a trasladarla a ella y a su hijo junto a su marido.

Eichmann le mintió: su marido Yakub no está en Berlín. En realidad, nunca salió de Auschwitz. También le dijo que pronto estarían juntos. En eso le dijo la verdad. Pero las verdades de Eichmann son aún peores que sus mentiras.

Conducen a Miriam y a su hijo en un jeep a Auschwitz I, a tres kilómetros, donde se encuentra la prisión de presos políticos, miembros de la Resistencia, espías y demás peligros para la integridad del Reich. En realidad, acabaron pasando por sus celdas opresivas, construidas para provocar el mayor daño y hacinamiento posible, todo tipo de prisioneros. En esa cárcel nadie quería salir al patio porque sólo se salía para morir fusilado.

Cuando los condujeron a la sala donde dos guardias retenían a Yakub, esposado y cogido férreamente por los brazos, a Miriam Edelstein le costó reconocerlo dentro de un traje de rayas mugriento y, lo que es peor, dentro de una piel desollada que se le pegaba a los huesos. Él debió de tardar un instante en reconocerla porque no llevaba sus gafas redondas de carey. Seguramente las perdió al principio de llegar y desde entonces todo debió de resultar ya borroso.

Miriam y Yakub Edelstein eran personas de una aguda inteligencia. Comprendieron en aquel mismo instante la razón por la cual los habían reunido. Lo que debió de pasar en ese momento por su cabeza nadie puede llegar a imaginarlo.

Un cabo de las SS sacó una pistola y encañonó al pequeño Ariah. Disparó a bocajarro. Después, abatió a Miriam. Cuando dispararon a Yakub Edelstein, seguramente él ya estaba emocionalmente muerto.

En el momento de ponerse en marcha el proceso de clausura del campo BIIB, el 11 de julio de 1944, había doce mil prisioneros. El doctor Mengele organizó la selección, que duró tres días. De entre todos los barracones, eligió para realizarla el número 31 porque ofrecía un espacio más diáfano, ya que no estaba ocupado por literas. Mengele comentó a sus ayudantes que era el único barracón donde el olor no resultaba nauseabundo. Aunque era un gran aficionado a las autopsias, también se trataba de una persona refinada que no soportaba los malos olores.

El campo familiar llega a su final. Dita Adlerova y su madre se preparan para pasar el filtro del doctor Mengele, que decidirá si viven o mueren. Tras el aguachirle del desayuno han mandado formar por barracones. Todos los habitantes del campo están alterados, la gente se agita nerviosa y va de un lado para otro apurando los que pueden ser los últimos momentos. Los maridos corren a despedirse de sus mujeres, y las mujeres, de sus maridos. Muchas parejas se encuentran en medio de la *lagerstrasse* a mitad de camino de sus barracones. Hay abrazos, hay besos y lágrimas, también reproches. Todavía hay quien dice: «¡Si nos hubiéramos ido a Norteamérica cuando te lo dije...!». Cada uno invierte a su manera los que pueden ser los últimos momentos. Los *kapos* pitan con furia los silbatos para que cada uno vuelva a su barracón ante la mirada indiferente de los SS que llegan al campo.

La señora Turnovská se acerca a desearle suerte a Liesl.

—¿Suerte, señora Turnovská? —dice otra mujer del grupo de las literas —. ¡Lo que nos hace falta es un milagro!

Dita se aleja unos pasos en medio del tumulto de gente que viene y va de manera nerviosa. Advierte que alguien se le sitúa justo detrás, incluso puede notar su aliento en la nuca.

—No te gires —le ordena.

Dita, tan acostumbrada a las órdenes, se queda clavada donde está sin mirar atrás.

—Tú has estado preguntando por la muerte de Hirsch, ¿verdad?

—Sí.

—Pues yo sé cosas..., ¡pero no te gires!

—Hasta ahora todo lo que me han dicho es que tuvo miedo, pero yo sé que no le pudo echar atrás el temor a morir.

—Pues ahí aciertas. Yo vi el listado de internos que iban a reclamar las SS para sacarlos del campo de cuarentena y traerlos de vuelta al campo familiar. Hirsch estaba ahí. Él no iba a morir.

—Entonces, ¿por qué se suicidó?

—Ahí no aciertas —le dice, pero la voz duda por primera vez, como si no supiera hasta dónde debe contar—. Hirsch no se suicidó.

Dita quiere saberlo todo y se gira hacia su enigmático interlocutor. Pero entonces éste arranca a correr a gran velocidad entre la gente. Lo reconoce: es el muchacho que trabajaba como recadero del bloque-hospital.

Va a lanzarse a perseguirlo cuando su madre la coge por el hombro.

—¡Hay que formar!

La *kapo* de su barracón ha empezado a repartir golpes de vara y los guardias también están distribuyendo culatazos. No hay tiempo. A regañadientes, Dita se coloca en su hilera junto a su madre.

¿Qué significa que Fredy Hirsch no se suicidó? ¿Y entonces? ¿No murió de la manera en que le habían contado? Le parece que quizá ese muchacho se lo haya inventado. Pero ¿por qué habría de hacerlo? ¿Todo ha sido una broma y por eso, al girarse ella, él ha salido corriendo? Es posible. Pero algo le dice que no, que durante el instante en que lo ha mirado no había risa en sus ojos, ninguna. Más que nunca, está convencida de que lo que pasó esa tarde en el campo de cuarentena no es lo que ha contado la gente de la Resistencia. ¿Y por qué iban a mentir? ¿O acaso tampoco ellos sabían la verdad última de lo que pasó?

Demasiadas preguntas en un momento en que quizá ya todas las respuestas llegan tarde. Son miles de personas en el campo familiar, pero todas van a pasar por el ojo de la aguja de la mirada demente del doctor Mengele... A vida o muerte.

Los grupos llevan varias horas entrando y saliendo por la puerta trasera del bloque 31 y nadie sabe a ciencia cierta qué sucede. Les han dado la sopa a mediodía y han podido sentarse en el suelo, pero el cansancio y el nerviosismo de la espera hacen mella en las mujeres de su grupo. Y los rumores corren, por supuesto. Parece que se confirma que la selección es real: se separa a los internos más saludables de los enfermos e improductivos. Algunas comentan que el doctor Mengele va decidiendo quién vive y quién muere con su habitual flema. Los prisioneros y prisioneras han de entrar desnudos en el barracón para que el capitán médico los examine. Alguien comenta que, al menos, Mengele ha tenido la decencia de hacer entrar por separado a hombres y mujeres. Dicen que ni siquiera mira a las internas desnudas de manera libidinosa, que observa a

todo el mundo con la más absoluta indiferencia, que a ratos bosteza, aburrido y fatigado por su cometido de examinador de seres humanos.

Un cordón de miembros de las SS no permite acercarse a nadie al bloque 31. Los grupos que ese día no van a pasar la selección pasean nerviosos por el campo. Los instructores tratan de ocuparse de los niños hasta el último momento. Algunos grupos se sientan detrás de los barracones e intentan organizar juegos de adivinanzas o de cualquier otra cosa. Lo que sea con tal de aplacar la angustia. Incluso la estirada profesora Markéta se ha puesto a jugar al pañuelo con algunas de sus niñas. Cada vez que ella coge el pañuelo se lo lleva disimuladamente a la cara y se seca las lágrimas: sus niñas de once años que corretean llenas de vida, que discuten y se pelean por ver quién llegó a tocar antes la tela... ¿Considerarán a alguna lo bastante mayor como para ser mano de obra o las matarán a todas?

Por fin, Dita está en formación con las mujeres de su barracón frente al bloque 31: son las siguientes que van a entrar. Las obligan a desnudarse y les hacen amontonar la ropa en unas montañas que empiezan a formar cordilleras de harapos sobre el barro.

Siente más aprensión por el cuerpo desnudo en público de su madre que por el suyo propio. Gira la cabeza para no ver sus pechos arrugados, su sexo al descubierto, su exhibición de huesos que se hincan sobre la piel. Algunas mujeres cruzan los brazos de manera que tapen lo mejor posible sus partes íntimas, pero a la mayoría ya les da igual. A lado y lado de las filas hay pequeños grupos de miembros de las SS ociosos, fuera de servicio, que pasan la mañana observando maliciosamente a las mujeres desnudas y comentando en voz alta quiénes son sus preferidas. Los cuerpos son escuálidos, las costillas forman más curvas que las caderas, hay muchachas que apenas despuntan un levísimo vello púbico entre las piernas, pero los soldados están ávidos de distracción y se encuentran tan habituados a ver la delgadez esquelética de los internos que jalean a las mujeres como si fueran bellezas lujuriosas.

Dita trata de ponerse de puntillas para ver a través de la muralla de guardias qué sucede dentro. Pese a que está en riesgo su vida y la de su madre, no puede dejar de pensar con pena en su biblioteca. Los libros han

quedado ocultos en su escondite, almacenados bajo tierra, dormidos profundamente hasta que alguien los encuentre por azar y al abrirlos les devuelva de nuevo la vida, como ese Golem de la leyenda de Praga que permanece inerte en un lugar secreto a la espera de que alguien lo resucite. Ahora lamenta no haber dejado algún mensaje junto a los libros por si algún otro prisionero atrapado en Auschwitz los encuentra. Le habría gustado poder decirle: cuídalos y ellos cuidarán de ti.

Aún han de esperar sin ropa varias horas más. Las piernas duelen y se hacen frágiles. Una mujer se ha sentado porque no podía más y, pese a los gritos y amenazas de la joven *kapo*, se ha negado a levantarse. Dos guardias se la han llevado a rastras al barracón como si llevaran un saco de patatas. Las demás sospechan que la habrán echado directamente al montón del material desechable.

Finalmente, envuelta en murmullos y rezos, llega su turno y cruza junto a su madre la entrada del bloque 31. La mujer que va justo delante camina sollozando.

—No vayas a llorar, Edita —le susurra su madre—. Ahora debes mostrarte fuerte.

Ella asiente. Allí, a pesar de la tensión que se respira, de los SS armados y de la mesa delante de la chimenea donde Mengele dicta sentencia, Dita se siente, de algún modo, protegida. Los SS no han descolgado de las paredes los dibujos de los niños. Ahí está Blancanieves con sus enanitos en diversas versiones, hay princesas, animales de la selva, barcos de colores de aquellos primeros días en que hubo algo de pintura... Se da cuenta de cuánto ha echado de menos en Auschwitz poder pintar, como hacía en Terezín, y convertir el desorden de sus emociones en un paisaje.

Sin embargo, aunque sigan los taburetes y los dibujos, el bloque 31 ya no existe. Ha dejado de ser una escuela. Ha dejado de ser un refugio. Ahora, nada más entrar, se topan con una mesa de oficina y detrás de ella está sentado el doctor Mengele junto a un registrador y dos guardias con metralletas. Al fondo del barracón se van formando dos grupos ya seleccionados. El de la izquierda va a quedarse en Auschwitz y al de la derecha lo enviarán a trabajar a otro campo. En un grupo están las mujeres jóvenes y de mediana edad con aspecto saludable; es decir, quienes aún

pueden trabajar. El otro, mucho más numeroso, se compone de niñas pequeñas, ancianas y mujeres de aspecto enfermizo. Cuando han dicho que el grupo de la izquierda se va a quedar en Auschwitz les han dicho la verdad: sus cenizas se posarán sobre el limo del bosque y se mezclarán para siempre con el barro de Birkenau.

El médico nazi, imperturbable, va moviendo su mano enguantada de blanco a derecha e izquierda y va derivando a la gente a un lado u otro de la vida. Lo hace con una facilidad asombrosa. Sin titubear.

La hilera de delante se va vaciando. La mujer que lloraba ha sido enviada a la izquierda, con los débiles y los prescindibles para el Reich.

Dita toma aire: ha llegado su momento.

Da unos pasos y se para delante de la mesa del capitán médico. El doctor Mengele la mira. Se pregunta si realmente la reconocerá como miembro del bloque 31, pero es imposible saber qué piensa. Lo que ve en los ojos del médico le produce un escalofrío: no hay nada, ninguna emoción. Es una mirada tan vacía y tan neutra que sobrecoge.

Le recita la petición que rutinariamente lleva horas repitiendo a cada interna:

—Nombre, número, edad y profesión.

Dita sabe que la consigna para todos es decir una profesión que pueda resultar útil a los alemanes (carpintero, agricultor, mecánico, cocinera...) y la consigna para los menores, mentir al alza y subirse la edad para pasar el corte. Dita lo sabe, ha de ser prudente, pero su naturaleza le pide otra cosa.

Delante del todopoderoso doctor Josef Mengele, dueño de la vida y la muerte como un dios del Olimpo, recita su nombre, Edita Adlerova, su número, 73305, la edad, dieciséis años (se añade uno más), y a la hora de comunicarle su profesión duda un momento y, en vez de decir algo conveniente y útil que agrade al SS de la cruz de hierro en el pecho, finalmente dice:

—Pintora.

Mengele, aburrido, fatigado por lo que para él no deja de ser una rutina, la mira entonces a los ojos con mayor atención, igual que de repente las serpientes levantan la cabeza cuando se les pone una presa a tiro.

—¿Pintora? ¿Pintas paredes o retratos?

Dita siente cómo el corazón le vapulea la caja torácica, pero responde con su alemán impecable y con una entereza que allí tiene rango de rebeldía.

—Pinto retratos, señor.

Mengele la mira encogiendo un poco los ojos, haciendo un amago de sonrisa irónica.

—¿Podrías pintarme a mí?

Dita nunca había tenido tanto miedo. No se puede estar en una situación de mayor vulnerabilidad: con quince años, sola y desnuda frente a hombres con metralletas que van a decidir en ese instante si la van a matar o la van a dejar vivir un poco más. El sudor le corre por la piel desnuda y las gotas caen hasta el suelo. Pero contesta con inesperado vigor.

—¡Sí, señor!

Mengele la observa detenidamente. No es bueno que el capitán médico se pare a pensar. Cualquier veterano diría que nada bueno puede salir de esa cabeza. Todo el mundo está pendiente del momento. El barracón está en completo silencio, no se oyen ni las respiraciones. Ni siquiera los SS de las metralletas se atreven a molestar el momento de reflexión del doctor. Finalmente, Mengele se sonríe divertido y, haciendo un gesto con la mano enguantada, la manda a la derecha: al grupo de las aptas.

Pero no suspira aliviada todavía; detrás va su madre. Ralentiza el paso y gira el cuello para verla.

Liesl es una mujer con un rostro y un cuerpo tristes, con los hombros encogidos, lo cual acrecienta su aspecto enfermizo, convencida de que no pasará el corte, derrotada antes de empezar a luchar. No tiene ninguna posibilidad, y el médico no pierde ni un segundo.

—*Links!*

Izquierda. El grupo más numeroso, el de las no aptas.

Sin embargo, sin pretensión de rebelarse contra nada, simplemente por el propio aturdimiento de su madre, o eso le parece a Dita, Liesl se va hacia la derecha detrás de su hija y se pone en la fila que no le corresponde. A la muchacha se le corta la respiración: ¿qué hace ahí su madre? La van a sacar de ahí a rastras y va a ser una escena terrible. Ella se encadenará a su madre, pase lo que pase. Que las arrastren a las dos.

Pero el azar, que tan mal se ha portado con ellas, quiere entonces que justo en ese momento ninguno de los guardias, cansados de la rutina dócil de los prisioneros y más ocupados en no quitar el ojo a las chicas más jóvenes que en la vigilancia, se percaten. Tampoco Mengele, distraído en ese momento por el registrador, que al parecer no ha entendido alguno de los números dictados y le solicita ayuda. Algunas, las otras mujeres que han enviado a la izquierda han chillado, han rogado, se han tirado al suelo, y los guardias han tenido que llevarlas a rastras. Pero ella no se ha quejado ni ha protestado. Con absoluta docilidad se ha paseado desnuda por delante de los ojos de la muerte con una parsimonia y naturalidad que habría roto los nervios al más valiente entre los valientes.

Dita tiene que echarse la mano al pecho para que el corazón no se le salga. Mira a su madre, que está detrás de ella, mirándola con aire ausente, aparentemente ajena a lo que ha hecho: desobedecer a Mengele, quedarse un instante quieta y después irse hacia el lado contrario del que le han mandado mientras en la mesa miraban los listados y los soldados repasaban a las chicas. Todo ha sido cosa del despiste de su madre, claro, que no ha entendido la orden. Ella no es tan valiente para hacer algo así premeditadamente... aunque Dita no sabe qué pensar. Sin decir nada, se cogen de la mano muy fuerte, se la aprietan hasta el límite de sus fuerzas. También se miran y se lo dicen todo en esa mirada. Llega otra mujer a la fila, que se coloca tras su madre y la oculta de la vista de los guardias.

Las derivan al campo de cuarentena. Allí hay escenas de alegres abrazos entre los que se encuentran en ese grupo, que momentáneamente se ha salvado, y de rostros abatidos que esperan cerca de la entrada a familiares y amigos que nunca llegan. La señora Turnovská no está con ellas, ni ninguna de las amigas de tertulia de su madre. Tampoco llegan los niños. Ni ha vuelto a saber nada más de Miriam Edelstein. Aunque es cierto que hay una enorme confusión y que empiezan a evacuar a los primeros grupos hacia el andén cuando aún no han terminado las últimas selecciones en el BIIB. Margit tampoco está.

Es cierto que han esquivado momentáneamente la muerte. Pero sobrevivir es un consuelo minúsculo cuando tantos inocentes se quedan allí a morir.

Primavera de 1945

De nuevo, el tren. Han pasado ocho meses desde la liquidación del campo familiar y están nuevamente subidas a un vagón de ganado en el que siguen viajando sin saber adónde. Primero fue de Praga a Terezín. Después de Terezín a Auschwitz. Más tarde, de Auschwitz a Hamburgo. Y ahora Dita ya no sabe adónde la lleva esa diáspora de raíles en la que ha descarrilado su juventud.

En el andén de Auschwitz las metieron a empujones en un mercancías y las mandaron con un grupo de mujeres a Alemania. Fue un viaje de hambre, de sed, de madres sin hijos, de hijas sin madre, de hermanas sin hermana. Cuando abrieron el vagón en Hamburgo lo que encontraron los SS fue un contenedor lleno de muñecas rotas.

Cambiar Polonia por Alemania no hizo que las cosas mejoraran. Allí los miembros de las SS tenían más noticias sobre la guerra y cundía el nerviosismo. Alemania estaba retrocediendo en todos los frentes y el sueño febril del Tercer Reich se empezaba a resquebrajar. Desahogaban la rabia y la frustración con los judíos, a los que acusaban de su ya irremediable derrota.

Las destinaron a un campo donde las jornadas de trabajo eran tan largas que parecía que los días tuvieran mucho más de veinticuatro horas. Al regresar al barracón no había fuerzas ni para quejarse. Únicamente acertaban a tomar la sopa en silencio y a estirarse en el camastro para tratar de recuperar las fuerzas hasta el día siguiente.

De los meses que pasó en Hamburgo, Dita tiene una imagen clavada en la cabeza: la de su madre delante de la máquina empacadora de ladrillos mientras le cae el sudor por debajo del pañuelo de la cabeza. La mujer sudaba, pero su expresión era tan neutra, concentrada y serena como si estuviera preparando una ensalada de berenjena.

Dita sufría por ella, tan frágil que ni siquiera con la ligera mejora de las raciones respecto a Auschwitz conseguía engordar un gramo. Estaba prohibido hablar durante el trabajo, pero cuando pasaba cargando algún material cerca de la cinta de su madre, le hacía un gesto preguntándole cómo se encontraba, y Liesl siempre asentía con la cabeza y sonreía. Siempre estaba bien.

Reconoce que eso a veces la saca de quicio: si se encuentra como se encuentra siempre dice que está bien, ¿cómo va a saber de verdad cuándo se encuentra bien y cuándo se encuentra mal?

Pero la señora Adlerova siempre está bien para Edita.

En ese momento, en el tren, Liesl finge que duerme con la cabeza apoyada en la pared del vagón. Sabe que Edita quiere que duerma, aunque en realidad hace meses que apenas puede dormir algún rato por las noches. Pero eso no va a contárselo a su hija. Demasiado joven para entender la tragedia que supone para una madre no poder dar a un hijo una infancia feliz.

Lo único que Liesl Adlerova puede hacer por su hija, que ya es más fuerte, más despierta y más valiente que ella, es no preocuparla más de lo que está, decirle siempre que se encuentra perfectamente, aunque, desde la muerte de su marido, sienta en su interior una herida que no se cierra, que sangra por dentro.

El empleo en la fábrica no duró mucho tiempo. El nerviosismo en la cúpula dirigente nazi hacía que las órdenes fuesen contradictorias. Las trasladaron unas semanas después a otra fábrica, donde se reciclaba material militar. En uno de los talleres se reparaban bombas defectuosas que no habían llegado a explotar. A nadie parecía importarle demasiado trabajar allí, a ellas dos tampoco; se trabajaba a cubierto y cuando llovía no se mojaban.

Una tarde, al dirigirse a su barracón al acabar la jornada, vio salir de un taller a René Naumann, que iba charlando animadamente con otras chicas. Dita se detuvo e hizo ademán de irse hacia ella. Realmente, se alegraba de verla. René le sonrió amablemente, pero la saludó de lejos con la mano en un gesto fugaz y siguió caminando enfrascada en la conversación con sus compañeras, sin detenerse. Había hecho nuevas amigas, pensó Dita, gente nueva que no sabría que una vez tuvo un amigo en las SS y a quienes no debería dar ya explicación alguna. No quiso detenerse a conversar con su pasado.

Las han movilizado nuevamente, sin comunicarles el destino. Una vez más, se convierten en un ganado que hay que transportar.

—Nos tratan como a borregos que llevan al matadero —se lamenta una mujer con acento de los Sudetes.

—¡Qué más quisiéramos! A las ovejas que llevan al matadero les dan de comer.

El vagón de mercancías se bambolea con un ruido de máquina de coser: es como un horno metálico donde se cuece el sudor. Dita y su madre van sentadas en el suelo junto a un contingente de mujeres de varias nacionalidades, muchas de ellas judías alemanas. De las mil mujeres que salieron ocho meses atrás del campo familiar de Auschwitz-Birkenau, la mitad se quedaron en Hamburgo para trabajar en un taller ubicado en un suburbio de la ciudad, cerca del río Elba. Están agotadas. Los últimos meses han sido de un trabajo extenuante en las fábricas, con jornadas larguísimas en condiciones extremas. Dita se mira las manos; son las de una anciana.

Aunque el cansancio tal vez sea otro. Llevan años yendo de un lado para otro a empujones, bajo amenazas de muerte, durmiendo mal y comiendo peor, sin saber si todo eso sirve para algo, si en verdad van a llegar a ver el final de esa guerra.

Lo peor de todo es que a Dita empieza a darle igual. La apatía es el peor de todos los síntomas.

No, no, no..., no me voy a rendir.

Se pellizca en un brazo hasta que le duele. Se pellizca aún con más fuerza y casi se hace sangre. Necesita que la vida le duela. Cuando algo te duele es que ese algo te importa.

Se acuerda de Fredy Hirsch. En esos meses ha ido pensando ya menos en él porque los recuerdos acaban encontrando su sitio. Pero aún se sigue preguntando qué le pasó aquella tarde. Aquel muchacho de las piernas largas dijo que no se suicidó... Entonces, ¿se le fue la mano con los calmantes? Quiere creer que él no quiso borrarse, que fue un error. Aunque sabe que Hirsch era muy metódico, muy alemán. ¿Cómo pudo tomarse por error veinte pastillas?

Suspira. Quizá ya nada de eso importe: él ya no está y no va a volver. Qué más da.

En el tren corre el rumor de que las envían a un lugar llamado Bergen-Belsen. Escuchan cómo en algunas conversaciones se especula sobre el nuevo campo. Algunas han oído decir que es un campo de trabajo, que no tiene nada que ver con Auschwitz o Mauthausen, donde la única industria es la de matar gente. Así que no las llevan a un matadero. Parecen noticias tranquilizadoras, pero la mayoría calla porque la esperanza ha pasado a tener el grosor de una cuchilla de afeitar. Y cada vez que le pones la mano encima te cortas.

—Yo vengo de Auschwitz —afirma una—. Nada puede ser ya peor.

Las otras mujeres no dicen nada. No las convence. Se muestran reticentes a ese razonamiento tan lógico. Han descubierto en esos años que el horror no tiene fondo. No se fían. Son gatas escaldadas que huyen del agua fría. Recelan. Pero lo más terrible de todo es que van a tener razón.

El viaje de Hamburgo a Bergen-Belsen es un trayecto corto, pero el tren tarda varias horas hasta detenerse con un rechinar de dientes. Han de caminar desde el andén hasta la entrada del campo de mujeres. Las conducen unas guardias de la sección femenina de las SS que las empujan violentamente y gritan palabrotas desagradables. Tienen tiña azul en la mirada. Una interna se queda mirando a una celadora y ésta le escupe en la cara para que gire el rostro.

—Marrana —murmura Dita por lo bajo. Su madre le da un pellizco para que se calle.

Se pregunta por qué están tan rabiosas con ellas, si son ellas las humilladas y las despojadas de todo, si apenas han puesto un pie en el campo y no han hecho mal a nadie, si no van a hacer otra cosa que obedecer

y trabajar febrilmente para el Reich sin pedir nada. Pero esas guardias rollizas, bien alimentadas y confortablemente vestidas se muestran furiosas. No puede entenderlo. Pero las guardias azuzan, golpean en las costillas con sus bastones, las insultan con frases obscenas y se muestran iracundas con las dóciles mujeres recién llegadas. Una vez más, no deja de sorprenderle la irritación de los agresores, su indignación hacia quienes nada les han hecho.

Cuando se han puesto en formación, aparece la supervisora. Es una mujer alta, rubia, de espaldas anchas y mandíbula cuadrada. Se mueve con esa seguridad en todos los gestos de las personas acostumbradas a mandar y a que las obedezcan inmediatamente. Les informa con su vozarrón de la prohibición de salir de los barracones tras el toque de queda de las siete, bajo pena de muerte. Hace una pausa y busca de manera golosa las miradas de las internas, que tienen los ojos clavados en el frente.

Una muchacha joven comete el error de devolverle la mirada y la supervisora se planta delante de ella en dos zancadas y la toma del pelo violentamente. La saca a rastras de la fila y la tira al suelo delante de la formación. Aunque da la impresión de que nadie mira directamente, todas ven. Golpea a la muchacha con la vara una vez. Después otra. Y otra más. La chica no grita, sólo solloza. Tras el quinto golpe ya ni siquiera solloza, apenas gimotea. No oyen lo que le dice la supervisora cuando le acerca la boca al oído, pero la prisionera se levanta goteando sangre y vuelve tambaleándose a su sitio en la fila.

La supervisora de las guardianas de Bergen-Belsen se llamaba Elisabeth Volkenrath. Tras su formación como celadora en Ravensbrück, pasó por Auschwitz, donde se forjó una sólida reputación por su facilidad para ordenar ejecuciones en la horca por cualquier falta. A principios de 1945 la destinaron a Bergen-Belsen.

El camino las hace dejar atrás varias zonas valladas que acotan diversos campos de los que irán teniendo noticias más adelante. El campo de prisioneros masculinos, el campo de la estrella para los internos destinados al intercambio de prisioneros de guerra, el campo neutral para varios cientos de judíos con pasaporte de países neutrales, el campo de cuarentena para aislar a los enfermos de tifus, el campo húngaro y el temido campo-prisión, que en realidad es un campo de exterminio donde se interna a

prisioneros enfermos procedentes de otros campos de trabajo y se los fuerza a trabajar bajo condiciones extremas para exprimirlos hasta que mueren a los pocos días.

Finalmente, su grupo llega al campo pequeño de mujeres que han tenido que habilitar de manera precipitada junto al campo grande en un terreno baldío debido a la enorme cantidad de deportadas llegadas a Bergen-Belsen en los últimos meses. Es un campo provisional de barracones prefabricados sin cañerías ni desagües; tan sólo son cuatro paredes delgadas de madera.

En el barracón que les adjudican a Dita y a su madre junto a medio centenar más de mujeres no hay cena, no hay camas y las mantas huelen a orines. Tienen que dormir sobre el suelo de madera y casi no hay sitio ni en el suelo.

Bergen-Belsen inicialmente era un campo para prisioneros de guerra bajo la supervisión de la Wehrmacht, pero la presión de las tropas rusas en Polonia ha provocado un desvío de prisioneros desde esos campos hacia Bergen-Belsen, de modo que las SS han tomado el control. Las llegadas de nuevos transportes son constantes, y sus instalaciones están desbordadas. El hacinamiento, la falta de víveres y las deficientes condiciones higiénicas han disparado las muertes de internos.

Madre e hija se miran. Liesl esboza una mueca de desolación al ver a las nuevas compañeras de barracón, tan escuálidas y enfermizas. Aunque lo peor es el rictus de muchas de ellas, la mirada perdida, tan apáticas la mayoría que se diría que ya han dado la vida por perdida. Dita no sabe si el gesto de su madre va dedicado a las prisioneras famélicas o a ellas mismas, porque ése es exactamente el aspecto que tendrán dentro de muy poco tiempo. Las veteranas apenas se inmutan ante el alboroto de su llegada. Muchas no se levantan de sus improvisadas camas hechas con mantas viejas apiladas. Algunas no podrían aunque quisieran.

Dita estira en el suelo la manta de su madre y le dice que se tumbe. La señora Adlerova obedece y se acurruca. La mujer acerca la cara a la manta y ve saltar en ella un ejército de pulgas, pero ni se inmuta. Ya ni le importa. Una de las recién llegadas pregunta a una de las veteranas qué tipo de trabajos se realizan allí.

—Aquí ya no se trabaja —le responde con desgana una mujer tumbada—. Sólo se sobrevive mientras se puede.

Durante el día han oído las explosiones de la aviación aliada, y de noche ven el resplandor de las bombas. El frente está ya muy cerca, casi lo rozan con los dedos. Cunde cierta euforia entre las prisioneras. El sonido de las bombas de los aliados es una tormenta cada vez más cercana. Algunas hablan de lo que harán cuando acabe la guerra. Una mujer sin dientes dice que replantará todo el jardín con tulipanes.

—No seas estúpida —le responde una voz agria—. Si yo tuviera un jardín, lo plantaría de patatas para no volver a pasar hambre un solo día de mi vida.

Por la mañana comprenden las palabras de la interna que dijo que en Bergen-Belsen no se trabajaba y que únicamente se sobrevivía. Las despiertan a gritos y patadas un par de celadoras de las SS, y se apresuran a salir para formar. Sin embargo, las guardias desaparecen y durante mucho rato las internas se quedan en la puerta del barracón esperando recibir instrucciones que no llegan. Algunas de las veteranas ni siquiera se han levantado de sus mantas y han aguantado estoicamente las patadas sin moverse.

Más de una hora después, aparece una guardia y les exige a gritos que formen para pasar lista, pero al momento se percata de que no tiene la lista y pregunta por la *kapo* del barracón. Nadie responde. Pregunta hasta tres veces, cada vez más furiosa.

—¡Malditas hijas de perra! ¿Dónde demonios está la *kapo* de este jodido barracón?

Nadie contesta. Roja de ira, la guardia coge violentamente a una prisionera por el cuello y le pregunta dónde está la *kapo*. Es una recién llegada y le dice que ella no lo sabe. Entonces, la guardia se vuelve hacia una veterana fácilmente reconocible por su delgadez esquelética y le repite la pregunta encañonándola con la vara.

—¿Y bien?

—Murió hace dos días —le responde.

—¿Y la nueva *kapo*?

La interna se encoge de hombros.

—No hay.

La guardia se queda pensativa y no sabe qué hacer. Podría nombrar *kapo* a cualquiera de las mujeres, pero no hay presas comunes, todas son judías en ese barracón, y podría buscarse un lío. Finalmente, se da la vuelta y se marcha sin más. Las internas veteranas rompen filas por su cuenta y se vuelven a meter en el barracón. Las nuevas se miran unas a otras, todavía de pie frente a la puerta. Dita casi prefiere estar allí fuera; dentro las pulgas y los piojos la han acribillado y siente un intenso picor por todo el cuerpo. Pero su madre está fatigada y le hace un gesto con la cabeza para volver dentro.

Al entrar preguntan a una veterana por la hora del desayuno. La descomunal mueca, que esconde una amarga sonrisa, resulta elocuente.

—¿Hora del desayuno? —dice otra—. Recemos por que hoy haya hora de la comida.

Permanecen toda la mañana sin hacer nada hasta que alguien grita «¡*Achtung!*» con hostilidad, lo que las hace ponerse en pie rápidamente. Entra en el barracón la supervisora seguida de un par de ayudantes. Con la vara señala a una de las veteranas y le pregunta si hay bajas. La prisionera señala hacia el fondo del barracón y otra interna de la zona señala al suelo. Una mujer no se ha levantado al oír el grito. Está muerta.

La Volkenrath pasea la vista rápidamente y señala a cuatro prisioneras: dos veteranas y dos novatas. No pronuncia palabra alguna, las veteranas ya saben qué hay que hacer. Se apresuran a acercarse al cadáver con inesperado entusiasmo y la cogen cada una de un pie. Saben que hay que coger buen sitio: por la parte de las piernas los cadáveres pesan menos; también son menos desagradables. El rigor mortis le ha desencajado la mandíbula, y la mujer se ha quedado con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos. Con la cabeza indican a las otras dos prisioneras que se acerquen a arrimar el hombro. Entre las cuatro se abren paso hasta la salida cargando con la fallecida.

Las guardias desaparecen de nuevo y nadie más entra en el barracón hasta la noche. Entonces, una celadora se asoma y señala a cuatro internas para que vayan a la cocina a buscar el caldero de la sopa. Se arma entonces un revuelo y hay gritos de júbilo.

—¡Hay cena!

—¡Gracias, Dios mío!

Aparecen las internas llevando el caldero con dos maderas largas para no quemarse, y esa noche se cena sopa.

—Este cocinero aprendió en la misma escuela que el de Birkenau — dice Dita entre sorbo y sorbo.

Y su madre le revuelve la media melena, que se le empieza a voltear hacia arriba.

En los días siguientes, la anarquía va a ir en aumento. Habrá días en que coman un plato de sopa a mediodía, pero no habrá desayuno ni cena; algún día aislado comen y cenan, pero algunos otros no reciben ningún alimento en todo el día. El hambre se convierte en una tortura y una fuente de ansiedad que bloquea la cabeza y no deja pensar, lo único que hacen es esperar con agonía la siguiente comida. Tantas horas libres, junto con esa angustia causada por el hambre, hacen que la cordura se vaya haciendo acuosa y todo empieza a deshacerse.

29

En las semanas siguientes llegan más internos y las comidas se van espaciando aún más. La mortalidad aumenta de manera exponencial. Aun sin cámaras de gas, Bergen-Belsen se convierte en una máquina de matar. Cada día hay que retirar del barracón media docena de cadáveres. Oficialmente, constan como fallecidos de muerte natural. La muerte es tan natural en Bergen-Belsen como una mosca en una cuadra.

Cuando llegan las celadoras para seleccionar a las prisioneras encargadas de llevar a las difuntas, todas se ponen rígidas y esperan que esa lotería no les toque. Dita intenta disimular como la que más.

Pero esa mañana le toca.

La celadora de las SS la señala inequívocamente a ella con la vara. Ha sido la última a la que han seleccionado, así que cuando llega a donde está el cadáver las plazas de los pies ya están ocupadas. A ella y a una mujer extremadamente morena, que parece gitana, les toca coger a la muerta de los hombros. Ha visto ya muchos cadáveres en esos años, pero nunca ha tocado ninguno. No puede evitar rozar la mano de la difunta y la frialdad de mármol le provoca un escalofrío.

Ella y la mujer morena han de aguantar la mayor parte del peso. A Dita le pone nerviosa que los brazos no se bamboleen, que permanezcan rígidos y mantengan la posición medio doblados como si aquel cuerpo fuera un muñeco articulado.

Una de las mujeres que llevan el cadáver de los pies va indicando el camino y llegan hasta una zona de alambradas. Dos guardias armados con metralletas les flanquean el paso. Salen a una zona descampada y allí les sale al encuentro un oficial alemán en mangas de camisa que les echa el alto. Ellas se detienen sin soltar a la fallecida, y él la examina de un vistazo.

Les pregunta el número de barracón y el nombre de la difunta. Toma nota en una libreta y después les hace una seña para que continúen. Una de las veteranas susurra que es el doctor Kline y que es el encargado de controlar los brotes de tifus. Si detectan la enfermedad en un barracón, realizan una drástica selección y a las enfermas las mandan a un campo de cuarentena para que mueran allí.

A medida que avanzan, el olor se hace más nauseabundo. Ven trabajar a varios hombres nervudos unos metros más adelante; los pañuelos sucios con que se tapan la nariz les dan aspecto de forajidos. Delante de ellos, otro grupo de mujeres está en ese momento depositando un cadáver junto a otros cuerpos. Uno de los hombres les hace un gesto para que dejen el suyo en el suelo. Los hombres arrojan a los muertos a una inmensa fosa como si fueran sacos de patatas. Dita se asoma un momento y lo que ve le causa un vértigo que hace que se aferre a una de sus compañeras.

—Dios mío...

Es una zanja inmensa atestada de cadáveres. Los del fondo están socarrados, los de encima apilados unos encima de otros en una mezcolanza de cuerpos y un amasijo de brazos, cabezas y pieles amarillentas. En ese lugar, la muerte pierde cualquier dignidad y reduce a las personas a la categoría de despojos.

A Dita se le revuelven los jugos gástricos, pero sobre todo se le remueven las más íntimas convicciones.

¿Eso es todo lo que somos? ¿Un puñado de materia en descomposición? ¿Unos cuantos átomos reunidos, como los de un sauce o un zapato?

Incluso la veterana, que ya ha estado allí varias veces, se nota turbada. Nadie habla en el trayecto de vuelta. La muerte vista de esa forma sume a cualquier persona en una confusión profunda y trastorna todo lo que uno ha creído hasta entonces: que la vida es sagrada.

Así vista, parece no valer nada.

Personas que unas horas antes pensaban y sentían acaban en un cubo como si fueran basura. Los operarios llevan pañuelos, aparentemente para soportar el hedor. Pero Dita ahora cree que los llevan para taparse el rostro.

Se sienten avergonzados de ser basureros de hombres.

Cuando Dita llega y su madre le pregunta con la mirada qué tal ha ido, ella se tapa la cara con las manos. Le gustaría quedarse sola. Pero su madre la abraza y la acompaña.

El caos va en aumento. Los grupos de trabajo organizados han desaparecido y les dan la orden de permanecer alrededor de su barracón todo el día para cuando se las pueda necesitar. A veces aparece una de las SS braceando enérgicamente, luciendo sus lustrosas pantorrillas bien alimentadas, y chilla en voz alta unos cuantos nombres para que se vayan con ella a colaborar en el mantenimiento de las zanjas de drenaje o para cubrir vacantes en algún taller. A Dita la reclutan algunas veces para trabajar en un taller donde se perforan los cinturones y las trinchas de los uniformes. Las máquinas están muy viejas y hay que hacer mucha fuerza para que el punzón percuta con la suficiente presión sobre las tiras de cuero.

Una mañana, cuando ya está finalizando el recuento, la supervisora Volkenrath se presenta ante el grupo en formación. Se la distingue fácilmente por su moño con pretensiones, que siempre deja escapar greñas rubias aquí y allá, de manera que acaba por parecer más desaliñada que arreglada. Parece alguien que se hubiera hecho un costoso peinado de peluquería y después se hubiera estado revolcando en un granero. Dita ha oído contar que en la vida civil era peluquera, lo que explica esos peinados tan sofisticados para moverse entre la inmundicia, los piojos y el tifus de Bergen-Belsen.

La Volkenrath trae su mismo gesto airado de siempre, que atemoriza incluso a sus propias ayudantes. A Dita le da por pensar que, si no hubiese llegado Hitler al poder y no hubiera estallado la guerra, esa mujer sin escrúpulos, que ahora se aparece ante ellos con un brillo criminal en la mirada, sería una más de esas simpáticas peluqueras levemente regordetas que hacen tirabuzones a las niñas y comentan alegremente con las clientas los cotilleos del barrio. Las mujeres, también las judías alemanas, agacharían sus cuellos y ella les cortarían el cabello con las tijeras en la mano sin que nadie se preocupase lo más mínimo de dejar la nuca en manos de esa mujer grandullona aficionada a los recogidos un poco fantasiosos. Si al cabo de los años alguien hubiera insinuado que Elisabeth Volkenrath podría ser una asesina, toda la comunidad se habría indignado ante

semejante calumnia. «¿La buena de Beth? ¡Esa mujer no mataría ni una hormiga!», replicarían muy indignados. Exigirían al autor de semejante calumnia que se retractase inmediatamente. Y quizá tuvieran razón. Pero las cosas han sido de otra manera. Ahora, cuando una de las mujeres que llega a su establecimiento no actúa a su gusto, lo que hace la inofensiva muchacha de la peluquería es ponerle una soga alrededor del cuello y ahorcarla.

Está sumida en esos pensamientos cuando el sonido penetra en su cerebro igual que el punzón metálico del taller agujerea el cuero.

—¡Elisabeth Adlerova!

En Bergen-Belsen, el lío administrativo es tal que han vuelto a llamar a los internos por el nombre en lugar de por el número. La voz de la SS (autoritaria, firme, agresiva, militar, impaciente) vuelve a reclamar a... ¡Elisabeth Adlerova!

Su madre estaba un poco distraída. Hace ademán de moverse para salir de la fila, pero Dita es mucho más rápida y sale muy decidida de la formación.

—Adlerova, presente.

¿Adlerova, presente? Liesl abre mucho los ojos y se queda tan sorprendida por la audacia de su hija que, durante unos segundos, no sabe qué hacer. Cuando se decide a salir y aclarar ante las guardias la confusión, se grita el «¡Rompan filas!». La marea de mujeres moviéndose enérgicamente a uno y otro lado bloquea a la señora Adlerova y, cuando se deshace el nudo de gente, su hija ya ha desaparecido dentro del barracón para trasladar a los muertos del día. La mujer se queda parada, estorbando a sus compañeras, que tienen una prisa inútil, como si no recordaran que no pueden ir a ninguna parte. Al poco, sale Dita cargando un cadáver con otras tres internas. La madre, todavía clavada en el mismo sitio, ya sola en medio de la avenida de barro, mira muy contrariada alejarse a su hija.

Otro viaje a la última frontera de la condición humana.

Dita vuelve a asomarse al filo de la fosa y regresa pálida a causa del mareo. Todas dicen que las maree el hedor, pero lo que de verdad perturba es esa visión de las vidas arrojadas a un vertedero, una imagen a la que no es fácil acostumbrarse.

Piensa que ojalá no se acostumbre nunca.

Al volver al barracón, su madre sigue plantada cerca de la entrada, como si aún no hubiera roto filas tras el recuento. Su gesto es de profundo enfado, incluso de ira.

—¿Es que eres estúpida? ¿Has olvidado que suplantar la personalidad de un recluso se castiga con la muerte? —le grita.

Dita ya no recordaba la última vez que su madre le gritó. Una interna que pasa cerca se gira a mirar y Dita siente que el rubor le calienta las mejillas. No le parece justo y, aunque no quiere llorar, los ojos se le han encharcado de lágrimas. Sólo su orgullo logra contenerlas a duras penas al filo de los párpados. Asiente con la cabeza y se da media vuelta.

No soporta que su madre la trate como a una niña. No ha sido justa con ella. Precisamente, lo ha hecho porque sabe que Liesl está débil y que no tiene fuerzas para cargar con un cadáver. Pero ni siquiera le ha dejado explicarse. Dita creía que su madre estaría orgullosa de ella por lo que ha hecho, pero se ha ganado la peor reprimenda que recuerda desde el bofetón que le dio en Praga.

No valora nada de lo que hago...

Se siente incomprendida. Está en un campo de concentración, pero no es distinta a millones de otros adolescentes de todo el mundo que están a punto de cumplir dieciséis años.

Sin embargo Dita se equivoca completamente al pensar que su madre no está orgullosa de ella. Está muy orgullosa de su hija. Pero no va a decírselo. Le han torturado todos estos años las dudas sobre qué clase de persona llegaría a ser su hija tras haber crecido entre la represión militar, sin estar debidamente escolarizada, chapoteando en lugares infectados de odio y violencia. Y esa acción generosa de su hija confirma todas sus intuiciones y esperanzas: sabe que, si Edita sobrevive, será una mujer de bien.

Pero todo eso no puede decírselo. Mostrarse complacida con una acción tan temeraria sería darle alas y alentarla a que volviera a poner su vida en peligro una y otra vez para ahorrarle a ella alguna penalidad. En todo caso, es ella como madre quien quiere evitárselas a su hija. Porque para Liesl la vida ya no va a ser ni mejor ni peor. La existencia se ha convertido para ella en algo indiferente, como uno de esos pescados hervidos que al llevártelos a

la boca no saben a nada. Su única felicidad es la que arde en las pupilas de su hija. Pero Dita aún es demasiado joven para darse cuenta.

Al día siguiente, se presenta en el barracón una celadora a la que Dita ha bautizado como Cara de Cuervo y ordena que salgan a formar.

—¡Todas! ¡La que no se levante la remataré yo de un tiro!

De mala gana, sin apresurarse demasiado, empiezan a movilizarse.

—¡Coged las mantas!

Eso sí es una novedad. Se miran unas a otras, pero pronto se esclarece la incógnita. Las trasladan al campo grande de mujeres para dejar sitio a un nuevo contingente que acaba de llegar. Allí las internas están igual de famélicas y el agua escasea, ya sólo se usa para beber de forma racionada, nadie puede lavar nada. El caos es tal que hay algunas prisioneras que ni siquiera llevan el uniforme de rayas. Otras llevan encima de la camisola de presidiario un chaleco o cualquier otra prenda combinada. La mugre tizna la piel de las mujeres hasta el punto de que no se sabe si son jirones de tela o tiras de piel despellejada y ennegrecida. Un SS vigila a un grupo de mujeres que trabaja apretando los dientes en la zanja de drenaje; sus brazos se confunden con los mangos de las azadas.

El barracón está atestado, pero tiene la pequeña ventaja de disponer de unas literas como las de Auschwitz, es decir, de un lecho de paja mugriento atestado de chinches, pero en el que al menos no se te clavan tus propios huesos. Hay muchas mujeres tumbadas; la mayoría están enfermas y simplemente dejan de levantarse. Las guardias no se les acercan porque tienen pánico a contagiarse de tifus. Algunas se fingen enfermas, para que no las molesten.

Se sientan en un jergón vacío que compartirán las dos; su madre está muy cansada, pero a Dita la inquietud la hace levantarse y curiosear por el campo. En realidad no hay nada que ver: barracones y vallas. Hay corros de mujeres que todavía charlan animadamente, las que llegaron en los últimos transportes y aún tienen algunas reservas de energía en sus cuerpos, pero otras muchas no tienen fuerzas ni para hablar. Las miras y no te miran.

Están entregadas.

Entonces advierte que, en el lateral de uno de los barracones, hay una muchacha que lleva el vestido de rayas de presidiaria y un pañuelo blanco

en la cabeza sorprendentemente blanco en medio de ese gigantesco muladar. La mira y al momento cierra los ojos porque le parece haber visto mal. Pero los vuelve a abrir y no ha sido una alucinación. Está allí mismo.

—Margit...

Echa a correr y vuelve a gritar su nombre con una fuerza que no creía que le quedase en el cuerpo.

—¡Margit!

Su amiga alza la cabeza de golpe y hace el ademán de levantarse, pero se ve arrollada por Dita, que se le tira encima, y las dos caen rodando y riendo por la tierra del campo. Se cogen de los antebrazos muy fuerte y se miran. Si en esas circunstancias puede hablarse de felicidad, ellas son felices en ese instante.

Se toman de la mano y van a reunirse con Liesl. En cuanto la ve, Margit se acerca a ella y, aunque nunca lo ha hecho antes, la abraza. En realidad, se cuelga de sus hombros; necesitaba desde hacía mucho un lugar protegido para poder llorar.

Después de desahogarse, les cuenta que la selección en el campo familiar fue terrible: a su madre y a su hermana las enviaron al grupo de los condenados. Explica, con la precisión milimétrica del que ha revivido muchas veces en su cabeza la misma escena, cómo las mandaron a la fila de los débiles.

—Las tuve a la vista todo el tiempo dentro del barracón hasta que finalizó la selección. Estaban las dos cogidas de la mano, muy serenas. Después, el grupo más pequeño, el de las mujeres aptas donde estaba yo, recibió la orden de salir. Yo no quería irme, pero una marea de mujeres me empujaba hacia afuera. Yo veía a Helga y a mamá al otro lado de la chimenea del barracón, cada vez más pequeñas, rodeadas de niñas y de ancianas. Miraban cómo me marchaba. ¿Sabes una cosa, Ditinka? Mientras me veían irme... ¡sonreían! Me decían adiós con la mano y sonreían. ¿Lo puedes creer? Estaban condenadas a muerte y sonreían.

Margit rememora ese momento, que se ha quedado grabado a fuego en su memoria, y agita la cabeza a los lados como si no se lo pudiera creer.

—¿Serían conscientes de que estar en aquel grupo de viejos, enfermos y niños era una sentencia de muerte prácticamente segura? Quizá sí que lo

sabían, y estaban contentas por mí, que iba en el grupo de los que podían salvarse.

Dita se encoge de hombros y Liesl le acaricia el pelo. Se imaginan a la madre y a la hermana de Margit en ese momento en el que ya estás al otro lado de las cosas, cuando ya ha finalizado la lucha por la supervivencia y ya no hay miedo.

—Sonreían... —susurra Margit.

Le preguntan por su padre; desde aquella mañana en el BIIB no ha vuelto a verlo.

—Casi me alegro de no saber qué ha sido de él.

Tal vez murió o tal vez no, pero la incertidumbre hace compañía.

Margit ya tiene diecisiete años, pero la señora Adlerova le dice que traslade allí su manta. El descontrol es tal que nadie se dará cuenta, y así dormirán las tres en el jergón.

—Estarán incómodas —le dice Margit.

—Pero estaremos juntas. —Y la respuesta de Liesl no admite réplica.

Se hace cargo de ella como de una segunda hija. Para Dita, Margit es esa hermana mayor que siempre hubiera querido tener. Como las dos eran morenas y tenían una sonrisa dulce de dientes ligeramente separados, mucha gente en el campo familiar estaba convencida de que lo eran y a ellas les agradaba la confusión.

Nadie va a decirle nada si se muda al barracón de Dita. Nadie quiere ya saber nada. Todo da igual. No es un campo de prisioneros, es un campo de derrotados.

Esa tarde no dejan de mirarse.

—No estamos muy seductoras con estos vestidos de noche —le dice Dita exhibiendo las enormes mangas de su vestido de rayas varias tallas mayor de lo necesario.

Se miran. Se notan más delgadas y estropeadas, pero ninguna se lo dice a la otra. Se dan ánimos. Hablan, aunque no hay allí mucho que contar. Caos y hambre, desidia absoluta, infecciones y enfermedades. Nada nuevo.

A unas hileras de distancia de su camastro, dos hermanas enfermas de tifus están perdiendo ya la partida con la vida. La hermana pequeña, Ana, se agita en la litera con un delirio febril. Su hermana Margot está aún peor que

ella. Permanece en la litera de abajo, inmóvil, conectada al mundo por un hilo de respiración que se va apagando.

Si Dita se hubiera acercado a mirar a la muchacha que todavía vive, habría comprobado que se parecía mucho a ella misma: adolescente, sonrisa dulce, pelo oscuro, ojos soñadores. Como Dita, es una chica enérgica y parlanchina, algo fantasiosa y un punto rebelde. También es una muchacha que, más allá de su apariencia díscola y desenvuelta, tiene una voz interior reflexiva y melancólica, pero ése es su secreto. Las dos hermanas habían llegado a Bergen-Belsen en octubre de 1944 procedentes de Auschwitz, adonde las habían deportado desde Ámsterdam. Su delito, el de todas, ser judías. Cinco meses ha sido demasiado tiempo para esquivar la muerte en esa charca. El tifus no ha respetado su juventud.

Ana muere sobre su litera miserable, en la más absoluta soledad, un día después que su hermana. Sus restos van a quedar para siempre en esa chatarrería humana de las fosas comunes de Bergen-Belsen. Pero Ana ha hecho algo que acabará siendo un pequeño milagro: su recuerdo y el de su hermana Margot van a permanecer vivos muchos años después. En el escondite en el que permanecieron ocultas en Ámsterdam junto a su familia, estuvo escribiendo, durante dos años, anotaciones sobre su vida en la «casa de atrás», unas dependencias anexas a la oficina de su padre que cerraron discretamente y convirtieron en su escondrijo. Durante dos años, su familia vivió escondida con los Van Pels y Fritz Pfeffer, gracias a la ayuda de unos amigos de su familia que les proporcionaban víveres. Poco después de instalarse allí celebraron su cumpleaños, y entre los regalos hubo un cuaderno de notas. Decidió que, como allí no podía tener una amiga íntima a la que contar sus sentimientos, lo haría en aquella libreta a la que bautizó como *Kitty*. No se le ocurrió ponerle ningún título a ese trazo de su vida transcurrida en la casa de atrás, pero la posteridad se ha encargado de hacerlo. Ha pasado ya a la historia como *El diario de Ana Frank*.

30

La comida se ha convertido ya en una rareza. Apenas les dan unos pedazos de pan para pasar el día. Muy de tarde en tarde aparece un caldero de sopa. Dita y su madre han adelgazado incluso más que en Auschwitz. Las internas más antiguas, que llevan mucho tiempo en esa situación, ya no están delgadas o famélicas: simplemente son marionetas de madera con los brazos y las piernas de palo. El agua escasea y hay que hacer largas colas durante horas para llenar una escudilla en un grifo que todavía gotea.

Y aún llega un transporte con más mujeres a ese campo atestado donde ya no hay otra cosa que infecciones y enfermedad. Son judías húngaras. Una de las recién llegadas pregunta por las letrinas. Ingenua.

—Tenemos cuartos de baño con grifería de oro. Pídele a la Volkenrath que te traiga un bote de sales de baño.

Y algunas se ríen a carcajadas.

No hay letrinas. Hicieron unos agujeros en el suelo, pero ya están llenos.

Otra de las mujeres del transporte, hecha una furia, se dirige a una de las guardianas que entran en ese momento para decirle que son trabajadoras, que tienen que mandarlas a una fábrica y sacarlas de ese estercolero. Ha tenido el mal tino de ir a decírselo a la menos indicada. Una veterana le susurra que es la supervisora de celadoras Volkenrath, que hay que huir de ella como del tifus, incluso más, pero la advertencia llega tarde.

La SS se acomoda tranquilamente el moño rubio algo caído, a continuación saca del cinto una pistola Luger y le hinca el cañón en la frente. También le echa una mirada tan rabiosa como las de los perros que sacaban espuma por la boca y que Pasteur se dedicó a estudiar. La

prisionera levanta los brazos y le tiemblan tanto las piernas que parece que esté bailando. La Volkenrath se ríe.

Sólo a ella le da risa.

La pistola es una barra de hielo en su cabeza y una orina caliente se le empieza a escurrir entre las piernas. No es muy respetuoso mearse delante de una supervisora. Todas aprietan los dientes y se preparan para escuchar la detonación. Algunas mujeres bajan la mirada para no ver cómo la cabeza explota en pedazos. La Volkenrath tiene una arruga vertical entre las cejas que le llega hasta la raíz del pelo, tan marcada y profunda que parece una cicatriz negra. Los nudillos del puño que sostiene la pistola están blancos por la rabia con que la empuña. Apuntala con saña el arma contra la frente de la mujer, que llora y orina al mismo tiempo. Finalmente, levanta la pistola. A la prisionera le queda en la frente un cerco rojizo en la piel. Con un gesto de la barbilla, la hace volver a su sitio.

—No te voy a hacer ese favor, perra judía. No, no es tu día de suerte.

Y suelta una risotada demente que suena como un serrucho.

Esa noche, una mujer con el cabello blanco ha estado llorando desde la madrugada la muerte de su hija. Ni siquiera sabe de qué ha fallecido. Por la mañana se ha arrodillado detrás del barracón y ha empezado a cavar en el suelo con las manos para construir una tumba para la muchacha. Tan sólo ha logrado hacer un pequeño agujero donde apenas cabría un gorrión. La mujer se deja caer en el suelo embarrado, y una compañera de litera se acerca a consolarla.

—¿Nadie me va a ayudar a enterrar a mi hija? —grita desde el suelo.

No quedan muchas fuerzas, y a nadie le parece muy sensato gastarlas en algo que ya no tiene arreglo. Aun así, varias mujeres se ofrecen a ayudarla y empiezan a cavar en el barro. Pero el suelo está duro y sus frágiles manos pronto empiezan a sangrar. Las mujeres, exhaustas y doloridas, se detienen sin haber conseguido mover más que unos puñados de tierra.

La amiga la convence para llevarla a la fosa.

—La fosa... Yo la he visto. No, por favor, allí no. Ofende a Dios...

—Estará con todos los otros inocentes. Así no estará sola —le dicen.

La mujer asiente muy lentamente. Ningún consuelo le sirve.

El campo apesta. Está encharcado de deyecciones de los enfermos de disentería, quienes se apoyan en las paredes de madera de los barracones y se derrumban en el suelo encima de sus propios excrementos sin que nadie los asista. Si el fallecido tiene familiares o amigos, lo llevan hasta la fosa. Si no, el cuerpo se queda en medio de las calles de tierra del campo hasta que algún SS saca su pistola y obliga a algunos internos a llevárselo a rastras.

Caminan lentamente a lo largo del campo, y el panorama es igual de desolador en todos los rincones. Dita coge con una mano la de Margit y con la otra la de su madre, que tiembla, de fiebre o de horror. Imposible distinguir la enfermedad de la degradación.

Vuelven al barracón y es aún peor. El olor agrio de las enfermedades, los lamentos, los suspiros, el monótono susurro de rezos. Muchos enfermos no pueden ya ni bajarse de sus literas; muchos de ellos se hacen todas sus necesidades encima, el hedor es insoportable.

El interior del barracón parece un asilo de desahuciados. De hecho, lo es. Dita mira la penumbra desoladora de las literas; alrededor de algunas, los familiares y amigos tratan de aliviar a los enfermos. En muchas, los enfermos sufren solos, agonizan solos, se mueren solos.

Dita y su madre deciden dejar el barracón. Ha llegado el mes de abril, pero sigue haciendo un frío intenso en Alemania, un frío que duele en los dientes, que agarrota dedos y congela narices. El estado normal de cualquiera que se queda a la intemperie es el temblor.

—Mejor morir de frío que de asco —le dice Dita a su madre.

—Edita, no seas grosera.

Muchos otros internos han optado, como ellas, por quedarse fuera. Liesl y las dos muchachas han conseguido un trozo libre de pared exterior donde apoyar la espalda y ahí se han quedado, envueltas en mantas que prefieren no mirar con mucho detenimiento. El campo está cerrado, ya nadie entra ni sale, y unos pocos guardias vigilan desde las torretas con las ametralladoras. Deberían tratar de escapar —si las cogieran, al menos morirían de una manera más rápida—, pero no quedan fuerzas ni para intentarlo. No queda nada.

A medida que pasan las jornadas, todo se desmorona. Los guardias de las SS han dejado de patrullar por el campo, que se ha convertido en una

cloaca. No hay comida desde hace días y también se ha cortado definitivamente el agua. Algunas beben de los charcos del suelo, y al poco se retuercen por los retortijones y mueren de cólera. Dita mira a su alrededor y cierra los ojos para no seguir viendo cómo la vida se pudre obscenamente ante sus ojos. Va haciendo cada vez más calor y los cadáveres se descomponen con más rapidez. Ya no hay brazos ni para retirarlos.

Ya casi nadie se levanta de donde está. Muchas no se van a levantar nunca más; algunas lo intentan, pero les flaquean sus piernas de alambre y se derrumban en el suelo, que está embarrado de deposiciones. Otras caen estrepitosamente encima de algún cadáver. Resulta difícil distinguir a los vivos de los muertos.

Las explosiones de los combates son cada vez más próximas, más nítidas. Los disparos son más sonoros, la vibración de las bombas les hace cosquillas en las piernas, y la única esperanza que les queda es que ese infierno se acabe a tiempo. Pero la muerte parece avanzar mucho más veloz y resolutiva en su propio frente.

Dita abraza a su madre. Se queda mirando a Margit, que tiene los ojos cerrados, y decide que no va a seguir luchando más. Cierra también los párpados: se baja el telón. Le prometió a Fredy Hirsch que resistiría. Ella no se ha rendido, pero su cuerpo sí. De todas formas, el propio Hirsch al final también se dejó ir... ¿O no? Ya qué más da.

Al cerrar los ojos, desaparece el horror de Bergen-Belsen y se traslada al balneario Berghof de *La montaña mágica*. Incluso le parece sentir una ráfaga de ese viento frío y cristalino de los Alpes.

La debilidad alimenta una flojedad mental que hace que los candados se desprendan, que las puertas de los recuerdos cedan y que todo empiece a amontonarse desordenadamente en su mente. Se mezclan momentos, lugares y personajes que ha conocido en la realidad y otros que ha conocido en los libros, y Dita no es capaz de distinguir los recuerdos reales de los que se han amasado con la harina de la imaginación.

No sabe si es más verdadero el arrogante doctor Behrens, del Berghof—el médico que atendía a Hans Castorp—, o el doctor Mengele; en un momento dado es capaz de verlos pasear juntos por los jardines del

sanatorio. Parecen charlar animadamente. De repente, entra en un comedor y se encuentra sentados a la mesa, repleta de magníficos manjares, al caballeroso doctor Manson de *La ciudadela*, al guapo Edmond Dantés con su camisola de marinero desabrochada, y a madame Chauchat, elegantísima y seductora. Se fija un poco más y ve que el que está en la punta de la mesa es el doctor Pasteur, que en vez de cortar el jugoso pavo al horno para comérselo lo está diseccionando con un bisturí. Pasa por allí la señora Krizková, a quien ella siempre llamaba «la señora Pellejos», regañando a un camarero que trata de escabullirse; el rostro de éste es el de Lichtenstern. Otro camarero, más gordezuelo, se acerca portando una bandeja con un delicioso pastel de carne; pero, con una inaudita torpeza, tropieza y lanza el guiso estrepitosamente sobre la mesa, salpicando de grasa a los comensales, que lo miran con reprobación. El camarero se disculpa muy compungido ante su desatino e inclina la cabeza varias veces sumisamente mientras se apresura a recoger los restos del despedazado pastel. Entonces, Dita lo reconoce: ¡es el pícaro Svejek haciendo de las suyas! Seguro que al llegar a la cocina monta con esos pedazos de pastel de carne descartados un festín para los pinches.

Su cordura ya es de mantequilla. Es mejor así. Se está desprendiendo de la realidad, lo sabe. Y no le importa. Se siente feliz, igual que cuando era pequeña y al cerrar la puerta de su cuarto el mundo quedaba fuera y nada podía dañarla. Se marea, el mundo se nubla y empieza a deshacerse. Ve la boca del túnel.

Oye sonar en su cabeza unas voces extravagantes, de otro mundo. Siente que ha cruzado ya la frontera y está al otro lado de las cosas, un lugar donde hay voces masculinas vigorosas que hablan un idioma incomprensible, un galimatías enigmático que tal vez sólo sepan descifrar los elegidos. Nunca se había planteado qué idioma se hablaba en el cielo. O en el purgatorio. O en el infierno. Es un idioma que ella no entiende.

Escucha también gritos de histeria. Pero esos chillidos tan agudos..., están demasiado llenos de emoción, no puede ser el más allá. Son chillidos de este mundo asqueroso. Entonces, no está todavía muerta. Abre los ojos y ve levantarse a algunas internas, que gritan alocadamente presas de una

histeria repentina. La gente chilla, balbucea, hay ruido, suenan silbatos y se oye estruendo de pasos. Está tan aturdida que no entiende nada.

—Todas han enloquecido —susurra—. El campo es un manicomio.

Margit abre los ojos y la mira asustada, como si aún pudieran temer algo. Toca el brazo de su madre, y ésta abre también los ojos.

Entonces lo ven: están entrando soldados en el campo. Van armados, pero no son alemanes. Llevan unos uniformes de color marrón claro distintos de los uniformes negros que han visto hasta entonces. Los soldados primero apuntan en todas direcciones con sus armas, pero en seguida las bajan, algunos se ponen el fusil en bandolera y se echan las manos a la cabeza:

—*Oh, my God!*

—¿Quiénes son, mamá?

—Son ingleses, Edita.

—Los ingleses...

Margit y ella se han quedado con la boca tan abierta como los ojos.

—¿Ingleses?

Un joven suboficial se encarama a una caja de madera vacía y hace bocina con las manos. Habla en un alemán rudimentario:

—En nombre del Reino Unido de la Gran Bretaña y de sus aliados, este campo queda liberado. ¡Son libres!

Dita le da un codazo a Margit. Su amiga se ha quedado paralizada, no puede hablar. Aunque creía que no le quedaban fuerzas, Dita consigue ponerse en pie y apoya una mano en su hombro y otra en el de su madre, que también mira aturdida. Y por fin pronuncia la frase que lleva toda la infancia esperando poder decir.

—La guerra ha terminado.

Y la bibliotecaria del 31 empieza a llorar. Lloro por todos los que no han podido llegar hasta ahí para verlo: su abuelo, su padre, Fredy Hirsch, Miriam Edelstein, el profesor Morgenstern..., por todos los que no están allí para ver ese momento. Es la amargura de la alegría.

Un soldado se acerca a las supervivientes de su zona y les va gritando en un alemán con acento galés que el campo ha sido liberado, que son libres.

—¡Libres! ¡Libres!

Una mujer se arrastra hasta abrazar la pierna del soldado. Éste se agacha sonriente, dispuesto a recibir el agradecimiento de los liberados. Pero la mujer cadavérica le habla con un reproche áspero:

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Los soldados británicos esperaban ser recibidos por un gentío alegre y eufórico. Esperaban risas y vítores. Lo que no esperaban era encontrar una recepción de quejidos, de suspiros y estertores, de gente que llora con una mezcla de alegría por haberse salvado y de una profunda pena por maridos, hijos, hermanos, tíos, primos, amigos, vecinos..., tantos y tantos que no lo han conseguido.

Algunos soldados muestran rostros de compasión, otros de incredulidad, muchos también de asco. Nunca pensaron que un campo de internamiento de judíos pudiera ser ese lodazal de cuerpos donde los vivos y los muertos no se distinguen, unos encima de otros sobre el barro. Los vivos están aún más esqueléticos que los muertos. Los ingleses pensaban que iban a liberar un campo de prisioneros, pero lo que se han encontrado es un cementerio.

Hay algunas voces que todavía son capaces de jalearse modestamente la noticia. Aunque la mayoría de las que están vivas sólo tienen fuerzas para mirar con incredulidad. Más aún cuando ven pasar delante de ellas un pelotón de detenidas. Dita ha de mirar dos veces para creerlo. Por primera vez en toda su vida desde que tiene uso de razón, los detenidos no son judíos. Al frente, custodiadas por soldados británicos armados, camina con la cabeza muy erguida Elisabeth Volkenrath, con su moño desparramado sobre la cara.

31

Los primeros días de la libertad han sido extraños. Se han producido escenas que Dita, ni en su más desbordada imaginación, pudo nunca pensar: las celadoras nazis arrastrando muertos con sus manos; la Volkenrath, siempre tan impecable, con el uniforme sucio de barro y el pelo pringoso llevando en brazos cadáveres hasta la fosa. Los británicos han puesto al doctor Kline a bajar los cadáveres que le van pasando los guardias de las SS, reconvertidos en presos condenados a trabajos forzados.

Ha llegado la libertad, pero nadie está alegre en Bergen-Belsen. La cantidad de muerte es desoladora. Pronto se dan cuenta de que no pueden actuar de manera tan respetuosa con los difuntos como quisieran porque la propagación de enfermedades está siendo vertiginosa. Finalmente, ordenan a los SS que apilen los cuerpos y una excavadora bulldozer los empuja hasta la fosa. La paz tiene esas exigencias: ha de borrar cuanto antes los efectos de la guerra.

Margit está en la cola para recibir el rancho de mediodía, y una mano se posa en su hombro. Es un gesto insignificante. Pero hay algo en ese gesto que hace que, de repente, su vida se ensanche. Antes de volverse, ya sabe que es la mano de su padre.

Dita y Liesl se alegran mucho por Margit. Las hace felices verla a ella feliz. Cuando les dice que a su padre los ingleses ya le han adjudicado plaza en un tren hacia Praga y que ha podido arreglarlo para que ella pueda acompañarlo, le desean mucha suerte en su nueva vida. Todo está cambiando a velocidad vertiginosa.

Margit se pone muy seria y las mira muy intensamente.

—Mi casa será vuestra casa.

No es una cortesía. Dita sabe que es la declaración de amor de una hermana. El padre les apunta en un trozo de papel la dirección de unos amigos checos no judíos que espera que sigan bien y puedan alojarlos en Praga.

—¡Nos veremos en Praga! —le dice Dita mientras se cogen de las manos para despedirse.

Esta vez se trata de una despedida más esperanzada. Una despedida donde por fin ya tiene sentido decir: «¡Hasta pronto!».

La confusión de los primeros días es grande. Los británicos estaban adiestrados para combatir desde las trincheras, pero no para atender a cientos de miles de personas desorientadas e indocumentadas, muchas de ellas desnutridas o enfermas. El batallón inglés tiene una oficina para gestionar la repatriación de los internos, pero están desbordados y la adjudicación de papeles provisionales resulta insoportablemente lenta. Al menos, los reclusos han vuelto a recibir raciones de comida, mantas limpias y se han instalado hospitales de campaña para los miles de enfermos.

Dita no ha querido aguar el día a Margit revelándole que está preocupada: su madre no se encuentra bien. Aunque ha vuelto a comer correctamente, no gana peso, y empieza a tener fiebre. No va a quedar más remedio que ingresarla. Eso hace que tengan que posponer su traslado.

El hospital de campaña, instalado por las tropas aliadas en la antigua enfermería del campo para atender a los supervivientes de Bergen-Belsen, parece no haberse enterado de que la guerra ha terminado. El ejército alemán se ha rendido, Hitler se ha suicidado en su propio búnker, y los oficiales de las SS se han convertido en prisioneros pendientes de juicio sumarísimo o se esconden como proscritos. Pero en los hospitales la guerra se resiste tozudamente a dar a torcer su brazo ensangrentado. El armisticio no hace crecer los miembros amputados a los mutilados, no cura el dolor de los heridos, no erradica el tifus, no rescata de su caída a los moribundos, no devuelve a los que se han marchado. La paz no lo cura todo, al menos no tan deprisa.

Liesl Adlerova, que ha resistido como un tallo verde todas las penurias, tragedias y miserias de esos años, al llegar la paz se pone gravemente enferma. Dita no puede creer que, después de todas las cosas que ha

superado, no vaya a saltar esa última valla que queda antes de volver a vivir en paz. No sería justo.

La mujer está tumbada en un camastro de campaña, pero al menos las sábanas están limpias, o al menos a ella le parecen limpias en comparación con lo que ha tenido sobre su cuerpo durante los últimos años. Coge a su madre de la mano y le susurra palabras de ánimo al oído. Los medicamentos la mantienen en un estado de sedación.

Con el paso de los días, los enfermeros van familiarizándose con la presencia de esa muchacha checa con cara de ángel pícaro que no se separa del camastro de su madre. Dentro de lo posible, tratan también de cuidar de Dita: se preocupan de que tome su ración de comida y de que salga a ratos del hospital, de que no permanezca allí muchas horas seguidas, de que se ponga la mascarilla al acercarse a su madre.

Una de esas tardes ve a uno de los enfermeros, un muchacho pecoso con la cara muy redonda llamado Francis, leyendo una novela. Se acerca al libro y observa con avidez el título. Es una novela del Oeste y en la cubierta aparece un jefe indio con un llamativo penacho de plumas, pintura de guerra en los pómulos y un fusil en la mano. El enfermero, al sentirse observado de manera tan persistente, alza los ojos del libro y le pregunta si le gustan las novelas del Oeste. Dita había leído alguna novela de Karl May y le gustaba el valiente Old Shatterhand y su amigo apache Winnetou, a quienes se imaginaba viviendo extraordinarias aventuras en las praderas interminables de Norteamérica. Dita se acerca y toca el libro con el dedo como si lo acariciara, resigue el lomo muy lentamente arriba y abajo. El soldado la mira algo perplejo. Piensa que esa muchacha puede estar algo trastornada. A nadie podría extrañarle después de haber vivido en ese infierno.

—Francis...

Dita le señala el libro y después se señala ella. Ha entendido que desea que se lo preste. El enfermero le sonrío. Se levanta y se saca del bolsillo trasero del pantalón dos novelas más de similares hechuras: pequeñas, flexibles, de papel amarillento y cubiertas de vivos colores. Una es del Oeste y la otra es policíaca. Se las da y Dita se aleja con ellas. Entonces, el enfermero cae en la cuenta y la llama en voz alta.

—*Hey, sweetie! They're in English!* —Y él mismo se traduce al alemán de manera torpe—: ¡Muchacha! ¡Están en inglés!

Dita se gira y le sonrío sin detenerse. Ya sabe que están en inglés y que no va a entender nada. Pero no le importa. Mientras su madre duerme se sienta en una cama vacía y huele el olor a papel de pulpa de las novelas, hace correr rápidamente las hojas con el pulgar y el sonido de baraja de cartas la hace sonreír. Abre una página y el papel cruje. Resigue otra vez el lomo y nota los bultos del encolado de las cubiertas. Le gusta el nombre de los autores, son nombres ingleses que le suenan exóticos. Volver a tener libros en las manos hace que la vida empiece a encajar, que las piezas de un puzzle que alguien ha roto a patadas vuelvan poco a poco a ponerse en su sitio.

Pero hay una pieza que se ha doblado y que no quiere encajar: su madre no mejora. Pasan los días y cada vez está un poco peor, la fiebre la va mermando y su cuerpo se va haciendo más transparente. El médico que la atiende no habla alemán, pero gesticula de tal manera que Dita sabe perfectamente cómo van las cosas: no muy bien.

Una noche, Liesl empeora, su respiración se hace entrecortada y se agita en la cama. Dita decide intentarlo por última vez, jugarse el último cartucho, el todo o nada. Sale afuera y camina hasta alejarse de las luces parpadeantes que proporcionan los generadores del hospital. Busca la oscuridad y la encuentra en una explanada a varios cientos de metros. Cuando alcanza la más absoluta soledad, eleva el rostro a un cielo de noche nublada donde no hay ni luna ni estrellas. Cae de rodillas y le pide a Dios que salve a su madre. Después de todo lo que ha pasado, no es posible que muera sin poder siquiera regresar a Praga, cuando ya sólo le falta subir a un tren y marcharse. No puede hacerle eso. Se lo debe. Esa mujer no ha hecho jamás daño a nadie, no ha ofendido ni ha molestado nunca a nadie, no le ha quitado ni una miga de pan a nadie. ¿Por qué castigarla de esa manera? Le reprocha, le ruega, le implora humildemente a Dios que no permita que su madre muera. Hace todo tipo de promesas por su sanación: convertirse en la más devota de las devotas, peregrinar a Jerusalén, dar su vida entera a alabar su gloria y generosidad infinitas.

Al volver, ve en la puerta iluminada del hospital una figura alta y delgada que mira la noche. Es Francis, el enfermero. La está esperando. El sanitario, muy serio, se acerca un paso hacia ella y le pone una mano afectuosa en el hombro. Una mano que pesa. La mira y agita su cabeza a uno y a otro lado para decirle que no, que no ha podido ser.

Sale corriendo hacia la cama de su madre y allí está el doctor cerrando el maletín. Su madre ya no está. Sólo queda su pequeña carcasa humana, el cuerpo de un pajarito. Nada más.

Derrotada, se sienta en una cama. El enfermero pecoso se acerca hasta ella.

—*Are you OK?* —Y alza el pulgar para que entienda que le pregunta si está bien.

¿Cómo va a estar bien? El destino, o Dios, o el diablo, o lo que sea no le han ahorrado a su madre ni un minuto del sufrimiento de los seis años de guerra, pero en cambio no le han permitido disfrutar ni un solo día de paz. El enfermero sigue mirándola como esperando una respuesta.

—Mierda —le responde.

El enfermero pone esa cara cómica que ponen los ingleses cuando no entienden algo, elevando el cuello y levantando mucho las cejas.

—*Shit...*, mierda —le dice Dita, que sí que ha aprendido esa palabra durante los últimos días.

Entonces, el enfermero asiente.

—*Shit* —repite él. Y se sienta a su lado en silencio.

A Dita le queda el consuelo de que su madre ha exhalado su último suspiro siendo una mujer libre. Aunque le parece un consuelo muy pequeño para un dolor tan grande. Pero se gira hacia el enfermero, que la mira con cierta preocupación, y le hace un gesto con el pulgar alzado para decirle que está bien. El joven sanitario se siente más aliviado y se levanta a dar agua a una paciente que se la pide desde otra litera.

¿Y por qué le habré dicho al enfermero que estoy bien si estoy fatal, si no puedo estar peor?, se pregunta. Y sabe la respuesta antes de terminar de hacerse la pregunta: porque es mi amigo y no quiero preocuparlo.

Empiezo a comportarme como mi madre...

Es como si tomara el relevo.

El médico le dice al día siguiente que van a acelerar los trámites para que pueda volver inmediatamente a casa. Espera que eso la alegre, pero Dita lo escucha como una sonámbula.

«¿Volver? —se pregunta—. ¿Adónde?».

No tiene padres, no tiene casa, por no tener no tiene ni un documento de identidad que diga quién es. ¿Queda algún lugar al que regresar?

32

El escaparate de los almacenes Hedva de la calle Na Prikope le muestra a una desconocida: una mujer joven con un vestido largo de paño de color azul y un modesto sombrero gris de fieltro con un lazo de tela. Dita la mira con atención y sigue sin reconocerla. No consigue aceptar que esa extraña es ella, su reflejo sobre un cristal.

El día que los alemanes entraron en Praga era una niña de nueve años que caminaba por la calle de la mano de su madre, ahora es una solitaria mujer de dieciséis. Todavía se estremece al recordar el temblor de los tanques al atravesar la ciudad. Todo ha terminado, pero en su cabeza nada ha concluido. No concluirá nunca.

Tras la algarabía de la victoria y los festejos del final de la guerra, tras los bailes organizados por las tropas aliadas y los discursos rimbombantes, la realidad de la posguerra se muestra tal como es: muda, áspera, sin fanfarrias. Las bandas de música se han marchado, los desfiles han concluido y los grandes discursos se han acallado. La verdad de la paz es que se abre frente a ella un país en ruinas, sin padres ni hermanos, sin casa, sin estudios, sin otra propiedad que las ropas que le han dado en el auxilio civil ni otra manera de sobrevivir que la cartilla de racionamiento que ha podido conseguir después de un farragoso papeleo. Esa primera noche en Praga va a dormir en un albergue que se ha habilitado para los repatriados.

Lo único que le queda es un trozo de papel con una dirección garabateada. La ha mirado tantas veces que se la sabe de memoria. La guerra lo cambia todo. La paz, también. ¿Qué va a quedar, ahora que todo ha terminado, de la fraternidad que había entre ella y Margit en los campos de concentración? Pensaban que ella y su madre tomarían un transporte al cabo de uno o dos días, pero la enfermedad de su madre ha retrasado varias

semanas su regreso. En ese tiempo puede que ya haya hecho nuevas amistades y que su único objetivo sea olvidar todo lo anterior. Igual que René, que las saludó de lejos sin detenerse, como queriendo alejarse del contagio del pasado.

La dirección anotada por Margit es la de unos amigos no judíos con los que llevaban años sin contactar. En realidad, al partir de Bergen-Belsen tampoco sabían ella y su padre adónde irían a vivir ni qué harían con su nueva vida. Ni siquiera sabían si esos amigos suyos de la dirección seguirían allí después de todos esos años de guerra o si querrían saber algo de ellos. El trozo de papel se va arrugando en la palma de su mano y empieza a hacerse ilegible.

Vaga por el norte de la ciudad en busca de las señas escritas, preguntando a la gente y tratando de seguir indicaciones a través de calles que no había transitado nunca. Ya no se sabe orientar en Praga. La ciudad le parece descomunal y laberíntica. El mundo resulta enorme cuando una se siente pequeña.

Finalmente, alcanza la plaza de los tres bancos rotos que le han indicado; cerca de allí está el número 16 de la calle anotada en el papel. Entra en el portal y toca el timbre del 1.º B. Le abre una señora rubia bastante gruesa. No es judía; los judíos gordos son una especie extinguida.

—Disculpe, señora. ¿Viven aquí el señor Barnash y su hija Margit?

—No, no viven aquí. Se han ido a vivir lejos de Praga.

Dita asiente. No se lo reprocha. Tal vez la esperaron unos días, pero ha tardado tanto en regresar que es demasiado tarde. Habrán empezado de nuevo en otra parte. Después de lo sucedido, no sólo has de pasar página; has de cerrar un libro y abrir otro.

—No te quedes en la puerta —le dice la mujer—, pasa y cómete un trozo de tarta recién hecha.

—No, gracias, no se moleste. Me están esperando, de veras. Un compromiso familiar, ya sabe. Me marchó. En otra ocasión...

Se da media vuelta para irse cuanto antes y empezar también ella de nuevo. Pero la mujer la llama.

—Tú eres Edita... Edita Adlerova.

Y se para cuando tiene un pie ya en la escalera.

—¿Sabe usted mi nombre?

Ella asiente.

—Te estaba esperando. Tengo algo para ti.

La mujer le presenta a su marido, un hombre de pelo blanco y ojos azules que sigue siendo guapo a su avanzada edad. La señora le trae un enorme trozo de pastel de arándanos y un sobre que lleva su nombre.

Son unos señores tan amables que no tiene inconveniente en abrir el sobre delante de ellos. Dentro hay unas señas de Teplice, dos billetes de tren y una nota de Margit escrita con esa letra suya de escolar:

«Querida Ditinka, os estamos esperando en Teplice. Venid en seguida. Un beso enorme de tu hermana... Margit».

Una persona que te espera en alguna parte es esa cerilla que se enciende en un campo por la noche. Quizá no pueda iluminar toda la oscuridad, pero te muestra el camino para volver a casa.

Mientras come, el matrimonio le explica que el señor Barnash ha encontrado un trabajo en la ciudad de Teplice y se ha instalado allí con Margit. Le cuentan que Margit se pasó tardes enteras hablando de ella.

Antes de salir hacia Teplice, debe arreglar sus papeles, tal y como le han indicado en la oficina del Consejo Judío. Por eso, a primera hora de la mañana se pone en la larguísima cola de la oficina de expedición de los documentos de identidad.

Horas de espera; nuevamente, una cola. Pero no es como la de Auschwitz, porque aquí la gente, mientras espera, hace planes. También hay personas enfadadas, más airadas incluso que en aquellas otras colas en las que hacían fila con dos palmos de nieve y en las que, al final, únicamente esperaba un plato de sopa aguada o un mendrugo de pan. La gente se irrita por la tardanza o porque no se los informa bien o por la cantidad de papeles que necesitan. Dita sonrío para sus adentros. La vida retorna a su cauce cuando la gente se enfada por las cosas pequeñas.

Alguien llega a la cola y se pone justo detrás de ella. Al mirar de reojo se da cuenta de que es un rostro conocido. Es uno de los jóvenes profesores del campo familiar. Él parece también sorprendido de encontrarla allí.

—¡La bibliotecaria de las piernas delgadas! —exclama.

Es Ota Keller, el joven profesor que decían que había sido comunista y que se inventaba para sus alumnos historias de Galilea. Ella reconoce en seguida aquella mirada irónica cargada de inteligencia que la intimidaba un poco.

Ahora, en cambio, ve en la mirada del joven profesor una calidez especial. Es como si, de repente, la reconociese. No sólo es que recuerde que fue una compañera de campo en un momento crítico de sus vidas, sino que descubre en ella un hilo que los une. En el 31 apenas hablaron. En realidad, nadie los presentó nunca, son dos personas que aparentemente no se conocen. Pero, al tropezarse en Praga, es como si se reencontraran dos viejos amigos.

Ota la mira y sonrío. Sus ojos vivarachos y un punto pícaros le dicen a la muchacha: me alegro de que estés viva, me alegro de haberte encontrado otra vez. Ella también le sonrío, sin saber muy bien por qué. Es el hilo. Ese hilo que une a unas personas. Que se convierte en un ovillo.

En seguida él le contagia su buen humor.

—He encontrado trabajo llevando las cuentas en una fábrica y un alojamiento modesto... Bueno, si piensas de dónde venimos, ¡hay que decir que es un palacio!

Dita sonrío.

—Pero espero encontrar algo incluso mejor. Me han ofrecido un trabajo como traductor de inglés.

La cola es larga, pero a Dita se le hace corta. Hablan sin parar, sin silencios embarazosos, con esa confianza de los viejos camaradas. Ota le habla de su padre, el serio empresario que, en realidad, siempre quiso ser cantante.

—Tenía una voz extraordinaria —le explica con una sonrisa de orgullo—. En 1941 le quitaron la fábrica, incluso lo encarcelaron. Después nos mandaron a todos a Terezín. Y de allí, al campo familiar. En la selección de julio del 44 en la que se disolvió el campo BIIb, no pasó el corte.

Ota, tan resolutivo y dicharachero, nota que se le estrangulan las palabras, pero no siente vergüenza de que Dita vea que se le humedecen los ojos.

—A veces, por las noches, me parece escucharlo cantar.

Incluso, cuando alguno de los dos desvía la mirada para rememorar un momento difícil o doloroso de esos años, el otro también dirige sus ojos hacia ese punto de fuga al que sólo dejamos que nos acompañen las personas de nuestra máxima confianza, las que nos han visto reír y nos han visto llorar. Ellos visitan juntos todos los momentos que los han marcado para siempre. Son tan jóvenes que contarse esos años es contarse la vida entera.

—¿Qué habrá sido de Mengele? ¿Lo han colgado? —se pregunta ella.

—Aún no, pero lo están buscando.

—¿Lo encontrarán?

—¡Claro que lo encontrarán! Hay media docena de ejércitos buscándolo. Lo atraparán y lo juzgarán.

—Que lo cuelguen directamente, es un criminal.

—No, Dita. Han de juzgarlo.

—¿Para qué perder tiempo en trámites?

—Nosotros somos mejores que ellos.

—¡Eso también lo decía Fredy Hirsch!

—Hirsch...

—Cuánto se le echa de menos.

Llega su turno en la ventanilla y solucionan sus trámites. Ya está. No dejan de ser dos desconocidos, es el momento de desearse suerte y despedirse. Pero él le pregunta adónde va a ir después. Ella le contesta que a la Oficina de la Comunidad Judía; quiere saber si es cierto, como le han dicho, que puede solicitar una pequeña pensión de orfandad.

Ota le dice que, si no le importa, la acompaña a la Oficina de la Comunidad Judía.

—Me cae de camino —le dice con tal seriedad que ella no sabe si creérselo.

Es una excusa para seguir con ella, pero no es una mentira. Los pasos de Dita son ya su camino.

Unos días más tarde, en Teplice, a unos kilómetros de la capital, Margit Barnash está barriando la entrada del edificio. Mueve la escoba ensimismada mientras piensa en un muchacho que hace recados con una bicicleta y que toca muy alegremente el timbre cada vez que pasa a su lado.

Piensa que tal vez es hora de que empiece a peinarse mejor por las mañanas y a ponerse la cinta nueva en el pelo. De repente, ve de reojo la sombra de alguien que entra en el portal.

—¡Estás muy gorda, chica! —le sueltan.

Su primer impulso es responder de mala manera a esa vecina grosera. Pero un instante después está a punto de caérsele la escoba de las manos.

Es la voz de Dita.

Margit es la mayor de las dos, pero siempre se ha sentido como la hermana pequeña. Se lanza a los brazos de Dita como hacen los niños pequeños, sin calcular el impulso, sin reservarse nada.

—¡Nos vamos a caer al suelo! —le dice Dita entre risas.

—¡Y qué importa, si estamos juntas!

Era verdad, por fin algo era verdad. La estaban esperando.

EPÍLOGO

Ota era un amigo especial que bajaba del tren algunas tardes en las que ella libraba en los empleos eventuales que iba encontrando. Los compaginaba con las clases que recibía en la escuela de Teplice, donde ella y Margit recuperaron algo del tiempo perdido. Si es que eso es posible.

Teplice es una antiquísima ciudad balneario, muy reconocida por sus aguas. Finalmente, Dita encontró su Berghof. No estaban los Alpes como en *La montaña mágica*, pero tenía cerca las tierras altas de Bohemia. Le gustaba pasear por las calles de empedrado geométrico, aunque la guerra había castigado duramente esa hermosa ciudad de edificios señoriales. A veces se preguntaba qué habría sido de la enigmática madame Chauchat, que se marchó del balneario a buscar nuevos horizontes. Le gustaría pedirle consejo sobre qué hacer con su vida.

La bella sinagoga había ardido y sus ruinas chamuscadas recordaban el horror de esos años calcinados. Los sábados la acompañaba Ota en esos paseos. Le hablaba de mil cosas. Era un joven de una curiosidad voraz, todo le interesaba. A veces se quejaba un poco de tener que hacer varias combinaciones de tren y autobús para recorrer los ochenta kilómetros que separan Teplice de Praga. Más que quejarse, ronroneaba como un gato.

Fueron meses de agradables merodeos por esas plazas que, poco a poco, iban recuperando los macizos de flores y volvían a darle a Teplice su coqueto aire de ciudad termal. En esos paseos, Dita y Ota fueron envolviéndose en el hilo. Un año después del encuentro en la cola de la oficina de documentos, Ota le dijo algo que lo cambiaría todo:

—¿Por qué no vienes a Praga? ¡No puedo amarte en la distancia!

En todas aquellas tardes se habían contado ya la vida entera. Era el momento de partir de cero, de iniciar una nueva.

Ota y Dita se casaron en Praga y en 1949 nació su primer hijo.

Después de arduos trámites, Ota consiguió recuperar la fábrica de ropa interior femenina de su padre y se puso al frente de ella para levantarla de nuevo. Era un proyecto ilusionante porque, de algún modo, con él Ota podía volver atrás en el tiempo. No se podían borrar ni las ausencias ni las cicatrices, pero al menos era una manera de volver a la Praga de 1939 que simbolizaba el negocio familiar. Ota no estaba seguro de querer ser empresario. Le pasaba un poco como a su padre, que prefería las partituras de ópera a las hojas de balances. Él prefería el lenguaje de los poetas al de los abogados.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de sufrir el desencanto del empresario. Todavía no se habían enfriado sobre las calles de Praga las huellas de las botas de los nazis cuando entraron pisoteándolo todo los soviéticos. Con esa deleznable tozudez de la historia por repetirse una y otra vez, les volvieron a confiscar la fábrica. En esta ocasión, no era en nombre del Tercer Reich, sino del partido comunista.

De nuevo se quedaron sin nada. Cualquiera se hubiera rendido al desaliento. Ota no se rindió. Dita tampoco. Estaban hechos a nadar a contracorriente. El muchacho consiguió, gracias a su dominio del inglés y a sus conocimientos de literatura, un empleo en el Ministerio de Cultura; su trabajo consistiría en seleccionar qué novedades editoriales eran lo bastante interesantes como para que se tradujesen al checo. Era el único empleado de su categoría no afiliado al partido comunista. A muchos se les llenaba en aquel tiempo la boca de leninismo. Pero a él no iban a darle lecciones, sabía más de marxismo que cualquiera de ellos. Había leído más que todos ellos. Sabía mejor que nadie que el comunismo era un hermoso sendero que terminaba en un precipicio.

Intrigaron contra él, empezaron a acusarle de enemigo del partido, las cosas se fueron poniendo difíciles. En 1949, Ota y Dita decidieron emigrar a Israel para empezar de cero. Finalmente, ellos iban a hacer realidad el sueño de Fredy Hirsch.

Allí trabajaron duramente en un kibutz y Dita acabó sus estudios. Precisamente, fue en Israel donde se reencontraron con otro viejo conocido del bloque 31, el profesor Avi Ofir, que convertía un modesto barracón de

niños prisioneros en un alegre orfeón. Fue él quien les echó una mano para que empezaran a trabajar en la Escuela Hadassim, cerca de Netanya. Allí, Ota y Dita ejercieron de profesores de inglés y educadores en uno de los centros escolares más reputados de Israel, que acogió a muchos niños que llegaron con la marea inmigratoria posterior al final de la segunda guerra mundial. Después, la escuela pasó a ocuparse de niños pertenecientes a familias con problemas y de alumnos en riesgo de exclusión social. Siempre contaban con varios profesores especialmente implicados en ese tipo de cuestiones pero difícilmente ninguna tan sensible al sufrimiento de las personas como Ota y Dita.

El matrimonio tuvo tres hijos y cuatro nietos. Ota, que había sido un gran contador de historias en el bloque 31, escribió varios libros. Uno de ellos, *The Painted Wall*, relata con formato de ficción las vivencias de una serie de personajes en el campo familiar BIIb. Dita y Ota vivieron juntos los azares y los escollos de la vida durante cincuenta y cinco años. No dejaron de quererse y de apoyarse mutuamente un solo día. Compartieron libros, compartieron un sentido del humor indestructible, compartieron la vida entera.

Envejecieron juntos. La férrea unión forjada en los tiempos más terribles que alguien pueda vivir únicamente pudo disolverla la muerte.

ETAPA FINAL

Aún quedan cosas importantes que contar sobre la bibliotecaria del bloque 31 y de Fredy Hirsch.

Esta narración está construida con materiales reales, que se han unido en las páginas con una argamasa de ficción. El verdadero nombre de la bibliotecaria del bloque 31, cuya vida ha inspirado estas páginas, era —de soltera— Dita Polachova, y el profesor Ota Keller de la novela está inspirado en el que sería su marido, el profesor Ota Kraus.

La mención que hizo Alberto Manguel en *La biblioteca de noche* acerca de la existencia de una minúscula biblioteca en un campo de concentración fue el arranque para iniciar la indagación periodística que ha dado lugar a este libro.

Habrá quien no comparta esa fascinación por que algunas personas se jugaran la vida para mantener abierta una escuela secreta y una biblioteca clandestina en Auschwitz-Birkenau. Habrá quien piense que es un acto de valentía inútil en un campo de exterminio, cuando hay otras preocupaciones más perentorias: los libros no curan las enfermedades ni pueden utilizarse como armas para doblegar a un ejército de verdugos, no llenan el estómago ni quitan la sed. Es cierto: la cultura no es necesaria para la supervivencia del hombre, únicamente lo es el pan y el agua. Es verdad que con el pan para comer y el agua para beber sobrevive el hombre, pero sólo con eso muere la humanidad entera. Si el hombre no se emociona con la belleza, si no cierra los ojos y pone en marcha los mecanismos de la imaginación, si no es capaz de hacerse preguntas y vislumbrar los límites de su ignorancia, es hombre o es mujer, pero no es persona; nada lo distingue de un salmón, una cebra o un buey almizclero.

En Internet hay toneladas de información sobre Auschwitz, pero la documentación solamente te habla del lugar. Si quieres que un lugar te hable a ti, has de ir allí y quedarte el tiempo suficiente para escuchar lo que tenga que decirte. Para buscar algún vestigio del campo familiar o alguna huella que seguir, viajé hasta Auschwitz. No sólo hacían falta los datos cuantitativos y las fechas, era necesario sentir la vibración de aquel lugar maldito.

Volé hasta Cracovia y desde allí tomé un tren hasta Oświęcim. Nada en esa pequeña y apacible ciudad hace pensar en el horror vivido en sus afueras. Todo es tan plácido que se llega a las puertas del campo en autobús.

Auschwitz I tiene un aparcamiento para autocares y una entrada como la de un museo. Había sido un antiguo cuartel del ejército polaco, y sus agradables edificios rectangulares de ladrillo, separados por amplias avenidas empedradas en las que picotean los pajarillos, no muestran a primera vista los signos del horror. Pero hay varios pabellones en los que se puede entrar. Uno de ellos se ha habilitado como si fuera un acuario: se atraviesa un pasillo oscuro y a los lados hay inmensas peceras iluminadas. Lo que contienen son zapatos rotos, montones, miles de ellos. Dos toneladas de pelo humano que forman un mar tenebroso. Prótesis descacharradas como juguetes rotos. Miles de gafas rotas, casi todas redondas, como las del profesor Morgenstern.

En Auschwitz II-Birkenau, a tres kilómetros de distancia, se levantaba el campo familiar BIb. Actualmente queda la fantasmagórica torre de vigilancia de la entrada del *lager*, con un túnel en la base para que, a partir de 1944, el ferrocarril se metiera hasta dentro. Los barracones originales se quemaron tras la guerra. Hay algunos barracones reconstruidos en los que se puede entrar: son establos de caballos que incluso limpios y ventilados resultan sombríos. Tras esa primera línea de barracones en lo que sería el campo de cuarentena, se abre un inmenso descampado que ocupaban el resto de los campos. Para ver el lugar que ocupó en su día el BIb hay que abandonar la ruta de las visitas guiadas, que no pasan de las réplicas de los barracones de la primera hilera, y bordear todo el perímetro. Hay que quedarse solo. Caminar en soledad por Auschwitz-Birkenau significa soportar un viento muy frío que trae los ecos de las voces de los que se

quedaron allí para siempre y forman parte del barro que pisamos. Del BIIb sólo queda la puerta metálica de acceso al campo y una inmensa soledad donde apenas crecen matorrales. Sólo quedan guijarros, viento y silencio. Un lugar apacible o espectral; depende de cuánto sepan los ojos que lo miran.

De ese viaje me traje muchas preguntas y casi ninguna respuesta, algunas percepciones de lo que fue el Holocausto que ningún libro de historia me podía enseñar y, por puro azar, una edición de un libro importante: *Je me suis évadé d'Auschwitz*, la traducción al francés de las memorias de Rudolf Rosenberg (*I Cannot Forgive*) que encontré en la librería del Museo de la Shoá de Cracovia.

Había otro libro que me interesaba de manera muy especial y que me puse a rastrear en cuanto retorné. Era una novela ambientada en el campo familiar de alguien llamado Ota B. Kraus titulada *The Painted Wall*. Había una página web donde se ofrecía la posibilidad de comprar el libro y recibirlo contra reembolso. Pero no era una página demasiado profesional, no se podía hacer el pago con tarjeta Visa, sino que había una dirección para contactar. Escribí interesándome por el libro y preguntando dónde podía hacerles el ingreso correspondiente. Y entonces recibí un correo electrónico de esos que demuestran que la vida es un cruce de caminos. La respuesta, muy educada, era que le podía mandar el dinero a través de Western Union. Era una dirección de Netanya (Israel), y firmaba esas líneas D. Kraus.

Con el mayor tacto posible le pregunté si era Dita Kraus, la muchacha que estuvo en el campo familiar de Auschwitz-Birkenau. Lo era. ¡La bibliotecaria del bloque 31 estaba viva y me estaba escribiendo un correo electrónico! La vida es sorprendente, pero a veces puede ser extraordinaria.

Dita ya no era tan niña, tenía entonces ochenta años, pero seguía siendo la misma persona entregada y luchadora de entonces, ahora batallaba por que los libros de su marido no cayeran en el olvido.

A partir de ahí empezamos a escribirnos. Su extremada amabilidad facilitaba que nos entendiéramos con mi mal inglés. Finalmente, acordamos vernos personalmente en Praga, donde pasa unas semanas al año, y me llevó a recorrer el gueto de Terezín. No es una abuelita apacible de las de antes. Dita es un torbellino amable que en seguida me encontró un

alojamiento cercano a su casa y que lo organizó todo. Cuando llegué a la recepción del hotel Triska, ella ya me estaba esperando sentada en un sofá del hall. Era tal como la había imaginado: delgada, nerviosa, activa, seria y risueña a la vez, absolutamente encantadora.

Su vida no fue fácil ni durante la guerra ni tampoco lo ha sido después. Ota y ella estuvieron muy unidos hasta que él falleció en el año 2000. Tuvieron dos hijos y una hija; la muchacha murió a los dieciocho años tras una larguísima enfermedad. Pero ella no se ha dejado doblegar por los hachazos del destino, no lo hizo entonces y no lo va a hacer nunca.

Asombra cómo alguien con todo ese sufrimiento acumulado sobre sus hombros es capaz de no perder la sonrisa. «Es lo único que me queda», me dice. Pero le quedan muchas más cosas: su energía, su dignidad de luchadora contra todo y contra todos que la hace ser una mujer de ochenta años erguida y con unos ojos que echan fuego. Se niega a que tomemos un taxi, y yo no me atrevo a contradecir su sentido del ahorro, propio de quien ha vivido muy malos tiempos. Viajamos en el metro y va de pie. Hay asientos libres y ni siquiera se sienta. No hay quien pueda doblegar a una mujer así. El Tercer Reich entero no pudo con ella.

Incansable, o cansada, pero nunca resignada a desfallecer, me pide que le eche una mano porque va a llevar cincuenta ejemplares de *The Painted Wall* a la tienda del memorial de Terezín, ya que se han agotado. Ni siquiera alquilamos un coche, me insiste para que vayamos en autobús. Hacemos el mismo recorrido que ella hizo casi setenta años atrás, aunque ahora arrastra una maleta llena de libros. Temo que ella pueda verse afectada por ese viaje en el tiempo, pero es una mujer fuerte. En ese momento su mayor preocupación es reponer los libros en la librería del gueto.

Terezín parece una barriada apacible de edificios cuadriculados salpicada de parterres con árboles y bañada por la luz brillante de mayo. Dita no sólo deja los libros, sino que, tan peleona como siempre, me consigue una entrada gratuita para la exposición permanente.

Es un día lleno de momentos muy emotivos. Entre los cuadros que se exponen de los internos en el gueto, hay uno de la propia Dita, un cuadro oscuro y tenebroso que muestra una ciudad mucho menos luminosa que la que recorreremos. También hay una habitación con los nombres de los niños

que llegaron a Terezín. Dita recorre sus nombres y sonríe recordando a algunos de ellos. Ya casi todos están muertos.

Unos monitores proyectan el testimonio de supervivientes que explican su experiencia en Terezín. Y en una de las cuatro pantallas aparece un hombre maduro con una voz grave: es Ota Kraus, su marido. Habla en checo y, aunque sus palabras están subtituladas en inglés, no estoy atento a ellas, me hipnotiza demasiado su voz. Transmite tal aplomo que uno no puede dejar de escucharla. Dita atiende en silencio. Está seria, pero no derrama ni una lágrima. Salimos y ella me dice que vamos a ver dónde vivía. Esta mujer es de hierro, o lo parece. Le pregunto si no es duro para ella. «Lo es», me responde, pero no se detiene, sigue adelante a buen paso. Nunca había conocido a una mujer de una valentía tan extraordinaria en todos los frentes de su vida.

El antiguo bloque donde se alojó durante su estancia en el gueto de Terezín ahora es una inofensiva casa de vecinos. Ella levanta la vista hacia el tercer piso. Me cuenta que un primo suyo que era carpintero le hizo una repisa. Me cuenta más cosas mientras nos dirigimos a otro edificio donde se ha conservado como museo un piso con sus camaretas llenas de literas, tal y como era en la época del gueto. Es un sitio oprimente, demasiado pequeño para tantas camas. Está incluso la palangana de loza que usaban como aseo comunitario.

—¿Te puedes imaginar el olor? —me pregunta.

No, no puedo.

Entramos en otra sala donde hay una vigilante; cuelgan de las paredes cuadros y pósteres de la época. En la sala suena la ópera de Viktor Ullmann, un célebre pianista y compositor que se convirtió en uno de los más activos animadores culturales de Terezín. Dita se para en medio de la sala vacía, sólo ocupada por la aburrida vigilante, y empieza a cantar con suavidad la ópera de Ullmann. Su voz es la voz de los chicos de Terezín, que vuelve a sonar esa mañana para un público muy reducido, pero no por ello menos sorprendido. La vigilante ni que decir tiene que no osa interrumpirla. Ése es otro momento en que el tiempo vuelve hacia atrás y Dita vuelve a ser Ditinka, que está cantando la ópera *Brundibár* con sus medias de lana y sus ojos soñadores.

En el viaje de retorno de Terezín a Praga, Dita solicitó enérgicamente al conductor del autobús que abriera el techo corredizo para que no nos asfixiáramos de calor en un vehículo sin ventanas practicables. Como el conductor no le hizo caso, ella misma se puso a tirar de la trampilla, y después yo. Entre los dos lo conseguimos.

Fue sentados en el autocar cuando surgió en la conversación un tema que llevaba meses rondándome la cabeza: qué pasó la tarde del 8 de marzo, cuando Fredy Hirsch se fue a meditar la propuesta de la Resistencia de liderar el alzamiento del campo ante la inminencia del exterminio en las cámaras de gas del transporte de septiembre. ¿Por qué se suicidó con una sobredosis de Luminal un hombre tan templado como Fredy Hirsch?

Dita me mira y hay un mundo dentro de sus ojos. Y empiezo a entender. Leo en sus ojos lo que había leído en las líneas que escribió Ota en su libro, pero que tomé por una licencia novelesca o una hipótesis particular. ¿Acaso no era *The Painted Wall* un libro de ficción? ¿O sólo lo era para camuflar ciertas cosas que si Ota hubiera dicho en otro contexto podrían haberle traído serios problemas?

Dita me pidió discreción, porque ella pensaba que lo que me contó podría acarrearle problemas.

Por eso, en lugar de explicar lo que me dijo, voy a reproducir lo que Ota B. Kraus escribió y publicó en su novela ambientada en el campo familiar, *The Painted Wall*. Uno de los pocos personajes que aparecen con nombre real en ese libro es el instructor del bloque 31, Fredy Hirsch. Esto es lo que cuenta el libro acerca del momento crucial en que, tras haber transferido las SS al campo de cuarentena el transporte de septiembre, la resistencia solicita a Hirsch que encabece un levantamiento y él pide un rato para meditarlo:

Después de una hora, Hirsch se levantó de la cama para ir a buscar a uno de los médicos.

—Lo he decidido —dijo—. Tan pronto como se haga oscuro daré la orden. Necesito una pastilla para calmar mis nervios.

[...]

Un motín contra los alemanes era una locura, pensó el doctor; era la muerte para todos: del transporte condenado, de los prisioneros del campo familiar e incluso del equipo del hospital reclamado por Mengele. El hombre había enloquecido, obviamente estaba fuera de sus cabales y, si no lo detenían, los doctores judíos morirían con el resto de los reclusos.

—Te daré algo, un sedante —le dijo el médico, y se volvió hacia el farmacéutico.

Estaban siempre escasos de medicinas, pero tenían un pequeño stock de calmantes. El farmacéutico le alargó un frasco de pastillas para dormir. El doctor vertió su contenido y cerró su mano en un rápido movimiento. Él tenía algo de té frío en su tazón y lo agitó hasta disolver las tabletas en el líquido turbio.

Hay palabras en el Código Penal que describen lo que en realidad le sucedió a Fredy Hirsch aquella tarde de 1944. A veces, la ficción de las novelas esconde verdades que no pueden contarse de otra manera.

Otros testimonios desbaratan cada vez más la tesis del suicidio que puede leerse en las reseñas oficiales que hablan de él. Michael Honey, un superviviente del campo familiar que ejercía de recadero del equipo médico, pone en duda el testimonio que da Rosenberg en su libro de memorias sobre lo sucedido el 8 de marzo de 1944: «*He was given an overdose of Luminalets when he asked for a pill because of a headache*». (Le dieron una sobredosis de tabletas de Luminal cuando pidió una pastilla para el dolor de cabeza).

Ojalá este libro sirva también como reivindicación de la figura de Fredy Hirsch, un tanto empañada por la falsa idea de que se quitó la vida voluntariamente. Por culpa de esta idea, durante años se ha puesto en duda su entereza en los momentos decisivos. Fredy Hirsch no se suicidó. Nunca hubiera dejado solos a sus chicos. Era un capitán: se hubiera hundido con su barco. Así es como debe recordársele: como un luchador de un valor extraordinario.

Y, naturalmente, este libro es un homenaje a Dita, de quien tanto he aprendido.

Nuestra bibliotecaria del bloque 31 sigue viviendo en Netanya y viajando unos días al año a su pequeño piso de Praga. Y va a seguir haciéndolo mientras la salud le dé tregua. Todavía es una mujer de una curiosidad, clarividencia, amabilidad y entereza que superan todo lo imaginable. Hasta ahora, yo nunca había creído en los héroes, pero ahora sé que existen: Dita es uno de ellos.

ANEXO

¿QUÉ FUE DE...?

Rudi Rosenberg

Tras la guerra, se cambió el nombre por el de Rudi Vrba. Después de escapar de Auschwitz, se apresuró a dictar a los dirigentes judíos de la ciudad de Zilina un primer informe sobre lo que realmente sucedía a los deportados de Auschwitz, lo cual no tenía nada que ver con las mentiras nazis. El informe se envió a Budapest, pero algunos altos dirigentes judíos no hicieron caso de él y en mayo los nazis comenzaron a enviar hasta doce mil judíos por día a Auschwitz. Al llegar a Gran Bretaña, Rudi Rosenberg redactó, junto a su compañero de fuga Fred Wetzler, otro detallado informe que sirvió para que el mundo conociese la terrible verdad de lo que sucedía en los campos de concentración. El texto fue una de las pruebas utilizadas durante los juicios de Núremberg. Tras la guerra, Rosenberg fue condecorado. Estudió química en la Universidad de Praga y llegó a ser un respetado profesor en el terreno de la neuroquímica. Vivió en Canadá y falleció en 2006. Sus agrias críticas a destacados miembros de la comunidad judía húngara, que después tendrían un papel relevante en la fundación del Estado de Israel, han provocado que, durante décadas, ciertos sectores del Estado hebreo hayan puesto en cuestión sus testimonios y su figura, y aún hoy en día es allí un personaje controvertido.

Elisabeth Volkenrath

Era peluquera de profesión, pero su afiliación al partido nazi la llevó a enrolarse en las SS. Realizó un período de adiestramiento en el campo de

Ravensbrück y en el año 1943 la destinaron a Auschwitz con el cargo de SS-Aufseherin. En noviembre de 1944 la ascendieron a SS-Oberaufseherin, y teniendo ese cargo ordenó una elevada cantidad de ejecuciones. A principios de 1945 la trasladaron al campo de Bergen-Belsen como supervisora. Cuando los aliados liberaron el campo, fue arrestada por las tropas británicas y acabó en el banquillo de los acusados. En el juicio que se llevó a cabo para dilucidar las responsabilidades de los guardianes de Bergen-Belsen, la condenaron a la horca. Fue ejecutada el 13 de diciembre de 1945 en la población de Hamelín.

Rudolf Höss

El comandante de Auschwitz había recibido una estricta educación católica y su padre incluso quiso que se ordenara sacerdote. Finalmente, Höss se decantó por el ejército: le fascinaba el orden y la jerarquía. Durante su mandato, fueron asesinadas en Auschwitz entre uno y dos millones de personas. Al acabar la guerra, Höss escapó del cerco de los aliados, que iban en busca de los principales criminales de guerra, utilizando una identidad falsa para hacerse pasar por soldado del Ejército de Tierra. Durante casi un año estuvo trabajando como agricultor, hasta que los aliados forzaron a su esposa a confesar su paradero y lo detuvieron. En Polonia se le juzgó y fue condenado a muerte. Antes de la ejecución, escribió en la cárcel unas memorias donde no negaba los cientos de miles de crímenes y los justificaba afirmando que, dado su rango militar, debía obedecer las órdenes recibidas. Incluso se enorgullecía de su talento organizativo para manejar una maquinaria de muerte tan compleja como la de Auschwitz. Lo ahorcaron en Auschwitz I, y todavía hoy en día puede verse allí el patíbulo donde fue ajusticiado.

Adolf Eichmann

Fue uno de los principales ideólogos de la llamada solución final para exterminar a la raza judía. Eichmann se encargó de la logística de las deportaciones hacia los campos de concentración. También fue el artífice de los *Judenräte*, o consejos judíos, que colaboraban en las deportaciones. Al finalizar la guerra, Eichmann fue capturado por las tropas estadounidenses,

pero se hizo pasar por Otto Eckmann y no se percataron de que se trataba de uno de los nazis más buscados. Tras esconderse en Alemania y pasar por Italia, en 1950 tomó un barco rumbo a Argentina. Allí reunió a su familia y vivió con un nombre falso trabajando como operario en una fábrica de coches. En 1960, gracias a las informaciones aportadas por el cazador de nazis Simon Wiesenthal, un grupo de élite del servicio de inteligencia israelí (Mossad) dio con él en Buenos Aires. En una osada operación, detuvieron a Eichmann en plena calle, lo metieron en un coche a toda prisa y se dirigieron al aeropuerto. Desde allí, lo sacaron clandestinamente del país en un avión de la compañía israelí El Al haciéndolo pasar como un mecánico de vuelo en estado de embriaguez. Fue un asunto que creó un agrio conflicto diplomático entre Argentina e Israel. El teniente coronel de las SS fue juzgado en Jerusalén y lo condenaron a muerte. La sentencia se ejecutó el 1 de junio de 1962.

Petr Ginz

El redactor jefe de la revista *Vedem*, que voluntariosamente hacían los jóvenes en Terezín, nació el 1 de febrero de 1928 en Praga. Sus padres eran unos apasionados esperantistas y personas con grandes inquietudes culturales. En octubre de 1942, Petr fue deportado junto a otros cientos de vecinos a Terezín por orden de la Gestapo, mientras sus padres y su hermana se quedaron momentáneamente en Praga. Petr era uno de los pocos niños que estaban solos en Terezín, aunque sus padres le mandaban con frecuencia paquetes de comida y hojas para escribir. En una carta que se ha conservado, Petr le pedía a su familia chicles, libretas, una cuchara, pan, láminas para copiar... y un libro de sociología. Compartía los paquetes con sus compañeros de camareta. Su generosidad, inteligencia y trato afable lo convirtieron en uno de los chicos más queridos por sus compañeros y profesores. En 1944 lo deportaron de Terezín y al acabar la guerra no regresó a casa. Su nombre no apareció en ningún registro de fallecidos, y durante diez años su familia mantuvo la leve esperanza de volverlo a ver. Pero, pasado ese tiempo, contactó con ellos Jehuda Bacon, a quien habían deportado en el mismo transporte, y les explicó que los enviaron a Auschwitz. En la misma estación se realizó una selección: los de la derecha

iban al campo, y los de la izquierda, directamente a las cámaras de gas. Jehuda vio a Petr ingresar en la fila de la izquierda.

David Schmulewski

El líder polaco de la Resistencia en Auschwitz era ya un veterano izquierdista antes de que lo detuvieran: había luchado en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española y, después, combatió a los nazis. Al acabar la guerra ocupó importantes cargos en el partido comunista polaco. Un turbio asunto en que se vio involucrado —algo relacionado con el tráfico de obras de arte—, lo obligó a darse de baja en el partido y acabó exiliándose a París, donde vivió hasta su muerte. No se sabe hasta qué punto su implicación en el tráfico de obras de arte fue una maniobra de mandos del partido comunista para desprestigiarlo, ya que su condición de héroe de guerra lo convertía en intocable. Su sobrino nieto, el polémico y brillante intelectual inglés Christopher Hitchens, fallecido en 2011, contó algunas de estas cosas en el libro *Hitch-22*.

Siegfried Lederer

Fue el compañero de fuga del cabo primero de las SS Viktor Pestek, a quien desertar le costó la vida. Lederer escapó por los pelos de la Gestapo y se convirtió en un activo miembro de la Resistencia. En Zbraslav llegó a hacerse pasar por general de las SS para ayudar a los grupos locales de la Resistencia. Acabó yéndose a Eslovaquia, donde se dedicó durante el resto de la guerra a ayudar a los partisanos locales.

Hans Schwarzhuber

Lo nombraron responsable del área masculina de Auschwitz-Birkenau (a la que estaba adscrita el campo familiar) en noviembre de 1943. En 1944 fue destinado al campo de Ravensbrück como subcomandante. En 1954, el ejército británico lo detuvo, y allí mismo se reunieron evidencias de que había mandado a la cámara de gas en esos últimos meses al menos a 2400 personas. Lo juzgaron y lo condenaron a muerte. En 1947 se le ejecutó con el método que tanto le agradaba cuando era comandante: la horca.

Josef Mengele

En enero de 1945, pocos días antes de que las tropas aliadas tomaran el campo de Auschwitz, Mengele se mezcló con un batallón de infantería en retirada. De ese modo, acabó prisionero junto a centenares de soldados y consiguió pasar desapercibido. A eso contribuyó, además del caos tras el final de la guerra en las primeras semanas, la circunstancia de que los aliados identificaban a los miembros de las SS porque todos llevaban tatuado en el brazo su grupo sanguíneo, cosa que no sucedía con los soldados regulares. Pero Mengele, siempre previsor, nunca se hizo el tatuaje. Logró escapar de Alemania con el apoyo económico de su influyente familia de industriales y se refugió en Argentina. Allí vivió plácidamente con un alto nivel de vida como socio de una empresa farmacéutica. A finales de los años cincuenta, el cazador de nazis Simon Wiesenthal descubrió su rastro gracias al acta de divorcio firmada por Mengele, un trámite que el capitán médico acordó con su mujer por carta. Pero alguien consiguió avisarle de que lo habían encontrado, y Mengele se marchó a Uruguay. Allí vivió con una nueva identidad falsa pero con mayores estrecheces, en una modesta favela y con la angustia de saberse perseguido. Sin embargo, nunca lo atraparon. Falleció mientras se bañaba en una playa (probablemente de un infarto) en 1979, a la edad de sesenta y ocho años. En la biografía de Mengele escrita por Gerald Posner y John Ware, los autores relatan cómo su hijo Rolf fue a visitarlo antes de morir tras años de haber mantenido un intermitente contacto por carta. Rolf, por fin, pudo plantearle la pregunta que le llevaba carcomiendo desde niño: si en verdad era culpable de los atroces crímenes que se le imputaban. Para un hijo resultaba difícil aceptar que su padre, tan atento y considerado en sus cartas, pudiera ser ese monstruo sanguinario que relataban los periódicos. Cuando por fin le preguntó cara a cara si en verdad había ordenado ejecutar a miles de personas, Josef Mengele le aseguró que, precisamente, era todo lo contrario. Muy convencido y con absoluta frialdad, le dijo que, con sus selecciones —en las que separaba a los judíos que aún servían para trabajar de los que iban a ser asesinados—, había salvado a miles de judíos de la muerte mandándolos a la fila de los aptos.

Seppel Lichtenstern

Seppel Lichtenstern pasó la selección de julio de 1944 en el Campo Familiar y fue destinado al campo de Schwarzheide, en Alemania. Allí lo pusieron a trabajar en la planta que obtenía diésel a base de lignito. En el final de la guerra, los nazis organizaron una macabra marcha sin víveres con miles de prisioneros de campos que estaban a punto de caer en manos de los aliados en una huida hacia ninguna parte. Se la llamó «La marcha de la muerte» porque en esa caminata forzada en la que las armas se disparaban a la primera de cambio y se ejecutaba a pie de carretera a los que desfallecían, murieron miles de prisioneros. Lichtenstern falleció durante ese último acto de la locura del nazismo y sus restos reposan en el cementerio de Saupsdorf, en Alemania.

Margit Barnai

Se casó y vivió toda su vida en Praga. Y, aunque Dita emigró a Israel, nunca perdieron el contacto. Se escribían y se mandaban fotografías de sus hijos. Margit tuvo tres hijas. La tercera de ellas llegó inesperadamente cuando ella ya tenía cuarenta años y la bautizó con el nombre de Dita. Murió demasiado joven, con cincuenta y cuatro años. Dita Kraus sigue manteniendo el contacto con las hijas de Margit, es para ellas como una tía y se siguen viendo cada vez que visita Praga.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL CONSULTADA

ADLER, Shimon, *Block 31: The Children's Block in the Family Camp at Birkenau*, Yad Vashem Studies XXIV, 1994.

DEMETZ, Peter, *Prague in Danger*, Farrar, Straus and Giroux, 2009.

GUTMAN, Yisrael, y Michael Berenbaum, Michael (eds.), *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Indiana University Press, 1994.

KRAUS, Ota B..., *The Painted Wall*, Yaron Golan Publ., 1994.

KRIZKOVÁ, Marie Rút, Kurt Jirí Kotouc y Zdenek Ornest, *We Are Children Just the Same. Vedem, the Secret Magazine by the Boys of Terezín*, Aventinum Nakladatelství, 1995.

LEVINE, Alan J..., *Captivity, Flight and Survival in World War II*, Praeger, 2000.

MILLU, Liana, *El humo de Birkenau*, Acantilado, 2005.

POSNER, Gerald L..., y John Ware, *Mengele*, La Esfera de los Libros, 2002.

VENEZIA, Shlomo, *Sonderkommando*, RBA, 2010.

VRBA, Rudolf, y Alan Bestic, *Je me suis évadé d'Auschwitz*, Éditions J'ai Lu, 1998.



ANTONIO G. ITURBE nació en Zaragoza en 1967. Lleva veinte años dedicado al periodismo cultural. Es licenciado en Ciencias de la Información por la UAB, y ha sido comentarista de libros en diversas emisoras de radio, ha sido coordinador del suplemento de televisión de El Periódico, redactor de la revista de cine Fantastic Magazine y trabaja desde hace dieciséis años en la revista Qué Leer, de la que actualmente es director. Ha colaborado, entre otros medios, en las secciones de libros de «Protagonistas», Ona Catalana, ICat FM y la Cope, y en suplementos de cultura de diarios como La Vanguardia o Avui. Ha publicado las novelas Rectos torcidos y Días de sal, y es autor de la serie de libros infantiles «Los casos del Inspector Cito», traducida a cinco lenguas.

En 2013 obtuvo el premio literario TROA «Libros con valores» por su novela *La bibliotecaria de Auschwitz*.